3 1761 08831892 8

EL METAL DE LOS MUERTOS

Es propiedad de la autora.
Derechos de reproducción y traducción reservados para todos los países, comprendidos Suecia, Noruega y Rusia.
Copyright 1920 by Concepción Espina y Tagle.
Hechos los depósitos que marca la Ley para las Repúblicas Americanas.

MADRID.—Imprenta de Juan Pueyo.—Luna, 20.

LS
E.776
m

CONCHA ESPINA.

EL METAL DE LOS MUERTOS

NOVELA

171579
20.V.22

GIL-BLAS
MADRID
1920

OBRAS DE CONCHA ESPINA

La niña de Luzmela (Novela), 2.ª edición.
Despertar para morir (Novela), 2.ª edición.
Agua de nieve (Novela), 3.ª edición.
La Esfinge maragata (Novela premiada con el premio Fastenrah por la Real Academia Española), 2.ª edición.
La Rosa de los Vientos (Novela), 2.ª edición.
Al amor de las estrellas *(Mujeres del «Quijote»)*.
Ruecas de marfil (Novelas), 2.ª edición.
El Jayón (Drama en tres actos).
Pastorelas.
El Metal de los Muertos (Novela).

TRADUCCIONES:

AL INGLÉS:

La esfinge maragata.
La rosa de los vientos.
El jayón.
El metal de los muertos.

AL ALEMÁN:

La esfinge maragata.
El jayón.
El metal de los muertos.

AL ITALIANO:

La esfinge maragata.
El jayón.
Pastorelas.
El metal de los muertos.
Al amor de las estrellas.

PRIMERA PARTE

I

LA SENDA ROJA

Voces del mar.

MPEZABA a caer la tarde y el mozo apresuró el paso con intención de llegar a su destino antes que cerrase la noche; un perro, muy viejo y achacoso, le seguía jadeante.

Hacía calor; el nordeste, al dormirse bajo las alas del crepúsculo, devolvía al mes de agosto su cálida temperatura.

Íbase la carretera empinando por el valle adentro, fugitiva del mar, camino del monte. Aún flotaba en la campiña, como un suspiro clavado en el aire, la eterna voz de las olas acostadas con ímpetu en la ribera. Aquel acento, más

profundo cuanto más lejano, penetraba la sensibilidad del caminante hasta el mismo corazón. Se detuvo a suspirar también, y volviéndose de espaldas a la ruta que seguía, clavó con pesadumbre los ojos en el horizonte costanero, allí donde se embozaba la mar bajo el velo de la bruma, como un gran misterio de los confines.

Quedó el hombre ceñido por la muriente luz y apareciose bien definida toda su traza marinera: aventajada estatura, ancho pecho, dorado color, mirada inquiridora y firme, encallecidas manos, expresión contemplativa y honda, como tocada por las profundidades del abismo.

Podría contar el mozo treinta años; su cara, inteligente y varonil, mostrábase llena de amargura; en los ojos, oscuros y enamorados, un ligero estrabismo daba cierta impresión obstinada y triste. Vestido con traje de mahón azul, calzado por silenciosas alpargatas, con la cabeza descubierta y el pelo huraño, acentuaba su condición, humilde y noble, de mareante norteño.

Mirando de hito en hito las cantábricas lejanías, creyó descubrir algunos puntos surgentes y voladores como alas, gotas de blancura errantes sobre el mar. Tenían que ser unas velas henchidas por el viento, aunque pudieran confundirse con unas manos muy pálidas, diciendo:—¡Adiós... adiós!...

También se despedía el astro rojo, desfallecido en la sangre de la propia luz, ungiendo con su cárdena lumbre todo el paisaje ponentino, mientras por el lado del oriente se dormían la tierra y el mar a la sombra de la noche.

Rutas de la montaña.

Arrancóse el viajero a su ardiente contemplación con un ademán altivo, rudo y penoso a la vez; contuvo unas lágrimas con el dorso de la mano, y masculló algunas frases dolorosas y maldicientes, en tanto que el perro aullaba con sus más lastimeras voces, pugnando por desandar el camino, como si la fatiga o la querencia le empujaran hacia un hogar abandonado en los umbrales de la costa. Pero hubo de seguir por el campo arriba, con la lengua afuera, manso y fiel detrás de su dueño, el cual ya no apartó los ojos de la ruta que a un lado del camino real se abría, estrecha y roja, en solicitud de un monte horadado por el mineraje.

Fué haciéndose más sangriento el color de la vereda, más honda la penumbra de la montaña, más grave la soledad de los contornos bajo el silencio de la hora.

De repente, en una curva otros pasos mudos iban a cruzarse con los del marino. Un hombre, con traje de pana y gorra de visera, adelantaba por el sendero. Miró despacio al mozo, acercándose mucho a él, y le dijo:

—¿Eres tú de la mina?

—No; pero quiero alistarme.

—Vienes del puerto, ¿eh?

—Sí.

—Pues tengo autorización del capataz para recibírte, y aquí mismo te apunto. ¿Cómo te llamas?

—*Charol.*

—Ese no es nombre—murmuró el listero sacando del bolsillo una libreta.

—¡Ah, sí!—repuso el muchacho, vergonzoso—. Me llamo, además, Gabriel Suárez.

—Pues ya estás en la lista. Mañana, a las ocho, en la boca de *El Bosque* para bajar con los compañeros a la explotación: ¿entiendes?

—Está muy bien.

—Adiós.

—Buenas tardes.

Se alejó el listero con tácito andar y quedóse el muchacho pensativo en la senda, vuelta la cara otra vez hacia la costa mientras el grifo estiraba los gañiles con el áspero rumor de un bostezo.

Pensaba *Charol* con íntima zozobra en su nueva existencia. Allí mismo, al borde de la linde colorada, oprimida por la vegetación montaraz, dejaba un oficio que desde la niñez le envolvió en aromas salobres, en ímpetus audaces, en bravías independencias: hasta el nombre, arbitrario y rebelde, tenía que abandonar allí, bajo la disciplina de un cautiverio desconocido, temeroso, amenazador... Así lo quería la suerte.

Sometióse el marino con desconsolada tristeza.

Ya subía la luna por el espacio, blanca y remota, en un manso convite de silencio; en las abiertas lejanías del paisaje toda la blancura de la noche pesaba dulcemente sobre el mar.

II

DOS VIDAS

Memoración.

ESPERTÓ el alma con un suspiro y quedóse mecida en lejanos recuerdos infantiles, olvidada del presente infortunio. Hasta que de pronto Aurora levantó los párpados suaves irguiéndose llena de inquietud: sentía que el sueño al romper la tiniebla de su espíritu la arrojaba otra vez en la vida.

Con el busto soliviado en la almohada, sacudió el adormecido pensamiento y una lluvia de memorias comenzó a caer en su conciencia. Todos los años vividos desfilaban con sensible lucidez empujándola hasta el minuto de aquel temeroso despertar.

Se vió niña, sin padre, criada con despilfarro y hartura

dentro de una baja condición. En su hogar, frío y violento, había un lujo barato y escandaloso con ribetes de íntima sordidez. Fué creciendo sin el refugio de un cariño bienhechor; jugaba sola; en la escuela y en la calle le volvían la espalda las chiquillas de su edad, y de continuo gravitaban sobre su frente alguna mirada severa, algún gesto desdeñoso. Un día de revelaciones y descubrimientos supo que su madre era una mujerzuela malviviente, y rasgó la penumbra de muchas cosas ignoradas. Poco a poco fué haciéndose melancólica y susceptible, y sin dejar los dinteles de la niñez llegó a sentir vergüenza de su pan blanco y de su lecho esponjoso, al mismo tiempo que se creía alcanzada por la ancha sombra de un destino implacable. De caridad, o por industria, unos parientes la llevaron a América, y la niña posó con encanto la limpidez de sus pupilas en el desplegado mar a cuya linde había nacido. Le amaba con una obstinación fervorosa, y decían que de tanto mirarle se le habían trasmudado en verdes los ojos que en la cuna fueron azules.

En Nueva España, Aurora, que llegó aturdida como un pajarillo emigrante, disfrutó unos años apacibles y se hizo más alegre y confiada, imaginando hallar otro rumbo para su fortuna, así como las aves, las flores y las estrellas le parecieron otras allí. La mujer que la conducía, no muy escrupulosa y ejemplar, acabó por seducirse con la nobleza de la criatura, que granaba en virtudes en medio de un ambiente corrompido, igual que las plantas afotistas crecen lejos del sol. Y la niña pudo afirmar su carácter limpio y

luminoso, mientras el roce de los pueblos, la diversidad de los caminos y la experiencia de una infancia borrascosa, le daban ardimiento y reciedumbre al cumplir los diez y ocho años florecientes.

Muchas codicias se posaron en su belleza, muchas tentaciones se convirtieron a sus pies en solicitud, más o menos saludable. Pero Aurora esperaba el grito de su corazón y desoía con la misma tranquilidad todos los mensajes enamorados.

Ya se impacientaban sus protectores: bueno era que la moza se mostrase altiva y correcta, mas no hasta el punto de perder el ventajoso casamiento que a ellos pudiera convenirles. Comenzaron a sospechar que ningún beneficio iban a conseguir con haber amparado el abandono de la niña y haberla educado como a una dama, con mimos y desvelos. En aquella incertidumbre les sorprendió el aviso de la madre que desde la costa montañesa reclamaba a su hija. Y con tales pujos de autoridad repetía el llamamiento que la muchacha, muy a pesar suyo, cambió por Traspeña el hospitalario asilo donde soñaba redimirse de una suerte miserable.

Hallazgo.

El retorno al solar fué la más negra de sus aventuras. Volvía en toda la esplendidez de sus encantos, colmada de bagatelas inútiles, llena de habilidades exóticas y de costumbres nuevas en que se mezclaban los gustos modernos con la exageración de un señorío improvisado. Así la ele-

gancia natíva de Aurora quedaba envuelta en un barniz sospechoso, y la hermosura le servía de marchamo como a una mercancía de prostíbulo. Dijeron que había sido explotada en América por los astutos parientes y que la madre pretendía continuar por cuenta suya el tráfico ignominioso. Una torpe curiosidad hizo a la recién llegada famosa en el vecindario, y todo atrevimiento halló cabida cerca de la infeliz. Quien debía ampararla no anduvo con rodeos para expresarle sus propósitos: era menester ganarse la vida en el comercio de la belleza antes que huyese la juventud, demasiado fugaz. Entonces comenzó para la sentenciada una lucha cruel, en la que no le valieron otras leyes que las de su corazón. La madre, enferma y empobrecida, desesperada con su inutilidad y con las rebeliones de Aurora, puso en juego para envilecerla todas las artes de la perversión, obligándola, por fin, a los más rudos menesteres como un bárbaro ejercicio que debilitara su altivez. Pero la moza, intrépida y sufrida, se sometió al yugo de aquella esclavitud con el más orgulloso tesón. Ella, criada como una señorita, sensible a las comodidades con refinamientos propios de mujer, subió al monte a buscar gárabas y turba, fué a la aceña con la macona de maíz, bajó al río como lavandera asalariada y laboró en los campos y en las mieses para conseguir un jornal. Cuando ya no le quedaba nada que hacer, anduvo por los caminos del valle al trote bestial de las sardineras, con un canasto de peces, aspeada y tundida, mezclando sobre la carne dulce y hermosa, la amargura del llanto y del sudor con el agua salobre de la mar.

El primer día que acudió al muelle como vendedora ambulante, un marinero le ayudó a cargar sobre la cabeza el henchido carpancho. Al levantarse de la inclinada postura que tomó en el suelo para recibirle, quedó frente a *Charol* y cambió con él unas palabras comunes y triviales, a la vez que una mirada honda, puesta dentro de las pupilas; desde aquel instante fueron amigos. Ella, que ponía la atención a oscuras en las soledades de su calvario, sintió que en el marinero encontraba un hombre singular, y él creyó reconocerla como a la encarnación de una imagen entrevista en un sueño muy confuso y remoto. Se buscaron con ansiosa incertidumbre, llegando a convencerse de que se conocían desde otras existencias olvidadas, quizá desde algún astro que ya rodase muerto en el vacío. Y juntos contemplaron la vida como una cosa áspera y fuerte, hermosa y triste. Sus dos historias tenían puntos de contacto indisoluble, extremos que caían en una misma órbita de fatalidad; la mancilla del origen había sido una indomable sombra de su niñez, que les seguía cubriendo con un manto de abandono y de infamia, y para más tortura, en ambos la inteligencia y el sentimiento poseían una alta filiación espiritual, iluminada por atisbos audaces, bajo el impulso de raras inquietudes.

Habían conseguido, los dos, nociones de cultura exaltadas y dispersas, gotas de luz caídas por azar en la ignorancia de los menesterosos, que bastaron a encender los espíritus, sedientos de ideales. Tenían indicios de una doctrina que creyeron nueva, una ley humanitaria y regenera-

dora a la cual rendían tributo en el fondo de los corazones intactos, sin saber que las aguas puras de aquel eterno manantío se iban abriendo cauce, entre las rocas milenarias de la herejía, desde el pecho caudaloso y divino de Jesús hasta los hombres modernos, de buena voluntad. Criaturas sensibles, tocadas un punto por la rauda centella del excelso amor, buscaban al través de las pavorosas realidades entusiasmos y orgullo para someter su esperanza a un elevado concepto del vivir.

En sus primeras entrevistas, se confiaron los mutuos secretos, y cada cual tuvo una ciega fe en la voz infausta que le iba diciendo sus pesares.

Charol dió por segura la pureza de aquella moza tan valiente, sostenida con acérrimo empuje contra las maquinaciones del vicio, y ella supo con lástima y blandura toda la vida de él, bravía y miserable en los primeros años, amparada luego por una mujer pobre, triste y buena, que al morir volvió a dejarle solo frente al mar, hambriento de ternuras, extraño a sus camaradas por diferencias radicales de comprensión.

Iba el mozo contándole a su amiga las horas del pasado y se recreaba con singulares pormenores en las más sonrientes, un poco abiertas a la anchura del mundo; fué cuando tuvo sobre sí el amor de la caridad, cuando una madre en memoria del hijo malogrado, le recogió por suyo y calentó con todas las dulzuras humanas su existencia aterida, A favor de aquella santa misericordia, hizo el muchacho elementales estudios de marino y se embarcó en un buque

de altura; cruzó los mares, saludó sus confines y posó en las ensoñadas riberas: supo vivir y desear.

Estas andanzas sucedieron cuando Aurora nacía, de una mujer tan vil como la madre de *Charol*, y en tanto que a la nena, desde los playales del Cantábrico, se le mudaba el color de los ojos, seducidos por el fresco tumulto de las olas.

Cuando el marino volvió a Traspeña, emigraba la niña: quizá dos naves se encontraron en la inquieta llanura con diferente derrotero, y cambiaron un ciego saludo al separar dos vidas que el destino había de reunir.

En la costa hallaba *Charol* apagado el hogar que le servía de refugio. Había muerto la bienhechora del mozo, dejándole, como última prueba de solicitud, lo poco que tenía: unos enseres humildes, unas monedas guardadas, un perro calamitoso y ruin, modelo de fidelidad. Echado junto a la puerta, gimiente y deshambrido, le encontró el viajero, y vivió con él por única compañía.

Se le habían caído al muchacho las alas del corazón; sin ánimos para empresas difíciles, compró una lancha pescadora, *La Josefita*, y lanzóse a patronearla con unos compañeros de la ribera, más pobres aún que él.

Pero iniciado con ardor en los códigos de la fraternidad, hizo un contrato desconocido en leyes de cabotaje: el fruto de cada marea se repartiría en *La Josefita* sin reservarse el patrón sus quiñones de ventaja, que exceden, según costumbre, de la mitad de la pesca.

Tal gallardía le valió al marino una interesada populari-

dad entre los subordinados y un manifiesto rencor entre los patronos. De estos últimos, los de las *vaporas* fueron más hostiles contra el mozo, porque juzgaron insolente su extraña conducta. Pertenecían a una fábrica de conservas y otra de salazón, unidas por un almotacén más bullanguero que eficaz, y monopolizaban en absoluto el tráfico marinero.

Aquella industria, establecida junto al muelle en el regazo miserable de Traspeña, tuvo por origen la caridad de un gran señor que se compadecía mucho de los pescadores y quiso proteger sus dolorosas jornadas ofreciéndoles una venta segura al arribo de cada mareaje. Tan noble propósito, caído en manos de administradores poco fieles, hubo de convertirse en enemigo de aquellos a quienes quería socorrer.

Al prócer, ausente y confiado, le convencieron de que la empresa necesitaba lanchas de vapor, y adquiridas las naves, que los marineros tripulaban por un mezquino salario, ninguna barquía pudo competir con el nuevo sistema de costear, mucho más rápido y productivo que los bizarros trajines de la vela y el remo; las *vaporas* aseguraban a los talleres el producto del mar, y las fábricas, con pretensiones todavía de altruismo, eran un negocio usurario, un cínico poder bajo el cual sucumbía todo el gremio infeliz.

La quimera.

Cuando *Charol* tuvo una lancha suya con artes propias, y de su minúsculo patronaje quiso hacer una generosa hermandad, los conserveros le trataron de farsante y de loco, prediciéndole una ruina inmediata.

Fueron augures; a *La Josefita*, con pretextos ruines, le compraban el pescado a precios lesivos, y el comandante del puerto, un cabo de Marina que estaba en todo litigio al lado de los más poderosos, comenzó a perseguir con multas a la barquia nueva: los temporales del invierno, amarrando las embarcaciones al muelle, acabaron de empobrecer al esforzado patrón.

Era entonces cuando cambiaba él sus confidencias con Aurora. La muchacha había sacudido con denuedo el marbete de corrompida que le colgaron al llegar: su heroica actitud la defendía de la miseria y del pecado con tales bríos de honradez, que se acallaron las más despiadadas murmuraciones y hasta la madre inverecunda tuvo que dar tregua a sus aborrecibles intentos.

La vida sacrificada y acerba de *Charol* servía de estímulos a la muchacha en el riguroso camino de la virtud. Ya sólo en las horas bruscas y terribles del trabajo se sentía plenamente mujer; enardecíase venciendo, saboreando el gusto del combate como una prueba de beligerancia en las lides honrosas que antaño perseguía. De aquel tiempo baldío no le quedaba más que la pesadumbre de no haberle aprovechado mejor: las galas, los dijes, los hábitos burgueses, habían desaparecido al empujón violento de las amenazas tremendas. Y sofrenando con indómita voluntad las inclinaciones finas y gentiles, ya de la moza señoril no aparecía en la playera miseranda más que la hermosura, cada día más espiritual y silenciosa: ojos presados y calientes, pelo rubio, caído en aladares rizados sobre la sien; boca

dulce, de atenuada sonrisa; mejillas doradas por el sol. Era alta, mimbreña; tenía un encanto pensativo y sugerente, una gracia llena de misterio.

Mirábala *Charol* con beatitud, pasmado de su fortaleza, deseoso de infundirle cada día más alentadoras ilusiones.

Consideraban su encuentro providencial, y le pusieron, ingenuamente, el lazo de una alianza íntima y peligrosa: se ayudarían el uno al otro con el ejemplo, con el cariño, con la sugestión de una fe, honda y radiante, en algo todavía inseguro y nebuloso.

Bajo las influencias del amigo, Aurora saludó con fervores de novicia las obras del gran iluso Henry George, y las del gran romántico Lasalle; guardó con apasionado respeto un volumen económico, en cuya portada, sobre las letras rotundas que dicen *cuatro reales*, se asoma Carlos Marx, austero y viril, con las barbas de nieve tendidas sobre el corazón.

Los dos ardidos soñadores pasaron en la aldea por criaturas delirantes, tocadas de una ambición desconocida y perniciosa, sin que su estrecha amistad inspirase ningun recelo: se les juzgaba embebidos en ideas extravagantes, alejados de la vida por una rara quimera que nadie supo de cierto lo que fuese.

Y mientras tanto, los pobres idealistas, los vigorosos paladines de espirituales aventuras, rodaban, caedizos, en el polvo de la humanidad, envueltos en la terrible quimera del Amor...

Algunos meses vivieron los amantes absortos en su es-

condida aventura, embriagados en su temeridad: para él aquella gloria inesperada era un hechizo que le tenía embelesado; para ella fué su caída como un testimonio irrecusable de la suerte, y se miraba a sí propia, sin rubor, sin remordimientos, con una humilde tristeza que no excluía el orgullo de sentirse amada por un hombre de bien.

Charol quería casarse; Aurora no.

—¿Para qué?—dijo.

—Para darte un nombre honrado por mí—adujo el marinero—. Yo limpié con mi conducta lo que me pertenece del apellido de mi madre: cada uno es hijo de sus obras.

—Pues eso nos basta—afirmó la joven algo sombría, tan hermética, que no volvieron a hablar de aquel asunto.

Siervos del mar.

Había tenido *Charol* que vender su lancha y navegaba en ella como tripulante, corriendo los chubascos invernizos, ya muy adelantada la costera del besugo.

Una noche inclemente de Febrero había salido *La Josefita* con rumbo a *la marona*, a cuarenta millas de Traspeña; ventaba el norte con hálitos muy fríos, se levantaba mucha mar, y los marineros, después de nueve horas de trajín, largaron un palangre y recogieron otro, no muy cargado, porque la pesca buceaba con la extrema temperatura.

El regreso a la costa se hizo muy difícil; el viento, más arrachado cada vez, desgajó las nubes, y la cellisca y el cansancio maltrataron mucho a la gente; hubo que arriar la mayor porque la nave no la pudo aguantar; izóse el tormen-

tin, y poco después era preciso cambiarle por la unción, hasta que la veluca, angustiosa como las postreras oraciones del alma, fué demasiada tela para la zozobrante barquía. Los diez hombres que la tripulaban se lanzaron a los remos bajo la furia del granízo y el huracán; en esta última maniobra resbaló el patrón, agarrado todavía a la escota de la vela, y se le escapó de las manos la caña de gobernar. Saltó a sujetarla el proel, un mozo casi infantil que quiso mantener la lancha popa al viento; un instante pudo, rojo de ansiedad y de violencia, conducir el timón, y le soltó de pronto con un grito desesperado, mientras una ráfaga más dura y tempestuosa, le arrojaba al mar: cuando le recogieron, en fuerte brega con las olas, tenía los dos brazos rotos.

Tendido sobre el panel, envuelto en ropas mojadas, yació el héroe mientras sus compañeros defendían con ahincada bravura las tristes vidas: negros de frío, calados de agua, con los dedos hollados por la palamenta, bogaron desatinadamente.

Apareció la costa, erguida en el horizonte como señuelo de la esperanza y arreció el empuje de los siervos del mar; en los pechos, en las manos, eran las venas torrentes de ambición, entrañas donde rugían sediciosos todos los humanos afanes.

Al cabo de la espantosa jornada *La Josefita* entró en el puerto, y mientras el lisiado era conducido al hospital, iba *Charol* a vender la pesca lograda después de veinte horas de lucha sobre el lívido manto de la muerte. En los ojos oscuros del pescador hundía su rastro el drama de toda la

prole marinera; un aire de fatiga y desaliento humillaba al mozo, con la cabeza desnuda delante del encargado de las fábricas. Quedóse éste mirándole con fisga y desdén, para decirle:

—Conque, ¿tres arrobas?... Pues te las pago a cinco pesetas cada una.

No habían acudido al muelle revendedores, muy escasos frente al poderío de los conserveros, y *Charol,* sin poder recurrir a la subasta, obligado al ajuste ineludible, acalló valerosamenté su protesta ante el ofrecimiento abusivo.

—¡Tres duros!—murmuró doliéndose.—La mitad y una parte corresponden al patrón... quedamos nueve hombres: ¡nos tocan a tres reales!

—¡Eso, tú verás.

—¡No, señor!; es demasiado poco. Aguardaremos que amaine para irnos a vender a Villanoble.

—Más de veinticuatro horas no se os permite conservar la pesca a bordo; si antes no podéis salir y me lo vuelves a ofrecer, te lo pago a perra chica.

Fulminó «el amo» su amenaza aguda como un cuchillo, y, de repente, el marinero saltó encima de él con un insulto y una bofetada:

—¡Ladrón!...

El mozo atrevido fué a la cárcel.

Durante dos meses acudió Aurora todos los días a una ventana, detrás de cuya infamante reja padecía su amigo, amargado y ceñudo, sin máz consuelo que el cambiar con la joven unas palabras de ternura y fidelidad.

Con Aurora iba siempre *Bolina*, el perro caduco de *Charol,* cada vez más torpe y gimiente, muy turbios los ojos, como si estuvieran cansados de llorar. Llevaba ella en todas sus visitas algún pobre compange que aliviara el hastío del rancho al marinero, y no le faltaba nunca un mendrugo al animal, alebrado al pie de la reja, sin pedir más que una caricia.

Amanecer.

Cuando se abrió la puerta de la cárcel para *Charol,* se había cerrado definitivamente la de su hogar, confiscado por los administradores de la Justicia. Y los traineros se disculpaban de admitir al mozo en su tripulación, influídos por la venganza insaciable del «amo».

Volvió entonces el costanero a vivir como de niño, en ostugos y latebras de la orilla, cobarde para huir lejos de Aurora, incapaz de arrastrarla con él, sin sosiego ni rumbo, sabe Dios a dónde. Ella le quiso más que nunca, así, lastado y perseguido, le acompañó enamorada en los algares tenebrosos, le supo decir palabras sonrientes en las horas más oscuras y acedas.

Cobró aliento el muchacho al abrigo generoso del amor; logró que le recomendasen al ingeniero de una mina cercana, y una tarde huyó de la costa buscando en el fondo de la tierra el auxilio que le negaba el mar. Aurora esperaría el instante feliz de reunirse con su compañero bajo un dintel acogedor.

Pero sin tardar mucho, recibió ella una carta angustiosa

del ausente. Había sido acusado de anarquista virulento, y despedido con el plazo de una semana. No sabía dónde ir; quizá se enrolase en un barco de carga que salía de Torremar falto de tripulación.

Aquellos renglones tristes y confusos terminaban con una despedida entrañable:—Ten confianza siempre en mí.

Aurora recogió la misiva al anochecer y decidió ir al día siguiente en busca de su amigo. Necesitaba decirle un secreto dulce y tembloroso, que acaso modificara la resolución de aquel viaje, indeciso y errabundo.

—Saldré muy temprano—pensó la muchacha—, antes del mediodía estaré de vuelta sin que nadie se entere.

Y suspiró, afanosa del instante en que había de levantar el sagrado peso de su corazón.

Al siguiente amanecer se despertaba con los ojos abiertos en la sombra, empujada bruscamente a la vida desde la niebla de los sueños, evocando tristezas y dolores con implacable memoración.

Y a pesar de las asechanzas del destino, sentía en sus venas con fuerte plenitud el goce de vivir. Bajo el agua profunda de sus ojos ardían los temibles recuerdos a la lumbre de esperanzas tan clementes, que Aurora logró ahuyentar con una sonrisa los fantasmas dañosos, y llegóse con blandura hacia la pared donde fulgía una cicatriz de luz.

Abierto el postigo quedó allí la moza un instante deslumbrada, ocultando la gravidez de su cintura con un movimiento pudoroso, mientras en el pecho, moreno y desnudo, se le clavaba el sol como un puñal.

III

PIEDRAS Y LLAMAS

El roce del secreto.

UÉSE con la mirada desprendida del camino, bajo el oreo de la mar, el aroma de la fruta caliente y el zumbido manso de los follajes. Creía sentir que en su seno palpitaba toda el alma del mundo y que resonaban sus pasos en las arenas del tiempo.

Desde la hondura de la mies veía el monte, ondulante como las olas, señero y adusto sobre la ribera sativa, herido por anchurones rojos que le desangraban el corazón.

Hacia él se dirigía la enamorada llevando en los ojos toda la claridad de los campos, leyendo igual que los poetas, en las corolas y en los ramajes, cuando la detuvo una caravana triste: un convoy de bohemios expulsado del término

municipal por la Guardia civil. Alejábanse los peregrinos dentro de sus albergues, como los caracoles, asomando apenas a la luz, por las cortinas de los carros, unos semblantes mudos y absortos, llenos de preguntas.

Sólo una mozuela, casi niña, codiciosa de sol, marchaba a pie arrastrando en el polvo de la ruta unos harapos de la bandera española, especie de cendal absurdo, que pretendía simular un manto.

Sonreía la chiquilla con descaro infantil, entre los graves tricornios, castigada a ignorar siempre el origen de su culpa.

—¿Va presa?—dijo Aurora, con lástima, a unos muchachos seguidores del cortejo.

—Va conducida.

—¿Por qué?

—Porque pide...

En el camino real se alejan con la niña ambulante, rotos como un símbolo, fuyentes y lastimeros, los sagrados colores de la patria, mientras Aurora sigue andando con un poco más de lentitud.

Como ahora lleva los ojos abatidos, cuida mucho de no interrumpir una parda hilera de hormigas, hilo tembloroso de ansiedad lanzado desde los helechos de la linde a las aventuras del andén.

Arde ya la mañana; a un lado de la carretera se dobla un cárdeno veril sobre laderas de pastura, lejos del toldo de los álamos, subiendo hacia el monte, cuya raída faz enrojece bajo la cúpula azul, como una carne atormentada por terribles manos sangrientas.

Mirando el nuevo rumbo siente Aurora una ráfaga de turbación: sus pupilas grandes, donde todo entra y se hunde, buscan el horizonte marino sedientas de él, y al fin se clavan, humildes, en la desconocida senda.

Una alondra pasa cantando, camino de los cielos; una araña rubia teje su red a flor de césped, entre dos matas fragantes.

La muchacha admira los *hilos de la Virgen* con que la tejedora se fabrica el nido, y huye de los cálices gualda que los poleos le tienden a los pies desde cada lindón.

Llega de la mina el sordo bramido del trabajo; se inflama el aire al abrigo de la cumbre; se retuerce el sendero en la roja soledad.

Adelántase la costanera cada vez más tranquila y firme, sintiendo en el corazón el ligero roce de unas alas, guardando en la conciencia el afanoso escucho de un secreto.

La sangre de la mina.

El camino que la conduce se pierde en un gran ensanche al borde del barranco, se llena de rumores fabriles y va dando vuelta a la montaña cargado de edificios industriales, de alpendes y garitas, productos mineros y vías férreas.

Cruza la joven aquella plataforma entre el grupo de muchachas que acuden a los talleres, y mezclada con ellas traspone el ruidoso dintel de un cobertizo descollante, blindado de zinc, cuya fábrica desciende en tramos interiores hasta el fondo de la quiebra.

Es un enorme lavadero de mineral, un vertiginoso mecanismo que rueda y gira, choca y ruge con incesante clamor. Las mandíbulas de hierro devoran la calamina y la escupen en los coladores monstruosos para echarla después a un nuevo tamiz, a un inquieto canal, a un trémulo cajón. Aturden el vaivén continuo de las cribas, la rotación constante del Tremel, que igualan el material, y la trepidación de las mesas giratorias, el crujido de las ballestas y los ejes, el movimiento de los tambores y las planchas: zunchos y rodillos, cables y zubias, el aire y el polvo, el agua y las piedras, tienen ritmos, gestos, curvas, fauces, una delirante voz de orgullo y de poder, la tremenda armonía de un verso torrencial.

En el segundo piso, una guirnalda de obreras se ciñe a los lados de la cinta sin fin donde la calamina corre, mojada y temblorosa, al paso de los ágiles dedos que la depuran. Todo muerde y canta sobre los dóciles bustos de las mujeres que sonríen empapadas en sangre de la mina, envueltas en el grito soberbio de la Industria.

Aurora baja los peldaños del edificio empujada por el estruendo y el trajín, y se queda sin saber qué hacer en otra anchura grande, como la de arriba, muy honda y muy caliente.

No se decide a preguntar por *Charol*, y con la esperanza de encontrarle se va acercando a los hornos puestos en fila, solemnes y abrasadores. Los de cuba arden con las bocas cerradas, altos y mudos, sin mostrar una chispa ni un fulgor. Los de reverbero reciben la mena por la parte lejana al hogar y la calcinan con ayuda de rastros y espetones que la

conducen al través de toda la solera. Desde cada boquilla un obrero hurga con la zaragata el encendido vientre del laboratorio y con el remo boga en las ascuas vivas hasta sacar purificada la tierra: cunde un río de brasas al impulso del rodo candente y fulgen las escorias extraídas por el horcón.

Estos hombres abocados a los hornos, tienen estuosa la piel, jadeante el respiro, enfermiza la traza.

Aurora los mira con el temor de hallar así al que busca, y los mozos componen su dolorosa torsión para sonreir con malicia, a la lumbre vulcania de su tarea, bajo el aire saturado de polvo y acidez.

Sigue la exploradora su camino entre horneros de torso desnudo que suspenden el trabajo para requebrarla, y ella, impacíente, confusa, acaba por dejar la zona terrible de las calcinaciones y volver a subir por la orilla de los lavaderos hacia el bastión de la montaña, sorteando las quebraduras del paraje, los montones de material, los viales de un minúsculo ferrocarril. Anda otra vez ensordecida por el ruido estrepitoso de la maquinaria, sintiendo hundírsele en la carne el frío temblor de las mesas de Linkenbach, el lamento perenne de las aguas rojas, el diabólico salto de las piedras rubias, de las tierras cargadas de zinc: la envuelven el polvo y el humo; la sofocan la marcha y el calor.

Llega arriba, perdiéndose de nuevo en el surco febril de las labores, y entra maquinalmente en el taller de monda, un tinglado ancho y abierto donde las obreras, armadas de martillos, tunden los pedruscos de la explotación para quitarles la ganga.

Atraviesa Aurora todo el local sin ver ningún rostro conocido, perseguida por los golpes del trabajo, atormentada con ellos igual que si los recibiera en sí misma: padece ya como un suplicio el contacto de aquella calentura llena de vértigos y clamores, y se inquieta bajo tal pesadumbre lo mismo que en las ansias de una pesadilla.

El túnel. Al salir del taller, dudando siempre adónde dirigirse, una voz la detiene:

—Oye, ¿a quién buscas?

Queda parada, muy sorprendida, sin saber qué decir.

—Busco a un minero—responde al cabo, frente a una moza alegre y ruda que la observa con gran curiosidad.

—¿Cómo se llama?

—*Charol.*

—No le conozco. ¿Es tu marido?

—Sí...

—¿En dónde trabaja?

—No lo sé.

—Pues es difícil que le encuentres: te daría noticias un listero.

Soy forastera: no acierto a preguntar.

La voz de Aurora se ha hecho frágil como la de un niño, y la otra muchacha le aconseja con repentina dulzura:

—Sube un poco más, siguiendo los carriles del tren, y cuando veas una barraca que dice *Lampistería*, preguntas allí por el tú hombre, que acaso te darán alguna razón.

Agradece mucho estas indicaciones la viajera y toma el camino de la cumbre, algo más animosa. A considerable distancia, cerca de una bocamina, descubre el letrero indicado y se asoma al barracón para formular su pregunta.

Un viejo le responde:

—El lampista es mi hijo y se ha marchado.

—¿Sabe él quiénes bajan allá dentro?—pronuncia la joven mirando con susto hacia el boquete sombrío.

—Lo sabe: por cada lámpara que entrega le dan un nombre y un número.

—¿Y tardará en volver?

—Acaso...

—¡No le puedo esperar!...

Sonó la frase con desconsolada inquietud. El viejo miró a la moza en los ojos puros y vió que le temblaba en ellos un soplo del corazón. Hablando con ella acaba por descubrir que Gabriel Suárez es el obrero acusado de anarquista y que trabaja en el último piso de la explotación.

—Le voy a buscar—dice Aurora resuelta.

—Necesitas un permiso y un candil.

—¿A quién se los pediré?

—Pues mira—decide el hombre, interesado por aquella angustia dulce y grave—ahora sube el capataz de labores por allí, con una visita; el que lleva traje de pana: ¿le ves?

—Sí, señor.

—Detrás va mi hijo con las luces: si los alcanzas y te dejan bajar, estás de suerte.

No espera la muchacha un solo instante. Sin perder el

grupo de vista se apresura por los torcidos pasos que trepan sobre escollos hacia el túnel.

Aparece el monte rebrotado en cada pliegue del laboreo, en cada intersticio de la roca; las flores de malva y de saúco, la manzanilla y el llantén, la viola calaminaria, se insinúan odorantes en el acoso de la vegetación: una pujanza verde y milagrosa cunde por la sangre de la tierra y sube a la cima, irguiéndose en el aire azul.

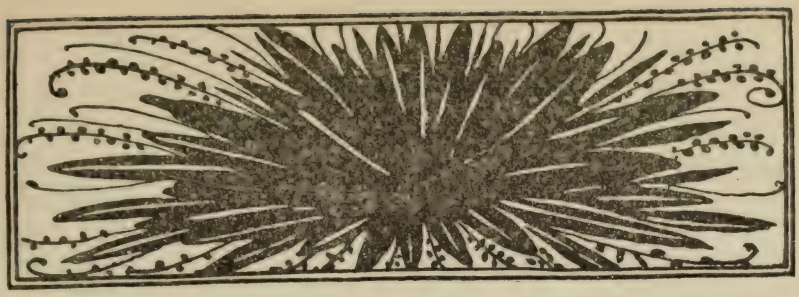
Van las miradas de Aurora como pájaros ardientes volando hasta la espina de la cumbre desde el agujero donde se extravía la senda carmesí.

Diríase que en la fascinada actitud de la joven hay una muda interrogación a todos los misterios; que siente con asombro debajo de sus pies el crecimiento de la sierra, y que algún temor oscuro le pone sobre la frente la sombra de un quebranto.

Llega a la bocamina cuando han desaparecido en ella el capataz y sus acompañantes. Dos candiles encendidos cuelgan a los lados de la entrada; una pareja de bueyes, uncida y perezosa, aguarda con el frontil lleno de tábanos, quieta la luz en las pupilas gordas y mansas.

Se vuelve Aurora mirando vacilante a su alrededor, ya sorbida por las tinieblas del antro. Unos hombres la siguen desde lejos: quizá la van a detener.

De pronto se apodera de una lámpara, y con el paso trémulo y decidido se hunde en la oscura frialdad del monte.



IV

LA TIERRA VIOLADA

Sobre el abismo.

E halló bañada por una ola saludable de frescura, envuelta en un manto apacible de silencio, protegida por una bienhechora soledad.

Andaba sobre un piso blando y oscuro, tendido de railes, y veía delante, ya un poco lejos, el temblor fugitivo de unas luces.

Pensando en acercarse a ellas levantó la suya con el instintivo deseo de vislumbrar un horizonte, pero la llama no extendía su poder más allá de un halo vacilante, y sólo consiguió descubrir a trechos unos muros blindados, una bóveda entibada, una humedad gimiente, desprendida de todos los rincones con manso rumor de lágrimas.

Disfrutó la moza inconsciente dulzura en la compañía de aquellos sones frescos y hondos, que parecían subir de las profundidades de la tierra como tranquilo llanto, riego feraz de un abundante corazón. Y llegó entonces por la galería un silbido agudo, resonó un fragor creciente que hacía estremecer el suelo y agitaba en el aire unas alas oscuras.

Aurora se echó a un lado con inquietud; doblóse cobarde el pábilo del candil, y pasó un tren chiquito y fugaz, dejando en las tinieblas un galope de humo y una sorda trepidación.

Pero ya no vió la mujer aquellas luces que antes la precedían: volvió a oir el llorar frío de la roca, y sintió despertarse poco a poco otras voces calladas que empezaron a tener una armonía y un encanto.

Se había detenido en un anchurón cruzado por bifurcaciones de carriles sobre una placa de maniobras, y no sabiendo cuál desvío seguir, tomó hacia la derecha fiándose al azar, confundiendo el ruido de sus pasos con la huella de los visitantes a quienes pretendía reunirse. El terreno buzaba con acentuado desnivel, y la traviesa, mucho más angosta que la galería, fué haciéndose por momentos resonante y sensible, como si la llenara el ritmo de una inmensa respiración.

Al hundirse cada vez más en laberintos pavorosos y violentas descensiones, el suelo se convertía en altísimos tramos, y Aurora, curvándose hacia el brusco declive para sentar el pie en el foco macilento de luz, parecía inclinada sobre el abismo de la vida, con los ojos llenos de ansiedades.

Sudaban las raíces del monte, se oía el estremecimiento incesante de la tierra, el latido profundo de los gérmenes, el trabajo penoso de la roca: una legión de almas decía con balbucientes revelaciones el eterno milagro de la creación.

Avanza la joven escuchando el esfuerzo que hace la naturaleza por hablar, oyendo con asombro que todos los seres mudos levantan allí su repentina voz, y olvidando en un lúcido ensueño, que se confunde perdida en la huraña lobreguez: sólo siente, con raro gozo, el misterio que yace en las cosas y se subyuga bajo la fuerte densidad de la vida, atendiendo fascinada a los diálogos incomprensibles, a las visiones alucinantes.

Va rozando la pendiente de un filón delineado en su armadura como una tremenda cicatriz, envuelto en débiles arcillas de la salvanda, y sepulto en los brazos rocosos del hastial. Un bosque de entibos contiene las capas flojas del terreno, y al través de rachas y peones, caen, sin descanso, migas de tierra, gotas de sudor, granos de cristal.

Cóncavos y anchuras, revueltas y cruces, dividen en macizos el enorme criadero, y en uno de sus múltiples recodos percibe Aurora una turbia sensación de lontananzas que la induce a elevar el candil otra vez: el tenue resplandor que arroja hacia arriba, con el brazo extendido, no tropieza ya en los *latones* tortuosos de la encamación, y se pierde en una torre oscura de silencio, sobre un valle de sombras hundido a los pies de la muchacha. Ella se aturde con el inesperado temor de encontrarse a la orilla de un precipicio, cuando ve salir de las tinieblas unas llamas de candi-

les como el suyo; parecen aquellas que se le adelantaron en el primer socavón y se mueven errantes, lo mismo que los fuegos de las tumbas y del pecinal. Aún arriesga unos pasos inseguros, dudando si retroceder o seguir, y se detiene sorprendida por otras luces más hondas, casi devoradas por el silo.

Una ráfaga de voces sube de la tenebrosa profundidad: acentos humanos, crujidos de estemples, golpes de herramientas, deslices de aludes; todo el bullicio nervioso del trabajo, como si la mina riese o delirase.

La antorcha.

Y de pronto, en lo sumo de la altura lejana, se enciende un hacho fulgurante que alumbra una caverna monstruosa es el hueco del monte vaciado por la explotación.

Han quedado allí erguidas las zonas estériles que forman columnas de sostén entre los respaldos del criadero, y están desnudos los huesos de la tierra, torcidos en contorsiones absurdas, atormentados en álabes dolorosos. La montaña, extirpada la carne de los senos, apoya su osamenta en llaves de la dolomía, y construye en el vacío escollos, palacios, aras, sepulcros; erige monumentos, rasga balcones, traza caminos, cuelga de sus ápices una sorprendente vegetación.

En esta fábrica vertiginosa llena de calabozos y guaridas, cada relieve amenaza rodar, y cada perfil se abre, se aguza, resplandece con bellísimas irisaciones, llora con lágrimas eternas. Los arcos y los pórticos tienen un crecimiento in-

domable y una espléndida fragilidad: se atreven hasta el domo de la cumbre, con audacia increíble, y parecen estremecidos por un temblor de arenas y de arcillas, a riesgo de caer.

A media altura de la cueva inaudita, sobresale una ménsula extraña donde Aurora abre los ojos colmados de estupor, mientras en el supremo viso flamea la lumbre sostenida como una lámpara pensil, cambiando de tonos que visten el recinto de fantástico esplendor.

De arriba, con la variante claridad, caen unas fuertes palabras y rodean por tres veces el espacio, como el grito que lanzan los azores desde las nubes, cuando emigran a la luz de la luna y ciñen los valles con las tres vueltas de su cantar.

Aquellas voces son de un minero que increpa a Aurora en tanto que ilumina la despedazada cumbre:

—¿A quién buscas?... ¡Fuera de ahí! ¡Está prohibido a las mujeres bajar a la explotación!...

Ella tarda en comprender, luego distingue a los visitantes para quienes se alumbra la magnificencia espantosa de la mina, y ve confusamente en el hoyo siniestro, la zapa de los hombres ensañados contra el mineral.

Siente impulsos de huir, pero la lámpara enciende su último color que de azul se torna en amarillo con trágica lividez; tiemblan las descoloridas vegetaciones, agitadas por un soplo oscuro; en la punta de cada renuevo, luce una perla de agua, fría y colgante; un iris pálido toca los perfiles cavernosos y se extingue con largo parpadeo... Ha vuel-

to a llenarse de sombras el vacío del monte: sólo en la hondura prevalece una siembra de ascuas, oscilante sobre el rugido de la faena.

El camino ciego.

Retrocede Aurora apoyada en el granito de la pared, llevando en sus ojos de mar la visión formidable de la tierra violada, de la mina desnuda; pisa audazmente en el suelo desmigado y polvoroso, y no trata de subir al sol por los empinados hurtos que acaba de bajar, sino que piensa descender hasta la semilla de fuego que ha visto moverse en la cava profunda: quiere ir a las entrañas de la roca buscando al compañero de su vida.

Se sume en los primeros escalones que halla, retorcidos en las tinieblas, y vuelve a encontrar encima de su frente la brusca ademación con lacunarios por donde las piedras se asoman y crujen, se duelen y amenazan: algunas dejan caer partículas brillantes, chispas duras de mineral que hieren el suelo como una sementera de quejidos.

Presa en la fascinación de lo extraordinario, Aurora padece, igual que el monte, el martirio de las ligaduras que oprimen y dislocan el terreno, que le pungen y le profanan: va ella pisando con respetuosa compasión la ceguedad del camino, oyendo, religiosamente, el eterno murmullo de las cosas. Ha perdido el miedo a la soledad; quiere seguir bajando hasta el límite de la excavación, sin que nadie la detenga con prohibiciones y amenazas. Allí, en el fondo de aquel estruendo indefinible, donde las herramientas devo-

ran con furia el riñón de la mina, rescatará al amado para subir juntos a la luz.

Se hace el piso más pendiente y escabroso; vibra cada rumor como una gota de sonoridad en la hondura del silencio; el aire se calienta con vaho de rescoldos, igual que si un incendio enorme esperase escondido al fin de la bárbara ruta.

Siente Aurora el agobio del calor y de la estrechez, opresa entre los puntales del encostillado, fatigada por el agrio declive, ansiosa ya de rendir aquel oscuro viaje, cuando vislumbra una claridad yerta y extrañísima que a poco se convierte en rubia herida de sol.

La mirada celestial.

Una falla gigantesca abre paso al día hasta los dobleces enterrados de la montaña, y a la repentina luz, brilla como un espejo el hastial pulimentado del filón, se levanta insigne la cantera al borde del soplado, y todo adquiere allí un acento, una expresión, un ademán. Rocas de diversos orígenes y estratificadas en yacimientos de distintas épocas forman el escarpe, le varían de materia y color, le visten de asombrosa hermosura y de gracia generatriz. Está la vida íntegra en él: la codicia humana se detuvo medrosa junto al corte magnífico por donde la mirada del cielo baja a las sordas profundidades de la tierra para despertar a las rocas que duermen y conmover a las piedras con el sol. Y el alma múltiple de la Naturaleza escribe aquí en las últimas hojas de su libro, el trabajo del Tiempo, la historia del mundo llena de arte sobrenatural.

V

LAS AGUAS DEL OLVIDO

Revelaciones.

N minuto de sorpresa alucinante y Aurora se sienta en un plinto virginal, apoyada en el damasco de la pared, mirando con ojos de vidente el plano de resbalamiento donde los siglos han petrificado briznas de montañas, cienos fluviomarinos, lodos lacustres, restos de plantas y animales que dan a los estratos inauditos matices y caracteres de escritura misteriosa.

Cada formación telúrica puso aquí una huella y un rostro en las capas minerales. El trías guarda en sus vetas arcillosas rastros de criaturas fuyentes, de monstruosos reptiles, aves tridáctilas, peces y saurios primitivos, impresiones de lluvias y glaciares que las calizas pulverulentas hundieron

en sus légamos livianos para labrar el monte. Ninguna palpitación vital fué olvidada por la obra del Tiempo en su pétrea urdidumbre: de los seres más lejanos retuvo, con infinita paciencia, la sombra de un ala, el molde de una rosa, el surco de un dedo, el vestigio de una uña. Así la vida nunca bajó a desaparecer en el fondo oscuro de las aguas, porque los sedimentos marinos y la ova tierna de los estuarios padecieron, humildes, la tortura que endurece, la pena que transforma, y se levantaron en su día hasta las nubes, convertidos en mármol y en jaspe, en roca y en metal,

Y aquí viven, rescatadas en un bloque de perdurable hermosura, las remotas existencias que rodaron más de una vez a los abismos, donde nada se pierde en la mano de Dios. Lucen venas sanguíneas, como los cuerpos humanos, y zonas resplandecientes, como las almas eternas; aguardan y sufren, dóciles a las leyes del evo insondable, y están interrogando a Aurora con las pupilas obstinadas del cristal.

Ella recibe, férvida, la iridiscente consulta de los cien ojos extraños que al fulgir parecen llenos de lágrimas; la duele, entonces, el peso de otra vida dentro de sí, y sabe, de repente, con luminosa certidumbre, que en la Naturaleza todo germina y trabaja por medio del dolor. Se apoya con angustia bajo el sofito natural del muro, que le ciñe al cabello dorado, tenue gasa de polvo azul, y permanece absorta, desprendida de una realidad que la sepulta en las escabrosidades de la tierra, cortadas por aquel terrible hachazo de sol.

El filo de la rotura desciende claro y agudo por la boca sombría del misterio; es como un puñal caído entre dos inmensidades: arriba, las alas del éter, abiertas a la luz; abajo, el pavoroso confín de las cosas que no tienen nombre. Y en el plano luciente y altísimo del filón todas las señales geológicas del país dispuestas en horizontes aflorados, perceptibles como en un mapa.

En el mismo corte apuntan las rocas deleznables que en su demudación ofrecen el más puro caolín y las tobas de pórfido, los riñones de pedernal, los cristales sonrosados, cubiertos de vegetación. La macla, que roba a los esquistos su materia colorante, refulge en prismas negros, envueltos en vidrios claros, y las masas traslúcidas de calamina esplenden en agregados fibrosos, con brillo de nácar y tono gris. Se dibujan las columnas de feldespato, recubiertas de mica volubles de color, con venas radiales y cintas carbonosas en forma de cruz, y arde la estrella de la cerusita, de fulgor adamantino y celeste matiz. Arcillas abigarradas, tal vez fundidas en posos litorales, se juntan a los manchones del cretáceo, a las piedras urgonenses, a las calizas de terebrátulas. Entre arrecifes de dolomía y racimos de blenda vienen a yacer los minerales de zinc, agrupados en drusas, con el lustre de la calcedonia y el colorido de la miel. Y en el hueco de los vasos, las geodas descubren en cada grano de cristal las escamas concéntricas y leves, las irradiaciones cambiantes que rutilan por transparencia o reflexión ponderando el valor enérgico de cada molécula; todo en la falla salvaje adquiere un hechizo prodigioso, un ímpetu solemne

alumbrado por la meridiana claridad en la depresión violenta de la sima.

Oye Aurora otra vez el balbuceo del milagro: las piedras, los fulgores, las tonalidades, los sonidos, gesticulan y sollozan, se solivian hasta sentir el escalofrío de los espacios, y descienden a sorprender las voces que hablan por debajo del mundo.

Los crujidos apenas perceptibles de la montaña, le suenan a la moza como revelaciones apremiantes, igual que si la fuerza dinámica del filón tuviese de pronto un solo grito, destinado a clavarse en la sensibilidad de la mujer.

Advierte ella cómo los pensamientos se le yerguen atados con hilos radiantes, encendiéndola en lumbres desconocidas. Su corazón al arder gime, como la leña verde, consumido por ternuras nuevas, y Aurora se levanta con involuntario impulso de movimiento y de inquietud.

El milagro de cristal.

Sigue el borde del soplado por donde la ruta se desliza, y la encuentra casi interceptada por un recio cantal, desprendido de la curvatura dolorosa que el criadero ejerce en los hastiales. Está aquí despedazado el tesoro del monte, hecha añicos su magnificencia, que al romperse difunde con generosidad la virtud de cada fragmento.

Y la joven se arrodilla deslumbrada para coger, uno a uno, los prismas y los rombos; las piedras, con signos y cruces igual que los talismanes; los fósiles persistentes lo mismo que la vida, donde abundan los esqueletos sólidos

añorando el pie reptante de los moluscos, abierto y firme como un disco.

Eflorescencias de variadísimas rocas pintan de colores las manos de la muchacha: blanco de nieve, rojo de melocotón, azul de Berlín, matices confusos, diluídos acaso, del licor de la púrpura, de la tinta de la sepia, del veneno de la aplisia, del manto transparente de las terebrátulas. Van resbalando por los dedos curiosos todas las maravillas del sobrenacimiento; raras incrustaciones, flechas de cristal, moldes vacíos, rezagos de artejos y de valvas, de cilos vibrátiles, de plumas y hojas: polvo de miles de criaturas peregrinas que un día se creyeron procedentes de las estrellas o engendradas por el diluvio.

En la abertura caliente de un desgarrón encuentra Aurora una venus de concha libre, lúnula grande y espinas aguzadas; la coge, la mira con embeleso sin conocer su origen y la vuelve a dejar con blandura entre los lentejones blancos del algez y las bandas amarillas del azufre. Rompe, luego, la fascinación de aquella rebusca febril, llena de antojos, y da la vuelta al obstáculo que invade el camino para bajar la pendiente cada vez más rápida y arisca.

La cinta de sol continúa filtrándose por el salto, con rehilos tembladores y claridades mágicas.

La vena fría.

Un rumor cristalino y un hálito de humedad suben de la honda lobreguez, y casi empujada por las cabriolas del terreno, la muchacha penetra en una enorme gruta, sobre la

cual se cierne la luz como en un bosque al anochecer. El suelo tiene apenas un suave declive, y en la parte que linda con la sombra lleva con él un río abandonado y espectral, a semejanza del Leteo: ha entrado allí por una grieta del monte y arrumba entre las cavidades silenciosas, dormido en los cadosos, apresurado en el rebalaje que nunca se detiene. En su descolorida ribera cunde una lama triste y fecunda donde se transforman las sépulas de penacho rojo y azul, las neritas de porcelana, las raíces vegetales, las conchas de tres palios, toda la corte de organismos destinada a convertirse en mineral.

Bajo los muros dislocados y la cimera tortuosa adquieren las piedras formas humanas, igual que en el taller de un escultor; se animan como espíritus vivientes, y traslucen un secreto medroso en el clivaje de cada cristal: un lívido resplandor de crepúsculo aumenta el enigma en los cuajarones metálicos, en las suturas de las hiladas, en el opaco gesto de las ademas.

Late el río, como una entraña estremecida, para abrir su anchura en un remanso. Aurora, siguiéndole con rarísimo asombro, se mira allí en el sueño profundo de las aguas y sorprende en su imagen las alteraciones de un contagio singular: tiene en las pupilas un brillo ceroso de turquesa; en el pelo, un flámeo de tornasoles; en los labios, una mueca de esfinge; en el vestido, el lustre ardiente de las joyas. Se halla desconocida. Por primera vez en aquel viaje absurdo, siente la sorpresa y el miedo propios de tan arriesgada aventura. Le espanta el murmurio de la vena fría, a la

que infunden los peces ciegos una sorda palpitación animal con rumbo a un horizonte que parece el fin de la esperanza. Y habituándose a la penumbra distingue, a poco, mecida sin ruido, una barca de abierto carel, con el chicote amarrado a la orilla: acaso está dispuesta para un viaje al lugar donde se acaba todo lo que existe.

Mirándola con suprema inquietud, vuelve Aurora a la realidad desde el anhelo imperioso como un maleficio, que la condujo allí, y se agarra a la vida llena de ansiedades, ágil la memoria, despierto el corazón. Una palabra acude a sus labios afanosamente: es la nueva manera de llamar al marinero que cambió su destino en la entrada de la senda roja:

—¡Gabriel!... ¡Gabriel!...

El eco gime en la espelunca siniestra con la misma insólita novedad que el nombre del arcángel en aquel dolorido amor: clama la moza por el amparo que busca, y esconde sus propios clamores, lanzados sobre las *aguas del olvido*.

Entonces huye temblorosa por los dédalos de la mina, dejando la lámpara en el suelo, sin propósito de seguir bajando porque está segura de encontrarse en el último pliegue de la tierra.

El collar de lámparas.

Atraída por la falla va, deshaciendo su camino con inquieta prontitud; vuelve a mirarse en el espejo del filón y toma una red cualquiera, hasta que se extingue la claridad y echa de menos el candil. Quiere retroceder, pero el es-

panto la abruma, las fuerzas la abandonan y avanza a tientas, maquinalmenle, gritando enloquecida:

—¡Gabriel!... ¡Gabriel. .!

Corre detrás de su voz, sin tino, desalada; tropieza, y cae de bruces, hiriéndose las manos.

Zumba el travesío como un caracol; alguien llega por él a pasos muy veloces, y Aurora se levanta contra un peligro más, se ovilla junto a la pared tratando de esconderse, y ve el surco de una luz que se acerca y se para. La lleva un mozo, casi niño, un piquetero cargado con alcotanas y punterolas; está jadeante y sucio; tiene rasa la mejilla, fuerte la sien, dulces los ojos que contemplan a la muchacha con atónita perplejidad, creyéndola, sin duda, una fantástica visión.

Como la descubre encogida y medrosa, la juzga una niña, y le dice maravillado:

—¿Gritabas tú?

—Sí; llamando a Gabriel..., a Gabriel Suárez, un minero...

—¿Algo bisojo, muy triste, que le acusan de anarquista?

—¡Ese!

—¿Hermano tuyo?

—¡Mi hermano!—pronuncia Aurora con espiritual fervor.

—Ya no está aquí.

—¿Que no está?

—Se marchó ayer.

—¿Adónde?

—A la marina, para irse muy lejos—añora el muchacho

con ambición infantil, mientras Aurora bosqueja una frase oscura que se extingue en un sollozo.

—No te apures—añade el piquetero, compadecido del dolor que provocan sus palabras—; puede que todavía no se haya marchado: sólo sé de seguro que hoy zarpaba de Torremar un barco donde él quería enrolarse.

—¿Qué hora es?—balbuce la joven, perdida la noción de tiempo y las distancias, imaginando que puede aún sorprender en la orilla al buque fatal.

—Es hora de salir—responde el mozo, cayendo en la cuenta de su retraso. Y pregunta, siempre bajo la impresión del asombro:

—Pero ¿cómo bajaste a la mina?

—Sin permiso: por una boca muy negra.

—¿Y sin luz?

—Con una lámpara como la tuya que olvidé junto a un río.

—¿Allí estuviste?

—Allí estuve...

Coloquian en voz baja, como en un templo, aturdidos por la extrañeza de aquel minuto, que parece una mentira.

—Pues ahora, vente conmigo—dice el muchacho con pronta resolución—; tenemos que correr porque van a estallar los barrenos.

Se dan la mano y emprenden la retirada al galope, mudos y anhelosos, llevando Aurora el candil para que su acompañante lleve las herramientas.

El aire se adelgaza porque el camino se apoya en una sola pared y corre abierto sobre el antro de la explotación. Toda la araña de la mina se ha hecho sonora en sus nerviosidades, y de repente circula por ella un trote sordo, constelado de luces, convertido en una fiesta de lámparas como la de Sais: es que los mineros huyen de la pólvora, sembrando de luciérnagas errantes el campo del mineral.

Queda el hueco bruno de la montaña circundado de lumbres, sobrepuestas en él lo mismo que en los collares cada torce. Un estampido brama furioso por las galerías y en la tenebrosa distancia ruedan siniestros los pedruscos.

Parece que el borbotón de lurtes va apagando las estrellas rojas en la noche terrible de la mina, porque desaparecen, una a una, bajo el rugido de las explosiones, mientras los fugitivos llegan por tajos y rompimientos al túnel principal, cuya boca se enciende con una llama de sol.

Aurora y el pinche salen también a la luz del día, entre los grupos de trabajadores, y el muchacho la conduce hasta un listero, a quien ella pregunta por Gabriel Suárez, con un resto de esperanza.

—Anoche se marchó—le contesta — para embarcarse esta mañana en Torremar, en un buque inglés.

Oye la moza algunos chistes bárbaros, requiebros atrevidos, risas insolentes; la masa varonil rezuma sus brutalidades humanas con el desnudo celo de la inconsciencia: es la hora del holgorio y de la libertad, el instante de reir, la ocasión de acercarse a una mujer...

Arde el mediodía sin una nube en el espacio; se confun-

de el paisaje caliente en el vívido resplandor: al otro lado del monte reza con mansedumbre la mar.

Y Aurora está allí, sola frente a su trágico destino, asustada de la calma del cielo, tendida como en un potro, en la rueda del mundo...

VI

EL «INTRÉPIDO»

CLAREA el alba a punto de nacer. El lucero matutino ha bajado a bañarse en el mar el rostro madrugador y ya se extiende por la línea del horizonte una espada de luz.

La despedida.

En el borde de la machina suelta el *Hardy* sus amarras y maniobra con el ancla a la pandura, sin cuidarse del fuerte correntín, cabeceando entre el mugido ronco de la sirena y el bullicio pintoresco de la marinería. Es un barco inglés tan valiente como su nombre, que llegó de Cardiff con medio cargamento, y lo ha completado en Torremar con rumbo al puerto andaluz de Estuaria, donde cambiará por cobre el carbón para volver a su país. Tiene el casco sombrío y al-

teroso, la quilla pintada de minio, la cubierta defendida por varios cañones servidos por un oficial de la Real Marina británica.

Conduce, por compromiso o deferencia, un par de viajeros, que observan desde el bandín, con mucha atención, los trajines de a bordo, el paisaje y la costa. Son jóvenes y parecen hermanos. Ella luce el pelo corto lo mismo que una niña, rizoso y oscuro, alrededor de la cara, muy interesante, en la cual fulguran los ojos con maravillosa tristeza; un encanto parecido arde en las pupilas de él, más claras, más audaces, llenándole de gracia espiritual el rostro varonil; visten ambos con una sencillez que no excluye cierta elegancia, exótica en la toldilla de aquel barco.

Gabriel Suárez trabaja en la arrumazón de la bodega, con la piel y los vestidos enlutados; el hombre rojo de la mina se vuelve negro sobre las aguas, y mientras sufre y lucha, siente envidia de la arboladura del navío, madera de un árbol gigante que habló con los altos vientos en el bosque y ahora se convierte en pájaro encima de la mar...

Al vaivén de las primeras arfadas deja el mozo su labor para despedirse de la ribera que le atrae con imperioso llamamiento, y desde el caramanchel de una escotilla pone los ojos llenos de afán en la tierra sembrada de campos y jardines, despierta al murmullo de cuanto germina en la creación.

Corre por los perfiles de la costa, envueltos en ligera vaharina, un estremecimiento semejante al temblor dulce de los nidos; suena en la hondura de la población el toque

alegre de una campana colegial, y delante del claro repique se va por el espacio la niebla como un ave que huye; los montes, erguidos bajo el arco de triunfo de la aurora, acunan en su fondo a la bahía.

En la punta del muelle, más avanzado que los demás espectadores, hay un perro con los músculos vibrantes, arbolada la cola, levantadas las orejas por la excitación. Repetidas veces le han arrojado del *Intrépido*, y él persigue a la nave desde allí, con una angustia que al crecer se transforma en un gañido, en un salto, en un loco empeño dentro del agua hacia el surco fuyente.

Gabriel presencia ansioso la pugna del animal; sabe que no le permiten llevarle consigo, y no quiere verle morir; pero le mira sin querer; le habla; le grita; le tiende los brazos con impulso vehemente de compasión, atravesando la cubierta por el extremo de la tolda.

—¿Es de usted?—le pregunta allí la única viajera de a bordo, señalando consternada al perro.

—Sí, señora—responde el muchacho sordamente.

El fiel *Bolina* manda en aquel instante al barco su más triste lamento, enseña toda la blancura de los ojos despavoridos, y se hunde entre las espumas y las algas que flotan esperando al sol.

La viajera está muy descolorida, ha cruzado las manos en la borda y tiene, como el marinero, fija la mirada en aquel lugar movible que vuelve a cerrarse y a reflejar las nubes.

El ave humana.

Por las cuales boga entonces otra embarcación, dejando caer en la bahía un nervioso trémolo y una sombra en figura de cruz.

—¡Un avión!—gritan.

A la joven de la melena corta la llama su acompañante.

—¡Rosario, ven!

Le ofrece unos «prismáticos», y ella mira a la altura con la cabeza echada para atrás; los rizos se le alborotan despejándole las sienes, y el aire pasa gozoso por aquel pelo endrino que de repente se ilumina con encarnada luz.

Ha salido el sol; asoma su rueda encendida por el horizonte abierto del Cantábrico, y parece que sube una marea de sangre a teñir la frente cándida del cielo.

Pierden las cosas el color vago y frío del amanecer; arden en la lumbre naciente confundidas en una sola llama, y en el barco, en la costa, surte con extraña evocación el recuerdo de la guerra. Se sabe de improviso, como una novedad, que el tiempo es bárbaro y cruel, que están fundidas en ríos de corales las venas de los hombres; que anda la muerte suelta por el mundo y gime desangrado el corazón de la humanidad...

Ya en franquía el *Hardy*, navega muy orzador; trágica la silueta oscura; violenta la quilla, que se trasluce como una luminosa cicatriz; fulgurantes las bocas en haz de los Hotchkiss que le arman y se dirigen hacia el levantino resplandor, señuelo de la roja quimera universal.

Arriba, el ave de las alas desplegadas se aleja también camino de la luz, sin elevarse mucho, igual que los azores

ebrios con la frescura de la mar. Y de pronto se acelera, sube, se abisma, signando el éter con la imagen cristiana, suspendido en el dintel de los cielos como si aguardase.

Resuella el barco y calla a su alrededor cuanto vive con trémula inquietud bajo la ley del viento. Es aquél un minuto de inefable solemnidad, y le rompe emocionada la viajera, para decir, con voz melodiosa, puesta la atención en el biplano:

—¡Si él pudiese clavar nuestro grito de esperanza en las entrañas del sol!

Obediente al conjuro de tal deseo, el avión remonta los confines con rumbo al Oriente, raudo y tremolante, lo mismo que una flecha, y se esconde en el incendio del astro, que ya alumbra en todo su esplendor.

Gabriel está inmóvil junto al serviola: ha visto el tramonto del ave humana; ha escuchado el anhelo de la niña morena, y padece la tortura de un ansioso vacío, como si la inmensidad del espacio no le pudiera llenar el corazón.

En el semblante del hombre negro centellean los ojos rasos de lágrimas...

El sol y la paz.

Cuatro días de feliz navegación y el *Hardy* se acerca a Estuaria, muy ceñido a la costa, prudente sin menoscabo de su intrepidez.

Avistó de lejos buques de guerra pertenecientes a todos los países, erizados de cañones; audaces periscopios de submarinos; naves contrabandistas; señales recientes de

naufragios; todo ello como agazapado y furtivo entre las espumas, primero en un orgulloso paisaje de olas y montes, frente al Naranjo de Bulnes y Peña Labra, tocando después la arriesgada hermosura de la Costa de la Muerte, doblando luego el Fin de la Tierra para contemplar las rías deliciosas de Galicia, saludar los finos arenales de Lusitania y vencer la punta más occidental del viejo mundo, allí donde con la ribera se debían extinguir las rencillas de Europa abismadas en el eterno canto de la mar.

El «oficial del Rey» atiende a los viajeros en plática de despedida, muy interesado por los ojos oscuros de la joven. Ella se apoya en el estanterol con negligente actitud y contesta en inglés, un poco distraída, a las preguntas del nuevo amigo.

—Sí; quiero hacer unos paisajes, conocer esa tierra y ayudar a mi hermano en su investigación cuanto me sea posible.

—¿Por largo tiempo?

—Según... Somos tan libres como los pájaros, pero fácilmente nos dejamos cautivar por las novedades y las emociones: si nos gusta el país y el trabajo nos cunde bien... ¡sabe Dios!

—¿No podría yo conocer su dirección, por si vuelvo a Estuaria pronto... como lo deseo?

—¡Oh, es difícil!... Andamos errantes sin detenernos mucho en un mismo lugar. Pero sabiendo nuestros nombres y nuestra profesión...

Tomó la niña de su bolsillo una tarjeta, que puso en la mano ansiosa del inglés.

—José Luis y Rosario Garcillán—redactores de *La Evolución*, Madrid—, leyó el marino, añadiendo:

—¿Viven ustedes en la corte?

—Tenemos allí un refugio invernal en casa de unos parientes, desde que la nuestra se deshizo al faltarnos los padres. Pero viajamos a menudo con alguna comisión del periódico, o por cuenta propia si podemos.

—¡Felices ustedes!—suspiró el oficial con la nostalgia del que mira bullir la vida ajena al través de la dura obligación.

—¡Bah!, nos conformamos con muy poco—arguyó José Luis, mientras sus miradas volvían de los horizontes, llenas de luz.

—¿Poco, le llama usted a la independencia que disfrutan en medio de la paz, en el país del sol?

—¡Es mucho!—afirmó Rosario con un repentino aumento de simpatía hacia el militar.

—¡Sí; hemos conseguido trabajar y ser pobres!—murmuró el hermano sin dejar de sonreir.

Se les veía a los dos orgullosos de su destino, colmados por la esperanza, sostenidos por una fuerte ilusión.

Su renta humilde, acrecida por el sueldo de la pluma, les permitía vivir según su vocación y mantener un ideal, aunque obligándoles a menudo a privaciones y sacrificios. Artistas y creyentes, con la fe de los apóstoles y el ardor de los mártires, profesaban la pura doctrina de la fraternidad al modo cristiano, amplia y generosamente como la predicó el divino Jesús. El origen burgués, la predisposición sentimental, el empuje violento de la suerte que les dejó solos

en el mundo inclinados a la belleza y al amor, codiciosos de la verdad y del bien, les colocaba en un medio muy favorable para ejercer el periodismo como un sacerdocio. Así lo entendieron quienes manejaban en Madrid la prensa socialista con menos altas intenciones, tomándola por industria y camino de otros fines. Y los hermanos Garcillán servían de pavés a una publicación rica y moderna que se decía defensora del proletario y órgano de los obreros. Iban entonces a conocer, mediante un minucioso estudio, las condiciones en que trabajaban los mineros de la gran cuenca andaluza: dieron antes un paseo de observación por varias minas del Norte y embarcaron en Torremar, validos de la hospitalidad inglesa, propicia siempre a los españoles.

Tuvo Rosario el capricho de aquel viaje peligroso, y al rendirle sentía ya la atracción de los nuevos rumbos, en tanto que el marino inglés hubiera deseado prolongar la navegación por un tiempo indefinido junto a la niña madrileña...

Pero ya está aquí la costa meridional, misteriosa y peregrina, abierta en canales y esteros, en golas y caños, en rizos y tornos. En ella dicen las aguas su lejana historia con sones claros y fluyentes, oriundas de las cimas señeras, conocedoras de los senderos ocultos.

El cantar de los raudales.

Cuando la marea vive y las naves se pierden en la bonanza, yergue su voz cada raudal, entre risas y sollozos, y los placeres y almajares, las dunas y bajíos, se cubren de

bullentes canciones, se rasan en estuarios y albuferas por toda la zona de marismas, desde la barra de Esuri a la punta de Malandar.

Vierte primero el Ana sus caudales sobre una confusión de playuelas y veriles, en medio de dos faros rojos, crecido en su desembocadura por el barranco de Val Judío y el arroyo de la Miel. Es la vena sagrativa de España, la que nace en lagunas transparentes y después se esconde sigilosa para revivir como un milagro en hondos hervideros cristalinos; la que sabe formar arcos y tablas, curvas y derrubios, saltar por desfiladeros tortuosos, besar con mansedumbre la tierra calma de Don Quijote, cundir por márgenes risueñas, y labrar islas, azolvar canales, sostener barcos antes de esconder el secreto de su zumo en el repunte salobre de la mar.

Baja el río de las Piedras desde los montes del Almendro, rodando en las aceñas del contorno, se nutre con los caños de la Enramada y la Resuda y se ofrece a las embarcaciones en cauces anchos y someros hasta la boca del Terrón.

Mas levantinos irrumpen cerca el Saquia y el Odiel, entre médanos y leganales, dejándose navegar por barquichuelos al influjo de la marea, con acceso a Lucena y Gibraleón, y hundiéndose en la ría de Estuaria, donde pueden surgir naves de alto bordo junto a los muelles de la ciudad. Tiene el Odiel su venaje combatido por ásperas vertientes desde el Molino del Infierno en la sierra del Aguila, hasta que se bifurca con su hermano el de las trágicas orillas, el de los

brazos de sangre y los peces muertos: ambos ríos esparcen sus afluentes por islas y poblaciones, algaidas y playazos, freos y albarizas, derramándose en un intrincado laberinto de costas y refugios, donde se ensenan carabelones y bergantines de la matrícula, con bandera blanca y dado azul, laúdes africanos, místicos de Moguer, navecillas menudas y abundantes de todo el litoral.

Y hacia el Oriente, en el limbo del horizonte costanero, surte el profundo Circem nacido en las fuentes del Aguilón, el Río Grande, de históricas riberas, que estrechó en sus ambages los tesoros de la cultura romana y vió temblar en sus lucios las torres del imperio musulmán.

Todo el límite, rubio y extraño, hendido por calas y bocas, restingas y derivaciones, arde bajo el dorado silencio de la mañana y tiende al *Intrépido* sus ápices y cabos, la punta Umbría, la del Portil, el canal de Engañabobos, por donde salieron al Mar de las Tinieblas las naves de Colón.

Sigue Rosario contemplando el paisaje y atendiendo al marino. Habla ella ahora para contarle varias leyendas andaluzas, piadosas tradiciones del Descubrimiento en las que intervienen siempre los frailes de la Rábida, nuestra Señora la Bella y la Virgen de Saltés.

Remontan el islote donde estuvo la ermita saliata en los heroicos tiempos castellanos, mientras era cautivo de España el sol, y por un estero hondable penetraba en el Odiel.

El asio español.

A bordo se percibe ya el afán del arribo, la inquietud anhelosa de la llegada. Cruza el barco a la vista de otros, internados por la guerra, algunos convertidos en huertos pensiles mediante la tierra hospitalaria que les colma de frutos. Hay uno alemán que lleva tres años en el tenedero y luce sobre cubierta un magnífico plantel de hortalizas rodeadas de flores. Tiene los imbornales abiertos para que el agua dulce cunda sin encharcar la mies, y tiene en el casco una costra de adarce, labrada un día y otro por la salsedumbre del mar.

Varios tripulantes del *Intrépido* se asoman a mirarle con mucha atención, y entre ellos uno distrae a Rosario, que pregunta al artillero:

—Ese alto, fornido, del *jersey* azul, ¿es el que usted llama Thor?

—Ese es.

—¡El dios edda! — sonríe la niña, observando con cierto asombro al mocetón.

—Sí; el asio del martillo, el hijo de Odín.

—¡Pero no es inglés!

—Es gallego, y hace un año que navega con nosotros.

—¡Buen ejemplar de la raza!—interviene José Luis.

—¡Magnífico! Por eso le puse el nombre de un gigante; a bordo ya nadie le llama por el suyo.

—¿Y a él le gusta?

—Sí; porque sabe que le comparamos con un dios.

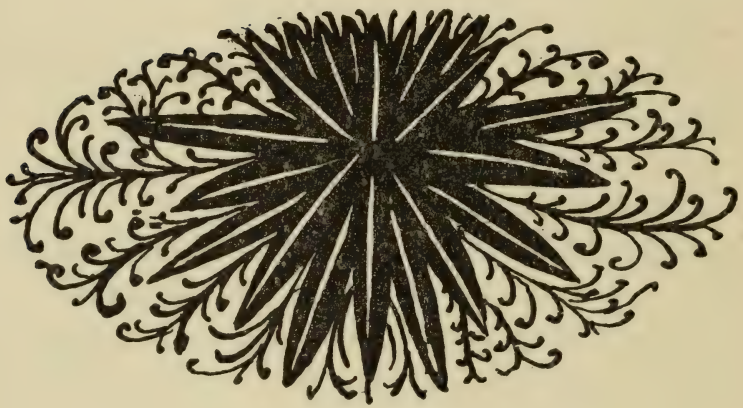
—¡Estará muy orgulloso!—comenta la muchacha.

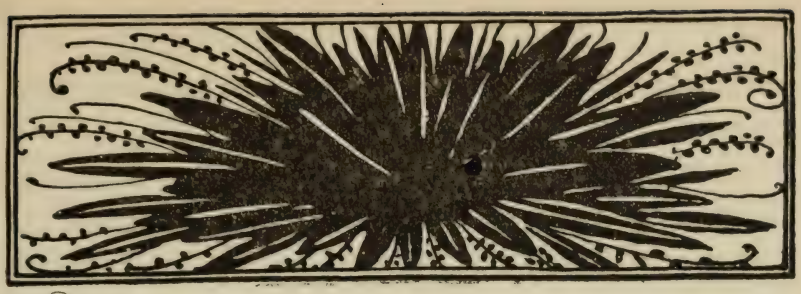
—¡Bah!... Es un hombre rudo y sencillo, pero le satisface

que se le considere como la representación de la fuerza y el poder.

Volvía de la borda el coloso apoyado en el hombro de Gabriel Suárez, dominándole con la estatura y hablándole confidencialmente como si se hubieran hecho muy amigos. Los dos admiraban de soslayo a la señorita, encontrándola hermosa y elegante.

Ella les miró de frente, con seria dulzura. En seguida, de un cartapacio que llevaba colgado a la bandolera, a modo de aljaba, sacó un cuaderno y unos lápices y se puso a dibujar.





VII

ESTUARIA

Apuntes.

OBRE el ancho paisaje fluvial, silencioso y cristalino, que convierte a Estuaria en singularísima población lacustre, se levantan en el arcén de la ría unos muelles férreos y monstruosos donde empiezan a sumarse los millones de la gran empresa nordetana explotadora del país: cargaderos con grúas de mandíbula y de imanes, transbordadores y viaductos, insisten en las marismas con formidables plataformas apoyadas en vigas de celosía y columnas de fundición. La ingente mole recorta sus perfiles oscuros en la diafanidad del cielo azul, a los pies de colinas rojas y arboladas, por las cuales va

resbalando el caserío hasta la concha de la llanura dentada por los esteros.

La ciudad tiene sus altos límites en los caminos de la Cinta y Gibraleón, en los tajos de la Cruz de la Cuesta y la Cabeza de la Horca, y le sirven de espejos, rodrigándola de transparente reposo, la Anicoba y el Aljaraque, el Saquia y el Odiel, confluyentes en la quietud de la bahía con todas las aguas firmes desgajadas de los montes, dormidas entre un semillero de cadosos y atarjeas.

Cuando el *Hardy* quedó preso en los tentáculos del muelle, Rosarito Garcillán escribía debajo de su último croquis: «Thor, el del martillo Mioelner.»

Junto a la experta dibujante el artillero aseguraba con entusiasmo:

—¡Oh, es magnífica la silueta!; un prodigio de gracia y expresión.

Visiblemente halagada por el elogio, iba la señorita doblando las páginas y luciendo en ellas los trazos ridiculizados y salientes de las personas que habían merecido su atención; un comentario a manera de título daban a las figuras mayor realce. «El hombre del perro»: allí estaba Gabriel Suárez embadurnado de carbón, en penosa actitud mientras a *Bolina* se le tragaba el mar. «El oficial del Rey»: y con su uniforme y su semblante característicos, se erguía el marinero cariz del propio Walter Penn.

El cual, no muy tranquilo, detiene los ojos en sus líneas personales, acusadas con irónica acentuación, y murmura:

—No supuse que usted fuera tan insigne humorista.

—¿Por qué?

—Me parecía usted para serlo demasiado sentimental.

—¿No caben juntas las dos cualidades?

—Cierto que sí.

Le duele a Rosario causar aquel recelo, y dice congraciadora:

—El buen humorismo es inglés.

—Y el claro ingenio, español—responde el marino galante, mientras hojea el álbum lleno de rasgos y contornos, que descubren cómo la artista se apodera del espíritu de la caricatura con fino sentimiento, sin trasponer el límite sutil donde la exageración excluye la semejanza. Seguían en el cuaderno otros dibujos de interiores y paisajes del mismo sistema crítico, enérgico y gracioso, muy personal; la forma abocetada y sencilla, los toques amplios y libres, con carácter de apuntes; eran como un germen de trabajos futuros, una promesa y una revelación.

—¿Maneja usted la pluma tan diestramente como el lápiz?—interroga cada vez más seducido Walter Penn.

—No soy diestra en nada todavía—sonríe la joven con sinceridad—; usted ahora me parece andaluz...

—¿Y por qué subraya aquí mi retrato llamándome *el oficial del Rey?*

—Porque me extraña que en la libre Inglaterra los buques y los soldados de la nación se apelliden aún *de su Majestad.*

Se muestra algo perplejo el inglés; quizá hasta entonces no le sonaron aquellas frases disciplinarias con acentos de esclavitud. Y replica mal convencido de su contestación:

—Una fórmula; en mi país las leyes cambian y los nombres quedan.

La muchacha se encoge de hombros incrédula también y guarda los dibujos, con el sombrero puesto ya y el velito ceñido a la cara; su hermano se ocupa del equipaje, y los curiosos que transitan por el muelle se asombran de que una viajera tan pulcra y gentil arribe en el navío carbonero.

Con la mano enguantada puesta sobre el tendido andarivel, Rosario escucha las últimas palabras del oficial, que quiere detenerla, y pronuncia sin saber qué decir:

—¿De modo que mañana van ustedes a Dite, la ciudad de Plutón?

—Es villa, no exagere usted; una modesta villa infernal.

—Procuraré verles antes de la partida; nosotros zarparemos a media noche.

—Adiós.

—Adiós.

Rosarito se reune en el muelle con José Luis, y Walter Penn sigue con los ojos el paso tranquilo y juvenil de los viajeros, audaces como dos conquistadores. Aun vuelven la cabeza para saludar al marino, que descubre la suya, y ven con la nostalgia de las despedidas cómo el barco se empequeñece denegrido y jadeante, barbeando en la linde roja del cargadero.

La ciudad.

Aquella misma tarde hicieron sus visitas los dos hermanos, portadores de unas cartas de presentación y solicitud,

para que los influyentes de la capital les procurasen en Dite hospedaje y medios de cumplir su misión informativa.

Con este motivo conocieron a unos señores muy amables, entre ellos un catedrático de Jaén, con la barba teñida y presunciones de buen mozo, que se aburría mucho en Estuaria, solía viajar por el extranjero y veraneaba en Biarritz «antes de la guerra». Estaba desesperado a la sazón porque ni el Sardinero ni San Sebastián eran playas de su gusto. En el otoño iría como de costumbre a la corte, donde lo pasaba muy bien; se alojaba ¡naturalmente! en el Ritz, hotel surtido con prodigalidad de viudas yanquis millonarias; las había interesantes y bellas, pero él no acababa de decidirse; era un egoísta perezoso... Y miraba con aire protector a la forastera, paseando al lado suyo.

Iban por la plaza grande, muda y recogida, en medio de la cual se mece una insigne palmera, cuya sombra es por tradición el más dulce arrimo de los ciudadanos viejos. Unos cuantos se cobijaban entonces del quieto dosel, y algunas parejas, que parecían de novios, discurrían alrededor, mezclándose con un poco de gente, algo premiosa y triste según el aspecto; los edificios bajos, insignificantes y blanquísimos circundan el paseo detrás de una fila de árboles.

Rosario y José Luis se miran divertidos mientras el catedrático charla por los codos. Él también fué periodista y dibujante en su primera juventud; compuso artículos, rimó versos, pintó monigotes; ¡cosas de la edad!... Ahora edita sus libros en Madrid; labor de cultura: una gramática latina, un diccionario hispano-portugués... obras didácticas y se-

rias. Porque se puede dejar de ser artista de la mañana a la noche, como quien se muda la ropa: la poesía es una diversión infantil, el arte una vulgaridad, el amor una exquisita sandez. ¡Ah, el otoño, la corte, las viudas americanas...! ¡El delirio!... ¡En Estuaria hace muchísimo calor!...

Dejan los forasteros al de Jaén sudando a mares, con la palabra en la boca y el sombrero en la mano, y se van muertos de risa por las calles blancas y ardientes, buscando hacia el puerto la bienhechora galena de la mar.

Por allí viene la frescura sobre las aguas hasta los jardines de la costa envueltos en el largo anochecer, cuando ya se esparce la oscuridad por el fondo de las nubes y se encienden ángaros y lantias en las radas misteriosas.

Los viajeros perciben aquel aire benigno por encima de la ribera, sin bajar a los muelles, y escuchan a distancia la saloma de los marineros que barquean lentamente por los canales oscuros.

En seguida vuelven al hotel para recibir al campeón socialista del distrito, a quien no conocen, Aurelio Echea, un organizador formidable, perseguido por los patronos, vigilado por la policía, que ha estado multitud de veces en la cárcel, vive desterrado de la zona minera y es hombre peligroso y valiente, un vizcaíno «de mucho cuidado», según dice la fama. Él será quien les indique los peligros que pueden correr sus intenciones periodísticas en el feudo nordetano. Y le esperan con mucha curiosidad, con la emoción propia del heroico nimbo que envuelve al popular *leader*.

Cuando llega, los dos hermanos se miran con el estupor de las grandes equivocaciones. No dan crédito a sus ojos: aquel individuo les parece una falsificación del célebre paladín.

Aunque el camarero le anuncia con el nombre y apellido, rotundamente, José Luis repite inseguro:

—¿Aurelio Echea?

—Servidor de usted.

Es un mozo rubio, pálido, de mediana estatura, mal vestido; tiene la voz suave, la traza humilde, la sonrisa candorosa; alarga la mano con cierta cortedad y murmura:

—¿En qué les puedo servir?

El campeón.

Para disculparse de aquel recibimiento enfriado por el asombro, los muchachos extreman su amabilidad con el campeón, y le obligan a hablar de sí mismo, instándole con reiteradas preguntas José Luis, mientras Rosario, solícita y discreta, escucha silenciosa.

Va respondiendo el mozo con la palabra contenida y el gesto parvo, como si temiera excederse. Nació en Vizcaya, se recrió en Asturias, ha vivido en Madrid, en Levante y en Andalucía; ha viajado por Francia y Bélgica, por Alemania y Rusia; ha sido dependiente de comercio, representante industrial, empleado del ferrocarril; conoce algunos idiomas, algunos libros; se siente español de toda España, hijo del pueblo, hermano de los que sufren, esperanza de los que luchan.

Al llegar aquí su acento se robustece, en los ojos garzos y límpidos le arde una llama recóndita y sigue hablando con desbordada elocuencia, con radiante y convencida expresión. El derecho sagrado de los oprimidos resplandece con divina lumbre en las frases del apóstol; el toque de la hora providencial resuena en sus alegatos, en sus profecías; a eterna pugna de las grandes vindicaciones va a conseguir su mayor triunfo. —¡Ha llegado el último día de los reyes y el primero de los hombres!—repite, acaso sin saber de qué labio inmortal surte la terrible sentencia. Y se embriaga de ilusión anunciando el reino de la Justicia: —La tierra de nadie, los frutos de todos, las preferencias para los viejos y los niños, la igualdad para el hombre y la mujer; dos coronas: el trabajo y el amor; una jerarquía: el talento y la virtud.

—De modo que siempre habrá una escala de méritos, una selección de criaturas, una cumbre de inteligencias—arguye José Luis.

—Sí; habrá maestros y discípulos; pero la humanidad rasará en nivel sin más categorías que las morales, esperando que éstas culminen cuando haya pasado cada uno por el tamiz de la misma enseñanza, por el cultivo de la misma solicitud: porque nadie nace desgraciado o feliz desde las tinieblas de la cuna; todos llegamos a la vida por el propio camino oscuro y a todos ha de recoger con iguales privilegios la sociedad, pródiga como el sol.

—¡El anhelo de siempre, la predicación de los idealistas románticos, la promesa que no se ha de cumplir!

—Pues yo la veo conseguirse, madura por el dolor en la mies de los siglos, como fruto de esta guerra espantosa que sin un logro semejante no tendría razón de ser. Todos los pueblos que hoy sangran en el lívido continente esperan la redención, y ninguno se conformará sin sacudir de sus hombros la esclavitud: sobre la paz que alborea tienen que levantarse las naciones libres, la Justicia pura, gloriosas en el mundo la razón y la moral.

—¿Cómo podremos nosotros contribuir a que ese sueño se realice?—pregunta Rosario conmovida y fascinada.

Aurelio Echea la mira a los ojos por primera vez y descubre en ellos una honda trasfloración de luz; tarda en contestar, cruzando con las iluminadas pupilas un misterioso temblor de ideas; luego responde:

—Con voluntad y con fe.

—¿Y por dónde empezamos?

—Por cumplir sus propósitos diciendo desde la tribuna de *La Evolución* cómo son tratados los mineros en Dite.

—Lo haremos—afirma José Luis.

—Si les dejan a ustedes...

—¿Quién había de impedirlo?

—El director de las minas o el del periódico.

—Nuestro periódico — asegura el joven con orgullo — es el órgano más avanzado de los socialistas.

—¡Ay, los socialistas!... Esa palabra ya es vieja y débil para denominar a los modernos libertadores: a fuerza de teorías la han desacreditado.

—¿Quiere usted que nos llamemos bolcheviques?

De nuevo Echea tarda en responder. Al cabo replica:

—También ese apellido sufre descrédito porque llega hasta nosotros a través de las calumnias de media Europa: es un escudo flamante acribillado por todas balas de las instituciones pervertidas. Pero el nombre no es lo esencial. Más nos interesa fortalecernos en una acción práctica, conseguir de un modo positivo el máximo bien, y debo repetirles que el director de las minas les impedirá su gestión por cuantos medios se le alcancen; que el del periódico pondrá muchas condiciones al radicalismo de las crónicas de ustedes, y si logran aprender toda la verdad... no se la dejarán decir.

—Haremos la prueba.

—Nadie tan interesado en ello como yo, que tendré unos aliados inapreciables.

—Y con el consejo de usted, con su experiencia y auxilio, ¿no conseguiremos hacer una campaña eficaz?—pregunta Rosario, que habla límpidamente y pone en cada frase el encanto de su melancolía.

Echea sonríe: tiene un movimiento respetuoso de gratitud para las apreciaciones de su colaboradora y se resuelve a explicar a los nuevos amigos toda la complicación del problema obrerista que les atrae hacia Dite.

No se trata sólo del incumplido régimen del trabajo ni de la perpetua lucha entre jornaleros y patronos: hay sobre ésta una previa cuestión nacional. Por que la Compañía nordetana es en la villa dueña absoluta, sin término ni condición, de la tierra, de las fincas, del subsuelo, del monte,

del aire, de la ley, de la libertad. Señora de vidas y haciendas por virtud de este moderno feudalismo, son suyos con propiedad indiscutible, las calles, las plazas, la Iglesia, el cementerio, los edificios públicos, las vías de comunicación, y suyos, moralmente, casi todos los organismos populares, representados por personas que disfrutan con privilegio escandaloso, cargos del Estado y de la Compañía. Ahora mismo en Estuaria un secretario del Gobierno asciende y no admite el ascenso que le obliga, ausentándose, a perder el soborno de la opulenta industria... Si alguna autoridad quiere hacer justicia en los continuos casos de reclamaciones contra los extranjeros, como tiene que informarse de unos subordinados corrompidos, no halla nunca razón para condenar a los explotadores, y la infinidad de pleitos sobre las propiedades se resuelven a favor de la empresa. Por su indicación se hacen nombramientos de personal administrativo, abonos de contribuciones, dictámenes que debe emitir el único municipio de España que está expropiado y no puede expropiar; a su antojo se convierten en protestantes las escuelas católicas de la región; para su dominio dispone de un cuerpo armado de guardiñas, superior al de las fuerzas militares españolas; fuera de los límites mineros subvenciona con esplendidez a los más famosos letrados, allí donde mejor le sirve y le valen, donde garantizan la impunidad de sus audaces manejos. Y ya no se conforma con el poderío que ejerce en la ribera del Saquia; pone los ojos y el zarpazo en el abierto litoral, y adquiere la octava parte de la provincia de Huelva con un trozo de

la de Sevilla: así ya es suyo para siempre el seno de la costa meridional de España en el Atlántico, el golfo vecino de la ría que está llamada a ser uno de los primeros puertos del mundo... Las aguas cantarinas del Circem, el más soleado río español, vierten hoy dentro de su misma patria en un territorio extranjero, y los arenales andaluces, limpios, y luminosos, pertenecen en setenta millas de abertura a esos hombres avaros y ceñudos, animales de sangre fría, raza nórdica y triste que, sedienta de luz, busca por la orilla oceánica, en impune invasión, un propicío remanso azul donde fincar su bandera. Y la tiende a la flor del viento sobre la risa clara de las olas, aquí abajo, en las costaneras dunas, allá arriba, encima de la tierra ahuecada, de los pueblos sometidos, de las atormentadas cumbres.

—¡Parece increíble!—murmura José Luis.

Rosario, callada y atónita, recoge con vivo interés las revelaciones del acusador que va diciendo su larga querella en tono caliente, algo lírico y avezado al discurso propagandista, pero lleno de entrañable sinceridad. Se le pierden a menudo los ojos en los de la muchacha, como si viese en ellos un profundo camino; vacila entonces un instante, y junta después las ideas con más pasión.

Sabe de memoria, con cifras comprobadas exactamente, que los nordetanos adquirieron hace medio siglo las minas de Saquia y el sobresuelo a perpetuidad, en noventa y dos millones de pesetas; y que en esta compra, sólo relacionándola con el capital que produce, se elevan los millones del íntegro avalúo, hasta trescientos tres, sin contar las perte-

nencias rústicas, ya convertidas en muchos pueblos tributarios de la Compañía.

Los números se amontonan en los labios del mozo con amargo despecho. Refiere que las acciones emitidas a 125 pesetas al establecerse aquella industria, valen hoy a 2.000; nombra las localidades inmensas que componen el dominio extranjero en el regazo español, y afirma que todas ellas carecen de servicios públicos tan precisos y vulgares como el telégrafo y el teléfono; los centros de enseñanza, los organismoos de higiene; la luz eléctrica; los caminos vecinales; el ferrocarril. Los únicos elementos de comunicación y de cultura, sirven allí con exclusiva gracia a la Empresa que los monopoliza y explota, y la luz moderna que ya ilumina a todos los pueblos civilizados del mundo, sólo brilla para los invasores, prisionera en estancias y jardines, lejos de la chusma nacional... A los pies de tales patronos yace el obrero, sacrificando su vida a cada minuto para recibir como salario la séptima parte de la riqueza que produce...

—¡Hay que decir todo eso de una manera terminante y escandalosa!—exclama Rosarito, volviendo hacia su hermano el rostro moreno y dulce, lleno de indignación.

—¡Sí!—murmura el joven con acendrada solicitud. Y sus ojos dorados y penetrantes, gritan las heroicas palabras que se le quedan sin pronunciar.

Echea se siente aturdido y feliz ante aquellos muchachos inteligentes y sensibles que le prometen su alianza con el más generoso desinterés. Está cierto de haberles visto el

corazón al trasluz del espíritu diáfano, y bendice el apoyo de almas tan escogidas para combatir por el alto ideal que le consume la existencia: idólatra de una doctrina humanitaria y justa, olvida las graves tribulaciones que por ella sufre y se entrega al goce de la esperanza bajo el estímulo de la imprevista asociación.

Le han convidado a cenar. Apenas toca los platos, exquisitos para sus costumbres de pobre vergonzante, y con una delicadeza sencillísima deja pasar las viandas, probando un poco de cada una, sin prestarles atención.

No es el político ni el hombre quien se manifiesta allí en el rincón anodino del hotel, junto a la mesa ramplona; es el apóstol que se sobrepone al medio y a la ocasión y descubre a los iniciados con palabras singulares los secretos de la sempiterna conjura, renovada siempre y distinta en los campos de la sociedad; les abre los dinteles de su plena confianza, les introduce hasta el fondo de sus ambiciones y sus planes.

Al final de la modesta comida han hecho los tres un pacto firme y valiente, sin rúbrica de brindis ni discursos, con el sello inefable de unas miradas nobles, de unas sonrisas mudas, quietas, divinamente impregnadas de voluntario sufrimiento.

VIII

EL DESTINO

Sonrisas.

Los conjurados se levantan de la mesa envueltos en la tácita solemnidad de su compromiso, y Echea vaticina con un ademán fuerte y libre la gloria de vencer. Luego, su mirada lúcida y vehemente se apodera de Rosario, produciénciéndola suave turbación.

Van a despedirse. Ella tiende la mano que él recoge con temblorosa dulzura, y a la cual comunica un momento el flujo acelerado de sus venas.

Han convenido los tres en que José Luis irá un rato por Estuaria adelante con el campeón, a conocer un singularísimo espectáculo del puerto: una sala de baile, única en Europa.

Rosario les acompaña por el pasillo tortuoso, a media luz, y se detiene junto al dintel de su cuarto para sonreir a los jóvenes que le dicen adiós. En aquella penumbra le blanquean el fondo de los ojos y el marfil de los dientes con milagrosa claridad, y Aurelio Echea se vuelve, aún, a mirarla, deslumbrado, estremecido...

Dentro del gabinete hace mucho calor.

Sin encender la lámpara, Rosarito se sienta en el plebeyo sofá, bastante desvencijado y lustroso, de saín.

No desciende la muchacha a vulgares melindres. Desde el sitio que ocupa, cercano al abierto balcón, domina la calle silenciosa que va a perderse en un jardín y el alto surco del cielo encendido de soles. Escucha ansiosamente en la callada soledad y descubre unos rumores inseguros, que no sabe si son ayes de pájaros perdidos; arengas remotas del viento en las marismas; zumbido caliente de los astros en lo azul.

Se siente la viajera alcanzada por una punta de emoción; tiene ganas de reir y de llorar y ya duda si aquel ritmo sordo y confuso que la seduce pertenece a las ardorosas pulsaciones de su propia sangre juvenil.

Los recuerdos de la última jornada cunden en su memoria tan asociados a la visión fluyente de la ría, con los brazos abiertos, dormidas las calas, suspirante apenas en las golas el sagido de la mar, que todas sus impresiones adquieren el contorno movedizo del gran estuario, y se considera engolfada en los sinuosos canales de la vida, conduciendo su nave por un lago desconocido, entre riberas que no tienen fin.

Un reloj de la vecindad anuncia una alta hora de la noche.

Rosario mira al cielo, donde se abre un haz de relámpagos finos como sonrisas; pronuncia con el pensamiento un nombre nuevo en su conciencia y entorna el balcón para acostarse...

"El Vaivén."

Atravesando calles solitarias y apacibles, fueron Echea y Garcillán por otras menos limpias y decentes hasta los aledaños del puerto, donde resplandecía un edificio bullicioso con gran mote a la entrada: «El Vaivén».

Penetraron alli y se hundieron en un inmenso salón de elevada techumbre y decorado vistoso, con amplios ventanales abiertos a la ráfaga libre de la ría.

El local tiene fin en un lejano horizonte; un escenario le ilustra y una terrible multitud de mesas, bancos y taburetes le habilitan para el público que bebe y juega, sin quitar espacio holgadísimo al que baila.

Tumultuosa muchedumbre invade el recinto, surtiéndole de las criaturas más diversas del mundo. Todas las razas, todas las pasiones, tienen aquí un señuelo, una voz, un ademán. Y todos los tipos originales de esta garrullada soez, llevan en el pecho, en la cabeza o en las manos, alguna flor; vendedoras ambulantes las ofrecen en cestos y ramos olorosos, y nadie rehuye la gentil mercancía que pone su gota de pureza en aquel silo de locuras.

La música ha callado un instante y sube la marea de las

conversaciones, alterada por el retiñir violento de las copas, las blasfemias de los borrachos, los chillidos de las mujeres.

Son amos de la sala los chulos mozos; unos hombres finos y esbeltos, de palidez semita y ojos meridionales; llevan afeitado el rostro, el cabello muy sobado del peine, ceñido el pantalón, entornado el sombrero cordobés. Idolos de las mujeres, las maltratan y explotan con una mezcla extraña de pasión, de vicio y de crueldad, poniéndose a menudo enfrente de los señoritangos que alternan con meretrices y golfos y blasonan de pendencieros y truhanes.

También éstos abundan en la concurrencia, con ese otro andaluz maduro y bonachón, el de los chistes clásicos, la voz ronca y las feroces haches aspiradas, bebedor empedernido, temible parlanchín. Algunos señores formales, de los que se extralimitan rara vez, se unen a los grupos de campesinos absortos y pálidos mineros, al montón de gente ordinaria y anónima, sin carácter ni matiz. Y sobre el abigarrado concurso predominan los extranjeros, tripulantes de las embarcaciones que desde el Odiel llevan mineral a los grandes centros fabriles de Lancaster y Pensilvania, a las potentes vías manufactureras del orbe.

Porque «El Vaivén» es un salón de baile, popular entre los marineros de Filadelfia y Brema, de Amberes y Liverpool. Le frecuentan hombres encendidos, de miradas azules y cabelleras amarillas como un casco de oro, hijos del hielo, fugitivos de las mares hiperbóreas: norteamericanos vehementes, que traen en los ojos la visión y el orgullo de la

férrea Nueva York; negros que hablan a gritos y cantan en inglés; franceses; austriacos; magyares; chinos melancólicos y dulces, dejando oir la inflexión armoniosa de su lengua monosilábica; griegos; alemanes; italianos; juntos fraternizan y reina entre ellos una paz más espantosa que la misma guerra, porque se alían los cuerpos mientras las almas huyen y la bestia se revuelve feroz en plena muerte espiritual.

Cabe a las mujeres que allí acuden la triste fortuna de unir con tremendo abrazo erótico a todas las castas del planeta, rodando de hombre a hombre en un comercio de brutales instintos, sin noción del mal ni del bien. Inconscientes y rudas en su mayoría, ejercen el oficio ruin con doméstica pasividad. Ni gozan ni sufren. Pasan las tripulaciones de los barcos por encima de ellas dejándoles en el bolsillo un jornal: esto es lo único que saben. No suelen ser hermosas su aspecto físico responde al ánima indiferente y burda. Sólo por excepción tienen un hechizo dramático, una trágica sombra de interés las histéricas o degeneradas, que son las que a veces se enamoran, las que en algunas ocasiones matan o se suicidan.

Vuelve la música a sonar, y un viento de frenético delirio empuja a hombres y mujeres abrazados en alboroto indefinible.

Las proporciones vastísimas del salón permite a las parejas huir, oscurecerse, no encontrar nunca el grupo de donde partieron; quedarse en una lejana habitación de aquel bazar enorme de los vicios.

El baile crece y se desfigura con ingredientes bárbaros. Aquí, un negro canta un son monótono y agudo acompañándose una danza etíope; allá, un yanqui esbelto y fornido, en mangas de camisa, inicia un paso atlético moviendo las piernas como aspas en rápido ejercicio muscular: acaso desciende este mozo de los vaqueros ágiles y bravíos, los modernos centauros cazadores de búfalos, que galopaban en sus potros cerriles por las praderas del dorado Oeste... Allí, un alemán, candoroso y gigantesco, hace torpes cabriolas embeleñado por los vinos generosos de la tierra. Las mujeres beben, saltan y ríen.

Con la manzanilla y el Jerez, corren el *brandy* y el *whiskey*, la *gin* y la *stout*, el aguardiente de Valverde del Camino y el ácido mostagán de Castilla.

Entre coribantes locos y danzarines ebrios se desliza una pareja en lascivo agarro, un chulo y una moza agitanada que se enroscan y se desenvuelven con felina sensualidad poniendo en el surco lánguido de la habanera una nota viva del arte canallesco.

Se interrumpe la danza otra vez; salvajes alaridos anuncian que se ha levantado el telón, y la *Bella Esmeralda*, a medio vestir, borda un tango lúbrico y acaba de desnudarse poco a poco...

De nuevo aúlla la muchedumbre; el estruendo y la confusión toman proporciones indescriptibles hasta que el *Niño de Estepa* sale al escenario con su tañedor correspondiente. En el mástil de la guitarra ha puesto el divo un clavel; otro luce en el ojal: se sienta, escupe y gime:

¡En qué confusión me veo,
triste, sin saber qué hacer;
olvidarte es imposible,
y amarte no puede ser!

La voz, junta con el desgarrado apunte del acompañamiento, invade el recinto, cálida como un soplo del simún africano, y en sus modulaciones que sollozan y acarician, estalla un ímpetu de emoción, de belleza y de bondad, rebelde a espíritus superficiales, incomprensible para la cultura del artificio. Es la sagrada gota del sentimiento en una henchida tierra donde los zumos que embriagan tienen divino perfume: es la inserción del alma oriental en el Occidente, convirtiendo a España en un país vario y misterioso por excelencia.

Sucédense las coplas bajo la unción del silencio conmovido. Hay en el ambiente un vaho de lágrimas, el prestigio de una ínfima evocación en la cual surge con el canto flamenco la personalidad inconfundible de una Raza y de una Historia.

Pero el milagro queda roto en seguida. El *Niño de Estepa* se despide hierático, un poco displicente. Y los aplausos, los hurras, los requiebros atroces, se renuevan en todos los idiomas.

En medio del barullo espantoso que se repite, Garcillán ve al marinero Thor, dominando el gentío con su estatura prócer, sonriendo humilde a una mujer de aire vulgar y rostro picaril. Cerca está Gabriel Suárez con otra moza de la

misma catadura; como se ha lavado la cara no le conoce José Luis, y sin que éste logre alcanzarle se escabulle Thor con las dos mujeres y Gabriel, perdidos en las olas de aquella furente marejada.

Aurelio Echea no se ha separado de su amigo. Quiere enseñarle toda la monstruosidad de «El Vaivén»; pero no quiere dejarle allí. Aguarda que el forastero se colme de asombro ante un espectáculo, imprevisto en Estuaria por su color y magnitud, y le conduce suavemente hacia la puerta.

Van a salir cuando Garcillán oye sorprendido que le llaman por su nombre:

—¡Ah, Walter Penn!

El artillero, algo mareado y balbuciente, muy encendido y presuroso, mira el reloj, pregunta por Rosario y trata de correr porque el *Hardy* estará a punto de zarpar.

Fuera del salón se siente algo más firme y decidido y agradece de una manera confusa que los dos muchachos le acompañen al embarcadero. Sí; aunque la noche está clara, él no conoce los caminos.

Le llevan en medio, y José Luis procura que se apoye en su brazo.

El inglés charla y ríe sin olvidar que tiene mucha prisa. Estuvo por la tarde buscando a sus amigos: quería despedirse de ellos otra vez, acaso la última... ¿quién sabe?...

—Pero lo principal es la obligación—dice incoherente—; el barco tiene que salir.

Un silbido urgente y robusto corrobora esta profecía, y Walter Penn, auxiliado por sus acompañantes, llega a bordo

cuando el *Intrépido* suelta las amarras bajo el retumbo crepitante de la hélice.

Desde el bandín sigue el marino hablando con los que se quedan en la orilla: ¡Oh los licores andaluces, las mujeres españolas... el encanto inolvidable de Rosarito!

Se extingue el discurso empapado en los rumores de las maniobras. Ya el barco navega diligente y aventurero, encendido un solo farol, recatándose entre la bruma. Su antorcha se va desliendo hasta convertirse en un punto de luz y desaparece en el fondo de la noche. También se hunde en la sombra el grito de la sirena, y apagados a un tiempo la llama y la voz, el *Hardy* se convierte en un fantasma.

La rosa del Destino.

Despertó Gabriel, aturdido y cansado. Aquel momento adquiría para él un contorno de cosas impalpables, la dilatación insensible del olvido, la anchura vaga de lo absurdo.

Sin recobrar la memoria, sintió el hálito misterioso de otra presencia: volvió la cara, y a la tierna luz amaneciente vió a Thor con los ojos abiertos y los brazos caídos, sentado en el suelo en mitad de la habitación.

—¿Qué haces ahí?—le dijo con la voz sorda y brusca sin saber lo que él mismo hacía, vestido y acostado en una cama sórdida que no era el ostugo de su camarote.

—Esperar que amaines.

—¿Para qué?

—Para decirte que nos hemos emborrachado.

—¿Sí?

—Y nos hemos quedado en tierra.

Se convenció Gabriel inmediatamente de aquella verdad. Incorporado, mudo, escuchaba al compañero que se había puesto de pie y exigía:

—Anda, vámonos.

—¿Adónde?

—¡Qué sé yo!... Esas mujeres «además» nos dejaron sin un céntimo.

El gigante, más fuerte que su amigo contra el morbo de la bebida, estaba ya sereno antes de la aurora, y seguro de que el *Hardy* había zarpado, de que ninguno de los dos camaradas tenía una sola moneda en el bolsillo.

—Vámonos—volvió a decir—. Desde que navego, nunca he perdido el embarque hasta hoy: ¡aquí hay brujas!

Era présago como la mayoría de sus paisanos; creía en lémures y encantamientos, por atavismo, sin conocer las supersticiones de su tierra, convertido en grumete antes de tener uso de razón.

Tiembla la cuja del miserable lecho. Gabriel, humillado y triste, se levanta para seguir a su colega por las encrucijadas del edificio.

De otras habitaciones clandestinas salen ronquidos de durmientes, resuellos de beodos, un tufo cálido y acre de humanidad. La sala de baile, inmensa, vacía, desordenada, se pierde en el resplandor gris del día recién nacido, y en la calle la luz algo más cruda hiere a los marineros en los ojos, disipándoles la última gota de embriaguez.

El barrio que atraviesan, al socaire de una colina floreciente, es pobre y envilecido, compuesto de hostales y alberguerías de mala reputación, zahurdas y prostíbulos, tendejones astrosos que sirven a «El Vaivén» de cimientos y resumen.

Este suburbio, harto nutrido y malviviente para una ciudad blanca y apacible, de cándido perfil, se alimenta de la Industria y el Progreso, del monte y el mar que le necesitan como un gran almacén de ínfimas liviandades abierto a la grey trabajadora entre las minas y los muelles, en la rubia patria del vino y del sol.

Van los mozos dejando atrás callizos y tugurios arrabaleros, y maquinalmente se dirigen a la ribera.

Se oye la voz de sus pasos acompasada y fugitiva como único rumor. Duerme aún la capital, esquivando perezosa el suave escalofrío de la madrugada, y fuera del puerto callan también la ola y el aire, por que reina en la costa una serenísima quietud.

Los bordes férreos de la orilla se levantan oscuros sobre la estática llanura que al recoger las claridades surgentes vuelve a lucir en su cristal con el dibujo macizo de los grandes buques, la eslora fina de los cárabos, el porte gentil de los veleros, la esbeltez de las canoas y falúas, todo el encanto de la marinería que revive con el alba del sol.

Permanecen los del *Hardy* con la vista apoyada en el horizonte. Añoran con distinta pesadumbre la huella de su barco, y un mismo pesar los inmoviliza arrepentidos y confusos.

Gabriel piensa en Aurora y siente que su esperanza fluctúa y huye combatida por el destino. Le parece que ya nunca podrá conseguir en el ancho margen de las aguas una senda bonancible para su amiga y que la rosa *kármica* le señala un rumbo fatal en las honduras de la tierra. Por dos veces su nave le arroja a las orillas hambriento y desvalido, junto a los montes desollados, y su fortuna rola con irresistible obstinación hacia el abismo de las minas. Es necesario obedecer: Dios se oculta en la roca lo mismo que en el mar...

Mecido por las olas de su alma vuelve el muchacho los ojos a la ruta que debe seguir, y en el fondo del paisaje desplegado a la luz sólo ve muy remota erguirse una montaña caliente y sensual, con blanduras de carne; un esbozo perdido en el cielo, una sombra que puede nacer de una obsesión. Pero él dice:

—¡Es la tumba que me llama a gritos!—Y un pesar oscuro y recóndito le entumece los pensamientos.

—¿Qué hablas?—pronuncia Thor medroso. Muestra las pupilas azoradas como un ciervo perseguido, y su robustez carece en aquel momento de valor: es una mole ruda que vacila. El navío carbonero, al dejarle en la costa, le hace perder su aplomo de Hércules incivil. Sin el barco sucio y batallador no sabe donde afirmar las plantas, hechas a sostener su reciedumbre en otra fuerza maquinal, y por instinto se inclina hacia la inteligencia de su compañero: es la materia impotente que busca las armas del espíritu.

—¿Qué hablas?—repite—¿Adónde vamos?

—Yo—responde Gabriel con dolorosa resignación—voy a trabajar en unas minas que se encuentran remontando este río... ¿si quieres venir?...

—Haré lo que hagas tú—balbuce Thor lleno de ciega conformidad. Con el pelo hirsuto, la cara bezuda, muy acentuado el tueste de la piel y descollante la corpulencia, tiene un bárbaro aspecto al lado de su amigo, cuyo noble rostro se tiñe de acendrada y hondísima expresión.

Juntos ponen aún los ojos con diferentes inquietudes en la trémula corriente del estuario. Ha dicho Thor unas roncas palabras de despedida, mientras Gabriel oye cómo se clava en el silencio la queja de un ave, y recibe en el abierto corazón un largo suspiro que desde las dunas se escapa de la mar.

IX

RIBERAS Y COLINAS

La esperanza.

ONSECUENTES y madrugadores salen de Estuaria Rosario y José Luis, despedidos por Echea, con un plazò de muy pocos días, porque al finalizar el corriente mes de Agosto cumple el desterrado su condena y vuelve a Dite con más bríos que nunca, dispuesto a sostener contra los nordetanos una nueva campaña heroica en beneficio de los obreros, con el estímulo de colaboradores tan conscientes y providenciales como los hermanos Garcillán.

Olvida el campeón su calzado roto, su traje manido, su bolsillo exhausto. Junto a la ventanilla del coche donde se

asoma la viajera, murmura con los ojos llenos de lumbre y de ansiedades:

—La suerte me halaga por primera vez; el destino cambia para mí: siento que me toca la mano de Dios...

Parece un sonámbulo. Habla y mira con una mezcla de angustia y esperanza que conmueve y aturde a Rosarito. Y apenas le sabe responder; le atiende, inclinándose con un movimiento dulce y tímido, rebosante de fascinación, entornando los ojos morenos bajo el arco sombrío de las cejas, envolviendo al mozo en la insinuante claridad de una sonrisa.

José Luis departe con un señor a quien fueron recomendados y que llega a despedirles muy fino, un caballero elegante y maduro que vive con la única misión de lucir un apellido histórico y representar en Estuaria al elemento deportista. Conoce a Echea y le saluda jovial y condescendiente:

—Hola, amigo, ¿qué hacemos por aquí?

—Ya ve usted...—responde ambiguo, sin dar ninguna importancia al personaje.

El de los deportes se vuelve a José Luis y, en voz baja, alude con desdén:

—¡Pobre chico, no tiene un real!

El tren resuella y pugna. Se abrevian los cumplidos, las manos se agitan, Rosario dobla siempre hacia el andén su busto gentil, signado con la gracia de una flor.

Y Aurelio Echea permanece largo rato de espaldas al *sportsman*, siguiendo con los ojos la marcha del convoy,

escuchando su rumor fugitivo en el claro silencio matinal.

El camino.

La hora temprana y el magnífico día, prestan a la llanura un encanto difuso, una vaguedad líquida y vaporosa, mezcla de agua y de sol.

El tren se hunde en la zona de las marismas, entre el campo sumergido y las selvas de juncos, por los dorados veriles acosados de retama y carrascal. Una a una las márgenes afinadas en los derrubios se ven invadidas por estanques salinos que trasmutan las nubes, y cilancos resplandecientes dormidos entre las tierras fangosas; así el espejo tácito de la ría con los aguazales del contorno se apodera del cielo, le despide, y enciende toda la pureza del paisaje en un delirio de luz.

Atrás quedan por un lado, el mar «Circonfuso» de los musulmanes, el desierto de Arenas Gordas con sus manadas de camellos cerriles, y sus viajeros errantes a través de las dunas, el límite donde emergen, olvidados y moribundos, la antigua *mossaláh* de la Rábida, Palos de la Frontera y Moguer, mientras por la otra orilla se esconden los feraces huertos regados por el Anicoba, las viñas, los naranjos y olivares que circundan la capital.

A muchos estadios valle adentro suben por el estuario las humildes embarcaciones costaneras, jabeques y laúdes, semejantes a las saetías y galeotas que antaño sirvieron para el corso. Navegan sin ruido, al influjo de la corriente con la

ayuda de la vela latina o al blando empuje de los remos, que parecen de oro irradiando al sol el corte espumoso de las aguas. Y se pierden en el horizonte con apariencia vagarosa, entre palmeras y tamarindos, allozos y romerales que florecen como una maravilla sobre el cristal inmóvil, en el canto anegadizo de las almarchas.

El ferrocarril minero propiedad de los nordetanos, lleva en los coches de primera un aviso que dice: «Se ruega a los pasajeros no poner los pies encima de los almohadones, no escupir ni cometer ningún otro acto que afecte a la limpieza del carruaje.» Lo firma Martin Leurc—Director General.

Y el letrero previene allí como anuncio de una salvaje invasión del Norte en la inmensa dulzura de aquel valle del Sur.

Rosarito lo comenta con su hermano, un poco alarmada al temer que los explotadores de las minas, casi únicos viajeros del recorrido, necesiten unas advertencias tan vergonzosas y elocuentes. Pero José Luis recuerda que en Nordetania es proverbial la cortesanía y supone que en Dite habrá una inmigración de gente ineducada y torpe, una plaga de ricos nuevos, improvisados a la sombra oscura de los escoriales.

Esta probabilidad se aviene con las revelaciones del campeón, y les desazona como un áspero grito que rasgase la armonía extraordinaria del minuto. Viajan solos y se entregan al goce de la admiración, seducidos por la rareza de aquel llano, donde las aguas cautivan pueblos y vergeles con su hechizo letal.

Una gracia de milagro pone sobre la vega regadía el semblante fugitivo de las cosas; los barcos, las aves, las nubes, el tren, se repiten en la intumescencia del estero con encanto frágil y misterioso. Y los dos artistas agradecen al camino su hermosura como un enorme favor...

San Juan del Puerto. La villa se ensena en la anchura del río que parece un lago, y baña en él sus casales blanquísimos; hacen las embarcaciones la marea remontando la población, henchidos los aparejos sobre las ventanas y los jardines; a Occidente se limita el paisaje en unas lomas cubiertas de áloes, jara y acebuche; se ha detenido el tren y se oyen las palabras trémulas del viento que llega de la mar.

Dos hombres las escuchan, al parecer, silenciosos y taciturnos en la linde de la estación. Descubren a Rosarito en la ventanilla y hablan entre sí, mientras ella se vuelve hacia su hermano:

—Ahí están dos marineros del *Hardy*.

—¿Es posible?

—Míralos; el mozo del perro y Thor.

José Luis reconoce con extrañeza que son ellos.

Tienen aire de fatiga y de inquietud; han salido de Estuaria al amanecer, detrás de la vía, siempre alcanzados por canalizos y lagunas, como si la corriente les persiguiera. Para tomar un bocado y disponer de algunos reales vendieron las blusas de mahón, quedándose con los *jerseys* de punto ceñidos y sudorosos.

Quiere Garcillán preguntarles alguna cosa, hacerles algún ofrecimiento.

—Sí—aprueba la hermana compadecida—, hay que ayudarlos porque están muy tristes.

Pero silba ya la máquina, huye el andén; aquellos hombres permanecen allí solos y quietos, y los que parten adivinan la situación angustiosa de los pobres que se quedan; no es difícil suponer que intenten probar mejor fortuna y busquen trabajo en las minas, sustituyendo un abismo por otro.

José Luis recuerda, además, que vió a Thor a media noche en la sala peligrosa de «El Vaivén». Casi reconstruyen el percance de los marinos, lamentando no haberles podido auxiliar en la estación, y de sus conjeturas pasan a nuevas contemplaciones, porque se hace de pronto sanguínea la vena del Saltés, regadora del llano, aparecen los bajíos asomando el sable rojo a la lumbre del agua, rompiendo la suavidad de la vega cada vez más arramblada y estéril. Y se aparta la vía de arenalejos y lamedales, empieza a subir por un camino enjuto hacia la margen eminente del río, sobre la cual se dibuja singularísima y romántica la ilustre villa de Niebla.

La capital del antiguo condado, también corte de un rey, yergue aún sus bermejas murallas, sus baluartes de tono caliente, los tambores y cubos de su terrible fortificación, tipo soberbio de las *al-medinas* del Islám. En sus lienzos ruinosos aún quedan ajimeces elegantísimos que las parietarias decoran sosteniendo la melena oscilante en el clásico arrabá, colgando las flores por el esbelto parteluz.

Todo el recinto amurallado sobre adusto cimiento de cal,

resalta brioso con la ingente sillería impregnada de sol, y recibe como eterno homenaje la canturia del Saquia, enroscado a la fortaleza en su cava natural. Tiene allí el «río del Cobre», ceñido a las piedras legendarias, un color violento que tiñe las orillas con trágico matiz, un caudal ondulante que desde el foso cobra anchura y huye extendido por tierras de aluvión para confluir con el Odiel y formar la ría antes de perderse en el Canal del Padre Santo, dentro de la mar.

Los viajeros, de pie y absortos, contemplan la villa enhestada en el camino como un dolmen labrado que señalase una gran tumba. Y les parece que en aquel semblante petrificado y rojo existe un sufrimiento, y que la tremenda pesadumbre de la historia grita y sangra en el bloque mudo, con el inconsolable dolor del abandono, ante la humanidad que sueña.

Pero aunque las almenas vacilen y los muros se relajen en el olvido, un hálito de vida corre generoso detrás de los arquillos carpaneles, de las cortinas doradas por el tiempo, de las monumentales puertas sin hojas, hundidas en el revellín.

Una grácil figura de mujer pasa a menudo, vestida de blanco, tranquila y suave, por los corredores que fueron castillo «de la reina mora», torre de Guzmán, aula de Al Motamid: es una dama inglesa, amante de lo extraño y hermoso, que convierte los derrumbos en habitaciones, los ánditos en museos, y vive entre los sillares conmovidos y los rebeldes penachos de la hiedra, como alma vigilante de las ruinas.

El índigo cielo que las baña de luz reviste por su intensidad un crudo tono de campo de blasón, muy bien dispuesto para recordar la imagen valiente del neblí, el ave adiestrada por los godos en la villa que dió célebre apellido a los halcones de España y que hoy anuncia la redención de su pobreza enseñando las almendras de oro puro en los calveros donde antaño fincaban su hélice rampante las conchas de la mar.

Y nunca mejor que sobre el desolado mantel del alcázar andaluz, persistente en los siglos con huellas de formidables invasiones, pudiera cernerse como un símbolo de orgullo nacional el zorzaleño «noble y gentil», perfilando su quilla voladora en un escudo ardiente y azul...

Río de dolor.

Ya caída la tarde, los marinos del *Intrépido* llegan también a la cora de Niebla y trasponen el lugar de los remotos *vicos* en persecución de un albergue.

Anduvieron todo el día mustios y lentos, como si dudasen, y tardaron en despedirse del último falucho que en el horizonte arriaba la vela con gesto de fatiga, semejante a un pájaro que dobla las alas. Abrasados de calor subieron por las campas rodenas del Al-Xaraf, y dejaron tendido hacia Sevilla el ancho territorio donde estuvo la fabulosa Huerta de Hércules, riquísima en olivares, hoy convertidos en tierras infecundas, en cotos donde cazan los reyes, y breñas donde triscan las cabras. Iba declinando el sol; los ca-

minantes añoraban la paz del barquichuelo que derivaría calmoso por la roja estela del astro...

Algunos trigales, ya pálidos y maduros, acosan la villa desde el arrabal donde se levantaron el circo y las aljamas, las ermitas y el zoco; donde morían las vastas plantaciones que dieron sus óleos exquisitos a los países de Oriente.

Gabriel y Thor entran por una rasgadura de la muralla hasta el barrio que dicen de los negros, habitado por indios, descendientes, según creencia popular, de los que trajo Colón a Palos y a Moguer.

Unas criaturas amarillas y cobardes representan la raza—pura y sin cruce al cabo de los tiempos—, y se asoman a a sus guaridas con prevención ante los intrusos. Y ellos no se atreven a pedir un cobijo en los escombros miserables donde aquella extraña gente se refugia para vivir.

Siguen andando, luego de saciar un poco el hambre; atraviesan por segunda vez la herida fortificación, y a campo raso, a la vera siempre del ferrocarril, vuelven a encontrar al Saquia recogido en su lecho, más solemne y ruidoso que en la dispersión de la llanura, más único y temible que ningún otro río español.

Moderado en su caudal por el estiaje, no bulle con exceso ni vocifera, cunde en su álveo de laja con un murmullo sordo y un color dramático adquirido en los veneros de caparrosa donde se origina.

Tiene aquí todo su carácter histórico y maligno: es el Urium de los romanos, el Aceche de los baledíes, el tremendo *río de las lágrimas*, de cuyas linfas «no se logra nin-

gún género de pescados ni otros seres vivos, ni la gente la bebe ni las alimañas, ni se sirven de ellas los pueblos para cosa ninguna...»

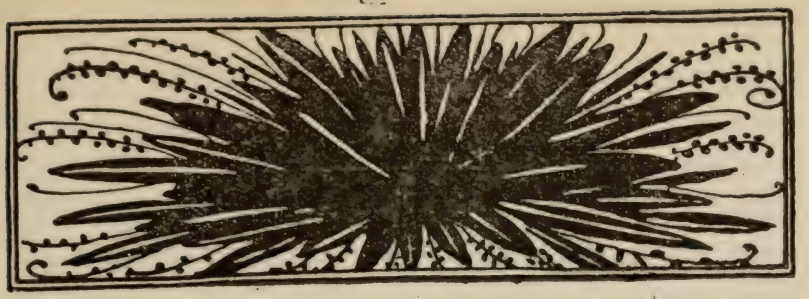
Ya mezcló sus perfidias con las del río Agrio que brota en el cerro de Salomón; se dejó influir por el raudal siniestro de los Pozos Amargos, se clavó muchas veces, como un puñal, en el pecho cobrizo de la sierra, y arrumbó por las pizarras montaraces tinto en los colores prodigiosos de las minas.

Ahora duerme, acallada la verberación, se escorza rendido, esperando que las crecidas del invierno le inflamen los rabiones para llevar con ellos la muerte a las vidas apacibles de la mar. Y su reposo está saturado de culpas, lleno de inquietudes; su remordimiento come las orillas y las enrojece con una orla de carmín.

Sienten los viajeros de una manera íntima las aciagas influencias de este río de dolor, turbio y callado, lo mismo que las traiciones: le temen y le persiguen, atraídos a su curso como a un sendero fatal.

Se ha levantado con la noche una brisa calurosa que parece un soplo de la tierra. La campiña solitaria y adusta sube hacia el contorno pensativo de los montes. Y tiembla en el espacio un indefinible rumor: quizá el Tiempo afila su guadaña en el áspero dorso de las cumbres.

Los viandantes, fieles a su rumbo, se tienden en el corte arisco de la ribera para dormir a merced del viento y de la luna.



X

LAS ALAS DEL MONTE

Subiendo.

L despertar, con el sol en los ojos y el olvido en la conciencia, se recobran al sendero los muchachos, obedientes y maquinales, seguros de cumplir una obligación, y después de ordenar sus impresiones observan que es el campo más dulce y más fino a medida que suben, y que están las montañas más lejos de lo que parecían bajo los racimos temblorosos de las estrellas.

Ahora las cimas huyen a recamar el horizonte y sólo se acercan unas lomas rubias y mansas, todas florecidas con las azucenas del jaral.

Se tiende el llano maduro en los olivos y en la vid, en-

cendido con la púrpura venenosa de las adelfas, tapizado con el azul saludable de las borrajas, gozoso en la orgía de los colores y la luz, benigno en las primeras horas matinales rociadas de frescura; hasta que el sol culmina y se hacen violentas la plenitud de los perfumes y la sofocación del ambiente.

Arden entonces las plantas, los árboles se crispan en desesperada inmovilidad y parece que la sed del camino pugna hacia la vena del Saquia, en cuyo borde se enfurece ansiosa la vegetación.

Cunden aquí mezclándose, las flores solitarias del arrayán moruno, las espigas verdes de la juncia, los parasoles dorados del hinojo, las espigas brillantes del tamizo, las anteras amarillas del mimbral. Y trascienden los olores medicinales y balsámicos de los rizomas escondidos en el suelo, de la almáciga oculta en las cortezas, de los tallos leñosos y los frutos agrestes.

Hay una exuberancia de aromas que pesa en el aire y perturba a los viajeros. Las quimas dejan oir un apagado gemido, se desmaya en los castros la fresca nube de azucenas y todo el caliente verdor se mira en las aguas con enorme limpidez.

Este jugo de la tierra es un cristal azul, rojo, negro, dorado, violeta, de color de rosa; es una linfa que cambia de matices según como la impregnen las sustancias cúpricas y el distinto caparrós. Así mudable y extrañísima, rueda sobre un lecho de pizarra duro y limpio, sin una sola partícula de tierra vegetal: ¡es la muerte que retrata en su espejo la

hermosura de la ribera y huye a la sombra de la vida extendiendo por la margen un lívido resplandor!...

Se han embravecido los recuestos que ya son montes y que aún florecen con salvaje manto de corolas; se estrecha la ruta formando una hoz: los hombres y los árboles siguen inclinando su fatiga hacia la tersura engañosa del río infernal.

Y de pronto se eriza todo el paisaje de una vez, abierto en cadena de montañas que se oprimen y rompen en cortaduras y derrumbaderos, persiguiéndose como si buscasen una salida hacia el Occidente. Parecen extraviadas en su rumbo, enloquecidas por un sentimiento de violencia que las empuja al cielo, y constituyen unas terribles masas de arcillas pizarrosas, de singular y diversa coloración.

Ya no quedan en los contornos flores ni matas; se extinguen en la ribera los vestigios de las yerbas curativas; se borra el surco de las aves en el viento: es que han aparecido las señales desoladoras del mineral.

Crece la tarde; Gabriel y Thor caminan huraños y deshambridos sin dejar el linde tortuoso de la corriente. Han pasado junto a la estación ferroviaria de Jaramar y continúan subiendo a la vera del agua, tenaces en remontar la orilla como si buscaran los siniestros orígenes del manantío.

Los trenes se cruzan largos y numerosos en los viales: llevan a la capital los productos de la explotación y a la mina los elementos de la industria, las viejísimas cepas que antaño medraban en los montes vecinos y se arrancan ahora para los hornos, como una contribución más del país a la Empresa, en la escasez de mejores combustibles.

En estas expediciones que transitan cada veinte minutos, de noche como de día, van los guardafrenos de pie sobre un estribo insignificante, sin resguardo ni asidero, y desde allí saltan a menudo a otros vagones en plena marcha dentro de los peligros de recodos y descensos, en jornadas de quince a diez y ocho horas, y obligados a tan ruda faena por la escasez de personal, contra la prohibición de la ley.

Los marineros caminantes no reparan mucho en aquellos acróbatas rojizos, expuestos a caer entre las ruedas del convoy a cada paso, y únicamente se fijan con inquietud en algunos coches ocupados por hombres envueltos en vendas y mantas, con los rostros descoloridos y el cariz taciturno; son carne de hospital, operarios enfermos o heridos que van y vienen a Estuaria en procesión tremenda porque sobran en la clínica de Dite.

Y muy pocos viajeros voluntarios circulan en aquellos trenes inquietísimos y veloces que miden con su cinta sangrienta y ruidosa el trayecto del río. Unos empleados de uniforme, con escarapela en el sombrero y sable en la cintura, hacen la intervención de los billetes, ocupan las estaciones y dan al tráfico un temeroso aspecto militar: les llaman guardiñas en el país; son los espiones de la Empresa, los lacayos de la Dirección.

El camino pertenece ahora a los nordetanos con las aguas de verde claridad y el viento saturado de gases sulfurosos; les pertenece en absoluto desde las primeras estribaciones orientales de las minas hasta la monstruosidad de los confines que concluyen en el cerro de Salomón.

El viejo y la niña.

Se presiente el formidable movimiento de la villa. Una ancha obra de cementación abre sus zubias y atanores bajo la trasparencia luminosa del río y explaya el vitriolo azul por los tendidos jaraíces, con tonos brillantes de amatista y oscuros reflejos de color turquí.

Llega un zumbido torvo hasta los caminantes, un hálito gemebundo y ardiente, amasado con muchas voces horribles, un temblor pavoroso que invade la tierra y ondula sobre los cielos. Parece que hay en este mugido resonancias de cañonazos, arrastres de artillería, galope bárbaro de tropas, la convulsión febril de una gran batalla.

Con instintiva rebelión tuercen algunos pasos los marinos, sustrayéndose al imperioso vero de las aguas por vez primera en los ochenta y tres kilómetros de su viaje: trasponen la vía y avanzan desorientados.

Hay cerca una estación más, unos pobres edificios habitados sin duda.

Naya—dice un letrero en el mezquino andén, y un pedazo colgante de carril hace las veces de campana, golpeado por un martillo cuando lo piden las maniobras: detrás de la estación se esparcen los casuchos al otro lado de unos terreros ásperos y henchidos.

Están Gabriel y Thor en los alfoces de la mina y la necesidad les impulsa hacia aquellos ruines albergues, cuando un grito salvaje como el lelí de guerra sarraceno les llama la atención.

Un hombre alto, viejo, cobrizo, se asoma con recato sobre la pared de un alguarín y les hace señas.

Llegando allá ven que le acompaña una joven muy bonita, con los ojos dorados como la rodomiel, la figura graciosa, negros y brillantes los rizos bajo el mísero pendil que la defiende un poco del sol.

—¿Adónde vais?—pregunta el anciano con tono paternal, contenido el acento como si alguien les vigilara.

—A buscar trabajo—responde Gabriel, que en pocas frases dice su cuita.

Thor le interrumpe:

—Tenemos hambre.

—¿Y dinero?

—No llega a medio duro.

—¡Ni equipaje ni pesetas! — murmura el viejo. Se vuelve a la muchacha: —¿No llevas tú ahí pan y vino?

—Sí, señor.

—Pues dáselo.

Ella posa la cestilla, que conduce; de un lienzo muy limpio toma una hogaza y la ofrece, con una botella colmada y panzuda.

Todos se han sentado en la tierra echadiza del erío. Los forasteros comen y beben con ansiedad; la moza sonríe, el anciano habla:

—Me llamo Vicente Rubio; hace más de cuarenta años que soy obrero en estas minas; he padecido muchas sinrazones y ahora me tienen entre ojo, tachado de rebelde porque me asocié en el Sindicato de Nerva y dije «lo mío» cuando fué menester... Buscan a menudo pretextos para castigarme; una quincena llevo este mes sin trabajar. Ma-

ñana se cumple y hoy bajé con la niña, ayudándole a traer la ropa que ella y su madre lavan para estos vecinos. Os vimos llegar, conociendo que no erais de aquí porque andábais torpes en hallar una vereda. Y os di un grito desde este escondite con intención de ayudaros, si podía...

Masculla Thor unas palabras de gratitud, ronzando las cortezas del pan, y Gabriel corresponde a la confianza de Vicente Rubio, explicando también su origen y condición.

—¡Ah, eres de terreno frío! – dice el andaluz, que dibuja con la mano una indicación remota hacia la patria boreal del montañés.

Y sigue contando, con cierta prisa y visible indignación, que los trabajadores están allí cada día más oprimidos, sin derecho a defenderse ni a redimirse, padeciendo toda clase de injusticias y abusos.

—Encontraréis labor — asegura — porque hay muchos despidos y escasez de brazos; pero no hallaréis hospedaje en Dite: allí la policía es muy rigurosa con los desconocidos.

—De esa manera...—insinúa Gabriel desanimado.

—Os venís con nosotros. Vivimos ahí arriba en Monte Sorromero, una aldea donde se nos permite dar posada; bajamos a la mina por la trocha en un periquete... Ese viaje le hice nueve años con mi hijo, hasta que un día volví solo... él se quedó aplastado por un atierre del filón...

Se levanta como si le aguijase el recuerdo de la atroz

desventura. Los jóvenes le imitan: se acabó el pan y queda en la botella poco vino.

Un incómodo silencio se establece mientras un guarda jurado va acercándose.

—¿Quiénes son «esos» y qué hacéis aquí? – pregunta dirigiéndose al anciano.

—Son de fuera; vienen a trabajar y les brindo posada hasta que se coloquen: estaban merendando...

—Pues que aproveche, y no os detengáis cerca de la estación, porque tengo orden de impedirlo.

—Ya nos vamos.

El guarda saluda con un leve movimiento de cabeza y se dirige otra vez al tendejón donde estaba en acecho. Es mozo, parece aburrido y no lleva con donaire la tercerola.

Indicándole con un gesto, murmura Vicente:

– Somos amigos: no cumple con entusiasmo la obligación; trabajó en las cortas antes de pertenecer a la milicia, y le tiramos los obreros más que la Empresa.

Buscan despacio su camino; es tórrido el ambiente; la fosa del sol arde lo mismo que un volcán. Gabriel pregunta lastimoso por el obrero sacrificado.

—Aventajaba así como tú—contesta el padre—; era noble y marcial. Veinte meses contamos su desgracia, y para el otoño cumpliría la cuarta parte del siglo. No me queda más varón. De las dos hijas una está casada con un cordobés de muy mala sangre, hornero en las fundiciones; viven en Nerva. La otra aquí la tenéis; es la que me vale y ayuda: se llama Casilda...

Vicente Rubio siente una viva necesidad de expansión; hablando, se consuela; procurando el bien, se le esclarecen los ojos nublados a menudo por las lágrimas. No es tan viejo como parece: los doce lustros le dejarían mocear aún, con el auxilio de su robustez, si la vida no le hubiera pesado con exceso en la carne y en el alma.

Pero se encorva mucho; sus costillas padecen ya desde la primera juventud el ajobo del mineral. Ha sido pinche en los vacies, portador de escorias, zafrero, maquinista de barrenas, cargador de torales y continos, huésped del hospital con heridas, fiebres, «cólicos de cobre», dislocaduras, «mal del túnel», extenuación: ha dejado la salud en los escoriales y en los pozos, la alegría deshecha en el lurte que que le malogró al hijo.

Y hoy sufre agudos como nunca todos sus descontentos, sus fracasos, la quiebra irreparable de su esperanza. Se ha hecho faccioso; pertenece a los inquietos, a los protestantes, a los redentores; influye en el organismo de una reciente agrupación socialista, y pone en ella la autoridad de su vejez, la simpatía de su carácter, el conocimiento de su larga esclavitud. Un alto sentido de justicia y libertad se despierta en este hombre con religioso fervor y puro desinterés: ni él ni su hijo disfrutarán los bienes que se puedan conseguir; pero trabaja por los demás lleno de lastimera solicitud. Y en esta misma hora hay una misión de apostolado en el cariño que demuestra a los dos forasteros, en el afán con que les atiende y recibe.

Valle de Lucifer.

Caminan enveredados por las alcarrias que conducen al monte, descubriendo el breve llano donde se aposenta la fundición de piritas, desde la cual tienden a la cumbre más cercana las tuberías que en los tragantes han recogido el humo de los hornos. Parecen culebras monstruosas dormidas al sol; negras y lucientes, se retuercen y brillan en la secura roja del canchal y buscan a tientas en sus ondulaciones el gran tubo matriz que se abre en la cima cubierto de centellas y humaradas como una fumarola inextinguible.

—Si corre el viento de la mar—dice Vicente Rubio señalando el vapor que vomita la ingente chimenea—, no hay quien respire en estos lugares, ni mucho menos a la boca de los hornos, porque se aterran los humos cargados de arsénico, y los fundidores se asfixian debajo de las campanas.

Cuenta después algunos episodios referentes a las antiguas *teleras*. Alcanzó muy bien aquellos tiempos de la torrefacción de piritas en montones al aire libre, con las mantas de humo echadas como un sudario sobre la vegetación, desde aquel mismo paraje hasta el límite de Portugal, incendios que convertían en ácido sulfuroso más de doscientas mil toneladas de azufre cada año.

—¡Se acabaron en la serranía los huertos y los bosques!—añora el minero que se siente campesino.

Y vuelven todos la mirada inquieta hacia el estrecho valle que llaman de Lucifer, donde se guarecen las fundiciones y se nutren los laboratorios y las cribas, la central eléctrica y los estanques de cementación.

El conjunto medroso de los edificios se prolonga cerca de las vías entre plazas de embarque y hacinas de combustible, material ferroviario, enseres y dependencias envueltos en gruñidos y estridores, en polvo y gas. Las monteras de cristales y zinc, los tinglados abiertos, las ventanas propicias, enseñan el desmelenado corazón de los hornos, crepitante y voraz: todo muge y tiembla en los sombríos talleres y a Gabriel le punza el recuerdo angustioso de parecidos trajines que al lado de otras minas abandonó.

—¿Qué jornada tienen ahí?—pregunta señalando la fundición ya remota, casi escondida por la negra mole de los escombros.

—Un turno de ocho horas.

—¿Y salario?

—De diez y seis a veinte reales...

Los palmitos, degenerados y endebles, se agostan en los penedos lustrosos que conducen a la aldea; cierne el crepúsculo en el valle su primera sombra y toda la luz se recoge en las cimas, resbalando por el desierto montaraz con febrido resplandor.

Calmada el hambre, distraído el cansancio, Thor se adelanta junto a la moza aprovechando la estrechez de la ruta que les obliga a marchar en parejas: quiere ser fino; dice algunas palabras inocentes y Casilda le oye con su fría expresión de virgen, recoletos los ojos al abrigo de las pestañas.

El padre lamenta aún los terrenos esterilizados por la trágica devastación.

—¡En esta parte de la Sierra Morena los incendios de azufre no dejaron ni un nido, ni una flor, ni una hierba de salud!

La última tierra.

Diríase que el paisaje responde a la queja desdoblando toda su alma dolorosa; zumban en la sima distante las llamas y el polvo, y no hay en la altura unas alas que desfloren el viento; se ha hundido el sol detrás del monte, allí donde se anuncia la explotación con sordo ronquido de catarata: el páramo se oscurece.

Los viajeros se encumbran en la tremenda soledad y dejan poco a poco de percibir los confusos rumores. Casilda se distrae con la mueca rápida de las nubes estremecidas por los relámpagos.

—Seréis mozos solteros—soslaya Vicente de improviso.

Thor se apresura a contestar que sí y Gabriel repite de una manera inconsciente la afirmación.

Se vuelve la muchacha y le mira sin batir los párpados, más atrevida desde que siente inclinada hacia ella el rostro de la noche. El recibe la mirada ansioso de espejarse en el remanso dulce de un espíritu, y algo dice con voz límpida y fuerte mientras cielo arriba surte la mano prodigiosa que enciende las estrellas: este es el momento confidencial que ablanda el corazón de los navegantes y agita las rocas en el fondo de los cantiles...

Y enmudecen los cuatro peregrinos con indefinible emoción lejos del roce de la mina, tramontando la cresta eleva-

da entre los talleres y las cortas. Ya del estrépito industrial sólo escuchan el retumbo apagado de los barrenos y el silbido remoto de los trenes. Según avanzan pierden la noción de la vida, y les pesa el silencio del camino todo hecho de piedras y de cobre: nunca Tharsis pudo significar mejor *la última tierra.*

Un reguero de lumbre corre a veces lejano por el filo de los escombros; es un convoy de escorias encendidas que llega al oscuro talud y se derrumba allí, irguiendo en el aire un raudo golpe de claridad. La cumbre ganada por la boca de los humos aumenta con la noche su brillantez, rusiente el orgulloso penacho como un cráter en explosión.

Y encima de todas las ráfagas enhiestas brota a naciente el orto de la luna, el fuego de suma candidez que ningún soplo humano conseguirá extinguir.

XI

EL METAL DE LOS MUERTOS

STAS pizarras cristalinas tan viejas como el mundo, quizá en su origen ardieron con los antiguos océanos candentes y soportaron después el frío pétreo de la congelación; acaso desde las primitivas edades geológicas sintieron arrastradas sus arenas por un movimiento molecular de infinita lentitud y colmaron así las entrañas con sedimentos metalíficos, concentrándose en rocas henchidas de filones, sometidas al descenso y a la sublimación durante miles de centurias. Guardaron entonces en la caja plutónica de sus criaderos los caudales preciosos, hierro y azufre, oro y cobre, plata y zinc, con partes de otras muchas riquezas reveladas a la luz por mantos y crestones, desbor-

Evocación.

damientos peregrinos en formas de corrientes lávicas, durezas de pórfidos y mármoles, alabastros y joyas de cristal. Corrían por sus vasos las caldas misteriosas del vitriolo, en sus médulas vírgenes temblaba pulsativa la oscura gestación de los abismos, y avanzaban en callado tumulto de Levante a Poniente, con extraordinaria longitud, a mil metros por encima del mar, sobre una tierra hermosa y regalada, mientras el aire y el sol les vestían el altivo dorso con túnica de selvas y de bosques.

Así crecieron estas montañas, puras y virtuosas como las de Mercurio, el planeta de los metales donde no se explotan los filones entre la sangre y el barro, y gozaban serenamente los privilegios de su vida, manifestando las evidencias de Dios.

Pero la humanidad que anduvo al otro lado de la Historia, empezaba a sentir en los ojos la fascinación de los afloramientos minerales y en el alma las primeras tentaciones de la codicia; y los ásperos balbuceos de la industria pusieron hachas, martillos y escoplos en el dormido espinazo de la roca; el troglodita adornó su caverna con amuletos labrados en el jaspe y la diabasa de la región: los montes comenzaban a sufrir picaduras de las herramientas fundamentales, hendidos por leves hoyos como un panal...

Rodando los siglos arribó a la costa cercana «un bajel de Samos, empujado por el viento»; sus tripulantes, en amistad con los iberos de la serranía, cambiaron bálsamos, púrpuras y gomas, por el oro, la plata y el cobre gris, y desde aquel suceso, Tartéside vino a ser en el arcano de la

península occidental la Tharsis española, ensalzada por la Biblia como tierra de promisión.

Ya las pizarras gemían redolentes bajo la usura de los fenicios, mientras las naves del rey de Hirán, unidas a las flotas de Salomón, saciaban sus voracidades en el tesoro del país. Los rudos instrumentos de la piedra quedaban sepultados entre escombros de otra más eficaz explotación; los fecundos senos del cristal no pudieron servir de apacibles moradas a Vulcano, el celeste forjador que adornaba el palacio de Venus con estrellas cobrizas. Y convinieron a Plutón, el dios infernal, habitante de la eterna espesura dominador impasible de los muertos.

Convertíase en maravilla del mundo el gran templo de los judíos, mediante la brillantez de los *oricalcos*, «el cobre de la montaña»; se engrandecían Tiro y Sidón con las excavaciones hechas por los asiáticos en «el misterioso confín»; y ya los tartesios no estaban conformes en trocar sus minas por leyes rimadas, poemas escritos, abecedarios y perfumes.

Todas las pasiones que dan su fuerza a la avaricia empezaron a rugir en las alturas dominadas por el castillo del rey sabio desde el cerro que aún lleva su nombre. Acudieron romanos y cartagineses al señuelo del botín, encrueleciados ante el polvo que se convierte en monedas, disputándose la fabricación de los discos rojos, semejantes a corolas.

No hubo compasión para los criaderos grávidos y profundos, ni para los hombres miserables y tristes.

Roma la emperatriz quedó por dueña de las cumbres y

las sometió bajo el arco de la muerte. Más de veinte mil esclavos fueron hundidos en la repulsiva oscuridad al través de pozos y socavones. Medían el tiempo interminable de su trabajo por la lumbre de los candiles y se arrastraban lo mismo que culebras por los pasillos estrechos, cargándose a hombros el mineral para transmitir de mano en mano la tierra sombría, como los griegos las rútilas antorchas en los juegos olímpicos, de tal suerte, que sólo el último de aquellos hombres veía la claridad del sol.

Violado sin piedad el seno ruboroso de los montes, quedó el espanto desnudo en el fondo de la sima, porque se rebelaba contra el secuestro la trágica omnipotencia de la roca y defendía sus carnes, desatando las lívidas lagunas, los ácidos venenosos, los bárbaros gritos de las fallas, como si también las piedras tuviesen un sentimiento racional, una especie de humana volición.

Surgían de las lumbreras unos mineros, calientes del fuego subterráneo, dolorosos y moribundos, mientras crecían los escoriales erguidos en columnas monstruosas, crujían candeladas y bariteles, y el progreso audacísimo de la metalurgia mezclaba en los fosados con los catinos de Sagunto y las hidrias de Italia testimonos de nueva civilización, los eslabones de las cadenas, las argollas y los pernos de los grilletes. La historia infame de la esclavitud se ennegrecía con la sed del oro: era preciso, a costa de las vidas inocentes, acuñar medallas frías como el hielo, del pálido color de la envidia, con el orgulloso perfil de reyes y emperadores.

Centenares de años en activa industria consiguieron desollar cimas y laderas, hundir quebradas, ejercer en valles y lomas inmensas depresiones, cegar de cadáveres los minados, entorpecer con espantosa negrura toda la vegetación.

Y hace larguísimo tiempo que el dolor sube allí del fondo de las torrenteras y extiende su luto en el paisaje, del cual dice Rodrigo Caro en el siglo XVII:

«Apenas se puede caminar una legua sino es pisando escorias y carbones, y viendo a una y otra parte minada la serranía, abrasadas las peñas, sacadas de su asiento y precipitadas en los valles, partidos grandes cerros y los demás amenazando ruina. No puedo negar el movimiento que tan horrendo espectáculo causó en mí, con noble admiración, cómo aquello hizo lástima y novedad a mis ojos. Porque ¿a quién no admirara ver que el atrevimiento humano osase tanto y que fuera más dura la hambre del oro que la dureza de las peñas? Parecióme que no cumplía con la obligación de curioso si no entraba en las cuevas de aquellos cerros de donde robaron oro y plata escudriñando sus entrañas, y me atreví a discurrir algo por aquellos oscuros laberintos, por donde los antiguos codiciosos habían buscado sus preciosos peligros, admirado de que, huyendo de la luz del sol, apeteciesen así tan ciegamente la amarillez del metal y que inquietasen aún en el profundo abismo aquel dios Plutón que juntamente perseguían y adoraban. No osaba pasar con los pies más adelante ni ya el oficio de los ojos me servía; mas la consideración penetraba aquellas sombras que me

leían presentes escarmientos, y volviendo al principio de las cuevas no sabía apartarme de ellas, medroso y asombrado. Consideraba desde aquella altura que en el mismo lugar estuvieron aquellos inhumanos mortales, y se pondrían a mirar cómo la mitad de un monte arrancado con violencia de su asiento se precipitaba en el valle con espantoso ruido, holgándose ellos de ver la ruina de la naturaleza y admirándome yo de que tan grande estrago no fuese premio de hallar el oro, sino de buscarle. Cercanos a estas antiguas minas se ven montes de carbones y escorias que hacen competencia en altura a los otros naturales, mas no permitió la naturaleza que estas cenizas en que la atrevida codicia dejó escrita la memoria de sus triunfos, tuviesen comercio con ella, y así las infamó con negro horror y eterna esterilidad, no dando lugar a que allí naciese árbol ni hierba, que con su frescura adornase aquellas reliquias, a cuyo precio vendió España su libertad y fabricó las cadenas de su servidumbre...»

Los árabes no sintieron la ambición de los metales, sino para labrarlos. Pueblo artista y sensual, quiso de España, mejor que la riqueza, la hermosura, y en su poder los palacios y jardines, hallaron más cultivo que la brutal socava de los filones: en aquel período las *minerías del Rey* no servían más que de castigo a los penados y de cementerio a los difuntos.

Mucho más tarde, en pleno «siglo de las luces» y la sensibilidad, no eran hombres, eran niños los que transportaban el mineral de uno en otro, esclavos de la siniestra red

de las galerías, sacudidos por ráfagas de sombra. Con ellos, antes y después, las víctimas del *oro encarnado* rodaron a millones en la explotación o cayeron bajo la «podredumbre del hospital» empujadas por la codicia, ese vicio incurable que deforma los sentimientos, excluye el sacrificio y paraliza el noble esfuerzo humano.

Y todas las monedas que se acuñan a expensas de este enorme delito contra las leyes del divino Sembrador han merecido siempre llamarse el metal de los muertos.

El nuevo día.

Empezó Casilda a vestirse cuando aún resplandecía en el cuadro de la ventana una estrella azul. Se había desvelado y antes de amanecer ya estaba frente al cielo en su menuda habitación, cuya reja domina el risco montaraz, brusco y lustroso, cortado en desigualdades continuas y violentas.

Las folias de la mica, plegadas con invisibles dobleces en todas direcciones, disfrutan aquí un salvaje desarrollo natural y constituyen el único huello de la aldea colgada en los escarpes de un modo fantástico y valiente. El caserío, bajo y pobre, untado por esa cegadora blancura de la cal, tan amiga de los muros andaluces, vuela con intrepidez sobre las escamas grises del granito y compone con ellas un medroso paisaje de serranía, un pueblo sin rutas ni vergeles, sin matices ni rumores, perdido en la soledad oleosa de los tolmos, entregado a los vientos y a las nubes.

Atiende la muchacha al nacimiento del día como a un

espectáculo nunca visto. Hay una novedad en su corazón que pone encantos de sorpresa en las cosas más vulgares y conocidas, y ve asombrada cómo se enciende la palidez del aire, cómo toca el sol la extremidad de las cumbres y un iris tembloroso resbala en el perfil oscuro de la sierra.

El hombre forastero de los ojos obstinados y tristes la preocupa y apasiona. ¿Por qué? Se trata de un extraño que llega hambriento y miserable, ¿y no tiene ella a porfía rondadores? El mismo Pedro Abril, su cortejánte mal aceptado, ¿no gasta mucho más rumboso perjeño que el desconocido?

Una voz mansa, un poco desvaída y rota, murmura cerca de la joven:

—Hay que darles café a «esos».

Casilda se vuelve con ademán de susto hacia su madre y se queda mirándola bajo la expresión de extrañeza que descubre en torno suyo. Es una mujer delgada y fina, con el pelo blanco, marchitas las facciones, los ojos azules llenos de una claridad líquida y yerta; está sorda, ha llorado mucho y apenas ve: sus pupilas ondulan como un lago, anegadas de una luz que casi no perciben.

Envuelve a la muchacha en la caricia de un silencio y torna a decir:

—Hay que darles café.

No oye sus palabras, que suenan sin inflexiones, con un eco misterioso de lejanía.

La moza responde que sí con la cabeza y alisa blandamente el despeinado cabello de su madre, anciana a la edad

en que las mujeres felices suben todavía la cuesta de los años.

Ha nacido Marta en Val-Aroza, el «Valle de la Prometida», un jardín labrado por los árabes como las huertas de Valencia y Murcia, tendido entre las montañas de Aracena, donde brotan las fuentes del Odiel. Hermosa y niña se casó con Vicente Rubio, un buen mozo de Arunda, la de los orígenes olvidados, que ya trabajaba en Dite, preso en la madeja oscura de las galerías. Y tramontaron audaces a la villa infernal, lejos de los granados y de las rosas, para envejecer sin tiempo, en la penuria de la sacrificada juventud, porque el trabajo, el peligro y la escasez les llenaban de pesadumbres el hogar. De sus tres hijos, Hortensia, la mayor, se enamoró adolescente lo mismo que la madre, también madura por la belleza como un fruto precoz, y halló por compañero un hombre desalmado y brutal que la trataba de una manera ignominiosa. El único muchacho, rebosante de bríos y salud, pereció en la mina horriblemente. Era el ídolo de la madre; tanto le lloraba, sin tregua ni consuelo, que perdía la vista con la nube del llanto y se quedaba más hundida que nunca en el reciente achaque de la sordera. Vivía sin tino, palpando las cosas igual que una sonámbula, trabajando de un modo maquinal, tendiendo por innata costumbre las manos y el corazón hacia el prójimo infeliz: el sueño lejano de su ventura aún le remedaba en los labios una sonrisa quieta y dulce.

Así recibió a los desconocidos con hospitalaria solicitud, y Casilda se pudo complacer en darles el frugal desayuno.

La primera esperanza.

Ennegrecido por el tinte de la achicoria, aprovechado en varias cocciones, el café sin leche colma las tazas, y la doncella, un poco alterado su habitual gesto de quietud, sirve el azúcar y rustre el pan en rebanadas finas que va presentando en medio de la mesa. Se mueve con una gracia armoniosa y libre, exenta de ficción, y si algo le preguntan, responde casi por signos, acostumbrada a entenderse con su madre en tácitos acuerdos.

La mira Thor fascinado, como se contempla el rostro de la primera esperanza; Gabriel suspira taciturno en los descansos de su conversación con Vicente, y la cocina enjabelgada y pulcra se alegra con la luz que va recibiendo del portal.

Aceptan los muchachos aquel generoso hospedaje, con la seguridad de poder retribuirle: en la contramina faltan obreros y van a pedir un jornal inmediatamente.

—¿Vuelven a almorzar?—interrumpe Casilda inclinada aún sobre el fogón.

—Hoy sí—dice el padre—, cuando estén asalariados les aliñareis la comida para que la bajen como yo.

Marta, silenciosa, no deja de sonreir.

Y ya buscan los hombres el pequeño zaguán, a cuyos lados se abren dos reducidos gabinetes con ventana; el de Casilda y el del matrimonio, junto a la alcoba interior donde sirve a los huéspedes la cama del hijo malogrado.

La casuca, resto como las vecinas de un aldeorrio inmemorial, no pertenece a sus habitantes, que hubieran podido comprarla muchas veces acumulando la renta qne produce;

pero es tratada con íntima veneración, y en su pobreza brilla un cuidado habilidoso que la pule y la viste de honradez.

Del mismo umbral retrocede el inquilino para decirle algo a Marta. Acaso en los exhaustos baúles se conservan como una reliquia algunas prendas de ropa desde que al llorado mozo le envolvió la tierra con su implacable mortaja. Y es preciso hallar un remedio a la desnudez de aquellos muchachos. Habla el matrimonio en la penumbra de la cocina: la esposa responde con trémula voz, concediendo cuanto se le pide.

Entre tanto Gabriel aguarda junto a la puerta, y Thor, a dos pasos, yergue su recia figura en el pavés de las adustas lajas: parece allí un hijo de las peñas, uno de esos gigantes legendarios que dominan los abismos.

Otros hombres descienden por los acuestos que en algunos trozos forman bárbaras calles entre la rústica edificación. Llevan casi todos sombrero cordobés, alicaído y maltratado, chaqueta raída, averiado pantalón; tienen la traza rendida y laceriosa, pero se distingue en ellos cierta finura natural, un aire muy distinto al de la muchedumbre trabajadora de otras regiones. Son, en su mayoría, andaluces y levantinos; jabegotes de Málaga, serranos de Córdoba, huertanos y labrantines de Sevilla, Alicante y Jaén, y su ínfima condición de mineros no les impide conservar aquel porte aristocrático de la raza que en el mediodía y oriente españoles adquirió los más puros matices de la distinción helénica y latina. Algunos elementos de Portugal, grupos

también de todas las provincias nacionales, dan contingente obrero a los montes de Estuaria, pero no imprimen carácter a la multitud: la blusa y la boina, radicalmente plebeyas, no predominan en esta comarca meridional, en extremo señoril, y los jornaleros que acuden hacia la mina por declives y riscos, son buenos ejemplares de una estirpe que sabe imponer su elegancia.

Sin verlos Casilda se acerca a Gabriel y le habla con frase vehemente y candorosa, inmóvil la sonrisa en la pulpa sangrienta de los labios:

—No te apures; con nosotros has de vivir mejor que en el mar: yo te consolaré.

El la mira, ávido y triste, sediento de frescura igual que el monte, y la muchacha añade:

—¿Tienes novia?

Va a responder que sí, y calla seducido por la inocente bestialidad de aquel amor que le solicita.

Está acostumbrada la moza a que la cortejen con rendidas súplicas y supone que su cariño es una gran merced; quiere ofrecérsela con liberalidad al único hombre que le gusta.

—¿Tienes novia, dí, si o no?

Gabriel trata de evadirse.

—¿Y tú, estás comprometida?

—¡Quia!... Me persiguen los rondadores, pero... sólo me casaría contigo.

No enrojece ni se turba. Su blando acento andaluz se deslíe al sol con infinita limpidez y cae en gotas claras sobre el corazón varonil como un buen rocío matinal.

Oye Thor a la muchacha con más envidia que asombro; quizá sea costumbre que hasta las mujeres puras digan su amor de aquella manera; él no sabe mucho de fórmulas sociales, pero Casilda tiene un sano aroma de bondad y Gabriel es un hombre incomprensible cuando escucha semejante declaración sin un grito de alegría y de orgullo.

No logra el favorecido ocasión de contestar, porque la niña siente los pasos de su padre, y diestra de súbito en fingir, sale al barrancal y dice, como si terminara un relato:

—Detrás de esa riba hay aldeas que tienen rosas y aguas. En una vivían dos fresnos hace muchísimos años; todavía lleva ese nombre... Eran altos, copudos; daban flores en panojas de color de carmesí...

Indica un lugar trasmontano, invisible, y pondera la hermosura de los árboles con ardiente fascinación.

Los trabajadores que llegan por el surco de la pizarra se detienen sobre las hojas batidas del terreno, y escuchan respetuosos, como si recibieran un mensaje, aquella alusión a las plantas ausentes, aquel enamorado tributo a unos troncos y unas ramas que sólo de memoria se conocen allí; la puebla minúscula de Los Fresnos yace al otro lado del monte aplacando la sed en un tímido regajal, floreciente y evocadora en la abrasada llanura, donde arraigaron dos árboles una vez...

Al frente de los mineros de la sierra, baja Pedro Abril, un joven guapo, esbelto y flexible, algo jactancioso. *Símbolos.*

Ha contemplado a Casilda con celosa mirada, muy sorprendido de verla tan amable entre dos forasteros. Es el único mozo de la vecindad que en algunas ocasiones pudo creerse preferido por la niña de Rubio. La adora con furente pasión, ansioso por llenarse los brazos de belleza, y la envuelve en su tenacidad, la vigila como a una esposa liviana, la busca estremecido de fiebre.

Ella, esquiva, desdeñosa, sólo de tarde en tarde le permíte abrigar una esperanza y le atiende, irresoluta, como un corazón que tropieza. Ahora sabe de pronto que no le puede querer, y se lo dice sin palabras, con un gesto inmutable y oscuro, para luego clavar en el escogido las pupilas, llenas de entusiasmo y de luz.

Pedro Abril siente en su alma germinar el odio; en un momento se han convertido sus ilusiones en granos de ceniza, y la vengadora intención se le delata en los ojos, negros como la tempestad.

Sorprenden todos el vuelo de tales miradas, y únicamente Gabriel, embebido quizá en sus incertidumbres, deja de percibir la muda tragedia de aquel minuto.

Vicente, que se acerca muy tranquilo, rompe la angustia del silencio mediante una cortés presentación.

—Estos—dice con un poco de vanidad, señalando a sus huéspedes—son dos marinos que trabajarán en la mina afiiados a nuestros propósitos. Aquí el compañero Suárez es persona de mucha educación, que nos servirá de ayuda con grandísima ventaja; ha viajado por los siete mundos y sabe de nuestras cuestiones una barbaridad.

Todos le dan la mano a excepción de Abril, que se hace el distraído y disimula no obstante su actitud en gracia a la categoría del presunto rival.

Avanzan despacio bajo un sol violento que calienta los panes de vidrio y hace brillar sus láminas con reflejos dolorosos: parece que no llevan prisa. Uno dice:

—Corre un poco de aire llevador.

Los demás se vuelven de aquel lado donde rebulle el viento, el alma del monte agazapada en los copos de la mica.

Vicente, junto a los nuevos amigos, les alecciona por la estrechez de los cátodos.

—Este rumbo—murmura—no es el de anoche. Como nos acompañaba Casilda no pudimos subir por el atajo; es para las chiquillas un lugar vergonzoso.

Y añade unas palabras dichas con mucha gravedad.

Entre las torcas y resaltos cunde un hilo de agua que produce algunos matojos. A esta orilla lamentable van a yogar las mujeres del camino, las pobres rameras del contorno, fugitivas de los antros de Estuaria, desperdicios de la infamante industria que culmina en el «Vaivén». Allí viven con la más escandalosa brutalidad; duermen al raso, comen relieves de los alimentos mezquinos trasegados en las serillas de los caminantes, reciben injurias y golpes a trueque de unos céntimos y unos mendrugos, y no es raro que alguna quede muerta de una paliza o de una puñalada en los atroces holgorios. Entonces acude la Guardia civil a levantar el campamento, y las desgraciadas meretrices son repartidas entre la cárcel y el hospital.

Ya se descubre la linde pecadora y se destacan sobre los escuálidos palmitos insinuaciones provocativas de mujeres medio desnudas. La antigua novela picaresca revive al sol andaluz en todo su realismo desgarrado y procaz.

Saludan los mineros con rehiletes y ademanes a las bestezuelas tumbadas en el duro granito, adormecidas junto a la negruzca lama del regato. Una se quiere levantar, con la camisa abierta en túrdigas insolentes.

Pedro Abril, le arroja una piedra y un insulto:

—¡Lembrija!... ¡so...!

El proyectil de cuarzo relumbra en un vuelo audaz; se oye un grito; la mujer lleva sus manos a la frente y las retira ensangrentadas.

Ríen los hombres sin un asomo de compasión. Vicente pronuncia con desdén:

—Son hembras abaldonadas que encalabrinan a los mineros y los emponzoñan: ¡el diablo las lleve!

Tres de los mozos sienten con especial disgusto la repugnancia de aquella estéril lujuria: Gabriel, Thor y Pedro Abril; los tres que con diversas emociones piensan en Casilda. Y no saben por qué han vuelto los ojos a la cumbre donde la virgen serrana evocó la hermosura de los campos.

Un soplo de virtudes baja de las cimas con el aire «llevador». Se podría imaginar que la saga del fresno mitológico ha llegado hasta allí y que esparce su influencia en el viento la sagrada copa del árbol Iggdrasel...

XII

DESOLACIÓN

ARECE que el suelo ha bebido sangre. *La Corta.*

Desde que le pisan los trabajadores sufren la «pasión roja», el dominio de este color turbulento que excita y enloquece Las caras se tornan febriles, ardientes las voces igual que el filo de la luz. Han nombrado al campeón.

—Pronto llegará—murmuran.

—Ya debía estar aquí.

—¡Es una infamia lo que hacen con él!

No sienten a su espalda la benigna sombra del monte; se ha roto en el espacio el fino silencio y llegan en el aire unos trágicos rumores, como los inmensos murmullos que preceden al huracán.

Dominan desde lejos el valle de Lucifer, surcado de ráfagas luminosas lo mismo que las llanuras de Provenza. No perciben ahora su furioso trajín, y sólo ven el cruce fantástico de los trenes cargados de escorias encendidas, la lluvia de ascuas derramada en los vacíes desde cada talud.

Bajando a la derecha, donde se extingue el mísero arroyuelo de Naya, tocan la estación de igual nombre y suben a una batea que mediante un billete de pago les conduce a Dite, el centro de la explotación conocido también por «la Mina».

Allí doblan una calle, hendida como en los terremotos, y se hallan de improviso frente a la Corta del Sur, un enorme anfiteatro lleno de magnificencia y horror.

Es un arranque gigantesco escalonado en veintitrés pisos con doce metros de altura cada uno y ochocientos de largor. Los bancos se ensanchan a medida que suben; por sus dermas corre el ferrocarril, se emplazan las excavadoras y los barrenos, se mueve como un torbellino el personal; en los respaldos se abren las bocas de antiguas galerías, los albellones para las aguas muertas, los túneles de comunicación; de los ápices, de las aristas, cuelgan los saneadores sus ganchos y cordeles, como aves que se ciernen sobre el precipicio.

La aspereza bravía del terreno formado por la desnuda sierra de metal, sirve de fondo a la Corta y extiende a su alrededor las moles negras de los vaciados con seis millones de metros cúbicos en escorias de veinte siglos: ¡jamás colinas tan lúgubres y extrañas surgieron en horizontes des-

tinados a las caricias del sol!... Un millar de pozos, incontables socavones y cimbres, atestiguan que existió allí la industria metalúrgica más vigorosa del mundo. Al mediodía del pueblo, otra sierra corre hacia el oriente y penetra hasta el Altar de los Bermejales en la divisoria del Saquia y el Guadalquivir.

Todos estos montes están presididos por los cerros de La Sombra Negra, La Ruina, El Extravío y Salomón, que simulan espantables miembros de un monstruo; sus derrames, altiveces y quebraduras multiplican las rocas, los promontorios y trincheras, endurecen el paisaje hasta la suma esquivez. Y en medio del bárbaro conjunto, el corte inmenso de la explotación parece un cáncer inaudito abierto en las entrañas del titán.

Por cada absceso hinchado y caliente influyen las herramientas, lendeles y maquinarias a modo de bisturí; los estratos son como gruesas capas conjuntivas que dejan entre sí hendiduras donde las células se corrompen. De las zonas de mortificación surten médulas rosadas, azules, amarillas, con todos los matices cambiantes del cobre florentino. La tierra, como una piel orgánica y flexible, se levanta en senos y tumores, se cubre de manchas lívidas, de lunares morenos, de torvas cicatrices; se rompe en flujos sanguíneos, en heces gangrenosas, en icores serosos. Las corrientes vitriólicas sirven de melena a la terrible enfermedad; los escombros y residuos son la escara, la porción caduca del cuerpo que agoniza; los derrumbos se pueden confundir con ablaciones, y están rojas las cavernas de los vasos lo mis-

mo que en las vísceras humanas, opacas las túnicas de los alveolos igual que en el armazón del carcinoma. En la montera de los escalones hay quistes que exudan una papilla de color de herrumbre; las arrugias y los avenamientos rebosan líquidos hediondos como el pus. Los pliegues de la siniestra herida bullen comidos de gusanos: son los mineros que cavan su propia existencia dejándose también devorar...

En torno a la llaga sinuosa ruedan los clamores del mineraje, y se levanta sobre ellos una voz hondísima, inconfundible, hecha de atropellos y hurtos, de caries y escisiones: ¡es la brama de los abismos, la pobre tierra moribunda que se parte en sollozos!...

El naufragio.

Gabriel y Thor vuelven de las oficinas ajornalados y sorprendidos; cuanto ven les aturde y preocupa de una manera singular.

Pasaron por la Mesa de los Pinos, una anchura llana que, con la de Vista Hermosa, compone un valle más alto y extendido que el de Lucifer, cerrado como el pueblo por las dos cadenas de montañas que aprisionan el territorio industrial.

En la calvicie de la Mesa, hubo hace muchos años un bosque, y prevalace aquí siempre la añoranza de los árboles que legan su nombre como recuerdo inextinguible a la tierra que les mantuvo. Esta que dió vida a un rumoroso pinar, hoy cármesa y estéril, soporta el barrio obrero edifi-

cado por la Compañía en sustitución al que se hunde sobre la Corta del Sur. Las casas, elementales, sometidas al corriente patrón de las que sirven en otros sitios para igual menester, se alinean en el páramo con pretensiones de formar calles y tienen una triste monotonía impersonal, como las camas de un asilo público, las celdas de la cárcel y los vagones del tren; a un extremo del poblado están las Oficinas y el Hospital.

En ellas obtuvieron los marinos, previo examen de dos médicos, un volante que debía firmar el Director para que les admitieran en las fundiciones de Bessemer, con destino a servicios extraordinarios, en jornada de doce horas y con salario de catorce reales. No hubo más labor que elegir; en la contramina se había completado el personal.

Sentía Gabriel hacia sí mismo una rara indiferencia, y seguíale Thor maquinalmente, sin voluntad propia; la vida exterior, inesperada y torrencial, les había envuelto y fascinado.

Desde lejos, la llanada de Vista Hermosa les pareció un edén. Era un parque verde y espacioso, con grandes edificios, y supieron que estaba cerrado, como una finca regia, con guardianes y tapias; que tenía fuentes y rosas y le alumbraba por la noche el hada azul de la electricidad. Allí vivían los nordetanos con los privilegios de la cultura y el placer, aparte del vulgo trabajador; tenían abiertas muchas esperanzas delante de sí: habían comprado con su oro la felicidad.

No se detienen los muchachos en estas reflexiones. Los

caminos que andan por el rojo ensanche de la cuenca, están destinados a albergar poco a poco el vecindario de la ruinosa población, y muestran una desolada aridez; todo en ellos fallece y se marchita con el soplo metálico del aire.

Bajo aquel ambiente de martirio y amenaza vuelven silenciosos a Dite, aguardando el momento oportuno de presentarse al Director. Solos van; los hombres de la serranía han desaparecido en el cáncer de la montaña, como un reguero de miseria...

Hay un rastel provisional que defiende el borde peligroso de la villa contra el banqueado formidable de la Corta; a pocos metros vacilan unas viviendas cuarteadas, el piso cede, el pueblo se derrumba socavado en su apoyo interior.

Junto a la baranda, con su hermano y otro caballero, está Rosarito Garcíllán, y escucha con vivo interés lo que dice aquel señor, joven y sonriente, a quien acaban de conocer en la fonda: es Alejandro Romero, el médico de los trabajadores, un sevillano alegre y bondadoso, que al terminar la carrera fué a prestar sus servicios al Sindicato nervense, inclinándose a la causa de los obreros bajo una porción de aficiones morales y desinteresadas. Era romántico y poeta, con un espíritu muy religioso, atento a las honduras de la vida, propicio a los ideales extraordinarios.

Habla también del campeón, amigo suyo fraternal, y entre tanto, José Luis desdobla un periódico que guarda en el bolsillo.

—Sí—lamenta el doctor con inquietud y simpatía—; ¡cuando el pobre Aurelio encuentre aquí a su mujer en la cárcel!

—Pero, ¿está casado?—pregunta sorprendido Garcillán, atendiendo a la conversación. De pronto, al bajar la vista sobre el papel, tiembla, palidece y exclama:

—¡Dios mío!... Oye, oye... ¡El *Hardy* se ha ido a pique!—Y se hunde en la lectura buscando toda la noticia.

—¿Cómo?

—¿Qué dice usted?—pronuncian estremecidos los marineros, que la recogen al acercarse.

—¡Ah!... ¡sois... vosotros!—contesta José Luis, reconociéndolos. Se miran los tres con angustiosa perplejidad, y Gabriel quiere persuadirse.

—¿Pero es verdad?... ¿Está confirmado?

—Confirmadísimo; en la costa de Portugal fué torpedeado ayer.

—¿Y la tripulación?

—Espérate...—José Luis no levanta los ojos del periódico; sigue leyendo y balbuce al fin:

—¡Ha perecido toda!

—¡Pobre Walter Penn!—exclama Rosario con una voz empañecida y trémula: ha huído la sangre de su rostro y su emoción tiene la pesadumbre de un gran fracaso.

El médico oyó hablar de la travesía en el barco inglés y encuentra muy justificada la sorpresa dolorosa de los viajeros. Entonces Garcillán le explica, señalando a los marinos:

— Estos eran tripulantes: anteayer desembarcaron en Estuaria.

—¡Por casualidad!—murmura Gabriel con íntima zozo-

bra: es fatalista y sabe, ya para siempre, que el destino le empuja desde el mar a los valles henchidos de veneno... Su camarada está pasmado, como si el asombro le sorbiese las ideas.

Y Rosario pone la radiante corola de sus pupilas en el fondo del silo, en el orgullo de las cumbres. El secreto desengaño que la atormenta se empequeñece ante los ojos impasibles de la mina, clavados en la obscuridad de los tiempos, como si mirasen más allá de todos los mundos.

Pero de repente la muchacha desoye aquella muda alusión de eternidad, y volviendo a su cuita, reflexiona: ¿Por qué había de estar casado?... ¿Quién me aseguró que no lo estaba?...

Quiere sumergirse en otras impresiones; confunde el naufragio de su ilusión con el del *Hardy*, y en su alma flota un nombre solo, una sola tristeza sobrevive.

—¿Llora usted por el artillero?... ¡Le envidio! — susurra galante el doctor junto a la niña, que no siente correr su llanto.

—¡Ah!... ¿Pero lloro?—contesta desconcertada, y repite con sinceridad:

—¡Pobre Walter Penn!

En aquel instante recuerda la caricatura del oficial y decide piadosamente signarla con una cruz.

Entretanto José Luis se recrimina por el interés con que él y Echea condujeron a bordo desde el baile al desdichado militar.

—¡Le obligamos a perecer!—acusa.

El suplicio.

Un guarda interrumpe los comentarios penosos:

—La policía minera no les permite continuar aquí.

Es Fabián Delgado, el mismo que en Naya sorprendió la merienda de los rendidos caminantes. Al verlos se preocupa de hallarles con gente desconocida también.

—Son todos amigos míos—intercede el médico.

—No importa, don Alejandro; se tienen que marchar.

—Pero, hombre, ¿es tan urgente?

—Lo es, y más hoy que ha salido el Director y muy pronto volverá por este camino... ¡no me comprometa!

—Nos iremos, tranquilízate.

—Además—añade persuasivo el guarda—van a encender la pólvora.

—Bien, bien...

Hacen un movimiento para retirarse cuando suena un toque agudo y repetido.

—Es la señal—dice Romero.

Y el grupo retrocede al socaire de un paredón medio derruído, sin perder de vista los tajos.

Desde allí ven a los saneadores remontarse por sus maromas hasta las picas donde se sostienen; trepan igual que arañas por hilos temblorosos, y los más rezagados ondulan como péndulos al recibir el segundo aviso de la bocina.

Cada minero busca una madriguera; sólo permanecen visibles los vigías y capataces junto a los barrenadores que preparan la cápsula en la mecha y la introducen en el cartucho; se aproximan a la caña del agujero con un sigilo fúnebre y aguardan la última orden: reina en la Corta un

silencio inusitado y oscuro, como si allí se urdiera un salvaje atentado criminal y la muerte escondida aguantara la respiración.

El médico tapa la voz en un escucho misterioso para decir:

—Ponen en cada disparo setenta y cinco kilos de pólvora: antes han hecho las cañas a medio metro de profundidad con explosivos de dinamita...

Como está inmóvil en absoluto la faena, el avance callado de los pegadores adquiere un movimiento de extraña solemnidad.

Es plena hora meridiana; bajo el incendio violentísimo del sol viste la serranía una tonalidad roja y gris de cenizas ardientes; los rumores más frágiles se cubren de inquietud y parece que se transmite al cielo, palpitante de resplandor, la trágica impaciencia del minuto.

El tercer toque irrumpe belicoso; una cinta de llamas se tiende por los bancos mientras huyen los artilleros y la carga detona con bramidos indecibles.

Desde los arranques más hondos de la explotación crece por los castros el humo ritual del sacrificio, la nube de tremenda palidez que gana los alcores y se apodera de los altos confines. Un espíritu siniestro domina en el paisaje; un clamor desesperado ensordece la mañana, como si rugieran a un tiempo todos los hijos de la Locura: las piedras roídas por los siglos se levantan de sus cavidades ardiendo y gritando; saltan fuentes de púrpura desde las selvas milagrosas del cobre; las bocas infinitas de las vertientes

ladran con acentos furiosos; los argayos, los aludes, gimen bajo el retumbo de la pólvora.

Veintitrés cañonazos cuentan los forasteros que abandonan el cobijo del muro, inclinado y endeble: el suelo, las casas y las ruinas del contorno sufren también. Y la bocina vuelve a dejarse oir, pavorosa como la trompeta de los siete clamores que anunciase el Juicio Final: es que ha terminado el suplicio.

Aparecen entre las vedijas del humo los pálidos cavadores resignados a la amenaza continua, nacidos de las matrices calientes de la Tierra: van a sanear otra vez el despedazado terreno; a hundir el dalobre en la roca llamando, llamando sin cesar, hasta que salga la Muerte y los estruje...

El médico dice a sus amigos, siempre con las palabras encubiertas:

—Ahí viene don Martín Leurc.

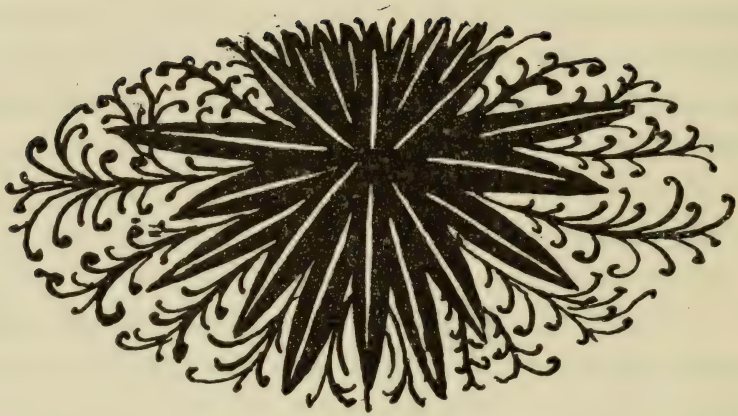
—¿Quién es?

—El Director.

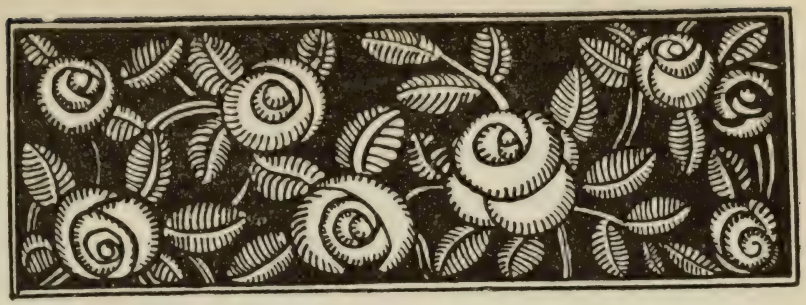
Se adelanta, rodeado de odio y de silencio, un hombre robusto y erguido, con el pelo jaro como las barbas de Judas, el continente orgulloso y vulgar. Podrá tener cuarenta años, y acaso en la hondura recelosa de las pupilas esconde un destello benigno de su corazón. Le acompaña un ingeniero inglés, le siguen un piquete de guardas y una escolta de empleados.

Atraviesa por el arce de la villa, infiesto sobre la Corta y pasa rozando con Gabriel y José Luis, que le miran detenidos y mudos, con un presentimiento de combate.

Rosario se estremece todavía, abrumada por cuanto acaba de presenciar y de saber, y con los ruidos que despiertan en las labores percibe, como un eco de su propio quebranto, un insistente murmullo de estertor: el quejido inolvidable de la montaña.



SEGUNDA PARTE



I

AURORA

UANDO Aurora ya no pudo esconder su maternidad hallóse en el más completo desamparo y necesitó valerse de heroicas resistencias para no sucumbir. *El ángel*

Su madre la echó de casa; la hubiese ayudado a prostituirse por el dinero, pero no la perdonaría jamás que tropezara con el amor junto con la pobreza.

Y Gabriel, que la escribía lleno de atenciones durante los primeros meses de separación, acabó por no hacerlo, desesperado de no obtener respuesta ninguna.

—Iré a buscarla—se decía el mozo inquieto y dolido, sin saber qué pensar de aquel silencio. Pero le había mandado

sus miserables ahorros y era preciso reunir bastante dinero para el viaje de los dos y los días de paro imprescindible. Le consumía el temor de que estuviese enferma; todas las preocupaciones tristes le acosaban menos la de suponer una infidelidad. Su pensamiento comenzó a subir por una escala de sombras en torno a la imagen querida, y acabó por verla confusamente en el espejo oscuro de su corazón.

Las cartas de ella, escritas siempre con afanosa prontitud, no llegaban a su destino, sustraídas sin duda por la misma mano celosa y torpe que enviaba a Traspeña unos anónimos alarmantes para la enamorada infeliz. Decía la rebelde escritura que Gabriel estaba enamorado de una niña honrada y preciosa con quien iba a casarse muy pronto, y que nunca volvería a su tierra ni al dominio de la «mala mujer».

Aurora comprendía que su confesión, el tímido secreto depositado al fin en un papel, era sorprendido por una rival. Contuvo entonces sus angustias en una reserva temerosa y conllevó denonadamente el sagrado peso de su vida, despreciada por los mismos que antes la quisieron perder.

Como no había hecho a nadie mal, le quedaba en la aldea un límite de compasión por donde iba recogiendo el fruto de su trabajo, cada día más penoso. Servíanle de sostén en su lucha la fuerza bendita del sentimiento maternal y la confianza de que Gabriel no la hubiese olvidado: no podía imaginarle cómplice de aquella otra mujer cuya existencia era indudable y que les incomunicaba con propósito maligno.

Pero una sensación de lejanía y soledad fué apoderándose de la moza: tenía a menudo en los ojos esas lágrimas que brillan y tiemblan sin caer, y de su frente irradiaba el misterio cuanto más se diluía en su sangre la tristeza...

Nació su criatura, una niña de color de rosa: el enigma fragante de un capullo. Y al sentir en sus brazos el tesoro experimentó la joven rarísima sorpresa con algo de divino estupor; trataba a la inocente con maravillosa dulzura, adorando en ella lo incomprensible; le decía palabras delirantes movidas en el tumultuoso canal del corazón; y vivía con el beso en la boca, encendidos todos los óleos de su alma, impaciente por transmitir al amado la emoción de su santa embriaguez.

Le escribió olvidando el forzoso retraimiento, y a los pocos días recibió uua carta escrita con un solo renglón:

«Tu crío puede morirse si aguarda por su padre.»

La letra, ignorante y deforme, era la misma de los demás anónimos, pero ninguna de las crueldades expresadas por los anteriores garabatos hirieron a la muchacha tan hondamente como el cuchillo de la última respuesta. Dudó de Gabriel que ya no la escribía; juzgó posible la traición, y sintió el abandono como un hielo sutil en la raíz de las entrañas.

Bajo el corte de aquel dolor intolerable fué cavando una idea. Era preciso que la niña no se avergonzara nunca de su nacimiento, que no heredara con la deshonra aquella posibilidad de verse como la madre envuelta en la terrible

noche del olvido, perdida en el mundo sin el calor de un hogar, sin la corona de un nombre considerado.

Todas las leyes del honor social, que le parecían convencionalismos, reclamaban de pronto su interés ante la indefensa criatura: exigiría el casamiento que antes no aceptó, iría en busca de Gabriel con el ángel en los brazos, con el alma en un grito.

Y sonreía padeciendo, agobiada por las inquietudes, hambrienta de reposo.

La dolorida.

En un largo anochecer de junio, reviviendo otra excursión inolvidable, partió Aurora de Traspeña abrazada a su hija. Había mandado primero el hatillo de sus provisiones, y pensaba quedarse en Torremar para salir al día siguiente en un tren madrugador con rumbo a Dite, ciega de anhelos y de incertidumbres.

Con esforzadísima voluntad reunió el importe de su billete en el ferrocarril, auxiliada todavía por las pesetas que le mandó Gabriel, y muy pocas más le quedaban para los gastos imprevistos del viaje: por eso se dirige a pie hasta la primera estación aprovechando las horas tranquilas del crepúsculo.

Ya está fuera del pueblo. Cae la noche tan luminosa y lenta que no se sabe por dónde baja: ha prendido su manto en el borde azul de los cielos con la rosa del lubricán, y enciende las estrellas sin que se apague la llama viva del sol.

Aurora ve temblar el horizonte bajo el temblor de su llanto y le parece que la miran inmensos y húmedos los ojos verdes del paisaje. Está inmóvil, absorta en las lindes de la aldea, despidiéndose de cuanto amó allí, presintiendo que no ha de volver. En su corazón se difunde toda la belleza del minuto y se alza transparente la urna de los recuerdos, con una memoria distinta y sensible para los días de la infancia, de la pasión, de la ausencia, de la inquietud: diríase que pasaba el tiempo sobre el camino su callada hoz, segando juntas las horas que anduvo por la Montaña aquella mujer.

Allá en la hondura, el mar volvía al escondrijo de los escollos, subiendo y clamando como un alma que llamase a la moza desde lejos, y el aire, salso, influído por la amargura de las aguas, le puso en los labios una caricia duradera y picante igual que un beso.

La saboreó desconsolada, recordando que al otro lado de las olas había soñado mucho con una vida libre y fecunda, abierta en lontananzas de justicia y redención. Y al cabo de luchar y padecer sólo conseguía añadir al sufrimiento universal el latido de un nuevo corazón, la gota renovada en el gimiente devenir humano.

—¡Pobre hija mía!—murmuró con una tristeza inexpresable. La miró ansiosa en los ojos, puros como el firmamento, y la arrulló con una niebla de palabras, pidiéndole perdón por haberla traído al mundo.

Iba andando otra vez y evocaba distintamente la imagen de una mozuela que halló cierta mañana en aquel mismo

lugar formando parte de una tribu de gitanos conducida por la Guardia civil.

—La expulsan porque pide—le dijeron cuando se compadeció de la chiquilla errante que lo miraba todo con una cándida expresión, sin haber cometido más culpa que la de nacer abandonada.

Y se estremece la joven con violencia pensando que su chiquitina puede rodar también por los caminos, tratada como una culpable si la sociedad no la defiende con sus privilegios: necesita una categoría, un nombre, una participación en las venturas terrenas. Para conseguirlo no bastan el candor resplandeciente de la niña ni el amor doloroso de la mujer. Bien lo sabe Aurora, que en un impulso de extravío sublime levanta la criatura en los brazos como si la quisiera posar en los umbrales del cielo... y al punto vuelve a caer la débil existencia sobre el corazón de la madre, que solloza y camina con aire tenebroso.

Ya encendieron las luciérnagas su farol amarillo; bajo el toldo movible de los follajes ensordece el rumor dulce y ligero de los pájaros que se esconden: sobre cada nido palpita la emoción de unas alas maternales.

Tres senderos confluyen; el uno montañoso, trepa a la mina y baja después con rumbo a Torremar, faldeando las alturas: aquel es el de Aurora.

Se detiene la muchacha en el trivio, sobrecogida como si le diera voces la ruta implacable; quiere serenar un poco sus pensamientos y recoger aun en la mirada la hermosura de cuanto abandona.

Se ha vuelto hacia Traspeña. Adivina los casales desvanecidos ya en la noche y distingue claramente los confornos del valle iluminados por el plenilunio. La Dolorida, vierte en la costa el hechizo de su tristeza inclinándose con sigilo, como si escuchara lo que el viento le dice a la mar.

De pronto surge en la orilla una centella semejante a la de un candelabro ribereño que enciende sus fogariles para señal de los marinos. La chispa crece, se inflama en una lumbre llameante y recuerda Aurora que está viviendo la noche de San Juan...

Persiste en Cantabria como una huella de remotos cultos la danza nocturna junto a la hoguera en algunas festividades. Es aún la reminiscencia del rito druida, consagrado al fuego debajo de la luna, tal vez como un símbolo del movimiento de los astros, como una adoración al secreto dinamismo de las cosas. Y en esta noche de inmensa limpidez tiene el cielo una plenitud abierta a la cosmogonía de todas las religiones: es un ara inmortal ofrecida a todas las plegarias. Brota en las venas azules del espacio un torbellino de luceros, y presiden la fiesta septentrional las Siete Antorchas del Norte, colgadas en el infinito dosel como un ex voto supremo.

Los ojos implorantes de la viajera se clavan en la amiga constelación y en la Dolorida reina de las nubes. Se rinden afanosos después y sorprende Aurora con intensidad la fragancia del campo nuevo, el cabeceo del bosque, la perenne vibración de la tierra: percibe en el fondo de su alma

y en todo el misterio de la vida, fuerte y divino el pulso de Dios... Enjuga el llanto y se hunde en la senda roja entoldada por los árboles.

La niña se ha dormido. Al través de la espesura tiemblan sobre la madre unas lágrimas de luz...

Al margen del arroyo.

Maltraída y acongojada oyó Aurora que le respondían:

—Sí; el hombre por quien preguntas vive aún en Monte Sorromero.

—¿Y por dónde se va?

—Sigue el lindazo de ese arroyo; sube siempre a la derecha hasta que topes el caserío: por ahí encontrarás unas mujeres que saben el rumbo.

Dejó en la estación de Naya su mísero equipaje fiado a la honradez de un desconocido, y tomó la cuesta a pleno sol meridiano, ya un poco insensible a todos los padecimientos que no fuesen los de su alma. Tenía hambre y sed, había empleado los últimos céntimos en dar a la niña un vaso de leche y llevaba muchas horas sin alimentarse, pero no se daba cuenta más que de las inquietudes de su espíritu. Cerca estaba de Gabriel al cabo de la oscura separación, para decirle: Aquí tienes a nuestra hija; dale tu nombre. ¿Cómo la iba a recibir?... ¿Se alzaría contra el vínculo sagrado la hostilidad de un nuevo amor?

Andaba Aurora con paso maquinal y forzoso, inclinada a suponer que sucedía en sueños aquel viaje y tenía que despertar lejos de las penas, libre del peso de su corazón.

Aun sentía zumbar en sus oídos los vientos desembarazados de la playa y no podía comprender cómo estaba presa en los engarces bravíos de aquellos montes, bajo el aúllo terrible de los hornos, abrasada por la secura del erial.

Con las manos arrogantes apartaba de sí a la niña para no sofocarla, acaso también para resistir mejor el latido angustioso de su pecho. Y dejó atrás la riolada estridente de las fundiciones y los embarques; las cenizas negras de los escombros; las pendientes sinuosas teñidas de robín. Pisó el lustre de los cuarzos, los cristales de aguja, brunos y escamosos, tendidos en la soledad, y buscó entonces el guijero a cuya linde bordoneaban las mujeronas. Tres estaban juntas a medio vestir, y entre sorbos largos de aguardiente comían voraces las migas de alajú guardadas en los entresijos de una espuerta.

Acercóse Aurora con timidez a formular su consulta: ¿iría bien por allí?

Las vividoras, antes de contestar, le preguntaron, sin moverse, quién era y qué buscaba, y la obligaron a decir el nombre de Gabriel.

—¡Ah—repuso gozosa la que parecía más joven—, ya le conozco...! Está liado con la antigua novia de Pedro Abril. Cuando llegues arriba pregunta por Casilda Rubio.

—¡No me atrevo!—murmuró la viajera con espanto.

—¡Más tonta serás tú si la *chiquiya* es de él!

—¿Viven solos?

—¡Quiá, infeliz...! Con los papás: una vieja, corta de vista

y de oído, cuando le conviene, y un tío predicador, que todo lo santifica y lo pondera a su gusto.

La habladora se había puesto de pie, mientras sus camaradas seguían empinando el codo y lamiéndose los dedos untados de dulce. Era ojizarca, gorda, de rostro sollamado y edad indefinible, aunque la favorecía un cierto aire de juventud.

—Mira—añadió llevándose a Aurora unos pasos más allá y recatando las palabras con algún misterio—, yo soy una de esas «de la vida»; me dicen la Corales; he tenido buenas pesetas y amigos de postín... Según me ves, todavía cautivo los corazones: ahora trato con un hornero, cuñado de tu «difunto»...

La forastera escucha muy ansiosa, posando los ojos en el «hielo transparente» del granito que aparenta derretirse con el sol. No acaba de discernir sus pensamientos, ni logra convencerse de que peregrina por los eriazos de Sierra Morena, en el más cruel abandono. Su instinto busca un blando sendero verde donde apoyar la esperanza, y sólo encuentra la desolación de un país que, semejante a Venus, nada sabe de flores, pájaros y mariposas.

Un ambiente dormido gravita sobre las pizarras; todo late allí secretamente con un ritmo sigiloso de fecundación; calla el viento, se aquieta el agua apenas movediza de la regona, sin presagiar que al otro lado de los montes salta libre la sangre de los torrentes, abriendo en los ribazos linderas de espesura.

—¿Me has comprendido?—grita la Corales de pronto.

—¡No!—responde Aurora sobrecogida, y sube la mirada ancha y triste hacia el rostro impaciente de la aventurera.

—Pues te digo que mi hornero, Manolo Fanjul, un tigre superior, está casado con la Hortensia, hermana de Casilda. Por él sé yo muchas cosas que te pueden servir para darles un buen escándalo... ¿Me has comprendido?

Continúa la muchacha sin dar señales de inteligencia; sigue muda y torpe al margen de la realidad, y la otra insiste, ya iracunda, soberbiando la voz:

—¡Que aborrezco a la mujer de Manolo...! Aunque a ella la maltrata más que a mí, es porque la quiere más. Y tiene casa, ropa, hermosura, mientras que yo..., ¡mira, mira cómo estoy; ni una manida como los animales, ni un vestido de percal, ni un bocado seguro que llevar a la boca!... ¿Me has comprendido?

Ante la obstinación de la pregunta, un acento muy opaco balbuce:

—Sí, sí...

—Ya ves, nos asamos vivas y necesitamos robar las encendajas de los hornos si hemos de comer algo caliente.

Aurora repara en el chamizo apagado junto a una especie de sombrilla que las arrabaleras construyen para guarecerse un poco: es una falda rota, erguida sobre unos astiles, y tiembla en el despoblado como estandarte de la vergonzosa industria.

La Corales, con la piel rusiente, está echando chispas; su carne mugrienta despide un tufo agrio y tenaz; le arde el aliento, saturado de alcohol, y Aurora, envuelta en la llama

de aquel incendio, siente con ardura invencible la sed del páramo.

—Este agua, ¿se puede beber?—pregunta con los ojos engrandecidos por el deseo.

—Cuando está serenada, sí, porque deja la ponzoña en el fondo de la vasija; pero es mejor el anisete; ¿quieres un trago?

—¡No, por Dios; agua, agua!

—Pues te la daré.

Busca la Corales entre harapos una albarrada hundida en el tarquín del arroyo para que se preserve del calor, y la sedienta apura el agua ruginosa y tibia, agradece el beneficio y quiere despedirse, sin saber lo que hace. A la sombra de su pecho sonríe la nena, mirándolo todo con la suma curiosidad del que aprende la vida.

—Cuando yo era inocente, también tuve un hijo—confiesa la pecadora, poniendo las manos algo agitadas sobre la criatura.

—¿Y vive?

—¡Qué sé yo!

—¿Cómo?

—¡Le eneché!

En la voz cavernosa ruge una desesperación infinita, y al contacto brusco de aquel dolor percibe la muchacha la intensidad de su propia desventura, siente sobre los hombros todo el peso de su cruz; ya sabe por qué está allí y adónde se dirige: inclina la cabeza y echa a andar.

II

EL ENCUENTRO

La cumbre que arde.

ERO la Corales se repone del súbito quebranto y persigue a la viajera con sus gritos:

—¡Eh tú, aguarda un poco!... ¿Sabes que en el Monte hay función?

—Nada sé.

—Pues sí, mañana domingo se celebra la fiesta de la Cruz y hoy hacen la entrada del romero con mucho boato. Tu *rivala* es la mayordoma, y el mayordomo Pedro Abril; de manera que «el otro» rabiará: llegas a tiempo.

—¿Y no van los hombres a la mina?

—Por la tarde los del pueblo no; esta es la única romería del año.

Aurora sufre al sentirse tan cerca de Gabriel. Creyó no verle hasta la noche y la proximidad del encuentro acentúa en su rostro la expresión asustada y sombría. Entreoye vagamente lo que sigue hablando la carcavera y se abruma en un sentimiento de invalidez y turbación, angustiosa, por el surcaño arriba, entregada a la fatalidad. Sólo percibe con certeza el ruido de sus pasos y el raudo golpe de su corazón que teme se oiga desde muy lejos, y cuando roza las primeras casas recogidas en el enfaldo de las peñas, supone que la gente va a salir alarmada por el estruendo de aquel latido; pero nadie se asoma a los portales abiertos y confiados, y nadie transita por las veredas convulsas que la conducen al viso de la collación.

Parece que ha llegado a un mundo extraño y desierto donde el estío se convierte en un volcán. Abrasa el aire, las rampas se calcinan y despiden su espantoso calor sobre la ruda pena de la mujer que desfallece temerosa y agobiada, a punto de sucumbir.

Se ha detenido por instintiva revelación frente a una casa vieja y pulcra muy silenciosa, y de pronto la puerta se duele en un gemido de ancianidad y sale un niño al resistero del eriazo con los ojos cobardes a la luz. Es un chiquillo moreno y ágil, desgreñado y gracioso: lleva rota la blusa y luce desabrochada la portañuela del calzón. Mira sorprendido a la desconocida y ella temblorosa pronuncia un nombre.

Pero el muchacho se encoge de hombros:

—No sé—murmura—, no soy de aquí. He venido a la fiesta y más tarde me pondré un traje limpio.

Tiene ganas de hablar; se conoce que está contento y que ya presume de guapo.

La forastera, con doble timidez, añade otras dos palabras y las repite el niño sonriendo:

—Casilda Rubio es hermana de mamá; esta casa es suya y ella está ahí: ¿la llamo?

—¡No, no!

Con tal sobresalto rechaza Aurora el ofrecimiento, que la niña, adormilada, se estremece y rompe a llorar.

La puerta vuelve a gemir. Una moza está bajo el dintel con el pelo tendido, un peine en la mano y la sorpresa en el rostro hechicero.

Las dos mujeres se han presentido y se miran con avidez; están encendidas, trémulas, irresolutas. Aurora ha vuelto a pronunciar un nombre y Casilda sin responder le ofrece dominante:

—¿Quieres una limosna?

—¡No!—exclama la viajera con la voz endurecida por la necesidad—. ¡Quiero a Gabriel; me pertenece, es mío!

La niña ya no llora y parece que escucha. Y Casilda contesta huraña:

—No está aquí.

—Le esperaré.

—Tardará mucho.

—Es lo mismo... Antes de subir a esta cumbre que arde, he bajado por él a las últimas raíces de la tierra...

—¿De modo que le andas persiguiendo?

—¡No sabes lo que dices!—prorrumpe Aurora con penetrante amargura.

Detrás de Casilda, atraído por el murmullo del diálogo, aparece un hombre de aspecto muy agradable y apacible, mozo y bastante bien portado. Casi a la vez llega Marta y le pregunta:

—Dígame, Estévez, ¿qué necesita esa joven tan triste?

Estévez se entera en un momento de lo que ocurre, y como si estuviera en su casa decide con generosidad y prontitud:

—Pase usted, señora.

Y se vuelve para explicar a la anciana las novedades de aquella visita.

Pero Aurora no da un paso, se le acaban las fuerzas de pronto, su semblante palidece como una llama que se hunde en la ceniza, y al sentirse vacilar tiende los brazos con la criatura.

De las personas que la observan llenas de inquietud es Casilda la que primero acude a recibir el depósito dulce y leve, mientras la madre se apoya en el quicio del portal y va deslizándose hasta el suelo.

Procura Estévez que no se lastime, la deja tenderse poco a poco en una actitud de infinito cansancio, le toma el pulso, y murmura:

—¡Está extenuada!

En seguida ordena al rapaz, que atiende muy dolido y curioso:

—Anda, Joaquín, vete al Casino y de mi parte que te den

una piedra de hielo envuelta en sal, metida en un cacharro.

Es el Casino una miserable taberna aselada en los peñascos igual que el resto de la población. Tiene en el fondo una sala grande con el piso de tierra donde se baila en las noches festivas a la luz apestosa del acetileno. Hoy todo trasciende allí a licores y frituras de una manera especial y hasta funciona una máquina de hacer helados, lo cual permite a Estévez disponer de un remedio para la insolación de Aurora.

Cuando vuelve Joaquín con el hielo que se licúa y le moja deliciosamente, la enferma está acostada en la habitación de Casilda y permanece inmóvil, muy pálida, sin levantar los párpados a cuyo borde reluce el cristal de las pupilas. Marta la desnuda con tierna solicitud y su hija, con la nena dormida en los brazos y la melena alborotada, se refugia en el zaguán, medrosa de aquellos ojos caídos y lucientes, inolvidables.

Iba a componerse Casilda para la fiesta cuando llegó Aurora. Esperaban a los mineros a comer y tenían convidado al hombre tranquilo y bueno que se llama Santiago Estévez, un filósofo convertido en maestro de escuela por amor puro a la humanidad. Desertó de las oficinas nordetanas en un impulso de lástima y ternura hacia los niños pobres, y se consagra a ellos sin más aspiración que la de socorrer su ignorancia. Esta ciencia del bien ha extendido su foco de luz con tan propicia claridad que los grandes acuden también a surtirse de resplandores, y Estévez los suministra como un sembrador de luceros en las tinieblas.

El dispone siempre de esperanzas para los surcos espirituales, de semillas para las tierras del corazón, y, sin recibir de sus amigos otras mercedes que las del trato cariñoso, vive de la humildísima herencia de sus padres con suma austeridad. No se le conoce mácula ni pasión: dicen que es teósofo y que sus creencias le apartan de las codicias del mundo. Sólo se sabe de cierto que la eficacia de su bondad se extiende por la zona, llegando un poco a todas las desdichas, poniendo un bálsamo en todos los rencores.

Ahora mismo, Estévez se acerca á la niña de Rubio y le dice:

—Tú le has hecho un daño muy grande a esa mujer.

—Sí.

—Por celos, ¿verdad?

—Porque me estorba.

—¿Supiste que tenía un hijo?

—Lo supe.

—¡Y has olvidado que era sagrada!... Una madre tiene siempre algo divino, porque es la perpetuación de la vida y conoce el secreto de Dios.

—Pero yo quiero a Gabriel.

—El me ha contado las incertidumbres que padecía por su compañera, y yo, viéndote el alma, pensé que eras capaz de incomunicarlos...

—Y lo hice—murmura encogiéndose al filo del remordimiento—; robé las cartas de ella y las contesté a mi gusto.

—¡Si te arrepientes!...

—No—borbota ceñuda—¡la aborrezco!

—¿Y ese angelito?

La serrana contiene el llanto para no despertar a la criatura, pone en ella las pupilas doradas como el cárabe, húmedas y torvas, y ruge con desesperación:

—¡Se parece a él!

Llega Marta muy afligida y presurosa:

—¿Estará muerta?—duda.

Corre Estévez al dormitorio, y detrás Casilda con la expresión lastimera y culpable, blanqueado el rostro por el miedo. Aurora, yerta sobre la cama, lívidas las facciones, parece una difunta; pero el joven la vuelve a pulsar, la observa con mucho cuidado, la oprime el hielo en un vendaje encima de las sienes, y asegura persuadido:

—¡Está dormida!

La espina del sueño.

Había salido Estévez a recibir a los mineros, previniéndoles algo de lo que sucedía, y preparando a Gabriel para la tremenda impresión que le esperaba. Alejándole de los demás pudo transmitirle la confesión de Casilda, y recabar al mismo tiempo una indulgencia para la culpa.

—¡Que no lo sepan sus padres!—encareció, añadiendo entre dientes:—Quizá tú la induciste un poco a delinquir...

Gabriel, que se adelantaba a grandes pasos, ciego de impaciencia, aterró la frente dominando su primer impulso de venganza y de cólera. Era verdad que en algunos instantes había rendido los deseos, turbado por la mirada rubia de la moza; era verdad que al vivir con los ojos saturados de

belleza padeció tentaciones miserables, y sólo se contuvo al borde de un amado recuerdo... Casilda le vió sin duda vacilar y le creyó cómplice suyo: ¡había que perdonarla!

—Es una niña noble y pura—susurró Estévez como si quisiera corroborar los adivinados pensamientos de su amigo—. Tú la envenenas con el tósigo de esa pasión.

—¡Nunca me lo propuse!

—Pues tenemos que curarla.

No hablaron más. Gabriel sufría bajo una rápida y dolorosa concentración de propósitos, adorando como nunca a su elegida, arrepentido de abandonos indefinibles que sólo a una conciencia muy honrada pudieran compungir. Subía a saltos por los riscos percibiendo el trágico galope de sus venas, ardiendo como el aire y la luz.

Cuando Marta le puso en los brazos a su hija, sintió que el calor le llegaba hasta el fondo de los huesos, y que una torpeza embriagadora le impedía moverse. Ni una sombra de incredulidad se interpuso entre el ángel y el hombre: él oía los misteriosos llamamientos de la sangre y besaba a su criatura con afán dolorido y sabroso.

Un aura de candor y de fe transcendía del grupo, santificando el encuentro: aquel abrazo le apretaba sólo el nervio divino de la carne.

Los testigos de la muda escena recataban prudentes su emoción, cuando escondido y cercano estalló un sollozo. Pero Gabriel nada entendía fuera de sí mismo; había devuelto la niña a Marta y buscaba desalado a Aurora.

La encontró quieta, inerte, clavada con la espina del

sueño como un cadáver; la besó en los labios fríos hablándola con sombría vehemencia, acariciándola lleno de dolor y de furia, y como no se moviese, acabó también por preguntar, espantado y ronco:

—¿Está muerta?

—Está dormida—vuelve a decir Estévez. Y añade:—Se repone de un esfuerzo inaudito; descansa de una fatiga monstruosa: por eso es tan dura su quietud.

Se quedan todos mirándola con ansiedad. Tiene palidísima la tez, agudo el filo de la nariz, brillante y perdida la mirada en el contorno de los párpados: está vencida en absoluto por un sueño hermano de la Noche y de la Muerte.

Ya le han quitado las compresas heladas y le han puesto a los pies botellas de agua hirviendo para que reaccione. Estévez le aplica estimulantes en los pulsos y le escucha el corazón.

—Hay que dejarla hasta que despierte por sí misma—insiste.

Nadie lo duda. En la comarca no se discute el prestigio de aquel mozo, a quien se tiene por sabio en las ciencias humanas y divinas. El hecho de que hable diferentes idiomas y reciba cartas de todas partes del mundo, le pone a una altura envidiable sobre la insignificancia común. Parece que él no se entera de esta supremacía; divulga su amistad y sus favores con adorable sencillez y se consume en los pesares ajenos, sin más ambición que la de influir con algún beneficio en la vida de los demás...

Salen de la alcoba todos menos Gabriel, y se dispersan

por la casuca, que ofrece un semblante angustioso. Los viejos están consternados, Casilda esconde celosamente la mirada para disimular su terrible despecho y Thor la persigue con los ojos leonados y tenaces, pensando ahora que su esperanza puede revivir.

Invencible.

Silenciosa y breve ha sido la comida en casa de Vicente Rubio; el extraordinario modesto que disponían las mujeres para el convite, quedaba deslucido; un postre a medio hacer, un pescado a medio freir: únicamente el potaje salió a la mesa, abandonada a cada minuto por los que a porfía vigilaron el reposo de Aurora.

Sigue la muchacha durmiendo, con un poco más de placidez en el semblante; se mueve, suspira, se cubre de un sudor caliente y salado, lo mismo que las lágrimas. Y Gabriel saborea estremecido la amargura vital sobre la carne que temió ver endurecerse con la arcilla helada de los muertos...

Van llegando por las barrancadas gentes de Nerva y de la Mina, de Naya y del Campillo, de Marigenta y el Buitrón, vecinos todos de Zalamea la Real, que viven entre los violentos crestones y los jaspes duros de la serranía; hombres cansados de roer las entrañas de la tierra y de temblar bajo la calentura del vitriolo, mujeres endomingadas y estuosas, niños que se fatigan y se quejan, viejos comalidos y tristes. Son ahora romeros de la Cruz: miraron estoicos la estatura de la cumbre, y emprendieron el camino

cuando el vaho de la siesta calentaba los hondones con insufrible ardor. No sienten estímulo religioso, pero están convencidos de que hay que asistir a la fiesta para bailar y beber, y en su mayoría cumplen esta obligación con un aire brusco de conformidad; sólo en algunas caras juveniles se muestra sobre el agobio de la subida una ráfaga de ilusión.

Casilda tiene que vestirse; es la mayordoma y actúa en el cortejo festivo de un modo inevitable. Ha llegado su hermana Hortensia, la madre de Joaquín, con otro chiquillo; algunas amigas se acercan a la casa, donde todos se mueven en silencio, tropezándose en la sofocación de la cocina, entre comentarios y murmullos.

Va la moza a su gabinete, muy callandito, en busca del traje. Ha encontrado en el amor propio una fuerza insospechada contra las ruinas de sus anhelos, y envuelve los pesares en el más acerbo disimulo, guardando todavía con brusca tenacidad un resto de esperanza. Sabe que es hermosa y quiere hoy parecerlo más que nunca. Ha conseguido borrar las señales del llanto, y su instinto femenil se adiestra en mayores logros; procura disponer de sonrisas dulces, de miradas alegres: necesita ocultar su deshojado corazón.

El murmurio de unas voces la detiene en la puerta, que se dobla sin cerrar. Escucha, y comprende que Aurora ha despertado; mira y ve a Gabriel de rodillas junto al lecho, besando con transportes encendidos las manos de la muchacha. Habla ella límpidamente, y su palabra musical tiene un encanto punzante, un misterio perturbador. Se refiere

a su hija y la llama Nena, esperando por otro nombre. El padre contesta con embeleso a cuanto pide aquella que vuelve de la temida sombra: él promete y asegura mientras Aurora revive, descubre el fuego dormido en la mirada y se apodera de la salud y del amor. En sus pupilas, verdes como el mar, cunde una linfa oscura y bullente, colmada de secretos; en la tez de su cara morena renacen las rosas con tímidos fulgores; aparece confiada, tranquila; no duda ni teme: se conoce que los pensamientos bañan su memoria de apacible credulidad. Por una gracia inexplicable, en cuanto abrió los ojos y oyó a Gabriel, aceptó la vida tal como la deseaba... acaso por no poder ya sufrirla de otra manera.

Y la posee súbitamente, con tan raro dominio, con tan milagrosa plenitud, que Casilda huye desde su observatorio, desesperada y cobarde. Comprendiendo que aquella mujer es invencible, pierde los bríos para defenderse y se refugia en un rincón, loca de envidia. Recuerda las palabras de Estévez; atribuye un privilegio sagrado a las armas de su rival, y en su alma, rústica y fervorosa, pugnan delirantes las intenciones.

Entonces mismo se le acerca el maestro, cuidadoso y prudente:

—¿No te vistes?... Estás llamando la atención.

Pero ella le mira, confesándose otra vez, sinuosas de pronto las meladas pupilas, y le dice con la voz opaca y sorda:

—Quiero tener un hijo, ¿sabes?..., un hijo de Gabriel.

—¡Calla, infeliz!

—¡Quiero tener un hijo suyo!

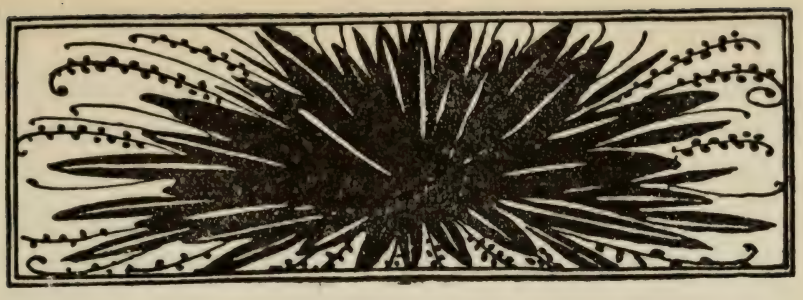
—¡Has perdido la razón!

Marta sorprende el trastorno de su niña, y pregunta, siempre distante de la realidad:

—¿Qué le pasa?

Aunque Estévez la tranquiliza con un gesto, queda temblando en el aire su mirada tímida y azul, mientras Casilda, atónita y febril, repite con el claro impudor de la inocencia:

—¡Quiero tener un hijo...!



III

ROMEROS DE LA CRUZ

A Cruz de Mayo alarga sus romerías por estos pueblos andaluces durante varios meses, estableciendo competencias en cada vecindad con un silvestre paganismo que se traduce en las coplas de pique, las barricas de licor y el bárbaro trajín de los holgorios.

La planta ritual.

Como signo de fe es casi desconocida la Cruz en los caminos de fuego donde se celebra su día con pólvora y aguardiente, música y pendones. Alguien oyó decir por las derrotas abrasadas de Sierra Morena, que en el Arbol de los brazos sangrientos murió Jesús, el Redentor del mundo; pero la versión se esfuma en la leyenda con un tinte sombrío de ultratumba, y en realidad el madero glorioso sirve

aquí para que le vistan unas faldas con recamos de flores contrahechas y le claven unos letreros y unos grimpolines a lo largo de la procesión.

Así le cantan y le mecen sobre la multitud por la adusta garganta de los montes y le perfuman con romero en el mezquino portal de una mujer. Tres días se luce en triunfo adornado por la mayordoma hasta que vuelve a su escondite de todo el año sin que le acompañe una alabanza ni una oración. No florecen los templos en estas cumbres de trágica aridez: ni un humilladero, ni un santuario, tan frecuentes en los surcos de España, bendicen a Dios hincados en esta roca bruna y expectante, llena de prodigios...

La tarde sabatina de hoy pertenece a los ancianos, que dóciles a la costumbre, se trasladan en comitiva solemne al vallecillo más próximo para cortar el romero. Es de rigor que lleven una caballería con vistoso jaez y la colmen del ramaje que preste a la Cruz alfombra y baldaquín. El pueblo les despide con música y cohetes y va a esperarles con arrebatado clamor hasta la muga de los aledaños, donde el mayordomo se apodera de la planta ritual.

Aun deslumbra en esta víspera el monte, rojo de sol, cuando los peregrinos vuelven con la fragante cosecha.

Bajaron a una loma junto a Los Fresnos y buscaron el arroyo de feraces murmullos que recama el páramo de adelfas y tila hasta convertirle en umbría transitoria, poblada de naranjos y olivos sobre un cándido tapiz de flores incultas: allí crece el romero, generoso, odorante, con las sumidades floridas y azules y las matas de verdura perenne.

Pronto cargaron la bestia que ahora es el valiente almifor de un capataz, y ya suben con denuedo por las quiebras transformadas en vidrios, resbaladizas y untuosas entre las escamas de talco: les circunda el aroma de la planta, áspero y tenaz; les envuelve el resuello de su propia respiración, y caminan silenciosos, inclinados hacia la pendiente con resignada solicitud... Hay un semblante de fracaso conmovedor en el grupo de estos viejos que apoyan la fugacidad de su vida en la enorme supervivencia de la montaña. Les da el sol de través y les dibuja alargada la sombra encima de las piedras; bruscos almendrones de cuarzo, empujes soberbios de granito que se retuercen tortuosos como raíces de árboles, rasgaduras hechas con binzas leves como pétalos de flor: es la costra primitiva del globo que, irradiando en la lumbre del Poniente, goza una formidable plenitud sobre la humana vejez.

Al encuentro de la caravana sale el vecindario, presidido por los mayordomos, desatados los sones de la música y el estrépito de las salvas.

Pedro Abril, muy terne y jaquetón, ha ido antes con larga escolta en busca de Casilda, que ya esperaba en su portal, vestida de blanco y tocada de sombrero, delante de la Cruz. Ambos reciben las salutaciones rimadas por la musa popular en competencia con las festividades de otras cruces vecinas. Cada copla contiene una alusión, es un jáculo vibrante y rudo como los *trobetes* picarescos del siglo XIII. Hay alguna que olvida su lejana ascendencia y dice con mansedumbre:

Vamos por el romerito,
vamos en gracia de Dios;
no se le seque la rama
y se marchite la flor.

Y se van, pero con una algarabía indescriptible, entre chillidos y detonaciones, marchas toreras y agitación de cantares, hasta que reciben el caballo del romero.

Es Vicente Rubio el que se adelanta a ofrecerle. Casilda, que luce la más vistosa flámula, hace girar el astil entre las manos con mucha habilidad y se lo entrega a Pedro.

Retumban los vítores, las estrofas repican. El mayordomo, de un salto, monta en el mullido arreo y voltea igualmente el estandarte, fijando en su compañera una mirada llena de insinuaciones. Ella puede aceptar el tácito convite o quedarse a pie con el bizarro estol. Duda un punto, en alto las pupilas flavas y celosas; de pronto hace un signo de asentimiento: el jinete se le acerca, y desde un resalto del declive sube la muchacha a la grupa.

Siente el mozo la caricia de un brazo junto a su corazón y clava con ímpetu la bandera en el ramaje, hundida hasta el girel. Ya las voces de la gente son alaridos: la saeta, el piropo, los cánticos envuelven a la pareja en un aura de frenesí.

Al caer el sol se ha levantado la brisa con rumor insidioso; en las hojas velludas del romero se derrite el aceite esencial y un perfume lascivo ondea en la luz. El caballo, muy pisador, tensos los ollares, los belfos espumosos, trota

con brío y traspone la bravura del cabezo, destacando su gallardía en las cárdenas nubes del ocaso.

Tiene la cima por aureola un contorno de hoguera; hombres y mujeres se han puesto a cantar y a bailar con entusiasmo delirante; les empuja una racha de violento dinamismo; les aturde el calor y la sed: se dejarían aplastar por el caballo del romero como las multitudes indas por el carro de Vishnú...

La puesta del sol.

Delante del Casino, un poco alejados de la concurrencia, están Rosario y José Luis. Ella quiso ver la romería de la Cruz en toda su agreste condición, y en una mula, conducida del ramal, ha subido al Monte cuando ya se extiende por los inflamados escarpes la clemencia del anochecer.

Presenciaron la entrada del romero y asistieron en el portal de la mayordoma a la consagración de la planta, el burdo simulacro religioso del cual nada saben las inteligencias ni los corazones: un soplo cálido de la fantasía le mantiene sobre la tradición, y la aspereza montaraz de estos parajes le aisla en su rudimentaria incultura.

Iluminado, florido y solo queda el santo Leño. En el fondo de la casa unas voces musitan las querellas del amor humano, y en las inmediaciones del Casino, al regosto de las bebidas y las confituras, la mocedad se entrega al baile, cada pareja en un cancho distinto, mientras los viejos reposan también cada uno sobre distinta arruga de la montaña.

Los deslices del terreno, adustos, continuos, fibrosos como hojaldre, no conceden un palmo de llanura en toda la extensión del vecindario, y las habitaciones, las personas, los derroteros se apartan unos de otros, se ahincan al azar para no derrocarse, y ofrecen un conjunto de independencia bravía muy extraño y valiente. Por eso los mineros que viven aquí recobran a menudo su aire altivo de hombres libres y los patronos saben que en la matriz hojosa de estas pizarras se alumbran las huelgas y las sediciones.

El paisaje que se domina es tremendo y arisco: una línea de alturas le endurece por todas partes. Los cerros del Lobo, de los Carriles y de Fuentefría, los de Alcornocal y Guijarroso levantan sus crestas ingentes sobre los barrancos donde se unen en fuga torrencial el río Agrio, con sus aguas vitriólicas, y las sobrantes de la cementación, chortales y manaderos que huyen sin dar a los montes más que su bárbaro rugido. La sierra del Padre Caro se asoma al sur, vigorosamente arrollada como todo el macizo primordial.

Y los romeros de la Cruz tejen hoy las danzas meridionales sobre estos pórfidos arcaicos, desenvolviendo sus aptitudes artísticas, plenas de gracia y de intuición.

Tiene la casta andaluza el don misterioso de interpretar bailes y canciones con un fervor hierático que trasciende a culto; intuye y asimila estas artes de prodigiosa manera, y las guarda como un legado remoto lleno de temblores sagrativos. No las transforma; las conserva y las trasmite: la misma raza se les ha convertido en un instrumento más.

Los mayordomos bailan juntos a los sones de la guitarra próxima. Lleva Casilda el sombrero caído a la espalda, igual que una linjavera, y le brillan los ojos enigmáticos a la sombra oscura de los cabellos. Pedro Abril luce en el ojal un clavel rojo y ardiente como el vino.

La danza les absorbe. Ya la ráfaga de locura que les subió al caballo del romero se extingue con el sol; han cesado los tiros, los vivas y las coplas de rivalidad. A los aires del pasodoble ejecutado por una música de viento sustituye la rítmica belleza de las guitarras, que entonan seguidillas y fandangos.

Todo es ahora noble y armonioso en las cadencias desgranadas sobre esta roca, base del mundo. Un misticismo atávico subyuga aquí las pasiones de la tosca muchedumbre, mientras la caja sonora, antigua como la civilización, aduna en su cordaje con arcano sentimiento la extraña poesía del cuadro.

Sustrayéndose al hechizo del baile se hunden los bebedores en la lobreguez de la taberna, y rondan los niños las golosinas que se venden al aire libre, en mesas muy colgadas de manteles: alfajores con piñonate, pestiños en almíbar, fritos de rosas, caramelos y otros lamines pegajosos.

Por las concavidades de la serranía repercuten de vez en cuando los toques del añafil moruno: son los mineros rezagados que anuncian su asistencia a la velada; el aviso adquiere un son belicoso al rodar por las bandas de los gneis...

Le han ofrecido a Rosario un asiento de tomiza y a su

lado, en el suelo, Estévez le da conversación. Hablan de la forastera que llegó transida en busca de Gabriel. Cuenta el maestro la historia triste de aquellos amores, que interesan mucho a la de Garcillán, y se refiere a la pena y a la culpa de Casilda con intención de que le ayuden a remediarlas.

Crece entonces el surco doloroso escondido en la memoria de Rosario: ella sabe cuánto duele un amor imposible, y, muy compadecida, se propone socorrer a la niña serrana.

—Hortensia Rubio es vecina mía—discurre—; haré que lleve a su hermana cerca de mí y procuraremos que olvide.

—Esta misma noche la debía llevar... Por dejarle su habitación a la forastera va a dormir en casa de unos vecinos que no me inspiran confianza: habrá licores, ronda, baraúnda... y ese Pedro Abril la persigue como una fiera en celo.

—Hablaré con Hortensia ahora mismo.

—Yo la iré a buscar.

Rosario se queda sola, con la mirada atenta y dulce fija en el horizonte ponentino, entreabierto por la rasgadura de una cañada.

Siente la joven que se encona la herida de su pecho, una íntima pesadumbre exacerbada en obscura prisión.

También en el fondo de las quiebras, oprimido ya por la sombra de la noche, está sangrando el crepúsculo como una llaga divina...

Ráfagas de tormenta.

Vuelve José Luis donde su hermana después de conferenciar con Vicente Rubio.

—Me convenía quedarme aquí esta noche: dicen que sube Aurelio y que ha recibido noticias alarmantes de Estuaria.

—¿La huelga...?

—Algo parecido, y la romería sirve de pretexto para una reunión.

—Pues nos quedamos.

—Pero no hay alojamiento para tí.

—¿Dónde te alojas tú?

—¡Bah!... Con Aurelio, en cualquier rincón. Estaría más tranquilo si bajaras a Nerva con la hija de Vicente.

—Bajaré.

Llegan Hortensia y Casilda juntas, muy apresuradas, discutiendo, porfiando.

—¡Que te vienes conmigo!—insiste la mayor.

—No; me quedo al baile: dormiré con Anuncia.

—¿Y no parecerías mejor en mi casa que en la ajena?

—Eso te lo ha dicho Santiago.

—Es verdad—corrobora él mismo, dándoles alcance.

—Pues yo me quiero divertir—balbuce la niña terca y ceñuda.

—¿A qué llamas divertirse?

—A lo que estás sospechando tú—afirma con las mejillas cálidas y rojas, la voz trémula y el tono provocativo.

—No sabes—responde Estévez con mucha calma—que la primera mujer sensual llevaba en dote un vaso hermético

y al destaparle curiosamente vertió en el mundo todas las desventuras.

—Estoy poco instruída.

—Sólo—prosigue el maestro insinuante—quedó la esperanza en el fondo de la copa...

Le interrumpe Casilda, cada vez más inasequible:

—¡Yo no tengo esperanza!

Se han detenido los tres con los de Garcillán, y Hortensia habla del regreso llena de incertidumbres. Es una moza de veintiocho años, alta, erguida, morena, sazonada; tiene pronto el sonreir, apasionado el mirar, cargadísimo el acento andaluz.

—Quiero recoger a los chaveas en casa de los abuelos, y quiero llevarme a esta paloma, que anda muy *revolá.*

—¡No voy!—gruñe la aludida, y sigue andando, algo roncera detrás del grupo que se ha puesto en marcha.

Estévez y José Luis se proponen acompañar a las mujeres parte del camino, y recibir al mismo tiempo al campeón, mientras Hortensia le confía a Rosario sus inquietudes.

—¡Estoy más quemada!—le dice—. Ahí se queda Manolo toda la tarde bebiendo en el Casino con esa perdida del carcavón.

—No la conozco.

—Una gorda, *rubiales,* indecente... Se estarán gastando el jornal de la semana y luego serán para mí los apuros y los golpes.

—¿No ibas a separarte de él?

—Sí; pero hacerlo no es tan fácil como decirlo...

—¡Dí que le quieres...!

—No lo puedo remediar...—Se le nubla la mirada, como si la pena y el amor le oscureciesen los ojos; las palabras se le encienden con todo el fuego de la sangre—. Me tira ese hombre—murmura—y lo que más me atormenta es sorprenderle con otra... Él no sabía que yo estaba aquí siguiéndole los pasos: me vió desde la negrura del cafetín ¡y puso una cara!...

—No te ocupes ahora más que de Casilda: ya sabes que corre peligro en la zambra de la verbena, lejos de tu madre.

—¡Pobre madrecita! Vive fuera del mundo, igual que una santa, lo mismo que una inocente... Santiago me contó los quebraderos de mi hermana que me ponen en vilo.

—Tenemos que llevarla con nosotras.

Entraban en el portal saturado con la esencia del romero, ácida y fuerte como la del limón. Estaba Joaquín sentado en el ramaje, con Nena sobre las rodillas, seducido y absorto. No tenía él ningún hermanillo tan menudo como aquella criatura y había renunciado a la fiesta por el raro goce de cuidarla. Puso un dedo en los labios para recomendar silencio:

—¡Chitón, que se vuelve a dormir!

Detrás de los niños, tosca y vestida de colorines, la Cruz levantaba los brazos con infinita resignación...

En tanto que las mujeres se empeñaban en el viaje de Casilda, José Luis quiso hablar con Gabriel.

—No me expliques nada—le advirtió con suma bondad—;

sólo vengo a decirte que aquí no cabéis, y quiero ofrecerte en Nerva una habitación.

—¿Cuál?

—De las tres que nos cedieron en el Sindicato puedes elegir.

El minero se deshace en excusas y demostraciones de gratitud. No tiene enseres ni ahorros para establecer el nuevo hogar, pero se tranquiliza y alienta con la noble ayuda que le ofrecen, y Santiago muy fervoroso, le susurra:

—Eres marino, y te olvidabas del Dios que concede el viento a las velas navegantes...

Se acercó Rosario a la cama de Aurora, que continúa rendida por el cansancio y la felicidad. Las dos jóvenes se contemplan atónitamente, pensando que se han visto en alguna parte: se reconocen en las llamas de los ojos, en el treno de la voz, y al separarse un minuto después, saben que existe una misteriosa al ianza entre sus corazones ¿desde cuándo?

Eso es lo que no recuerdan...

Hay que bajar a la villa sin que cierre la noche, y Hortensia, que aún pone cerco a su hermana, palidece de improviso, con el rostro convulso. Un hombre agazapado en el portal, la sujeta y le grita:

—¿Quién te manda seguirme?... ¿Qué tienes tú que hacer entre señoritos, y en esta casa de ladrones?

—¡Manolo, por compasión!

La súplica enardece al hornero. Marta, que nada oye, que apenas ve, pasa con las manos extendidas y la sonrisa dura-

dera, Joaquín llora en pánico silencio y Manolo Fanjul busca en el bolsillo un pérfido serranil para levantarle, bravucón, encima de su mujer.

Pero otro hombre acude y le estorba:

—¡Cobarde, hijo de lobo!

Pedro Abril, que sin duda rondaba muy cerca, trata de contener el puñal, y la amenaza, que pudo consistir en un pregón miserable de matonería, se convierte en un golpe huido y flojo, que hiere el brazo de Hortensia.

Las imprecaciones, los lamentos, reclaman a los tres amigos que hablaban en la oscuridad de la cocina. Ya el agresor está desarmado y sometido a la robustez de Pedro; no tardan en llegar la Guardia civil y los guardiñas vigilantes de la fiesta; se agolpa la gente en la casa y sus alrededores; los niños se refugian medrosos en el cuarto de Aurora, y la Cruz, derribada en el suelo, promete desde allí su abrazo de piedad.

IV

EL LUCERO APAGADO

La busca.

A tierra se oscurece: es un astro que se apaga en la noche, hasta que el día nos le vuelve a encender.

En el cielo estival, casi siempre mordido por la serpiente azul de los relámpagos, despuntan las estrellas, haciendo con su luz más profunda la oscuridad altísima, y al extinguirse los apuros del sol, arden en Monte Sorromero unas fáculas inquietas que van y vienen por los surcaños de la roca.

Noche sin luna. Los temblorosos farolillos se dirigen a la taberna, donde va a comenzar el baile, entre murmullos de lástima, porque se unen a la fiebre de la diversión los rumores del escándalo reciente y de la posible huelga general.

Ha llegado Echea para decidir con sus amigos los acuerdos sindicales, y ya no pueden reunirse en la casuca de Vicente Rubio, asolada por un nuevo trastorno. Allí, Hortensia, postrada y herida, no se conforma con que lleven a su marido preso. La calentura y la pasión le hacen delirar y gemir:

—¡No tengo nada; que dejen libre a Manolo!

Pero Manolo, después de resistirse mucho, bajó conducido al antro que en Nerva se llama cárcel, un lugar espantoso, muy conocido por el rebelde hornero.

Llena de sorpresa y temores asiste Marta a su hija con el auxilío eficaz de Rosario, y con el de Aurora, a quien la ventura y la gratitud permiten olvidarse del quebranto físico, y que a las primeras voces de alarma se ha levantado propicia y diligente: el largo sueño y la plática de amor le han hecho renacer tan curada de sus zozobras, que ni aun se acuerda de la vencida rival.

Tampoco Marta pregunta por la joven, en medio de su estupor: ha tocado la sangre ardiente de la primogénita, y el susto le impide razonar. Ni echan de menos a Casilda las comadres y los curiosos que asaltaron la casa y se fueron después, cada uno, con sus cuidados y sus preparativos de velada.

Sólo Vicente y la de Garcillán percibieron la extraña ausencia, mientras Santiago ejercía otra vez su próvida misión de curandero.

El padre, entonces, se dirigió a Aurora, que andaba cerca de él:

—Y Casilda, ¿en dónde está?

—¿Casilda?... ¡Ah, sí, la mayordoma!—asintió la forastera, que de pronto recordaba el nombre, oscurecido entre los juramentos enamorados de Gabriel.

—Sí; ¿dónde está?

Repite Aurora la pregunta:

—¿Dónde está?

Rosario contesta muy pensativa:

—Hay que buscarla.

Y Estévez, al enterarse de la desaparición, insiste:

—¡Hay que buscarla!

Pero José Luis y Echea le están esperando. Habla con Vicente, nombrando a Pedro Abril, y sale el viejo, en seguida, afanoso y resoluto.

Desde el portal, Echea le requiere:

—¿Adónde vas?... Te necesitamos.

Sin responder, se hunde en las jibosidades del camino. Sus ojos de présbita hurgan la oscuridad; afirma los pies, como garras en las hebras peligrosas de la mica, y con el busto rendido tiene en este momento una trágica propensión al salto. Vicente Rubio parece otra criatura: es el tigre que reclama su cachorro.

Ni en el Casino ni entre las amigas encuentra a la muchacha. No quiere preguntar, y evade las interrogaciones con esforzado disimulo.

—¿Casilda?... Si anda por ahí será con algún mandado: tiene mucho que lamentar, y bien puede seguir la fiesta sin la mayordoma.

—¡Es cierto!—le dicen compadecidos.

Otras gentes suponen que va a reunirse con la junta socialista.

—A eso voy—contesta. Y vuelve a su casa, hurtándose a los focos débiles de las antorchas, para inquirir receloso:

—¿Ha venido?

—No—murmura Rosario desde la puerta. Irguió la Cruz sobre el romero, levantó el caído ramaje y tiene prendidos a la ropa hacecillos de flores azules, hojuelas lanceoladas y agudas.

Pero no se distingue de su persona más que la claridad del rostro y de las manos: el traje oscuro la envuelve en la negrura de la noche. Está allí en acecho, esperando también, sola con las mujeres y los niños.

La mira Vicente calando las tinieblas con lóbrega expresión, pronuncia un reniego y desaparece como un jirón de la sombra que hubiera echado a correr. Por un instante busca en el cielo la esperanza de algún resplandor... Los astros, remotísimos, brillan igual que fuego en polvo cernido entre las nubes, y al inclinar los ojos encuentra más inexorable el tétrico perfil de la montaña.

Al mismo tiempo un bulto muy levantado y un respiro ansioso le detienen. Alguien con furor acusa:

—¡Está con el mayordomo!

—¿Quién?

—Ella.

—¿Quién es ella?

—Casilda.

—¿Y a ti que te importa?

—Me importa—clama Thor salvaje y taciturno—, ¡yo también la quiero!

Resuena en el espacio un festero redoble de timbal.

El padre, con la frente vacía y el acento ronco, preguntaba:

—¿Dónde los viste?

—En la cortadura de la Perdición.

—¿Y has dado la noticia por ahí?

—No, señor; sólo a usted.

—Si es verdad que la quieres... ¡no la mancilles!

Ya va distante el viejo, en la misma dirección por donde le guiaba su instinto. Sabe de memoria los dobles de cada barranco y adivina la siniestra armadura del jaspe en cada sirte.

Pero aquel hoyo que Thor le acaba de nombrar lo ha cegado la noche con impenetrable sigilo, ¡esta noche de junio, pura y fulgente, que arrastra en su vuelo un huracán de estrellas!

El barranco de la Perdición.

Cuando Manolo salía conducido de casa de sus suegros y era allí más violenta la desazón de la familia y la curiosidad del vecindario, distinguió Casilda, entre muchas, una voz de mujer, aquella voz penetrante y abemolada que no podía olvidar, y vió a la forastera, hermosa y firme, al lado de Gabriel.

En tal momento doloroso para la joven, Pedro Abril le

hacía al oído una pregunta fulminante como una puñalada:

—¿Vienes ahora, sí o no?

Estaba el mozo guapo con los traeres de la solemnidad, el talle enfajado de seda, el clavel encendido en la solapa, y en toda la apostura mucho rejo y lozanía. A la mayordoma, vestida con humilde lienzo blanco, y en actitud recoleta, parecía faltarle el lino de las desposadas en los escalones del altar.

Levantó los ojos tenazmente escondidos, y clavó en su compañero el enigma tenebroso de una mirada. Más que toda la majencia varonil de aquel hombre, adoraba el ligero estrabismo en las pupilas del otro; pero recibió sin pestañear la impaciente solicitud, por segunda vez:

—¿Vienes, sí o nó?

Había ofrecido a Pedro escucharle a solas aquella misma noche y él aducía:

—No podrás ir al baile; no tienes hoy reja, y te encerrarás aquí sin cumplirme la palabra... Ven, ahora que nadie nos mira; hablamos y te vuelvo a traer... ¿sí o no?

Ella dijo con la voz temblorosa y caliente:

—Sí...

Era cierto que nadie reparaba en los fugitivos. Salieron de la casa, doblaron el primer recodo y se dejaron resbalar por una pendiente.

Habían llegado las tinieblas. Los picachos se oscurecían entre las alas de las nubes con el semblante expiatorio de los túmulos, llenos de majestad y de penumbra, mientras se cuajaban de sombras los hondones como tálamos silen-

ciosos, cauces de la secreta vida que desde el fondo de los océanos empujó a la roca, transformándola en cumbre, cerca de los luceros y del sol.

Y cubiertos los precipicios de la bajada por la ceguera del novilunio, la oculta plenitud de los valles atraía a los muchachos con su latente aroma de fecundidad. Miraban el corte pavoroso de las cimas esquiciando en el aire su traza de esqueleto, y seguían buscando los declives con inconsciente afán, como si huyeran de la muerte y del sacrificio para caer en el regazo sustancioso de la vida y el amor.

Con sus pasos fluían sus palabras, extraviadamente, igual que en un delirio:

—Te prendaste de un hombre que sabe muchas cosas y tiene la mirada turnia—decía Pedro—; ya ves qué pago te da... Es de terreno lejano y frío... ¡no te puede querer!

—Yo no era novia suya.

—La gente decía que sí.

—Porque no le conocían amores ni a mí tampoco.

—Dijeron más...

—¿Qué?

—Yo no lo he creído.

—Pero ¿qué dicen?

—Que estás mellada por el forastero—concluyó el mozo con áspera franqueza.

La niña pensaba, triste y demente, en la calumnia de tal deshonra, y exclamó, sin brío, suspirando:

—¡Es tan fácil mentir!

—Y si fuera verdad no serías tú la culpable ni te guardaría yo rencor—añadió el muchacho con las promesas imbuídas por un terrible deseo.

—¿Tanto me quieres?

—Bien lo sabes tú.

Al influjo de aquellas palabras sentía la pobre moza calentarse las cenizas de su corazón y arder un fuego extraño en los escombros de sus ilusiones.

Volvió a suspirar, y Pedro siguió diciéndole ternuras suplicantes, encendidas en la brasa de sus labios, protestas de una lealtad sin límites, afirmaciones de un inmenso amor.

Sedienta de esperanzas, Casilda se dejó embriagar por el beleño de aquel arrullo, y se fué alejando, ignorante y absorta, hasta que la fatiga la empezó a rendir, y sus pies, casados de bailar, se resistieron a los mordiscos de la pizarra.

Quiso retroceder, medrosa de repente en la cerrazón de las tinieblas, y Pedro la convenció de que debían sentarse a descansar un poco.

El enfaldo del monte, seco y desnudo, conoce bien la carne virgen de la niña que nació entre las peñas y floreció sobre los desfiladeros y las vertientes sin herirse jamás con los cristales amigos, antes defendida por ellos como por centinelas y protectores. Ella quiere a esta roca y sabe que tiene un alma: no desconfía de este lecho bravío tantas veces logrado.

Buscó un doblez menos agudo, y tendióse rostro a las

nubes, dejándose prender los pensamientos en la rueda brillante de los astros.

Sobre el mismo repliegue descansaba Pedro Abril, dichoso y aturdido, jadeante el corazón. Para sus ojos, avezados a las profundidades de la mina, eran claras las facciones bellas de la moza y clarísimo el traje como el de una desposada.

Al permanecer así, quietos y mudos, oyeron un rumor impreciso y recóndito, y le pareció a Casilda la voz de los torrentes en las hoces, mientras Pedro, estremecido de ansiedad, le tuvo por un eco de las palabras vivas que al amor se le quedan sin decir.

Ella había inclinado la frente madorosa y preocupada, y con las manos fijas en la corteza del camino atendía como si quisiera sorprender la verdad del oculto clamor.

Diríase que el movimiento íntimo de la materia se hacía perceptible al tacto de la niña y que sus dedos vibraban con el pulso de todos los gérmenes desordenados en los nidos interiores, prontos a convertirse por amorosa agrupación en topacios y rubíes, ópalos y granates, amatistas y zafiros... El misterio del caos envolvía a la muchacha y parecía contarle las leyes de la vida, la historia de la creación, condensadas en aquellas piedras fundamento de un mundo.

Volvió a erguirse, atravesada, sin saberlo, por el enamorado secreto del monte, por el grito ferviente de los escollos, por el tumulto del río, triste y amargo, como si le originase una lluvía de lágrimas.

Pedro se erguía también; le pesaba la emoción en los brazos con desfallecimiento delicioso y apoyaba su ventura en las fuerzas sombrías de la noche...

La verbena.

Inmóvil sigue Rosario donde la dejó Vicente Rubio.

No aguarda solamente a Casilda, ni sólo por caridad y lástima acucia los rumores del erio como una espía de la roca morena.

Unos pasos, una sombra, un acento, sacuden a la joven, aunque no la sorprenden. El que llega sabe que le están esperando, porque sin acercarse del todo ni levantar la voz, interroga:

—¿Viene usted?

—Voy... ¿Y José Luis?

—Me ha permitido acompañarla mientras él busca a los amigos.

—¿Pero tengo dónde quedarme?

—De muy mala manera... Antes hará usted el sacrificio de cenar con nosotros y asistir a la reunión.

—¿Yo sola?

—Dice Santiago que nos hace usted mucha falta... yo nada me atrevo a añadir...

Rosario permanece un instante silenciosa y murmura después algo inquieta:

—Aguarde usted un poco: ahora mismo salgo.

La oye Aurelio despedirse de Marta y cerciorarse de que

Hortensia cumple las prescripciones del médico: «Reposo, tranquilidad; que no hable, que no llore»; ha dicho don Alejandro en su concienzuda visita.

—¡Deja de llorar porque está vencida por la fiebre!—observa Aurora, acompañando a la señorita fuera de la casa y alumbrándose con un candil. Levanta la luz y asegura mirando a Echea.

—Este es el campeón.

—¿Le conocías?

—No; pero Gabriel me ha contado ya lo que temen y persiguen aquí los mineros; sé a quien esperaban y comprendo que ha venido.

—Sí — confirman Aurelio y Rosario anhelantes bajo el tono sencillo y puro de la moza.

Y ella concluye:

—Pues idos en paz.

Habla con una llaneza tranquila, igual que si tuviese muy sabido cuanto ocurre en aquel monte negro y huraño, y continúa sosteniendo el candil con el brazo fino y rotundo como un tedero providente.

—¿Era amiga de usted esta muchacha?—pregunta Aurelio a su compañera.

—No; la acabo de conocer... y es el caso que me quiero acordar de haberla visto en alguna parte.

Busca un recuerdo por las nubes y engarza la memoria con «las siete vueltas de los septentriones», palpitantes y vívidas en el bosque infinito de los astros.

—¡No sé, no sé dónde!—murmura, y tropieza en las hojas

resbaladizas del piso, ya distante el pálido resplandor que Aurora levanta.

—Se va usted a lastimar—advierte Echea, y la dirige—. Por aquí.

—Es que no veo.

—Yo conozco bien el camino: deme usted la mano.

Obedece con los nervios tirantes, mucho más inquieta bajo el solícito apoyo, y avanza difícilmente, como si no pudiera con el peso de su corazón.

—¿Adónde vamos?—averigua con suspirada frase.

—Al Casino, a cenar.

Siguen rodando por los vericuetos las fanfarrias de la música; se encienden y se esconden algunos fanales que van y tornan por las costanillas, siempre con rumbo a la taberna donde se reduce toda la velada.

Allí ha conseguido Garcillán disponer, en un cuarto interior de los taberneros, la cena que Rosario debe compartir, y cuando llega la muchacha con su acompañante ya están alrededor de la mesa, con José Luis y Estévez, el doctor Romero, Gabriel Suárez, Enrique Salmerón y Félix Garcés.

—Pues, señores, la Providencia nos ayuda—dice el médico, frotándose las manos con satisfacción. Y añade irónico:—Si es que ustedes creen en la Providencia... por una casualidad.

—Yo sí—pronuncia Rosario, sentándose muy cansada, algo transida.

—¡Yo también!—asegura Estévez.

—Lo cierto es —replica el doctor—que estamos aquí sin convocatoria y de improviso en plena Junta directiva.

—¡Por suerte!—exclama Echea—. Y usted obligado por Manolo Fanjul.

—Sí; hay que creer por lo menos en la fatalidad.

—No ha venido Vicente Rubio —observa José Luis.

El maestro pregunta a Rosario con reserva:

—¿Pareció Casilda?

—No.

—Entonces es inútil aguardar al padre—y en voz alta insinúa: – Cenaremos sin él: acaso no le sea posible acudir.

Hay en la habitación, por todo aliño, una cama que pretende ser pomposa, y se cubre de telliza jalde, y una velonera con el quinqué de carburo. Cuelgan de las paredes varios cartones de almanaques y un espejo con el alinde raído: el centro de la estancia lo ocupan la mesa, toscamente servida, y el rolde basto de los taburetes. La única puerta, sin hojas, se viste con una cortina de percal, y se abre al establecimiento frente al mostrador, en el patio por donde cruzan los bailadores para beber o para respirar un aire menos denso que el de la tarbea, honda y sin ventilación, iluminada a lo largo de los muros por lucérnulas vaporosas.

Está el baile en su apogeo al filo de la media noche. En los breves descansos, unas coplas surgen prendidas a las cuerdas que desde el remoto sistro vienen a gemir en la guitarra con los ecos infantiles del Arte.

Y la percusión de las castañuelas, el choque de las co-

pas, el compás de las palmas y el zapateado, llenan el imprevisto cenador, envolviéndole en un vértigo de rumores. Sólo un sardinel divide el camarín de la taberna, a cuyo fondo está el salón: así el festejo abruma a los comensales y les aturde.

Cenan sobriamente, con ese regodeo andaluz tan gustoso de los convites donde las palabras abundan más que los manjares: pescado, fruta de sartén, aceitunas, leves trenas de pan: rocían el banquete con vino de pasto y alguna botella de pardillo.

—¡No podemos hablar aquí!—lamenta el doctor.

José Luis recuerda el «Vaivén», y se extraña de la mesura de este holgorio, sin escándalos ni tumultos, armónico y fuerte como una hoguera ritual.

Todos parecen alcanzados por la llama del baile, por el ritmo solemne de la fiesta; un cantar, pungido de bárbara pasión, se adueña de la estancia:

Si no me vengo en la vida,
yo me vengaré en la muerte;
buscaré las sepulturas,
serrano, hasta que te encuentre.

La voz, pastosa y dulce, atravesó las almas y quedóse encendida en el ambiente, con el trémolo de las últimas cadencias.

—¡No podemos hablar aquí!—repite Aurelio, sedienta y honda la mirada, que busca a Rosarito. Ella, esquivando la solicitud de aquellos ojos, afirma bruscamente:

—¡No!

Y se levantan para salir.

—A ver si en casa de Salmerón nos podemos entender—propone Estévez.

En el patio encuentran una moza jadeante, bruñido el rostro como si le adobara con lucentor. Mueve un abanico muy de prisa, sin soltar las castañuelas, cuya ajaraca bulle, temblorosa, igual que la flocadura del pañuelo; sonríe mostrando unos dientes preciosos, y clava las pupilas moriegas en Garcíllán:

—¡Señorito!... ¿usted por aquí?

—¡Hola, Carmen!... Estás muy cansada... ¡y muy bonita...! ¿Has bailado mucho?

—¡Muchísimo...! ¿Y usted?

El maestro le interrumpe:

—¿Viste a Casilda?

—¡Se ha perdido!—murmura la joven sin dejar de sonreir y como ya el grupo toma la salida, se adelanta y le dice a Gabriel:

—Te falta la novia, ¿verdad?

—¿A mí?

—No te apures..., también a la noche le falta su prenda.

Esta alusión a la luna ausente hace más sensible la oscuridad del paisaje, secretas las montañas como islas de la sombra, ahogados los caminos en el silencio.

Gabriel susurra indiferente:

—No es prenda mía esa mujer.

Y cobran allí los rumores un eco límpido y sonoro; la voz de Carmen rueda cristalina por los taludes:

—Tienes en los ojos un alma peligrosa—le dice seducido José Luis. Ella le mira de una manera delicada y cruel y permanece en el vano de la puerta nimbada por mortecino resplandor, mientras los demás se hunden en el monte.

La vigilia.

No pueden revolverse en la habitación.

Rosarito se apoya en el cadelecho de Enrique, y estrechados a la vera suya están los hombres de pie. Sobre el hondo alféizar de la ventana desdobla Aurelio unos papeles y pronuncia:

—Pues sí, en el Tráfico de la capital ha estallado la huelga anoche, provocada por la Compañía con el castigo injusto a un guardafreno. El paro se impone aquí, y en Dite hay una gran excitación: ¿qué hacemos?

—Ir a la huelga — responden los tres obreros con ímpetu.

—Es que no estamos bastante prevenidos y tiemblo por nuestra organización: un fracaso ahora nos perjudicaría lo indecible.

—¿Y no se puede aplazar?—balbuce Rosario, deseosa de contener un poco tanto riesgo.

—No—contestan varias voces. Y Aurelio replica:

—Sí.

—¿Cómo?

—Disponiendo una votación en las secciones de la cuenca

durante tres días consecutivos y anunciando al Gobierno la huelga general para dentro de ocho: este ardid nos permitiría disponer de suficientes horas con pretexto de recabar la opinión unánime de los huelguistas.

—¿Y cuándo lo haríamos saber?

—Mañana mismo, convocando a una gran Asamblea, que podía celebrarse a la salida del trabajo en la Plaza de Toros.

—¿De Nerva?

—Claro está.

—Me parece muy bien—dice el doctor. Asienten el maestro y José Luis, y los mineros se conforman.

Ya está Echea inclinado sobre el derrame de la pared, escribiendo silenciosamente. Su perfil se dibuja inmóvil en el hueco sombrío de la ventana, bajo la deslumbradora «estrella del pastor».

Le miran todos conmovidos, y Rosario averigua en voz de escucho:

—¿Tenemos poco dinero?

Sin dejar de escribir, Aurelio sonríe y responde:

—¡Poco es!

—¿Cuánto?

—Aquí el tesorero lo dirá.

—Cien mil pesetas—murmura Enrique Salmerón.

—¡Poquísimo!—lamenta el coro. Y la muchacha se conduele:

—¡Ay!... Quedarán más de sesenta mil criaturas sin recursos Dios sabe cuánto tiempo...

Se ha terminado la proclama, una sencilla alocución para

reunir a la gente con toda prontitud. El campeón, después de leérsela a sus compañeros, dice:

—Hay que imprimirla y correrla a escape entre el personal.

En sus funciones de Secretario, José Luis toma el papel, ofreciendo:

—Al mediodía se habrán repartido veinte mil ejemplares.

Entonces Echea se dirige a Rosario, que parece agobiada por toda la melancolía del mundo:

—No se preocupe usted: multiplicaremos las pesetas y habrá para todos pan.

—¡Es que vamos a ser un temible ejército de pobres!

—No importa: nos ayudarán todos los obreros de España; haremos prodigios y venceremos.

—¿Está usted seguro?

—Lo estoy... Hace dos años, en la Cárcel de Madrid, me dijo un preso, con mucha sencillez, al terminar su condena y despedirse:

—¡Adiós, voy a hacer la paz de Europa...!

—¿Quién era?—le interrumpen.

—Bielinski, el gran revolucionario ruso, perseguido en nuestro país como un malhechor y que, en efecto, es el árbitro de la paz.

—¡Ah!—exclaman con fascinación—. ¡El enorme jefe bolchevique, el coloso de la Justicia universal!

—Sí; el que levanta nuestros ideales en triunfo por el oriente como un nuevo amanecer y pretende la abolición de la servidumbre económica, el imperio del Estatuto Hu-

mano... Soy su discípulo, he bebido en las fuentes puras de su alma y sé cómo le podemos seguir.

—¡Silencio!—apunta Vicente Rubio desde fuera, asomándose por la ventana, muy pálido y sobrecogido.

—¿Qué ocurre?

—Nos vigilan: abridme la puerta y apagad la luz.

Un soplo mató la llama pestilente del candilón; entró el viejo y quedó el grupo movido y azaroso, muy vagamente alumbrado por las eternas margaritas del cielo.

—La Guardia civil con los guardiñas nos buscan; hablaron de prender a Echea—anuncia Vicente presuroso.

—¿Cómo lo supiste?

—Porque yo también anduve de ronda — añade con el acento amargo—; ¡así me hice uno con las tinieblas y aprendí las traiciones!...

Enrique Salmerón dobla la ventana con cuidado y enciende su linternilla eléctrica de bolsillo.

—Vamos allá dentro—dispone.

Las figuras se mueven trágicas, lanzando a las paredes unas sombras descomunales; las voces musitan a flor de oído unas arrebatadas inquietudes.

—¡Nos defenderemos!—se oye decir.

—¡No!—ruge Echea—. ¡Aquí nos tenemos que esconder!

El dueño de la casa ha concebido un plan de salvación.

—Lo primero, voy a hablar con mi madre — resuelve—; meteros en esa alcoba; tiene una puerta que da al patinillo y éste una buzonera, donde caben algunos hombres.

—¡Entre el cieno!—compadece Rosario despavorida. Pero el campeón se conforma encogiéndose de hombros.

—Muy bien. Si hay registro, allí nos ocultaremos Suárez, Garcés, Vicente, el maestro y yo. Ustedes—les dice a los demás—han venido a la romería y son los huéspedes de Enrique.

El cual les deja a oscuras en un dormitorio pequeño con dos camas, y corre a la cocina, donde su madre vela complaciente. Hablan unos minutos; la mujer ha comprendido toda la trascendencia de su misión; es una serrana de Valdelamusa, lista y nerviosa, de cincuenta años placenteros: se llama Dolores.

Con su lámpara en vilo entra muy resuelta en la alcoba; el acento, de un fuerte matiz regional, se le aguza y recarga con el susto:

—Ya sé todita la lección. Veniros los unos a la cocina, porque «estábamos» de tertulia; los otros, pobrecillos de mi alma, a la boca del sumidero hasta ver si los «miuras» se atreven.

Un golpe brusco en la puerta les obliga a ocupar el designado sitio.

Dolores abre la ventana con pasmosa frescura y sostiene con las autoridades un coloquio breve y pintoresco... La ronda pasa de largo convencida de que Aurelio Echea no está allí.

—¡Y que no soy yo guasona en las ocasiones!—pondera la serrana con orgullo, reuniendo a los conjurados.

Respiran con menos ansiedad, siguen hablando a media

voz y acuerdan ir saliendo de la casa con precauciones, antes que alboree.

—Pero tú, no—le dice José Luis a su hermana—; tienes que descansar.

—Para la niña he arreglado yo una cama pulcra lo mismo que los chorros del oro—exagera Dolores, muy rumbona.

La muchacha se resiste:

—En Nerva me acostaré.

—No, no; está usted cansadísima—la persuaden todos con cariño.

Y la vuelven al cuarto de Enrique, el mejor de la mísera vivienda.

—No podemos ofrecerle a usted más—dice Aurelio, pesaroso. Interrumpe la comunicación de la alcoba pasando la colanilla de la puerta, y añade—: Ahí dentro suelen dormir unos hombres que hoy están en el Casino, y se van al trabajo antes que salga el sol; nadie la molestará.

—Y usted, ¿no peligra en el regreso a Nerva?—pregunta Rosario, angustiada.

—Creo que no; bajaré con los peones, vestido de blusa, esquivando los encuentros; me persiguen en estas soledades; ya después, en la grandeza de la batalla, no se acercan a mí.

—¡Necesitaba usted algún reposo!

—He domado el sueño y el hambre: ¡soy invencible cuando oigo el grito de mis amores y de mis deberes!—pronuncia con mística expresión. Y se agiganta su tranquila figura al impulso del pensamiento inmaculado y libre.

Le contempla Rosario con las pupilas hondas al través de unas lágrimas dolientes, le escucha devorada por su propio corazón...

Dolores ha doblado el embozo del miserable lecho; está limpia la ropa con amarillenta blancura, delatando la escasez del agua; un centón de colorines cubre los lienzos remendados, y trasciende por todos los rincones la sordidez del hospedaje, turbia la atmósfera con el vaho del candil y el humo del tabaco; un tufillo picante llega de los dormitorios interiores. Aurelio le percibe y se inclina desolado:

—Huele mal la pobreza, ¿no es cierto?

—Sí—responde la muchacha.

Los dos sienten como nunca el sabor agrio de la vida, pero a un mismo tiempo levantan la cabeza y se despiden con los ojos.

Ya los demás se acomodaron en la cocina, vigilantes y comentadores. Enrique advierte a su madre:

—Cuando la señorita se duerma, puedes abrirle un poco la ventana.

La buena mujer entra luego muy pasito en la habitación a cumplir el encargo; y la señorita que está despierta y no se mueve, pone la mirada con inquietud en la llanura palpitante de los cielos y sufre, desvelada por el dolor, mientras la noche se deshace en estrellas.

V

MANOS BLANCAS

El tren de la muerte.

H, tú, buena moza!... ¿ya no saludas a las amigas?—voceaba la Corales puesta en jarras, temulenta y desapacible.

—¿Veis como no se puede bajar por aquí?—gruñe Dolores, acompañando a Rosario y Aurora, junto al arroyo donde acampan las rameras.

—¡Es que tenemos mucha prisa!

—Son capaces de apedrearnos esas brujas—teme la serrana, y se apercibe con solicitud cubriendo a la niña que lleva en brazos.

Pero la alborotadora, que alguna hostilidad promete con su aspecto, corre, grita y cae de bruces mascullando insultos. En el suelo clama, sin despertar a sus compañeras,

cuando ya las otras mujeres doblan el camino buscando los recostaderos más veloces.

No repara Aurora en aquellos eriales que la víspera anduvo tan dolorosamente: ella y Rosario van muy absortas en su conversación.

Dejan atrás el horcajo sombrío de las pizarras; huyen del cauce escandaloso, y pisan el *oro colorado* en la senda rubial, atormentada por el desenfreno de las labores.

Ya calienta el sol revolcándose en las negruzcas laderías donde mugen las fundiciones, llameantes lo mismo que gehenas; algunos operarios con almádenas y picos se dirigen a la estación llevando cada uno su mochila a modo de carcaj.

—Te ayudaré con toda mi alma—va prometiendo Aurora, que tutea a la señorita desde el primer encuentro, sin reparar en alcurnias, allanadas las diferencias sociales por la extrañeza de la situación y el milagro de la simpatía.

—Pues tu llegada ha sido providencial—contesta Rosarito llena de entusiasmo—. Intervendremos las mujeres en la organización de la huelga y sólo cuento con una que sepa escribir: la de Aurelio.

—¡Ah!... ¿Está casado?

—Sí.

—Me asombra... no sé por qué... ¿y ella?

—Es una muchacha padecida y triste que no le comprende mucho.

—¡Qué lástima!

—Hay en la exclamación más interés para el marido que hacia la esposa, y Rosario añade con severa dulzura:

—Te advierto que Natalia es inteligente y amable... fué también muy bonita: ha sufrido tanto, que sólo quiere descansar.

—¡Pero unida a un gran luchador...!

—No consigue más que sacrificarse por él.

—¡Ya es bastante si está enamorada!—expresa Aurora con encendido gesto. Y descubre en su amiga una turbación que la mueve a cambiar de asunto.

—Lo maravilloso es — pronuncia — encontrar aquí una mujer como tú, viviendo gustosa entre los miserables y trabajando por ellos con alegría.

Rosarito se aturde ahora mucho más.

—Mi hermano tiene en esta campaña todo el mérito—; responde—deseó quedarse en las minas después que intentamos hacer nuestra información, y yo, que no tengo en el mundo más que a él, le quise acompañar.

—¿Por él sólo?

Nace la pregunta de la gratitud que los mineros profesan a Rosario, y se convierte en un atisbo más, acaso en una plena averiguación, cuando la joven arguye, muy azorada:

—Y si no, ¿por quien?

Deja Aurora a sus intenciones el rumbo que llevaban y discretamente concluye:

—Por todos los desventurados a quienes socorres y consuelas; por esas mujeres infelices que no saben leer ni escribir y están cansadas de llorar.

—Es cierto; las quiero mucho: ya verás qué buenas y qué inteligentes son.

—Las conozco... aunque no las haya visto: pertenecemos a una sola familia...

—Sí; tú también has padecido de una manera injusta—exclama la señorita mirando con beatitud a la interesante montañesa:—ayer hiciste un viaje tremendo.

—Los dolores se olvidan pronto cuando los premia la felicidad—sonríe Aurora, y sobre la emoción de su esperanza tiembla un suspiro de Rosario. Ambas muestran señales de la reciente vigilia, huellas de insomnio y de cansancio, ojeras maceradas de pasión. Se registran los ojos mutuamente, se conocen los pensamientos una a otra, y su charla deriva con naturalidad hacia Casilda Rubio.

—Me causan mucha pena los que sufren por amor—insinúa Rosarito.

—A mí también.

—Esa pobre moza está desesperada y temo para ella todas las desdichas.

—Por mi parte le perdono el mal que me quiso hacer.

—Y que te hizo.

—¡Ya no me acuerdo!—Vuelve a menudo su atención hacia la niña, arrullada por Dolores unos pasos más atrás, y el rostro de la madre se colma de placidez, confirmando el olvido de todas las pesadumbres...

Están cerca de las calcinaciones; el aire, azotado por el látigo de las llamas, zumba sobre el relincho de los hornos y el manto de las chimeneas. El trajín de las vías, el ensordecedor estruendo de la maquinaria, toda la pugna vertiginosa de la faena, produce un huracán de rumo-

res que angustia a las muchachas con su acento infausto.

Se aceleran por una ruta cubierta de cenizas y de humo, entre oleadas de hombres abrumados y cavilosos.

Naya; el ferrocarril; Aurora recoge su hatillo en la estación.

Muchos trabajadores saludan a Rosario, conocida y adorada como una bienhechora del pueblo: van casi todos a Dite, con destino a los tajos y a la contramina, para cubrir el segundo turno de labor, y se les nota un aire torvo de inquietud.

—Antes de una semana, ¿verdad?—preguntan algunos al oído de la señorita.

—¡Antes!—alude ella solemne y fervorosa; se avisará en secreto... y ya sabéis que necesitamos calma y valor.

No parece la misma de otras veces al hablar así: erguida y pálida, con la melena flotante igual que una airón, plenos los ojos de insinuaciones y de luz, cambia de semblante y de hechizo como una estrella en la cual resplandeciese un nuevo fulgor. A su lado está Aurora observándola con orgullo, grave y conmovida.

De pronto un silbido persistente y ensañado, atraviesa los rumores, cruza el valle y repercute en los gollizos, en los senderos, en las hondonadas.

Como un rayo hiende el aire este grito que en la cuenca se escucha con espanto. Es siempre el aviso de que hay una víctima, y la máquina que la conduce al hospital reclama «vía libre» sin aplazamientos, con una prisa brusca y

siniestra: en el tráfico, en los arranques, en los talleres, ha caído un hombre, herido, moribundo, tal vez muerto; ¿quién es? Una incertidumbre atroz agita a las mujeres del contorno, que corren a la vía en bandadas, roncas las voces, desatinados los ademanes: quisieran detener el zumbido y el vuelo del convoy fatal que las deja temblorosas, como juncos removidos por el viento, y pasa clamante, vertiginoso, extendiendo por la comarca un largo dolor.

Eso mismo sucede ahora. Los empleados de la estación se precipitan al telégrafo mientras las mujeres y los niños de la vecindad se apresuran alocados por las encrucijadas y costaneras, con los brazos en cruz, en la boca el alarido y la maldición.

Poco después, bajo el silbo tenaz que no cesa de pedir la vía libre, cruza exhalante una máquina, arrastrando la batea donde algunos obreros pesarosos acompañan sabe Dios a cuál desdicha: los ayes, las preguntas y los llantos, quedan tendidos como una estela borrascosa detrás de aquel galope funesto...

No tarda mucho en llegar el tren que aguardan las viajeras, y suben en seguida a un coche lleno de moscas y de polvo. En uno de los bancos yace un minero estremecido de fiebre, con un cobertor de vendas por el hombro y el pecho: de rodillas en el fondo del coche le atiende una anciana.

Se hunde el convoy por el valle de Lucifer. Las muchachas, dolidas de compasión, piden noticias del nuevo infortunio, y cuando la vieja quiere contestar, se asoma el

guardiña interventor reclamando los billetes desde el estribo.

Reina un silencio inquietante hasta que el espía desaparece, fijándose en Aurora con extrañeza, y la anciana entonces explica:

—Le cortaron un brazo que se mancó en la fábrica, y está con el mal de la podredumbre.

Se inclinan todas con pavor hacia el joven mutilado que abre los ojos, llena la mirada de una vida ardiente, prendido en ellos tal vez un ramo de locura.

—¿Es su hijo?—dice Rosario con entrañable caridad a la pobrecita que le asiste.

—¡El único que tuve!

En los trapos que ciñen las heridas flota un olor a carne tábida, mezclado con el del yodoformo.

Las mujeres se escudan hacia un lado, temerosas de aquel viaje horrible, sintiéndose arrebatadas por todas las violencias del mundo sobre el carril de la muerte.

Ha cogido Aurora la niña en brazos, y la nutre a su pecho, la oprime con transportes de quejosa ternura, caída súbitamente desde lo alto de su ilusión en el abismo de la realidad.

—¡Esta vida le espera!—balbuce llorosa—. Tendrá una juventud como la mía, una vejez como la de esa otra madre... ¡No, no; yo no quiero; vámonos de aquí!—y se dirige a Rosario, desolada, trémula—; ¡ayúdame tú!

—En otra parte estaríais acaso peor.

—¿Peor?

—Sí. En Peñarroja no tienen los mineros hospital; viven en huroneras cavadas en el monte, se mueren envenenados por el plomo; en Sisapó, la villa infame de «los cercos», padecen de temblores y modorra, sucumben en plena mocedad, exterminados por la fiebre del mercurio, la tisis y la consunción...

—¡Calla, calla!

La madre joven cierra los ojos, anhelante, y se dobla como un arco sobre la niña, en una actitud heroica de auxilio y defensa. Y Dolores, observando con piadoso interés a la madre anciana, le pregunta suavemente:

—¿No eres tú de Almonaster la Real?... ¿No te llamas Jesusa y viviste en el Campillo?

—Esa soy.

—Te conocí mocita, alegre y vistosa, cuando yo me criaba en mi aldea; luego supe muy poco de ti en la confusión del mineraje, hasta que me hablaron del hijo que tienes enfermo... ¿No estás viuda?

—¡Hace años!—gime la infeliz con la voz rota por los sollozos.

Las dos se ausentan un instante al través de sus lágrimas por los campos del recuerdo, columbrando los apacibles caseríos de *Al-Munia*, el «jardín moro», y las horas ilusionadas de la niñez.

Pero vuelve Dolores de su evocación para añadir, con ávida tristeza:

—¿Y dices que no tienes más familia?

—Nada más. Al esposo le perdí, emponzoñado por la

sombra del túnel... Me quedaba este hijo, que era llenador—pronuncia como si hablase de un difunto.

—¿Y adónde vais?

—Nos mandaron a la capital por si le curaban la gangrena que le come las heridas; pero él no quiere ir: sólo confía en don Alejandro.

El paciente se agita con hosco movimiento, resuella, tiene sed. La madre sigue refiriéndose a la vida, como a una cosa ya pasada.

—Ahora volvíamos a Nerva...

Rechina el tren, fragoroso y veloz, se encorva, se tumba entre hormazos negros y galpones rojos: parece que huye por el camino oscuro de la eternidad...

La ciudad de los mineros.

Árida, sedienta y abrasadora, la ciudad de los mineros tiene un aire angustioso de estrechez. Se agrupa en tumulto de viviendas, con la traza pobre y triste de muchos aduares que constituyen el *Smalah*, y no bastándose a sí misma en la llanura, sube en forma de campamento hacia el Ventoso, errante por los flancos de Sierra Morena, con ansias de camino y expansión.

Por los vestigios que de Roma le duran, viste sus calles con nombres muy sonoros: una calzada, firme aún, la lleva a Dite y conmemora en su curso el dominio de los Emperadores.

Por lo que tiene de andaluza se enjabelga de cal y se afana en lucir una pulcrifud imposible en un pueblo sin

agua ni alcantarillas, que aprisiona en sus ranchos cuarenta mil existencias lamentables.

Las habitaciones, construídas a la ligera, se dividen a menudo por colañas bajo un techo común, improvisado por un telón: hay algunos pozos negros; abundan la trasalcoba confinada y maloliente, el patio convertido en basurero y tendal.

A cualquier hora del día van las mujeres llevando por las calles el agua sucia y el estiércol en una fétida procesión de cubos, porque la mayor parte de las casas no disponen de ningún vertedero. Unos depósitos inauditos reciben así las heces de toda la población, dentro y fuera de la misma, y la impregnan de olores nauseabundos: los veneros potables, manantíos y arroyos de las inmediaciones, fueron destruídos o contaminados por el agua cobriza del mineral, y la Empresa los suple con los caudales estancados en sus diques, y las venas impuras de la cementación.

Algunos de estos hilos cunden por el llano gota a gota entre riberas de pecina, y en los meses del estiaje se consumen, contribuyendo a los hedores insufribles que padece el vecindario a la raita del sol, muerto de sed.

No hay novedad ni rareza que altere el semblante de este caserío, mísero y raso, en la llanura como en las peñas vivas, siempre sumetido al uniforme de la esclavitud. Las calles parecen todas una misma, las casas tienen un sólo cariz y las personas, a tono con la urbe, muestran el mismo pelaje, igual cansancio, idéntica desazón.

Rosario y Jose Luis conocían la tristeza de muchos barrios obreros, alfoces insalubres de las grandes industrias

en el mundo, puestos como un halo de martirio y de sombra en torno a la soberbia y al poder; mas no concebían en España una multitud infeliz, un trágico reino de los pobres que ofreciera el contraste de su dolor para marco de la injusticia humana, precisamente bajo el cielo más altivo y azul del país, y sometida a patronos extranjeros.

Y la visión de Nerva tuvo para los periodistas españoles un extraordinario interés.

Era aquel pueblo el alma de las minas, el resultado vivo y doliente de la enorme explotación, con sus catacumbas pavorosas, sus talleres inmensos, Dite en escombros, las montañas hendidas, los ríos envenenados, el aire corrupto, espantable la siena de los horizontes: todo el mal de la vida remansado en miles de criaturas inocentes, para servir a la ambición forastera.

Los dos hermanos se sintieron absorbidos por el drama tenebroso, y considerando su viaje como la ruta que les abría el destino, de cara a un excelso ideal, comenzaron a escribir desde *La Evolución* unas acusaciones enérgicas y valientes contra los nordetanos, unidas sus culpas de patronos y colonizadores en un solo ataque a España y a la humanidad.

Trabajaban con exaltado fervor, alojados en Dite como centro y capital de la zona, y sus primeras informaciones aparecieron en el gran periódico con el reclamo de muchos títulos, hasta que de repente se dejaron de publicar y llegó a la fonda un ingeniero para ver a los cronistas de parte del Director.

Este enviado, Jacobo Pmip, hombre hipócrita y astuto, no se atrevió a ofrecer dinero a los de Garcillán, detenido por la indignación que los muchachos demostraban a las insisuaciones del soborno, y disimuló el peligro de sus tentativas adoptando un aire de superioridad y experiencia, hablando de los errores de la juventud, de los espejismos de la imaginación; conceptuando inútiles a los románticos, locos a los comunistas... invencible a la poderosa compañía nordetana: todo ello muy confusamente, con circunloquios y vaguedades que él juzgaba de una habilidad suprema.

Ambos le escucharon sonrientes, irónicos, un tanto divertidos, sacando en consecuencia de la perorata, que el Director les despedía de su feudo «por incompatibilidad de opiniones» y que el famoso diario de Madrid no era tan insensible al oro como algunos ariscos periodistas.

El emisario afirmó con mucha desvergüenza:

—Sí; ustedes son excepcionales: otros compañeros suyos, estudiando el aspecto social de estas minas, se han puesto incondicionalmente al lado de la Empresa. Y lo mismo las comisiones del Gobierno y de las entidades políticas, los hombres públicos, la Prensa más avanzada...—Les clavó unos ojillos duros y grises, añadiendo—: ¡Tenemos suerte!... Sólo algún visionario, torpe o delirante, se atreve a combatirnos...

Los de Garcillán se inclinaron como si agradeciesen la alusión, sin esconder su orgullo de merecerla, indiferentes al despecho del señor Pmip, que también se inclinaba para despedirse.

Este era el diplomático de la formidable casa Rehtron y C.ª. Le tenían sus jefes por tan lince y psicólogo, que él mismo llegó a creer en sus virtudes, elevándolas de categoría y proporciones con los años.

Cuarenta había cumplido; cenceño, rasurado y menudo, parecía más joven. De su vida privada se contaban muchos escándalos, y con desdoro de su carrera, que no ejercía, ocupábase en empeños equívocos de vigilancia y captación, dirigiendo una red vastísima de espionaje y otra no menos turbia de catequesis. Para dar a ésta mayor intensidad renegó del protestantismo, su religión propia, haciéndose católico; a instancias suyas las escuelas de niños convertidas en protestantes por los nortedanos con la cuota mensual de los obreros, cambiaron nuevamente de oración, y tal simulacro de conversiones se quiso estimar como un gran mérito que la empresa contraía con España.

Jacobo Pmip ascendió entonces de sueldo y autoridad; se le tuvo dentro de la casa por el transformista más gracioso del mundo, y fuera se pretendió beatificarle celebrando sus maniobras como actos de heroísmo; otros rumores decían que el farsante no era ingeniero ni siquiera nordetano y que en realidad sólo podía considerársele como un grandísimo bribón.

Seguía él representando su comedia de converso, que le permitía vestir de santas intenciones el allanamiento de los hogares para sitiar con ventaja a las mozas mas lindas de la cuenca, sorprender las inquietudes de la gente, y adquirir entre los más incautos cierto aire generoso de popu-

laridad, sin perjuicio de vivir como un príncipe en su *cottage* de «Vista Hermosa», acompañado de sirvientes guapas...

No le desanimó en absoluto su percance con los periodistas castellanos; sabiendo la multitud de inconvenientes con que podía sacrificarles, contaba con el tiempo y la adversidad.

Hasta sentía un poco de lástima por aquella joven de belleza tranquila y palabra fogosa a quien hubiera deseado parecer galante. Y pidióle noticias de su profesión, casi vuelto de espaldas a José Luis, con un tono entre amable y despectivo, dándose por muy versado en literatura y hablando fácilmente el español.

Aquella misma noche el dueño de la fonda anunciaba con mil excusas a los dos hermanos su imposibilidad de seguir hospedándoles, y ante la protesta de los jóvenes acabó por decir, reservadamente, que la casa era de la Compañía y él «había recibido una orden terminante»... Expuso también su opinión de que en Dite no hallarían otro alojamiento porque «todo el caserío pertenecía a los amos».

Así fué: sin albergue, más alentados sus propósitos bajo el castigo de la persecución, se refugiaron en Nerva como en una guarida impenetrable, decididos a oscurecerse en el angustioso vecindario.

Por fortuna había llegado Echea, libre ya de su destierro, y se lanzó a dirigirles en el laberinto monótono de las calles donde el traje señoril de Rosario producía una curiosidad ruidosa.

Pero allí tampoco era posible encontrar una barraca has-

ta cierto punto independiente; las que recibían alojados con el nombre pomposo de *Hotel*, *Casino* o *Salón*, sin pasar de taberna o cafetín, pertenecían a los *amarillos*, los paniaguados de la Compañía, y antes que exponerles a un nuevo disgusto, Echea decidió llevar a sus amigos al Centro Obrero, donde él mismo vivía, el Sindicato según todos llamaban al edificio, propiedad de la organización, y donde hubiera querido instalarles desde el primer momento, si reparos de índole muy delicada y secreta no le detuviesen; ya no podía vacilar.

Volvieron a la calle de Cicerón, a la casa común, un poco más alta y espaciosa que sus vecinas. El portal, siempre franco, mostraba a su nivel unos locales destinados a oficinas, consultorio médico y botiquín y daba acceso a la escaleruca, muy pendiente y difícil, sin recodos hasta el único piso, dispuesto en dos viviendas.

Una niña, como de unos tres años, bajaba de espaldas, valiente y cuidadosa, ayudándose con las manitas, que iba poniendo en el escalón abandonado por los pies.

Adelantóse Aurelio a cogerla en brazos:

—¿Adónde vas?... ¿Ya te escapas?—le dijo.—Y Rosario, adivinadora y afable, le preguntó:

—¿Quién eres tú, dí?

—*Ero* Anita balbuceó la pequeña, muy admirada del sombrero y el porte de aquella mujer.

—No ha visto nunca una señora—advirtió el padre.

Ya estaban arriba. Dos puertas dividían el piso a los lados del carrejo. Empujó Aurelio una de las entradas y ense-

ñó dos habitaciones con antepechos, una alcoba oscura y la cocina comunicada con un balcón, donde el vertedero servía a las dos casas. Algunos trastos inútiles rodaban por allí entre el polvo de los rincones.

—¡Esto es miserable para ustedes—lamentó desconsolado—, pero no hay otra cosa: aquí por lo menos estarán seguros!

Garcillán consultó a su hermana:

—¿Te atreves...?

—Sí.

Estaban presos en la augusta demencia del sacrificio, abrasados de inefables ambiciones. Y se miraban sonrientes, con orgullosa caricia.

Volvió Echea la cara, disimulando su emoción, y dijo con un trastorno casi imperceptible:

—Voy a llamar a Natalia.

No había nombrado hasta entonces a su mujer. Salió. Anita quedaba prendida al vestido de Rosario, mirándola sin cesar. Inclinóse la muchacha a darle un beso, algo temblorosa, mientras una voz apacible les invitaba desde el corredor:

—Pasen ustedes.

Natalia corroboró su ofrecimiento, presentándose: era una joven enferma y dulce, con señales aún vivas de hermosura, que halló pronto unas palabras ingenuas de hospitalidad, y tuvo desde aquel instante para Rosario una devoción silenciosa y humilde, llena de gratitud.

Se aposentaron los de Garcillán en el cuartucho aquel,

vacío desde la muerte del Secretario de la Junta, que le ocupó con su familia.

José Luis no se daba al principio mucha cuenta de las incomodidades terribles que soportaban; embriagado como nunca por la fuerte densidad de la vida, se dejaba llevar de los acontecimientos y el corazón, sin que le arredrasen las privaciones. El ejemplo de Echea, su voluntad para vencer, su reciedumbre para sufrir, le enardecían heroicamente; y le admiraba como a un dios, le seguía como a un astro su luna fiel, mientras la triste hermanita, más cercana al áspero roce de la miseria, más obligada al disimulo constante de su pasión, iba sintiendo el desmayo en su alma bajo el grito de todas las rebeliones.

Pero aquella lucha sorda con el dominio de cada sollozo, con el trabajo de cada repugnancia, fueron una siembra de virtudes en el espíritu vehemente de la artista: el ángel humano tuvo alas, Rosario consiguió tales victorias sobre el instinto y la necesidad, que llegó a perdonarse el invencible amor por el hombre de otra mujer...

Ya el periódico socialista de Madrid les había retirado el sueldo y la representación, alegando que los mismos prohombres del partido, los jefes de la causa obrera, consideraban atrevida e importuna la estrepitosa campaña sobre Dite: ¡el metal de los muertos vencía, omnipotente una vez más, en las altas esferas nacionales!... Diputados, senadores, ministros de la Corona, presidentes de cuanto en España se preside, abominaron con indignación de aquellos artículos demoledores que sólo por sorpresa vieron la luz.

Y los arrestados cronistas se atuvieron a su pobre renta familiar.

Entonces comenzó José Luis a desanimarse un poco. Habituado siempre a compartir algún dinero con sus amigos, se le hacía más dolorosa la escasez, cabalmente junto a los infelices de quienes se consideraba compañero y protector. En muchas ocasiones sólo Estévez o el médico podían convidar en el Casino a los camaradas para añadir al clásico sorbo de aguardiente una merienda frugal.

El señorito sentíase humillado y melancólico, le mordía la nostalgia de otra existencia más de acuerdo con sus costumbres y su educación; pero Rosario estaba allí, vencedora de muchos desalientos, dominada por el afán de proseguir en el rudo camino, y el muchacho recibía de un modo entrañable el influjo de su hermana, que predispuesta a la idolatría del Bien, le iba persuadiendo a todos los homenajes con una honda expresión de súplica en los ojos.

Había aceptado José Luis la Secretaría, vacante en la Junta, renunciando su modesta retribución a beneficio de la Caja sindical, y el estímulo de su propia gallardía, el trabajo abrumador compartido con Rosario y Aurelio, lleno de novedades y emociones, acabaron de volverle los bríos y la serenidad.

Poco tiempo después la obra socialista de Nerva pertenecía a los dos hermanos forasteros como a los mismos trabajadores andaluces; era ya íntimamente suya: la habían rehogado en el incendio puro de su corazón. Y en ella sabían con orgullo los hombres toscos de la zona que se movían incansables las manos blancas de una mujer.

VI

CAMINOS DE PERFECCIÓN

El huracán de la vida.

URORA y Rosarito aumentaron sus fatigas recientes con el calor y el sobresalto del viaje.

Llegaron cansadísimas y encontraron la casa muy revuelta. José Luis, que regresó con Aurelio a la ciudad antes del amanecer, quiso trasmudarse a la alcoba interior para dejar su cuarto a los huéspedes; pretendieron los vecinos ayudarle en la improvisación del nuevo dormitorio, y armaron la cama sobre unos caballetes, con arpilleras y cojines; agenciaron dos sillas: hasta hubo ciertos indicios de una cómoda que Natalia pensó desocupar... De pronto José Luis corrió a la imprenta como

una exhalación, volvió a las oficinas donde Santiago trabajaba con el presidente y el médico, y olvidóse de todo lo demás.

Era una suerte que Dolores acompañase a las muchachas. Su hijo lo dispuso así, diciéndole:

—Baja con ellas; tienen mucho que hacer y te necesitan. Yo iré allá al salir de la fábrica esta tarde, para lo que se ocurra, y no subiremos hasta que la huelga se termine.

No tenía la serrana más afán que el de complacerle; incansable, fuerte y decidida, siempre estaba dispuesta a secundar los deseos de Enrique y a proporcionarle una satisfacción; vivía para él, sintiendo con toda su naturaleza impetuosa un odio vigilante hacia los patronos, que exprimían la salud del muchacho por un mísero jornal: la huelga, con su grave perjuicio para ellos, le parecía una venganza sublime, y mostrábase alegre, decidora.

Sin acordarse de la vigilia última, se hizo cargo con mucha disposición de los dos hogares casi abandonados, porque Natalia, inquieta por los manejos ansiosos de su marido, parece muy alicaída y nerviosa: ya se está viendo otra vez en la cárcel, perseguida, mezclada en supuestos crímenes por los enemigos del agitador.

No hace un año que los calabozos de Nerva la vieron sufrir el más injusto martirio y recaer en su enfermedad: al cabo de tantas vicisitudes sólo la juventud consigue retenerla en la vida, darle un plazo, concederle unas horas de esperanza.

Sus amigas la cercan ahora de cariño.

—¡No va a ocurrir ningún desastre, niña!—dice Dolores calmando las angustias de la enferma—. ¡Los amos estarán repeor que nosotros; «contarán hasta ciento» y tendrán que fastidiarse!

Trajina, canta y suda la mujer; colmó el sediento zafariche, dispuso la comida, y endereza los trastos por allí.

De súbito Aurora se detiene a la puerta de su cuarto, volviéndose hacia Rosarito con mucha timidez:

—Te advierto que no estoy casada...

—Ya te casarás—responde la señorita con la voz clemente y segura.

Dolores añade, algo brusco el acento de improviso:

—Yo tampoco lo estuve y soy honrada.

Pero la madre de aquella niña que sólo se llama Nena, siente crecer las aprensiones; nunca le ha cohibido, como en aquel momento, su situación: toda el alma se le enciende en inquietudes y delicadezas bajo las palabras generosas de su amiga. Va a expresar ingénuamente los propósitos que concibe, cuando sube Aurelio a decir:

—Nos conceden beligerancia. La señora del Director manda un recado para usted, Rosario, invitándola a ir esta tarde a Vista Hermosa con algunas mujeres de la mina.

—¿Es verdad?

—Lo que usted oye; ha escrito a Estévez, que es amigo suyo: la tratan a usted como presidenta del Sindicato.

La muchacha enrojece y pregunta:

—¿Debo ir?

—Es indudable.

Muestra Aurelio una carta muy fina de la directora. Y aparece José Luis con las manos llenas de papeles amarillos.

—Es la convocatoria para esta tarde—anuncia echando a volar un puñado de ellos—, ya cunden por todas las secciones; habrá llegado a la Dirección alarmando a las damas.

Y recoge Anita los impresos con su pasito menudo de paloma.

—¿Con quién voy?—dice Rosario.

Aurelio se dirige a Natalia:

—Por de pronto, contigo.

—No; quieren hablar con mujeres de la mina: yo no soy de aquí.

—¿Tienes miedo?

La duda algo violenta, inmerecida y quejosa, aturde a la muchacha.

—¡Lo que tengo es—susurra—una prisa muy grande por morirme!—Y se echa a llorar.

Todos la rodean condolidos. Aurora ya tiene abierto el corazón para aquella criatura desfallecida y triste, y Rosario pone los ojos con severidad en el causante de tan acerbas lágrimas.

—Usted que se desvive en compasiones—le reprocha al oído—¿cómo puede ocasionarle a ella un dolor?

—No sé... no sé...—balbuce—; es fatal que yo atormente a las personas que más adoro.—Su mirada, garza y suave, se posa en la enferma con ternura y después se detiene en Rosario, buena conocedora de estas pupilas ávidas, donde

se guarece la pasión en divorcio con la voluntad. Refrena la joven su pensamiento que huye, y pronuncia en alta voz:

—Natalia no está bien: necesita acostarse. Iré con Aurora.

—Y aquí me tenéis a mí—atestigua Dolores golpeándose el pecho sin duda para roborar mejor su presencia—; os acompaño adonde sea menester.

—Pero dejarás que hable la señorita—advierte Aurelio.

—Por de contado: yo voy sólo para dar a las niñas representación, si os conviene.

—Pues convenido.—Y a Natalia, estremecida aún por el llanto, le dice delante de todos:

—Yo sé hasta qué punto eres valerosa; ¿por qué te aflige una palabra que se me escape sin querer?

No responde; sigue compungida.

—¿Me perdonas?

—Es que tenías razón —contesta al fin.

—¿De qué?

—Me da miedo la vida... más que la muerte; ¡no sirvo para nada!

El esposo la tiene que animar. Al acercarse a ella le nota renitente la piel, amortecidos los ojos, azules y humildes como las flores del aciano.

—Ahora mismo te acuestas, ahora mismo—resuelve, colmado el corazón de lástima y pesadumbre; y cuando le ayuda a desnudarse ella le suplica a solas, exprimiendo en su voz el jugo de todas las tristezas:

—Si me muero te casas con Rosario.

Lloraba sonriente. El marido, atónito, confuso, le interrumpe:

-- Calla, calla... ¿qué dices?

—Os queréis... eso no se puede ocultar: sois como nacidos el uno para el otro... yo no tengo derecho a ofenderme.

—¡Natalia, por Dios!

—Bastante bueno has sido para mí... y ella también. No soy la compañera que necesitabas... quisiera que aún lograses un poco de felicidad.

Se le deshace la sonrisa en un lamento, y el hombre, derretido en compasión y gratitud, la colma de caricias y protestas.

En un instante revive él la historia de su encuentro con aquella mujercita, cándida y rubia, que le pareció un rosa de carne. Estudiaba para maestra en la Normal de Oviedo, una de las veces que el muchacho descansó allí algunas semanas con su familia. Por contraste con su temperamento rebelde y luchador, enamoróse de la dulzura y la docilidad con que la niña se portaba. Fueron amigos y en seguida novios; ella se le confió, ilusionada y creyente; él supo merecerla dándole su nombre. Y con la intención de hacerla dichosa la arrastró en el huracán de su vida. Tuvo su primer hijo en la cárcel de Madrid, complicada en un proceso que se le seguía al esposo como iniciador de una violenta campaña antimilitarista. Murió allí el recién nacido y emfermó la madre, cuya endeble naturaleza ya no volvió a erguirse; un segundo alumbramiento, nuevas persecuciones, otras condenas, y a los cinco años de matrimonio, la niña

rubia y cándida era una tuberculosa agonizante. No se había quejado nunca, pero su carácter pasivo, su debilidad física no le ayudaron, tampoco, a secundar las empresas del marido, y se quedó siempre al margen de aquellos empujes tempestuosos que la llevaron inerte a las orillas de la tumba.

Aurelio, al recordarlo así, conoce toda su responsabilidad ante la enferma, y le dice palabras imbuídas de infinito dolor; pero ella le escucha muy cansada; tiene hambre de reposo, sed de sueño; ha vuelto débilmente a sonreir, asegura que se encuentra mejor. Y hay miles de seres que aguardan, ansiosos de paz y de justicia, las vindicaciones de la obra social, fraguada allí mismo, al otro lado del gabinete.

Oye el mozo en su conciencia el grito múltiple de cuantas ligaduras le oprimen, y besa la frente de Natalia, sale del dormitorio con un dedo en los labios.

—No hagáis ruido: se va a dormir.

Las dos viviendas, unidas por la amistad, se alargan y se encogen a medida de las circunstancias. En este momento sus habitantes, que constituyen una sola familia, se apartan con sigilo del cuarto de la enferma.

Y nadie puede allí descansar un solo momento. Son las doce, hay que comer a escape. Las muchachas, rendidas, inapetentes, apenas toman unos bocados; necesitan aliñarse un poco y buscar de nuevo el ferrocarril para traer las impresiones de su visita sin que empiece la Asamblea.

La hermana de Félix Garcés, Obdulia, vecina del Sindicato, sube a cuidar de Natalia y las niñas: es una moza seria y diligente que sirve de asistenta a Rosarito.

Entran las expedicionarias en las oficinas a recibir instrucciones del presidente, que infatigable, absorto en su tremenda obligación, ordena, estudia, escribe, sacude con su mano fina y experta la vastísima red de comunicaciones que pone a los mineros andaluces en contacto con todos los de Europa.

Él y Rosario hablan de pie unos minutos, sin mirarse, vigilando con mucha desconfianza los abandonos de sus pensamientos, en tanto que Aurora se maravilla de aquellas mesas colmadas de libros y papeles en la sala desnuda; de aquellos hombres abnegados, tenaces, que se excecen en su actividad con entusiasmo religioso. Están con el presidente el maestro, el doctor y José Luis, mientras los otros cuatro miembros de la Junta acuden a sus labores maniobreras.

La de Valdelamusa le dice a Aurora en voz chita, como si estuviesen en un templo:

—¿Ves los montones de cartas?... Están «puestas» en muchísimos lenguajes: el señorito secretario entiende todas las hablas del mundo; los demás señores, poco menos; y lo mismo se reciben noticias de Inglaterra y la Rusia que de las Indias y de París...

Salen preocupadas las tres mujeres; siguen gimiendo las plumas encima del papel: la obra de la justicia universal tiene un poderoso latido en esta sala mezquina y sofocante, atravesada por el espíritu misterioso de Dios.

Vista Hermosa.

Arde la ciudad casi desierta, socarrada por el sol enemigo; todos los hombres útiles están en el trabajo: portales, canceles y ventanas se entornan bajo la fatiga de la siesta.

Rosario, que prescinde del sombrero por no llamar la atención, se compone con mucha sencillez; lleva en la mano el abanico y abre una sombrilla que también cubre a Aurora, la cual viste su único traje decoroso dentro de la pobreza más ingrata: las dos caminan impacientes delante de Dolores.

Un tren de los numerosos que circulan por la región, como tentáculos vivos de los almadenes, las retorna por el fatídico rail, surco de víctimas y lágrimas. Van en el coche abrumadas por el esfuerzo y el bochorno y perciben el paisaje, entrevisto igual que en una pesadilla.

Dite: hay un largo trayecto hasta Vista Hermosa, la población nordetana que se recoge en el valle interior de la cuenca, lo más lejos posible de la plebe.

Las viajeras afrontan el camino con estoica pujanza; suben por los bancales rodenos, abrasadores de la Mesa de os Pinos; dejan atrás el cementerio protestante, bien cuidado y lujoso, cubiertos los sepulcros por la santa placidez del mármol, y en nada parecido a la miseria de la necrópolis católica, alcanzada en Dite por los hundimientos de las trincheras. Ya distantes, aún se paran las mujeres atraídas por la expresión de quietud que ofrecen los jaspes encubridores, las albarradas tendidas, las cruces abiertas con ánimo de paz: tal vez piensen las criaturas dañadas por el can-

sancio, que sólo en el viaje sempiterno hay un seguro de reposo digno de la única ambición.

Y salvan la llanura hacia Poniente, encendida en los horizontes la cuerda de las montañas, aduridos en torno al valle los ribazos donde se hunden los criaderos. Una mancha verde y jugosa, extrañísima en el erio, las detiene; surgen la cerca, el guarda, un portel del oasis, milagro del sibaritismo y del buen gusto, y una orden para que las visitantes sean recibidas inmediatamente.

Llegan, las pobres, muy sofocadas y sedientas y reciben como una caricia la frescura que baja de los árboles, el rumor de las fuentes, el aroma delgado de las flores; andan y les parece que sueñan: crujen las guijas del sendero, una sombra benigna se difunde en el aire, tiembla la vida en el fondo de los nidos y la belleza en el pecho de los capullos; se oyen las notas de un piano, el ritmo de una canción, la risa de unos niños, y de pronto, cerca de una casa, el arrufar insistente de un perro: es que han llegado a la Dirección y el *bull-dog*, vigilante, se apercibe contra la pobreza sospechosa de la visita.

Sólo un momento aguardan allí, entretenidas en admirar la elegancia del parque sembrado de edificios ligeros y preciosos, en los que predomina el estilo colonial español; están muchos cubiertos con jazmíneas y yedras, bordeados por gladiolos y laureles, rosales y alhelíes. En las avenidas y los macizos crecen el ojaranzo y el arrayán, las acacias y los chopos: una aportación costosísima de aguas y tierras obra el prodigio de que las plantas arraiguen sobre el yermo.

Una señora muy delgada, rubía, sonriente, joven aún, recibe a las que esperan junto a la cancilla interior.

—¡Parece un Cristo con dos espaldas!—murmura Dolores por lo bajo con su acento más andaluz. Y la directora les invita con la palabra y el ademán, en buen castellano:

—Pasen, pasen ustedes; vengan por aquí.

Les conduce al través del vestíbulo, fresco y penumbroso, hasta un salón abierto a la sombra del jardín, perfumado por manojos de arbelcorán, vestidas de cretona las paredes, teselado de mármoles el piso, pendiente del alfarje una lucerna leve como la espuma.

En el sofá y los sillones, cómodos y muelles, reposan unas damas y unos caballeros, dos de los cuales se ponen de pie: son don Martín Leurc y don Jacobo Pmip. Quedan sentados un sacerdote y dos mozos, hijos del Director, y se remueven las señoras con una vaga tentativa de saludo, especialmente la más joven, hija también de don Martín, muy parecida a su madre, aunque menos rubia, menos flaca, más alegre: es la menor de los tres hermanos y se llama Berta como la mamá. A su lado está la institutriz, miss Clara Ylevol, de edad indefinible, tipo estrafalario, cara inteligente y bondadosa. Otra inglesa, mujer de un técnico, Diana Erecnis, tiene sobre las rodillas una nena de cuatro o cinco años que mira con algún recelo a las forasteras.

Ya se han sentado, a instancias de la directora, que comienza a hablar dirigiéndose casi únicamente a Rosarito.

La muchacha, muy encendida por la sofocación del viaje, algo violenta al sentirse observada por tantos ojos extra-

ños, muéstrase cohibida primero, y lucha, además, con una tentación, porque toda su lucidez se empeña en recordar los lápices de colores y el álbum de las caricaturas; el sacerdote, orondo, reluciente, beatífico; el esqueleto de la directora; el traje de la institutriz; el gesto pedante de don Jacobo, la inducen a sus aficiones de humorista, sin estímulo hace tiempo; y quiere luchar con la súbita inspiración, atender a las necesidades serias y tristes de la visita.

—Usted interviene muchísimo en el Sindicato obrero—dice doña Berta—, y por fraternidad, por misericordia, hemos creído prudente llamarla y que alguna mujer de la mina nos escuche antes que organicen la huelga.

—Eso es—interrumpe don Martín—; sabemos que ustedes convocan hoy a una Asamblea como base del paro general, que será para los obreros desastroso, y aunque me repugna entenderme con los agitadores, con usted hago una excepción.

—Yo no he pedido audiencia—arguye Rosario con frialdad. Y se crece de pronto, adueñándose de sí misma, pensando que por azares del destino, pueden sus palabras y su actitud influir en la suerte de miles de criaturas desdichadas.

—No; yo me he tomado la libertad de hacerla venir—repite la directora—. Aparte hablillas de que no hago caso—subraya muy tolerante—, sé que tiene usted talento y educación.

—Muchas gracias.

—Y la creo capaz de que nos entendamos.

—Usted dirá.

—Queremos las señoras unirnos con las mujeres del pueblo, sin diferencias de clase, para evitar días de luto a la región—expone la dama sentenciosa y magnífica.

—Sí, sí—asienten las demás. Y las mesitas volantes, que guardan el servicio del café, se conmueven con el estremecimiento de la concurrencia, sacudida por la emoción.

El contraste.

Aisladas y juntas entre sí, las de Nerva parece que asisten ante un numeroso tribunal. Sus semblantes calientes y morenos, sus ropas oscuras y sencillas, contrastan con los mundanos perfiles del salón; y la belleza de las dos muchachas tiene allí un hechizo misterioso y lejano que impone silenciosamente su poder.

Aurora no aparta los ojos de uno de aquellos mantelillos de encaje, donde posa, entre porcelanas finísimas, un jarro de cristal empañado por la frescura del agua; en las pupilas verdes y secretas está latente la sugestión de un grito inolvidable: *¡Sed tengo!...*

Diana Erecnis, la señora que acaricia a la nena en su regazo, sorprende la angustia de aquella necesidad:

—¿Quiere beber?

—Sí.

Apura la codiciosa el líquido refrigerante que le ofrecen; sus compañeras tienden la mano con instintiva solicitud, y beben las tres en la misma copa, ávidas del mismo consuelo.

Algo insólita parece esta licencia a los demás señores, que se miran un poco escandalizados.

—¿Conque días de luto?—repite Rosarito recogiendo el cabo de la conversación—; yo también los quisiera evitar; dígame lo que puedo hacer.

—Muy sencillo: disuadir a la Junta directiva, especialmente al desgraciado que la preside, de fomentar los conatos de revolución que una huelga significaría: van ustedes a un fracaso horroroso; carecen de elementos de resistencia, la Dirección no puede acceder a las imposiciones del Sindicato, y hoy menos que nunca bajo el ambiente de inquietud socialista que el Gobierno reprime de un modo ejemplar, aunque aparente otra cosa.

—Contamos—aduce don Martín muy solemne—con fuerzas del Ejército para castigar con todo rigor los desmanes... y hasta las amenazas; nos sobran los millones para hacer frente al paro: ya ve usted que la situación es muy distinta...

—Pero nos sobra también la caridad—alaba doña Berta—para advertirles el peligro y tenderles nuestra mano: lo hacemos por lo mismo que todas las ventajas están de nuestra parte.

La gallardía de la acción quedaba patente, mas la corrobora don Jacobo diciendo con mucha condescendencia:

—En estos tiempos no deben subsistir prejuicios de clases, y sólo prevalecer los intereses de la religión y la moral.

Se agita Dolores con remusgos de protesta; Aurora escucha fijando la mirada en un ancho ventanal qne tiene el

arambel de tul y el recodadero de pluma; la niña se aparta de su madre, acercándose a las forasteras poco a poco, y el sacerdote bendice los razonamientos de sus amigos con melífluas palabras:

—Acordaos, hijas mías, de vuestra responsabilidad; si no atendéis a estos buenos señores como se merecen, sufriréis las consecuencias de vuesta rebelión; correrá la sangre de vuestros hermanos...

—¡Sí; de los nuestros!—musita Aurora, que sigue con los ojos distraídos, ausente el alma al parecer.

—Somos las señoras—insiste doña Berta—las que hemos tomado esta iniciativa de paz, guiadas por nuestro corazón; hablo en nombre de cuantas pertenecen a la Compañía y me han autorizado para ello; estamos precisamente ocupadas en la fundación de otro hospital y vamos a traer unas religiosas dominicas para la enseñanza.

Pronuncia la institutriz unas frases cariñosas en inglés; Berta y Diana suman sus promesas de adhesión, y los caballeros añaden un rumorcillo complaciente: la sala queda envuelta en un sentimiento bondadoso de piedad.

Y Rosario procura serenarse para responder:

—De modo que tienen ustedes a su lado los fusiles, los millones y la bendición sacerdotal; es decir: todos los beneficios de esta vida y todas las promesas de la otra. Muy bien: los obreros de la Casa Rehtron disfrutan un jornal medio de tres pesetas a costa de trabajos espantosos; no tienen lo preciso para comer y vestir. A su lado están en el mundo la esclavitud y la muerte, acaso después la eter-

na condenación... Dígame usted, señora: ¿pertenecemos todos a una misma humanidad?

—Sin duda—vacila doña Berta con un gesto indeciso, a pique de discutir las contestación. Don Jacobo acude a ofrecerle un argumento aplastante:

—¡Siempre ha habido y habrá ricos y pobres!

—Y siempre—afirma Rosario con la voz dulce un poco temblorosa—los pobres tratan de mejorar su destino.

—Para eso nos sirve la fe y la resignación cristianas—apoya el cura—; saber conformarse con la suerte equivale a la felicidad de aquí abajo, y a que se nos dé por añadidura el reino de los cielos.

—Pero cuando las gentes que se dicen cristianas, viven prácticamente, como ateas; cuando los ministros del Señor se ponen al lado del poderoso y del injusto... ¿dónde hallará, el miserable, ejemplo y estímulo de resignación y de fe?

—¡Está usted hablando de una manera sectaria!—lamenta el sacerdote rojo y adusto.

Rosarito sonríe con amargura.—Usted, sin alterarse, debía probar si las leyes de Cristo constituyen una religión de esclavos o de hombres libres...

—¡No por Dios! - tercia la directora muy alarmada—; aquí don Facundo es una persona respetable que merece todas las consideraciones.

El aludido se esponja y tranquiliza; la muchacha hace un ademán para levantarse, y la detiene don Martín, a quien no interesan las derivaciones de la conversación.

—Pero vamos a ver, en resumen: ¿qué piden los obreros

con esa absurda huelga general que están ustedes preparando?

—La admisión de uno, despedido en Estuaria.

—¡Sí que es solidaridad!

—Y ocasión para exigir...

—¿Exigir?

—Sí, señor; que usted les conceda las justísimas peticiones del año pasado.

—No recuerdo.

—Pues verá usted.

La muchacha toma con lentitud de su bolsillo una carterita, de la cartera un papel; inclina el rostro gentil, que se entolda con los rizos oscuros de la frente, y lee en alta voz aquel impreso resobado que dice:

«Peticiones presentadas el 30 de Junio de 191...

»Admisión de los despedidos.

»Jornada de ocho horas.

»Abolición de los contratistas.

»Aumento general de un 50 por 100 en los salarios.

»Jornal en libreta, mínimo, de seis pesetas.

»Suspensión del descuento para médico, botica y ense»ñanza a los niños, dejando a los obreros en libertad de es»tablecer una mutualidad médico-farmacéutica y escuelas »en la forma que juzguen conveniente.

»Que jefes y encargados empleen buen trato con sus »obreros.

»Que las vidas estén garantizadas con aparatos de se»guridad en los departamentos de peligro.»

Alza sus bellos ojos la lectora, fijándolos en el Director, que esconde los suyos.

—¿Recuerda usted estas súplicas?

También esquiva la respuesta, diciendo:

—¿Conque hacen cuestión de discordia hasta nuestros sacrificios? ¿se quejan de los favores que les otorgamos?... ¡Es el colmo de la insensatez!

—Pero esto no es una novedad: a usted le consta hace mucho tiempo que quieren gobernarse por sí mismos.

—¡Más justo sería decir que alguien les quiere gobernar, que cuatro vividores manejan como a peleles esas hordas ignorantes y se sirven de su incultura como escabel de la propia codicia!

Busca don Martín para su indignación el asentimiento de los demás; luego se encara con Rosarito, que está pálida y serena.

—Usted, señorita, sabe demasiado; repito que me repugna entenderme con los agitadores; ¡no, no hablemos más! A ver estas mujeres: vosotras, ¿qué decís?

—¡Toó lo que diga doña Rosarito!—exclama Dolores, que revienta por hablar.

El director se vuelve colérico hacia el señor Pmip.—¡Claro, la sugestión, el servilismo!... Protestan contra la esclavitud de los patronos y se someten a otra peor. Son carne de rebaño: ¿lo ve usted?

Es doña Berta la que apacigua a su marido.

—¡Ay! no quiero provocar disgustos, cabalmente cuando inicio una obra de aproximación y democracia. Us-

ted, señorita Garcillán, permitirá que hable su compañera.

—No deseo otra cosa.

—Y esta joven nos va a decir si a las mujeres de la mina les conviene nuestro mensaje de paz.

Se dirige a Aurora confiando en su sencillez.

—No comprendo—responde la muchacha muy tranquila. Su voz suena como la de Rosarito, con un encanto indecible y don Jacobo, sugestionado, interviene y añade:

—Que si aceptáis nuestro apoyo efectivo, una protección basada en muchos miles de duros, o si os dejáis engañar por los embustes de una independencia imposible, y conducir a esa huelga infame: las señoras os avisan y pretenden salvaros por un exceso de bondad.

Rosario vuelve a sonreir. La niña inglesa está parada entre las dos amigas y Aurora pone la mano con blandura en los cabellos rubios, mirándose en el ámbar de las pupilas inocentes. Después manifiesta con mucho aplomo:

—Los obreros ni aquí ni en ninguna parte deben pedir limosna, sino justicia: el que trabaja, lo merece todo y sería indigno aceptar como un favor lo que se puede exigir como un derecho.

Quedaron los señores aterrados. Habían oído la palabra *exigir* por segunda vez: la semilla nefanda de la revolución echaba raíces hasta en las mujeres más vulgares.

—¡Están pervertidas!—murmuró doña Berta con despecho, y se puso a hablar en nordetano con las demás señoras. Era aquel un lenguaje áspero y gutural que ensombre-

cía las voces, y cuando miss Clara Ylevol le salpicaba de frases en inglés caía su acento en el salón trasparente y sonoro como gotas de cristal.

Iba Rosario recogiendo aquellas palabras luminosas que le daban razón de las incomprendidas, y enterándose así del cruel desengaño de las damas. Mostrábanse quejosas y tristes, aunque seguras de haber puesto de su parte una infinita caridad al intervenir entre la Compañía y los obreros. Habían dado un mote rumboso a sus gestiones: «Acción Social de la Mujer», levantándole hasta la categoría de gran empresa, con reglamento, cargos oficiales, y aun barruntos de una revista quincenal. Era muy sensible que al primer paso tropezase la magnánima obra con la ingratitud y la obstinación de aquella pobre gente. Pero Dios sobre todo, y arriba los corazones... Las bienhechoras se lavaban las manos: serviría la huelga de escarmiento a los incorregibles, como un castigo que ellas no podían evitar, y allí estaban, siempre dispuestas a socorrerles y perdonarles, sin prevenciones, sin rencor...

La sagrada inquietud.

Acabaron por hablar todas en inglés, en obsequio sin duda de Mtr. Erecnis, que no dominaba el nordetano, y para asombro de Rosarito, llena de lástima y curiosidad al percibir la monstruosa concepción de unos ideales tenidos por cristianos y perfectos.

Llegaban otras familias extranjeras, elegantes, pertenecientes al personal distinguido de la Casa y vecinas por lo

tanto de Vista Hermosa. Algunas damas traían libros y carpetas para actuar dignamente en su obra feminista social, y abundaban también en las manos delicadas los preciosos neceseres con labores de aguja, encajes y bordados a medio hacer. Acudían ellas a su cita con la directora, y los caballeros les acompañaban deseosos de cambiar impresiones con don Martín. Reunidos en grupo entraban por el ándito abierto en torno al *bangaló*, rozando los ventanales del estrado y abordándole por una esbelta mampara, con bullicio discreto y alegre.

No suponían que la comisión de Nerva llegase tan pronto, y al enterarse de su actitud, los comentarios y los vaticinios estallaban entre explosiones de sentimiento y de indignación.

—¡No hay que desanimarse!—exhortaba doña Berta con transportes evangélicos—. Dios quiere probarnos y es preciso responder a sus designios: fundaremos el hospital, las escuelas y la revista: haremos el bien cueste lo que cueste; llevaremos nuestra caridad hasta el heroísmo.

Estaba sublime. Las amigas se enternecieron; la rodeaban fieles, devotas, con lágrimas en los ojos, mientras la excitación y el entusiasmo las obligaba a estar de pie, llenas de sagrada inquietud.

Se decían la mayor parte de ellas católicas de abolengo, conversas algunas, en la reciente evolución doctrinal adoptada por la Compañía como una medida política, y todas se hallaban en plena fiebre de un apostolado que tenían por religioso y excelso.

En los hervores de aquel pío tumulto, hubiesen quedado completamente olvidadas las de Nerva si don Jacobo no aprovechase la ocasión para hablar con Aurora: le habían sorprendido mucho la hermosura y la firmeza de la desconocida.

—¿No eres de aquí, verdad?—le dice a media voz, atando los hilos de sus averiguaciones diarias.

—Soy de todas partes—contesta ceñuda.

—Tú has venido de lejos a buscar a un hombre.

—¿Me pide usted declaración?

—Soy un jefe.

—¡Ah!

—Venías enferma, con una criatura.

—Enferma, no; cansada.

—Tu amante vive con otra mujer.

—No le permito a usted hablarme así.

—Ese hombre está vigilado como sospechoso y te conviene ser menos arisca.

—¿Con usted?

—Conmigo.

Le soslayó la moza una mirada de terrible desprecio y volvióse hacia Rosario, que se detenía aún con la sorpresa de saber cómo aquellas señoras necesitaban a todo trance pobres y enfermos con quienes ejercitar las virtudes providentes de su corazón...

—¿Vamos?

—Ahora mismo.

Pero Diana Erecnis hablaba con Dolores en un castellano tímido y difícil.

—¿Y dónde está su hijo?

—En la fábrica de ácido sulfúrico; trabaja con bozal a causa de los gases, atado a una maroma por si pierde el sentido, y tiene al lado la camilla y el botiquín... gana tres pesetas.

—¡Oh! ¿es posible?

—¡Por estas que son cruces!—jura la serrana besándose los dedos, y Berta Leurc, mejor conocedora del lenguaje, traduce a su amiga la contestación.

—¡Es una iniquidad!—murmura la dama en inglés, dirigiéndose a su marido, que al enterarse del asunto, repite en voz baja:

—¡Una iniquidad!

Leonardo Erecnis, norteamericano, es el jefe químico del Laboratorio y hace poco tiempo que está en Dite; joven, robusto y alegre, revela en su semblante la comprensión y la bondad, y empareja muy bien con su esposa en dotes del espíritu. Entra en aquel momento en casa de Leurc y busca a su nena, que se le escabulle entre los brazos para volver cerca de Aurora: le llama la atención esta mujer que la mira dulcemente con unos ojos verdes y profundos como el mar. Quisiera la chiquilla decirle alguna cosa, no sabe qué, y prendiéndole sus manos en la falda le pregunta con mimo:

—*Will you have a little more water?*

—No te entiendo, hija mía—contesta la joven inclinándose embelesada y devota.

Y Erecnis, junto a la niña, repite sonriendo:

—Que si quiere usted más agua.

—Si, un poco más; ¡qué niña tan buena!—pronuncia Aurora conmovida, asombrándose también de que un señor no la trate de tú ni la mire con excesiva curiosidad o excesivo desdén.—¿Cómo te llamas?—le dice a la pequeña, y tiene el padre que contestar:

—Alicia: apenas comprende el español.

Luego se deja conducir por ella, que le explica algo muy importante y le mueve a llenar de agua una copa, en el preciso momento de restablecerse el orden en el salón. Van acomodándose las visitas; baja el tono agudo de las voces, y de pronto se quedan de pie únicamente las de Nerva con Alicia y su padre, que les ofrece de beber.

—¡Qué silencio! - susurra Dolores, desconcertada por la repentina sofocación de todos los murmullos; y Rosario evoca una creencia popular, diciendo callandito:

—¡Es que pasan los ángeles!

Beben las tres, y cobran un relieve inusitado solas en medio de la estancia, erguidas como un símbolo bajo la protección de la Inocencia.

Porque Alicia rebosa de orgullo al sentirse obedecida por su padre y admirada por el asombro general. Está sonriendo, llena de alegría, hasta que las forasteras dan las gracias y se despiden, provocando de nuevo los rumores y la inquietud.

Se ha levantado la directora muy cortés y las lleva por la galería exterior en torno al edificio, sin duda para alargar la despedida, coreada por las predicciones que en la sala resurgen.

Doña Berta se adelanta un poquito con Rosario, y le dice en tono confidencial:

—¿Cómo puede usted vivir entre estas infelices que no conocen la decencia ni la religión: una moza que viene persiguiendo a un hombre, una vieja que hizo otro tanto cuando pudo, esa gente depravada y soez que no admite la paz porque le conviene el trastorno de una revolución?

Rosario vuelve la cabeza atraída por el lujo de las habitaciones que se abren a la *loggia* y enseñan blandos lechos, tapices esponjosos, ricos muebles de bronce y de cristal. Y llega a pararse frente al cuarto del baño, sorprendiendo, envidiosa, la pila ancha y luciente, los espejos con trémolos de encaje, el alizar bruñido, el tocador cargado de afeites y sahumerios. Una llave está suelta: se oye pasar la dulzura del agua perdiéndose en el mármol...

También Aurora mira con avidez al aposento, mientras la dama sigue interrogando, severa y persuasiva.

—¿Cómo puede alternar con ese presidiario insolente a quien las turbas llaman campeón?... Diga usted.

Rosarito vuelve de sus ansiedades al roce brusco de estas palabras, invoca el concepto místico oriental de sus creencias, y responde con mucha lentitud:

—Yo no juzgo el Mal y el Bien como usted, señora; pero aunque así juzgase, la bondad es una forma de ventura y no hay derecho a ser bueno y feliz mientras otros son, por malos, infelices: quiero para toda la humanidad la dicha de la tierra y los goces del Paraíso.

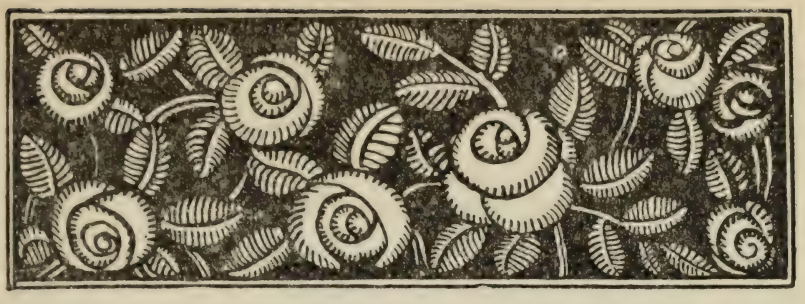
—¡Está usted loca!

—Puede ser...

Han llegado a la escalinata. Permanece la señora un instante allí, envuelta en el vaho de sensualidad que trasciende bajo el pulido socarrén, por todo el corredor sembrado de butacas y cojines, macetas y pebeteros. La dama inclina los ojos con displicente mohín, le acude a los labios una sonrisa indefinible, le brilla en el pecho la luz de una joya: está royendo su envidiable destino.

Entretanto las de Nerva cruzan el parque sacudidas por una onda caliente de perfume; bordean las nansas y los surtidores donde linfas y espumas se rebullen con rumor añorante y evocativo como un eco de las voces amadas que se extinguen para siempre.

Y abandonan la gracia recogida del jardín, pisan el resolano inclemente del erial... Un suspiro quejumbroso las perturba: es que sufre en el viento, detrás de ellas, el alma generosa de los árboles...



VII

LA RAZÓN DE LA LOCURA

El manto de albín.

RÁGIL y tímido parece el grupo engolfado otra vez en el urente valle: nadie diría que las tres viajeras, silenciosas y humildes, tienen hoy en este páramo andaluz un alto valor para la ética de la Libertad, como le tuvieron para los ideales de la Redención las tres Marías del Calvario.

Domina este acirate de la Mesa de los Pinos un monstruoso conjunto de los cerros, unas cumbres donde la pizarra en contacto con la roca plutónica se descompone y viste el color de la arcilla, blanco y amarillo, o se envuelve en la dureza del jaspe, en la oscuridad de los pórfidos, en el tinte sanguíneo de las porcelanitas, que también a menudo es

ceniciento. Por las cañadas y los ribazos cunden las alteraciones de las peñas en lluvia de matices: el brillo de la mica plateada, las venas del cobre gris, la masa del granito verdoso, lechos cristalinos de cuarzo, láminas azules del gneis, diques sombríos del pedernal: así los horizontes abigarrados y misteriosos, resplandecen y se quejan sin decir su origen, envolviendo su historia en el sigilo de centenares de secretos.

Vienen estas montañas del interior caliente de la tierra y se destrozan temblando, violadas por la codicia universal, abiertas al sol entre lamentos, como víctimas de un mundo. Sus torcales, sus andenes, cargados de pirita marcial, bajan a la llanura convertidos en un espeso manto rojo, una violenta pesadumbre que enloquece la vida.

Hay un bosque de hierro bajo la túnica de albín; hay entre los azufrones unos granos angulosos de cristal: las mujeres posan la mirada con obstinación en su camino como si notasen las atracciones latentes de las piedras. Acaso no quieren ver la contorsión dolorosa de las cimas, el bostezo horrible de los túneles, el trajín de los hombres que se mueven en los ostugos lo mismo que gusanos de un enorme ataúd.

El vasto círculo de labores apresa al llano: es uno de los «cercos» infernales de la gran industria nordetana. Las cortas a cielo abierto, los trenes, los derrumbos, las máquinas excavadoras, el tráfico intensísimo de la explotación, producen un rugido sordo y febril como si toda la mina retemblase con una sola vibración de nervios.

A pesar suyo, vuelve Aurora los ojos algunas veces hacia el tormento de las colinas, escucha ansiosa el clamor que muge rodando sin cesar, anhela descubrir la hondura de aquellas bocas lejanas por donde respiran las tinieblas. Allí estará Gabriel: no le ha visto desde muy temprano, después de la triste separación y le aguarda llena de inquietud porque sabe los peligros a que se exponen los mineros en sus tumbas ardientes, amenazados por la asfixia, corroídos por la oscuridad.

Llegan las caminantes a Dite, empujadas por un aire polvoroso que se levanta de improviso y nubla las derrotas; le llama Dolores lebrijano o «viento llevador»: sus alas queman igual que si las hubiese calentado en el tizón perdurable de los cielos, y sofocan la villa con un árido ambiente de volcán. En las calles hendidas, mudas, ruinosas, hierven las tolvaneras y el sol. Por la más frecuentada repercuten en el silencio los pregones de un inválido que anuncia los periódicos de Madrid. Se arrastra sobre unos zunchos y parece que llora cuando grita:—¡Ay *Heraldo!*... ¡Ay *España Nueva!*...

Las palabras se le han convertido en un lamento desde que la pólvora le arrolló, inservible, en los arranques de la mina. Y aquella voz persigue a las viajeras anhelando entre el polvo, empapada en el viento, hasta que otras distintas les preocupan.

Cerca de la estación oyen decir que se percibe un movimiento de tierras en las inmediaciones de la Corta Sur. Algunos mineros que han cumplido ya la jornada, y esperan el

tren, aseguran que en la contramina «se queja el cobre» y se hunden los encostillados: los augurios de una catástrofe ciernen a lo largo de la vía su rumor intranquilo.

En Naya está el andén lleno de hombres que hicieron el primer turno de labor y se dirigen a Nerva, escoteros, incansables: en todas las manos hay papeles amarillos, temblores de ansiedad, en todos los gestos hay una interrogación.

Aurora desde una ventanilla distingue a Gabriel, que la está mirando, absorto, creyendo que sueña. Con él bajan a la ciudad Enrique Salmerón, Vicente Rubio y Félix Garcés.

Suben los cuatro al mismo coche donde regresan las comisionadas, muy sorprendidos de verlas allí. No hay dónde sentarse; van de pie inclinados hacia ellas, hablando con prisa, sosteniéndose unos en otros para aguantar las curvas.

Los enamorados unen los ojos y pierden el hilo de la conversación general. Se dicen muchas cosas extrañas que adquieren un interés nuevo en los labios y no tienen más sentido que el de la oculta emoción. El está jadeante y sudoroso, vestido del carmín de las galerías, lastado por el áspero martirio; ella muestra la sonrisa dulce, las pupilas a la vez calientes y apagadas. Reviven la historia de su amor, herida por la ausencia, atormentada por las dudas, y se reconocen para siempre atados por los vínculos del sufrimiento y de la esperanza.

Cuando atraviesan una vez más la región del fuego, la linde de los hornos y las calcinaciones, entre lampos de llamas y vedijas de humo, comienza a bajar de los congos-

tos y los ramblares la voz tronadora de los barrenos que retumba encima del tren y le sigue por los campos del agua venenosa, bajo el aire lleno de ardores. A menudo, otra expedición se cruza con aquélla; pasa rauda, estridente, encendida: es el pulso de un vértigo a nada semejante.

Una racha de esta locura posa a los viajeros en la ciudad. Arriban excitados, nerviosos, pueblan las calles, recargan las tabernas y casinos.

Aurora y Gabriel caminan juntos, embriagados en su ventura; ella le pide un sacrificio más y el muchacho accede conforme, sin dejar de sonreir.

—Me quedaré en casa de Félix—decide mirándose en los ojos presados y agradecidos. Y continúan envolviendo su charla en un fulgor de alegría.

Cerca de Dolores va Rosarito silenciosa, escuchando cómo la serrana cuenta a los compañeros mil detalles de la reciente visita.

—¡Ay chiquiyos!—dice con garbo—, ¡qué mujeres tan flacas y qué mal ángel tienen! ¡Si la fealdad doliera estarían en un puro quejido!

—La hija del Director es guapa—asegura Enrique.

—Porque la ves de lejos. Toda se parece a la mamá y necesita muchos pares de medias para tener la pantorrilla numerosa.

Rosario quiere reir con los obreros y se lo impiden las involuntarias reflexiones: tiene delante la ciudad del dolor, Nerva andaluza y pavorosa, con los viejos acurrucados como animales perseguidos, apabiladas las mujeres, los

hombres sin libertad ni salud, los niños anémicos y desnudos, el ambiente sembrado de amenazas...

En la calle de Cicerón hay una muchedumbre que abre paso a la señorita con respeto; la recibe Echea en el portal de la casa, disponiéndose a subir, y la joven le pregunta afanosa.

—¿Cómo sigue Natalia?

—Cada vez peor.

—¿Qué dice Romero?

—La encuentra muy grave.

—¿Desde esta mañana?

—No; hace días.

—Entonces... no ha contribuído a su recaída el disgusto de hoy.

—No lo sé—balbuce Aurelio, pensativo y taciturno, y se atreve a mirar a su amiga en el agua mansa y profunda de los ojos.

La oración.

Han erguido la mesa presidencial en las gradas, sobre el ruedo, armando una tribuna.

Llena la plaza, agitado el público, el presidente explica el motivo de la Asamblea y exige una votación por secciones, en la zona, para atestiguar si todos los mineros están decididos al paro y desean mantenerle sosteniendo las peticiones denegadas por la Empresa el año anterior. Se nombran los encargados de recoger las papeletas en los cuatro distritos, y el acto finaliza ya, cuando la gente pide que ha-

ble Echea: se sabe que es un gran orador, que improvisa las oraciones y apasiona a las multitudes, pero le permiten lucir sus facultades muy pocas veces...

Hace dos años por el carril macabro y tortuoso de las minas llegaban clandestinamente unas hojas propagando la unión ferroviaria. Eran el primer vagido de la acción sindicalista, y los mineros, avariciosos de esperanza y libertad, mandaron sus adhesiones a la naciente obra, en cuyas oficinas admitió Aurelio Echea en un mes tres mil altas de los obreros andaluces. Así nació el Sindicato de Nerva, al cual fué preciso conceder vida propia y alimento especial. Entonces el escribiente de la Ferroviaria de Madrid, con una historia descollante en las luchas del socialismo, era elegido campeón en Dite. Supo reunir colaboradores valiosos en la cuenca, inspirar confianzas y entusiasmos y establecer los fundamentos de una sólida organización. Las persecuciones, las condenas en las cárceles de la provincia, las amenazas de que vivía rodeado, acrecieron sus prestigios y entorpecieron su labor, embrionaria todavía y de grandes aspiraciones. El sospechaba que los patronos les inducían a la huelga para llevarles al fracaso antes que pudiesen robustecer su incipiente organismo, y a pesar de los alardes misericordiosos; temía por él y sólo le exponía obligado por el imperio de las circunstancias, excediéndose en valor, acaso en temeridad. Tiranizado siempre con prohibiciones y negativas, casi nunca pudo levantar su voz conquistadora y dominante en los ejercicios de propaganda. Hoy mismo la Asamblea carece de autorización para que se pro-

nuncien díscursos, aunque es socialista el alcalde nervense, como una consecuencia vital del Sindicato.

Pero sigue aumentando la gritería; el público, impetuoso, casi violento, rebosante en la crecida anchura de la plaza, quiere que hable el campeón.

Y de pronto un silencio brusco, sensitivo, recibe las palabras tranquilas de aquel hombre excepcional que se levanta en la tribuna, obediente, un poco frío y automático, y manifiesta la necesidad de oponer a la tiranía del capitalismo inexorable, una fuerza constituída y legalizada que recabe para el proletariado el derecho a organizarse y defenderse.

—«Si en el trabajo, en el reposo, en la calle, en el hogar, en la escuela, en el templo, nos cohiben y nos imponen la esclavitud, obligándonos a aumentar la producción para enriquecerse más, a sufrir sus leyes, códigos y dogmas, a luchar, creer y morir a su antojo, ¿cómo han de prohibirnos con la defensa el indulto de la vida?»

Un hálito de fascinación detiene las contestaciones a esta pregunta vigorosa y serena.

Está cayendo la tarde; en las nubes calcinadas muere la luz; el viento se ha dormido y la sombra del Oriente es una brida oscura que va tirando del sol.

Echea dice que los capitalistas aborrecen a los conductores del pueblo, acusándoles de ser los únicos ambiciosos y revolucionarios, como si la masa, ignorante por lo general, hecha a la sumisión y a la rutina por atavismo, no necesitara destacar de sí propia a los hombres más cultiva-

dos y audaces para impelerla y dirigirla; como si individualmente pudieran conseguir los obreros más que la filantropía de los patronos: la limosna, que es una ofensa para el que trabaja.

—«Todos juntos—asegura—, guiados por los que vosotros mismos elevéis a la supremacía de directores, podemos *exigir*... y sólo de esta manera recibiremos...»

Se interrumpe un instante, algo indeciso, como si temiera continuar; la Guardia civil y los guardiñas, apostados en el redondel, escuchan pacientes; el delegado del Ayuntamiento sonríe; los aplausos y las excitaciones estimulan al orador, que más brioso, añade:

—«Otra sentencia patronal, muy cómoda, consiste en suponer que las revoluciones pueden y deben hacerse desde arriba. Es difícil no equivocar estos dos términos, *arriba* y *abajo*, y que no se conviertan en una ficción como en la cosmografía sucede. Pero, además, las verdaderas renovaciones políticas han de verificarse en la raíz, en las entrañas de los cuerpos sociales, y tienen que estar sazonadas por la angustia y la turbación de todo nacimiento.

«Hay quienes intentan—sin duda con piadosa voluntad—quitarle a la revolución una erre y transformarla en evolución. Esto es un cándido espejismo de conciencias vulgares que no sienten la grandeza y la hondura del Dolor, por medio del cual tiende a liberarse todo en la vida, desde los gérmenes más humildes y escondidos, hasta el hombre y más allá del hombre, infinitamente más allá... Al Progreso le sirven de motor las alteraciones sociales, le empujan y

robustecen como un tónico las mudanzas y aventuras. Se evoluciona revolucionando, porque no se puede crecer sin sufrir: en todo seno fecundo hay pulsaciones y dolencias y una paz definitiva sería triste, lo mismo que la de una mujer estéril...»

La palabra del campeón se iba caldeando. Oía él detrás de sí el murmullo complaciente de sus compañeros, y al tender la mirada por el auditorio, el imán de unas pupilas encantaba las suyas, sacudiéndole alucinado y efusivo. Estaba allí, en la barrera próxima, Rosario Garcillán, muy pálida, fatigadísima, acumulando en sus ojos la sombra del cárdeno anochecer.

—«No creemos tampoco en los milagros repentinos de una revolución, ni aun de las más renovadoras y violentas. Acaso las grandes aspiraciones, como la de la Libertad, trasmigran lo mismo que las almas y abandonan un elemento, por inútil y cansado, para encarnar en otro más virgen y potente. Así nosotros heredamos de la religiones caducas el eterno ideal de liberación, y le daremos fresca sangre arterial, vigor y juventud, hasta que gastemos nuestro impulso también, convertidos en envoltura miserable: surgirán entonces formas nuevas donde la aspiración evolucione, o se realice y engendre otras, siempre al través de injusticias y odios, a costa de siglos y pesares...»

Una ráfaga de incomprensión remueve al público. Aurelio percibe aquella inquietud, acude a las pupilas impenetrables de Rosario, cada vez más oscuras, y recoge los pensamientos sutiles en una afirmación categórica.

—«Pero a nosotros nos ha tocado vivir en días productivos. La Humanidad está de pie al borde cruento de la guerra, aguardando el fruto de la trágica simiente, y es un sofisma la paz del mundo, mientras la lividez de Europa nos anuncie los clamores del parto y no advenga la incorporación de la Libertad al orden económico: porque «los pueblos mueren para que nazca el pueblo».

Ahora la multitud, estremecida por la vehemencia de las frases, permanece atónita, ansiando nuevas predicciones felices, y Aurelio siente que le invade la pasión, que una maravillosa actividad fluye a su inteligencia y a sus labios, le incita a los atrevimientos y a las arrogancias, le provoca a la desenvoltura y a la altivez.

—«Nos ha tocado vivir—repite extendiendo los brazos con un gesto valiente de amplitud—en horas de epifanía y reparación. Bajo el arado siniestro de la guerra se abren los surcos de una sociedad niveladora y justa, purificada por el holocausto de los héroes que entraron en el reino del silencio hundiéndose en la tierra y en el mar. Esta conversión no ha de ser fija y rápida, nace sujeta a cambios y veleidades, a pugnas y caídas, según el ritmo de todo lo que vive; pero su necesidad se impone con tales urgencias, que ya no hay quien procure ignorarla o excluirla, y su bárbaro empellón refluye como una recia marejada sobre los arenales más apacibles.

»Por eso en nuestro país, alejado de los intentos invasores por virtud de las fronteras, se padece también el envite de aquellos oleajes: anuncios de él son las corrientes siste-

máticas de ciertas teorías. Está de moda el socialismo, literario y verbal: escritores, políticos, conferenciantes, no hallan postura más conveniente y útil que la de hacer suyo el tema y seguir con la pluma y con las voces el movimiento universal hacia la gran vindicación del proletariado; pero todo ello con mucha parsimonia, con reservas y egoísmos que a nadie mermen los absurdos privilegios; desentierran los preceptos de Cristo como una novedad, confesando paladinamente que los tenían en olvido absoluto... Es que no hay clase directora resignada con dejar de serlo, y cada una necesita para sí la fuerza indomable que amanece ensangrentada y misteriosa lo mismo que una segunda Redención.

»Tal sucede con el feminismo, otra energía saludable que los explotadores quieren adquirir. Negaron siempre sus derechos a la mujer, con un criterio musulmán, y de pronto la solicitan para bandera de sus maniobras societarias, le ofrecen la autonomía sin haberla educado ni prevenido: ¡la adulan como negociantes después de abandonarla como hermanos!

»Ninguna de estas apariencias tiene la eficacia de la sinceridad ni pasa de ser una nueva expresión de miedo, una codicia que añadir a las insaciables de los poderosos. De ellos no ha de venirnos el rescate, porque les conviene mantener la doctrina de la resignación sobre los modernos esclavos. Son los enemigos de todas las independencias que menoscaben la suya; los tetrarcas de Jerusalén; Anás y Caifás, los sumos sacerdotes, que al cabo de veinte si-

glos pactan con los burgueses de hoy, esta clase media lamentable, víctima de su propia cobardía, parodia triste de la aristocracia antes que aliada fraternal del pueblo: con ella tenemos a Pilatos redivivo también, para que a las huestes de la tiranía no les falte nunca la servidumbre de la inconsciencia y la vulgaridad...

»Nuestra esperanza está solo en algo que ruge y brilla detrás del horizonte: en el ejemplo y el auxilio de Rusia, la ignorada y secreta, que arde en el orto de la luz como un alba de resurrección...»

Los asambleístas se conmueven igual que un bosque de cañas temblorosas, los guardias se preocupan dudando si habrá motivo para ello, sin perder de vista al delegado municipal, que no protesta porque el orador no se refiere a los nordetanos, sino que habla de cosas atrevidas y bullentes, un poco oscuras en ciertos momentos para una parte del público.

—¡Cuidado!—le dice Estévez casi al oído, y Rosario le mira blanca de angustia, contando los minutos por el acelerado péndulo de su corazón.

Apenas se distingue la claridad de aquel rostro elocuente, ensombrecido por la noche, que ya luce su penacho de rubíes.

Los mineros, teñidos de bermellón, murmuradores, trepidantes, forman una masa densa y arisca. Bajan los astros por la curva del cielo con aire cauteloso, como si quisieran escuchar; el presidente desoye la advertencia de su amigo, y fogoso, desatado, se lanza a decir:

—«Todo lo justifica el éxito: ¡hay que vencer! Matar o robar miserablemente es un delito que se pena toda la vida; barrer con los cañones a la chusma, es una gloria; enriquecerse a expensas de la nación, es triunfar: sólo el fuerte merece vivir.»

—¡Aurelio, por Dios!

Esta súplica, viva y diáfana entre el bullicio de los aplausos, devuelve al orador la serenidad. Rosario está al borde de la mesa, valida del revuelo y de la penumbra; su aviso es como un dardo que va a clavarse en la acritud de un alma y la derrite, la funde en sentimiento y emoción.

Las autoridades se consultan en el redondel; hay en la plaza un desorden latente que se trasmite al aire: diríase que el espacio sombrío está lleno de un temblor de hojas. Y se contiene aquel trastorno, sumiso y encentado, cuando el promovedor se apodera otra vez de la palabra, la enciende, y la conduce como una antorcha por el circo.

—«Pero todo lo santifica el amor—pronuncia, glosando con ardimiento sus frases anteriores—; ¡hay que amar!... Sufrir oprobios y martirios en la vida y en la muerte por haber amado mucho, es una gloria; sacrificarse por amor es poner los labios en las aguas de la inmortalidad: ¡sólo el que ama es digno de vivir!...

»Nosotros condenamos el desconcierto y la pendencia, aborrecemos el exclusivismo y las demasías; por eso nos queremos levantar contra los déspotas: y únicamente por el bien común, impelidos por la necesidad, somos capaces de acudir a la fuerza como arma defensiva, y a la lucha por

instinto de conservación. Pedimos que el festín de la vida se reparta; que mientras unos tienen a su alcance todos los racimos de la felicidad, no queden otros laminados por la rueda de la fortuna: ¡pedimos Justicia y Amor!; que los privilegios no se hereden, que se conquisten; que los hijos de los hombres se eduquen por igual para que descuelle el que más valga y nos gobiernen los técnicos sin prejuicios de clases, cada uno desde su especialidad. Queremos que el trabajo sea de universal obligación, sin excepciones, y que los más postergados en él por sus aptitudes reciban el consuelo de una recompensa. Queremos, en fin, derribar el mundo viejo que se defiende en las trincheras del egoísmo y el odio, mancillado por la desesperación de miles de criaturas, y elevar un nuevo mundo con horizontes hospitalarios y cuartel para todos los ideales.

»¿Por qué ha de ser un sueño nuestro afán?

»España, descubridora de continentes, madre de naciones libres, es tierra bien propicia para las grandes inquietudes: ella es capaz de recoger la amaneciente luz que despunta como una promesa en el confín oriental de Europa...

»El amor puede salvarnos, y su ayuda nos ha de venir de los más inteligentes, de los más puros, de los más artistas, de los más felices, si oyen lo que Dios les diga en voz baja, si piensan que en el apogeo de la cultura lo más necesario es civilizar el corazón... si miran al través de la pantalla del infinito, si saben perdonar nuestras impaciencias, nuestros lamentos... ¡Porque la vida cruel nos duele mucho y hasta el cobre se queja en estas montañas dolorosas!...»

La voz orante cobra una sublime intensidad, conmovida, intrépida, bajo los soplos del cielo, clarividente en la sagrada inspiración. Y aún se remonta, se sobrepone a sí misma para continuar:

—«Aunque nuestros hermanos elegidos nos negasen el amor aquí, todavía no desesperéis, compañeros. Estamos en días de tránsitos y revelaciones; ahora mismo las antenas radiotelegráficas reciben señales misteriosas que no obedecen a motivos humanos; se entreabre la historia sombría de los mundos; alguien nos dice que toda la ciencia de los hombres no es más que un presentimiento. Y no está Dios tan lejano que no responda al grito de nuestra pesadumbre: ved cómo inclina hacia nosotros el torbellino de sus brasas. No tardaremos en recibir nuevos mensajes de su invencible magnitud... ¡Esos murmurios que repercuten hoy en las torres vigías del planeta, pueden ser las voces de otras humanidades que nos llaman desde un lucero!...»

Había terminado la oración. Un zumbido largo y sonoro empujó las frentes a la altura por las cumbres de los espíritus y las águilas. Pero nadie supo leer en el libro profundo de los cielos, y la multitud se dispersó enmudecida, abrumada por las estrellas.

El coloquio.

Un hombrecillo bien portado, inquieto, arrogante de actitud, se movía en la plaza con mucha desazón durante el discurso, cerca de otro alto y fornido, de más humilde categoría a juzgar por el aspecto, y que también mostraba

señales de protesta y ansiedad. Eran Jacobo Pmip y su lugarteniente Isidro Zabala, un español taimado y servil, ascendido a guardián, secretario y representante del famoso converso: le llamaban en las minas el *traidor* y le aborrecían mucho más que a los jefes nordetanos, pues mucho más que ellos se hacía temer, valido de su influencia con los superiores, impuesto en el mando y el abuso por largos servicios de espionaje y delación que desempeñaba con suma habilidad.

Al disolverse la Asamblea se detuvieron los dos con Leonardo Erecnis, que salía del circo muy caviloso, el sombrero en la mano, errante la marcha y los ojos en el suelo.

—¿Qué escándalo, eh?—le dijo Pmip, levantando la voz con cierta valentía—. ¡Bien se conoce que este alcalde pertenece al gremio!

—¡Ha sido vergonzoso!—añadió Zabala con la misma indignación.

Y quedóse Erecnis mirándoles distraído como si no les oyera; pasó el pañuelo por la frente sudorosa, y aludió conturbado:

—¡Una oración magnífica! A ese mozo le resplandece en el semblante la llama del genio: ¡estoy conmovido!

—¡Literatura, incoherencias!—opuso don Jacobo, mordaz—; ¡es usted muy sensible!

Y de repente se distrajo con la presencia de unas muchachas, Casilda Rubio y su amiga Carmen, aquella bailadora gentil de la romería de la Cruz. Tiene el rostro brillante y

picaresco, los ojos bizantinos, llenos de un alma peligrosa, como ha observado José Luis: es en la actualidad la presa que más codicia don Jacobo.

Se aparta él de sus amigos y la detiene para decirle:

—¿Cómo no has ido por allí?

—No quiere mi madre.

—¿Pues no has estado sirviendo hasta hace poco en Vista Hermosa?

—Pero usted es soltero.

—¿Y qué?

—Tiene mala fama—concluye entre risueña y tímida.

—Otras tan buenas como tú me han servido: pago bien.

—No me dejan...

—¡Sois unas infelices! — pronuncia el catequista con saña—. Estáis mejor que entre caballeros con esos hombres soeces que os tratan mal y después os abandonan... ¡como a ésta el suyo!—Y se vuelve hacia Casilda, otro botín que no consigue.

Ella baja la frente muy turbada, deseosa de esconder la confusión de sus pensamientos y las huellas de una noche inolvidable. Pero al cabo murmura:

—Nadie me ha abandonado.

—¿Y el anarquista bisojo?

—No sé quién dice.

—¡Vamos, aquel marinero!

—Le teníamos de posada y se marchó con su mujer.

—¡Buena moza!—se le escapa al ingeniero cazador.

—¿La conoce usted?

En los ojos rubios de Casilda, levantados y tristes, se despierta violento el amor.

—¡Estás celosa!—asegura sonriente Pmip, gozándose en el padecimiento de la joven, y con astucia añade:—No la conozco; pero debe ser muy guapa cuando te ha dejado por ella.

Se despide; la gente, al pasar, les mira sollispada y fisgona, y a don Jacobo le conviene el disimulo: es el arma de su blasón.

—Hablaré con tu madre—le dice a Carmela. Y ya a distancia, con el acento más airoso, les exhorta:

—No olvidéis que los días festivos hay en Dite explicación de doctrina, por la tarde...

Erecnis y Zabala están discutiendo al campeón.

—Pues sí, me gustaría hablar con él—repite el químico.

—De cerca le parecería a usted un pobre hombre, sin importancia ninguna.

—Habrá que saber a qué cosa llaman ustedes importancia... ¿no podría yo verle esta misma noche?

—Si aquí don Jacobo lo intenta...

—No hay inconveniente—responde el aludido acercándose otra vez. Y con ufanía prosigue:—Yo tengo amigos en todas partes, y el Sindicato no es tan fiero como le pintan sus progenitores.

—¡Si le encuentro muy razonable!

—A ratos... ¿Usted sabe lo que pretende?

—Lo supongo...

—Ya saldrá usted de dudas si estos individuos nos reciben.

Se encaminan a la calle de Cicerón, tropezando con chiquillos revoltosos, mujeres sentadas en las aceras, concilios de obreros impacientes: la ciudad desbordada, convulsa, siente el desbarajuste de los comentarios y las pasiones. El alumbrado eléctrico, servido por una empresa particular, muy deficiente y escaso, deja lagunas de sombra en las plazas y en los callizos.

Sigue circulando la noticia de que *chinea* el terreno en el gran silo de la explotación, y aquellos hombres pintados por la herrumbre del mineral, agitados por la zozobra al través de las calles, se crecen, más siniestros y más rojos al evocar los alaridos metálicos...

Cruzan entre los grupos las dos amigas, arrobadas en sus confidencias.

—¡Y le quieres a pesar de todo!—compadece Carmen.

—Sí—responde Casilda amargamente, y una lumbre inextinguible le quema la mirada.

—Pues yo en tu caso le aborrecería.

—Le aborrezco también.

—¡Es imposible!

—Te digo la verdad: le quiero como una loca y le mataría de buena gana.

—¡Mejor la matarías a ella!—alude Carmen sonriente, sin dar valor a semejantes propósitos de exterminio. Y luego, intrigada, acuciosa, pregunta:

—¿Pero él te hizo promesas?

—Con las palabras, no.

—¿Entonces?

—Con los ojos, con otras señales, mostró que yo le gustaba... ¡y si esa mujer no hubiese venido!

—Puede volverse a marchar.

—¡Es invencible!—murmura la celosa, clavando las pupilas en el espacio insondable. Se envenena allí con la oculta flor de un pensamiento dañoso y se estremece como si oyera el grito de un astro que se apaga.

—¿Qué haces?

—Nada... ¡temblar!

Carmela asocia sus curiosidades y se atreve a decir:

—Y «aquello» de anoche, ¿qué fué?

—¡No me lo preguntes!—suplica la enamorada con una angustia poderosa, sin disimular su infortunio.

—¡Te perdiste en los canchales con Pedro Abril!

—¡Calla!... ¡Tuvo la culpa esa mujer!

—¿Ella?

—Desde que la vi se me nublaron los sentidos: extravié la razón... En «la entrada del romero» no sé lo que hice... ¡y después tampoco!... *ellos* estaban en mi casa juntos, queriéndose... ¡yo me tenía que vengar!

—¡Pero te vengaste contra ti!

—¡Porque me embrujaron!—asegura Casilda con el acento estremecido. Y añora en la aridez de su alma:—¡Si hubiera Dios...!

—Sí que le hay.

—Eso dice mi madre... pero es mentira.

—Le hay... ¿No has ido nunca a la iglesia?

—Muy pocas veces.

—Pues allí está, entre unos sahumerios que aletargan, y la sonatina de un piano—refiere Carmen con sensualismo infantil, ignorante y silvestre—; un cura habla por Él; se viste unas enaguas de puntilla planchadas con almidón, un escapulario grandísimo bordado de flores... Vas allá; le dices lo que te sucede, se santigua, te perdona... y te quedas como antes.

—¡Como antes no...! Además, para todo eso hace falta saber latín—arguye Casilda, salvaje y medrosa—. Yo no necesito que Dios me perdone—susurra luego bárbaramente—, sino que me ayude.

—Todo ha de remediarse, criatura: te casarás con Pedro, que es más guapo que el otro, y serás muy feliz.

—No le puedo querer... no le quiero engañar...

—Después de lo ocurrido...—insinúa Carmen.

Pero su compañera se detiene, huraña, en la sombría libertad de la noche, hipnóticas las pupilas, turbias y fatales:

—¡Mientras me dure este dolor no haré más que aborrecer y sufrir!

Quedaron sus palabras oscurecidas por el murmullo torvo de la ciudad. Y sonaron muy cerca los primoreos de una guitarra, los matices de una copla, con el pérsico hechizo, misterioso y lejano, como una supervivencia del desierto.

Casilda Rubio sintió llenarse el vaso doliente de su corazón y rompió a llorar...

VIII

EN PRISIONES

SE sobrepone Carmela al contagio de aquella pesadumbre, mientras la copla se extingue en la calentura del aire. *Rebelión.*

—Con un hombre o con otro ¿qué más da?... ¡No te aflijas así!

—¿Tú no has querido nunca?—solloza Casilda sin levantar la cabeza, tragándose las lágrimas. Y la niña, muy razonadora en sus diez y siete años, responde:

—Nosotras sólo podemos escoger entre los que nos buscan; de ésos todos me parecen iguales; grasientos de las máquinas o colorados de las minas; son brutos y soeces, como ha dicho don Jacobo.

La inconsolable alzó la frente, sorprendida.

—¡Pero no hay más!

—¿Que no?

—A ver, ¿quiénes?—No comprendía un hombre posible para ella sin el aroma terrenal de los veneros; a su parecer, el filón oculto de la montaña era el único origen de la vida y las pasiones, como los egipcios creyeron que todas las criaturas surgían animadas en los fangos del Nilo.

Carmen se echó a reir:—¿Quiénes?—repitió —. Los demás.

—¿Los señores?

—¡Vaya!... cuando ellos nos eligieran...

—Entonces, ¿te venderías?

—No: me dejaría querer con delicadeza y con gracia.

—¿Por don Jacobo?—pregunta Casilda atónita, casi olvidando su pena.

—¡Quiá!... es viejo.

—¡Ay! ya sé: te gusta el señorito de Madrid.

—Me gustan los hombres limpios y elegantes que dicen cosas bonitas.

—¿Y ése te las ha dicho?

—Algunas veces... muy pocas... sólo me habla si le encuentro por casualidad.—La inquieta voz se entristece velada y contenida; luego, más dura, añade con un fatalismo doloroso en aquella boca dulce y juvenil:—Pero tienes tú razón, somos para los mineros: nos necesitan cuando salen de las cuevas y de las balsas, cuando vuelven de la boca del horno, o hechos pedazos en un *tren especial*... lo mismo que mi padre...

Anduvieron más de prisa como si la fuerza de aquellas trágicas razones les acelerase los pasos. Iban silenciosas; cada una memoraba el duelo que mayor influencia tuvo en su hogar: el hermano hundido en el almadén, el padre alcanzado por los dientes de un motor... Se habían detenido engolfadas en el dédalo de las calles para seguir hablando, y rescataban ahora el tiempo.

Casilda bajó del Monte con su hermana, a quien era imposible reducir en la quietud lejos de Nerva. Juró que su herida no tenía gravedad ninguna y le sirvieron de apoyo las obligaciones maternales para volver a su casa, con el brazo inútil, adolecida y febril. Su primer cuidado fué visitar en la cárcel al marido, sonreirle sin que él desarrugase el ceño, llevarle la comida con mucha solicitud, cubiertos los vendajes por el mantón para no despertar la conciencia del valiente. Con los propios desvelos olvidó las cuitas de su hermana, ignorando hasta qué punto era infeliz, y ella en medio de su tortura siente un alivio al esquivar los ojos acusadores de su padre, la ausencia de Gabriel, la vecindad peligrosa de Pedro Abril: quiere aturdirse, hablar, correr, abrir su pobre corazón que rezuma el brebaje frío y amargo de la realidad.

Carmela trata de corresponder a la confianza de su amiga; aunque es algo más joven que ella, es menos impetuosa, más prudente. Bajo su aspecto niño y juguetón esconde un carácter maduro en reflexiones, templado por la melancolía del presentimiento; sabe lo que le espera en la vida y se resiste a aceptarlo, retrocede al borde mismo de lo in-

evitable, punzada por la tentación de vencer al destino; enamorada de la finura y de la pulcritud, sólo transige con los mineros en los bailes y en las romerías, cuando están lavados y vestidos de fiesta; y antes que bregar en la población sucia y miserable, prefiere servir en Vista Hermosa entre los jardines y el orgullo de los extranjeros. Tiene la muchacha un hermano mayor que ya gana jornal, otros dos chiquitines, la madre acobardada y mortecina desde la muerte bárbara del marido; y el sueldo de Carmela sería un regalo apetitoso para la viuda si la presencia y los brazos de su hija no le fuesen aún más bienhechores; no se decide a dejarla marchar, y menos cerca de un señor malfamado y zaíno, odioso en la comarca, ni se atreve a expresarle a él una resuelta negativa; al mismo tiempo le duele el disgusto con que la moza vive. Ella que puede escoger colocación en el Parque nordetano, ya no quiere soportar el estorbo de Pmip: así esta noche le contestó certera y determinada para que la deje disponer de sí misma.

Y todos sus conatos de independencia, sus instintos de rebelión contra la suerte, se levantan enérgicos en esta hora confidencial; las amarguras de su amiga la escarmientan y la invaden con entrañada inquietud; los recuerdos atroces que juntas invocaron, las doctrinas del discurso que acaban de oir, le hierven en el agitado corazón, y como un eco de sus ansiedades, murmura también:

—¡Hay que ser fuerte, más fuerte que los demás!

No sabe a quién alude, habla indócil, imbuída por el descontento que se agazapa en la sombra de la ciudad como

un ladrón: las palabras hostiles y adustas adquieren en sus labios virginales una infinita acidez.

Y Casilda Rubio se contradice de pronto, defiende sus lágrimas con un acendrado suspiro:

—Lo primero hay que amar... ¿no ves que sin eso no se puede vivir?

—¿No dijiste que sólo podías aborrecer?

—Sí: ¡porque estoy enamorada!

Se miran con un gesto de asombro, pálidas y nerviosas. Han llegado al callejón oscuro donde vive Hortensia, próximo al Centro Obrero, y se apoyan mutuamente al entrar en él, hablando sin tino, como si anduviesen a tientas por el suelo y por las almas.

La visita.

A la entrada del salón destartalado, preguntó don Jacobo a Estévez, sonriendo:

—¿Nos queréis recibir?... Mi amigo el señor Erecnis deseaba saludaros.

—Pasen ustedes... Tú no, Zabala.

—¿Por qué?

Santiago le clavó su mirar recto y puro y empujándole fríamente cerró la puerta. Se oyeron un instante en el portal las maldiciones y los pasos del hombrón, y cinco minutos después habla Echea con los extranjeros en el cuartito que sirve de consultorio a un extremo de la sala.

Mesa rústica, taburetes de tomiza, un estante para el botiquín, decoran el gabinete, abierto al patio, alumbrado por

una bombilla con hilos de carbón; la esencia de las drogas se confunde con la hedentina de las cloacas; el aire es denso y fatigoso.

Estévez asiste a la visita procurando que Pmip no la encuentre muy violenta, porque Aurelio apenas le hace caso, limitándose a satisfacer la curiosidad del ingeniero químico, y éste, muy amable, respetuosamente, le dice:

—Me perdonará que le distraiga, pero acabo de oir su discurso y le confieso que me ha sorprendido de un modo inexplicable; me interesa mucho de repente la obra que usted preside, y si no lo juzga un atrevimiento le agradeceré que me aclare lo que se propone el Sindicato.

Don Jacobo sonríe todavía, aparentando una indulgencia displicente para el empeño de su amigo y un benévolo desdén hacia cuanto allí se ventile.

Aurelio había mirado a Erecnis con las pupilas claras y orgullosas, dudando de su sinceridad; estaba cansado, impaciente, preocupadísimo, pero el semblante de aquel hombre le atraía. Se pasó la mano por la frente amplia y abierta, como para recoger la memoria, y con acento decidido repuso:

—Este Sindicato especial, que responde a las necesidades extraordinarias de la región, pretende muchas cosas; trataré de resumirlas en pocas palabras: mantener en constante libertad los derechos de asociación, reunión y pensamiento; expulsar a la Casa Rehtron de los Juzgados y Municipios que explota en detrimento de los intereses proletarios; abolir a los contratistas en las faenas para evitar abusos into-

lerables; hacer compatibles las jornadas con las energías físicas, y los salarios con las obligaciones de cada hogar; resistirse al servicio médico, las escuelas, los economatos y cuantas instituciones quiera mantener la Compañía para multiplicar sus ventajas en perjuicio de los obreros; revisar el contrato de las minas de 1872, y declararle ilegal, porque ataca a lo preceptuado en los Códigos vigentes; inventariar la propiedad territorial de la Empresa, y desposeerla de los bienes mal adquiridos; extender este procedimiento a toda su riqueza española, en contraste con la contribución que rinde al Estado, y a la producción que exporta, comparándola con los derechos de Aduanas devengados en la misma época; investigar los criminales acontecimientos del 88 y tratar de conseguir que se imponga una sanción penal a los culpables y cómplices de aquella matanza; revisionar los perjuicios ocasionados por «los humos», y exigir las indemnizaciones legales; reclamar que se instruya sumaria con motivo de los daños por hundimientos, y que se prohiba la explotación en los sitios peligrosos...

Tienen traza de no acabarse nunca los proyectos del Sindicato... Experimenta Pmip una sorda ira, mientras su amigo atiende y reflexiona sacudido por veloces y ardientes pensamientos, y Echea continúa imperturbable:

—Declarar ruinosa la villa de Dite y hacer que los demoledores busquen a los Municipios terrenos para construir otro pueblo en la zona, donde pueda organizarse una comunidad de ciudadanos que disfruten los beneficios del progreso; preparar la conciencia de los trabajadores por

medio de la educación científica y práctica para que merezcan la posesión de las minas, convirtiéndose de obreros en propietarios, a la vez directores y dirigidos, en la plenitud del trabajo y el usufructo...

Jacobo Pmip no podía más; en sus ojos de acero fulgían las miradas agudas como venablos. Iba a levantarse con brusca resolución, y súbitamente metió la mano en un bolsillo... sacó una pitillera y ofreció tabaco a los tres hombres: había dominado la imperiosa vibración de sus nervios. Estévez, liando un cigarrillo, le decía a socapa, medio en broma, captador y amistoso:

—Muy bien: la condescendencia es virtud de las almas superiores—indicándole así que había sorprendido su movimiento de protesta y de furia.

Entretanto el presidente repetía al químico:

—Nada más.

Hubo un instante de silencio poblado por los rumores de la oficina.

—¿Cree usted posible conseguir todo eso?—preguntó Erecnis, atenta la mirada, cautiva la atención con extraordinario interés.

—Posible, sí.

—¿Y justo?

—¡Ah, justísimo!

—Pero... difícil, ¿verdad?—insinuó Pmip irónico, algo alterada la voz. Echea, sin mirarle, seguro y opaco, aseveró:

—¡Muy difícil!

—Tiene usted que luchar—dijo el yanqui, tensa el alma

frente a la enorme desigualdad de aquella lucha—con el formidable poder de una empresa multimillonaria, prestigiosa en varias naciones, dueña aquí mismo de todo un litoral en la más importante región minera y de la validez de los políticos a quienes subvenciona... según dicen ustedes...

A todo respondía el presidente que sí, nublado el rostro, enigmática la fulgaración de las pupilas, y después, con la frase cálida y el ademán recogido, expresó:

—Yo sólo tengo que oponer a esa fuerza y a esos intereses, el derecho de unos miles de obreros, representantes de muchas generaciones de esclavos, que bajan hasta el último suelo del mundo para para alumbrar el cobre, allí donde el calor espantoso tritura la roca y hierve el vitriolo encima de la carne: donde reinan el aliento trágico de lo desconocido y la voz titánica de la pólvora... Viven estos hombres desecados por la oscuridad, ebrios de tristeza; cada esfuerzo suyo abre una herida en la armazón del globo; y se hunden los caminos debajo de sus pies, el abismo se hiende, crujen las peñas y se desploman sobre lo socavado: ¡los mineros se quedan solos con la muerte y la noche!... ¿no le parece a usted justo que sean suyas las minas?

—Sí—pronuncia Erecnis conmovido, empapada la voz en un entrañable aroma de piedad.

Aurelio se vuelve entonces hacia Pmip, a quien no ha dirigido la palabra, y suavemente le pregunta:

—¿Y a usted?

—Sí—responde el ingeniero tras una corta vacilación.

Está pálido; en su mirada fría y sagaz se enciende una chispa de inquietud.

—Pues estos *dueños legítimos* de las minas—subraya Echea con apacible seguridad- son los que en la fábrica de ácidos, en la hoguera de las fundiciones, en el portillo de los hornos, laboran entre el silbido de las llamas, bajo una lluvia de cenizas candentes, amenazados de asfixia y envenenamiento, corroidos por los gases y las temperaturas; son los que maniobran en el curso vertiginoso de los trenes, los que destrípan el monte en las cortas a cielo abierto, perseguidos por una muerte dolorosa y terrible... ¿Les parece que tienen derecho al beneficio de la explotación?

—¡Sí!—vuelve a contestar Erecnis con pronta y rotunda firmeza. Y don Jacobo le dice a su amigo, esquivando la palabra al campeón:

—Un derecho moral sin ninguna eficacia...; el pretender que la tenga es una locura.

—¡Sublime!

—Y estéril.

—Llena de razón—arguye Santiago, calmoso, entre bocanadas de humo.

Aurelio recoge aquellas alusiones.

—Pero estamos en tiempos de auroras—exclama, presintiendo una brisa de libertad en la frente—, la vida va perder su sabor crudo y amargo; va a imperar la Justicia sobre las criaturas de Dios.

—¡Es usted un poeta!—sonríe el químico que de pronto siente huir la realidad de cuanto oye.

—¡Un fanático!—murmura Pmip con disimulo.

Llamaban a la puerta: era el doctor en busca de un cordial.

—¿Para quién?—pregunta Aurelio alarmado.

—Aquí, Vicente Rubio, que anda un poquitillo flojo.

En el umbral queda el viejo, anhelante, con los ojos empañecidos: una noche de vigilia cruel, unas horas de vergüenza y tribulación le han envuelto en un tembloroso crepúsculo. No parece el mismo; sus espaldas, curvas de tanto subir al monte, soportan mal la nueva pesadumbre: inclina la cabeza como si le abrumase la ceniza de los cabellos.

Don Jacobo le mira de través y Santiago se levanta solícito para atenderle:

—¿Qué es eso, hombre?

—El corazón que se me sale de su sitio.

Se lleva la mano al pecho y exprime su amargura en una punzadora sonrisa: Ya no sirvo para nada, ¡ni para vengarme!

—¿Pero hay motivo?

—¿Qué si le hay?... Todo el pueblo conoce mi deshonra.

Retrocedieron al salón y hablan en una esquina, muy callando.

—¿Estás seguro?

—¡Vaya!... El mozo se gloría para desquitarse de los desdenes antiguos.

—¿Y no cumplirá?

—Lo dudo.

—Yo creo que sí: no te desanimes. ¿Hablaste con la chiquilla?

—No pude... bastante confiesa huyendo y llorando.

—¿Ella quiere a ese hombre?—averigua Estévez casi en un soliloquio, sin comprender aquel enigma.

Y el padre, asombrado, contesta:

—¿No ha de quererle?—Luego, con una voz susurrante y oscura, concluye—. ¡Yo mismo los ví juntos y solos por los muñones de la roca!... Volvían hacia casa... ¡ya era tarde!...

El maestro recuerda hasta qué punto está Casilda enamorada de otro, y concibe la desesperación de la moza, perdida en los azares de un despecho insensato.—¡Es el castigo!—piensa sin atreverse a decírselo al padre, y él suplica angustioso:

—¡Ayúdame!... Tú sabes de palabras y razones: yo sólo valgo para sufrir... ¡si me viviera el hijo!...

En sus pupilas germinaron lágrimas, temblorosa la triste carne del anciano; y enternecido el maestro con aquella vejez y aquel dolor, promete intervenir en el arriesgado asunto.

Ya está dispuesta la medicina. El señor Pmip entretiene un poco al médico, y mientras tanto, Erecnis le pregunta a Echea por la matanza del 88, aludida en las pretensiones regeneradoras del Sindicato. ¿No habrá algo de fantasía en la evocación?... Porque ahora el químico está viendo un alucinado en el presidente, un orador que se eleva y se desmanda por los campos imaginativos, fuera de la lógica.

Como si él adivinase estas fluctuaciones, le mira firme y acerbo y se ensombrece para contestar:

—Sí, señor: fué un crimen inicuo que ha quedado impune. Ni usted ni yo estábamos aquí; pero aquel suceso horrible mantiene vivo el rencor en muchos corazones y es el motivo más fuerte y perdurable de venganza contra la Empresa.

—¿Cómo pudo suceder?

—Como la cosa más fácil y natural del mundo. Mineros y aldeanos se unieron en la plaza mayor de Dite, protestando contra los perjuicios de «los humos» en manifestación numerosa y pacífica después de muchas reclamaciones, que tenían a la Compañía cansada, y deseosa de hacer un escarmiento. Las autoridades, aliadas, naturalmente, con los patronos, habían traído desde Sevilla fuerzas del ejército, como van a traerlas ahora, y sin más preámbulos ni incidentes, una compañía en masa hizo fuego sobre los grupos... El parte oficial de aquel atentado declaró treinta muertos y algunas docenas de heridos: el testimonio público elevó la cifra a quinientas bajas, y de ellas se asegura que más de cien cadáveres se calcinaron entre los escombros del mineral...

Vicente Rubio apura ya la confortante bebida, el médico se vuelve a sus ocupaciones, Pmip aguarda de pie y escucha con aire indiferente las últimas palabras del campeón: su actitud es de aburrimiento y transigencia, sazonados con un poquito de burla. Acude Estévez a su lado cuando el químico se levanta y se despide, comprendiendo que pro-

longa mucho su visita. Y alude Echea, a guisa de comentario, en alta voz:

—El que empezó a medrar entonces fué Isidro Zabala, que de ruín espolique ascendió a persona importante... y ahí le tiene usted convertido en capitalista.

Don Jacobo no se inmuta; habla con Estévez y sonríe. Erecnis, confuso, desolado, prorrumpe:

—Este personal director no puede hacerse responsable de lo que sucedió hace treinta años.

—Pero la Casa Rehtron es la misma, aunque varíen los los nombres de sus jefes...

Atraviesan el salón para salir.

—¿Mañana a estas horas puede usted esperarme?—insinúa el químico recatándose un poco.

—Con mucho gusto...

Antes de abrir la puerta oyen cómo trina en el portal una risa caliente de mujer.

El anillo negro.

Se habían dado cita para hablar a solas un rato, lo mismo que dos novios, después de la Asamblea.

El no se cansa de mirar a Aurora, de sentir la taumaturgia de su voz como un halago indefinible que le subyuga y le enciende; ella, junto a Gabriel, olvida lo pasado, dormidos en la memoria los recuerdos tristes al calentar su corazón en la lumbre de la confianza. Le parece que ha vivido muchos días allí, que es amiga de la gente y sabe sus angustias y sus propósitos; hay una intuición milagrosa en

su entendimiento, y el amado le habla de aquellas intimidades obreristas sin que la muchacha se asombre de ninguna terrible novedad: es como si de antemano conociese todos los sufrimientos del mundo.

Pero quiere arrancar a Gabriel de las garras de tantos dolores.

—He venido para darte alegría—le advierte—; es necesario que seamos felices: hay que vencer al destino.

—¿Con la fuerza o con el amor?—pregunta el mozo, sugestionado también por el discurso de Aurelio.

—¡Por el amor!—ríe Aurora, loca de juventud, y el muchacho siente cabalgar sus deseos en la música de aquella risa, pretende gozar todo el hechizo de aquel rostro dorado por el sol, que en la penumbra del portal sólo descubre lo blancura de los dientes y la llama de las pupilas. Ebrio de ambiciones, sueña de pronto con galopar otra vez en su barco sobre la furia de las olas, y emanciparse con la mujer amada por los anchos caminos de la mar, fuera del cerco de los montes y de los cubiles de la industria. Le mortifica la sensación de las montañas rodeando la cuenca en un hoyo implacable; padece el dominio de las cumbres que se extienden sin abrirse por detrás de las colinas, una y otra como si no hubiera de acabarse nunca: puerto Rubio, puerto del Mármol; serranía de Andévalo, de Aracena; de Umbría de Hinojales, de Tudía; del Gandul; picos de Aroche... siguen hocinos, resbaladeros, somos, torrentes... y la llanura del mar, ¡qué lejana!... Gabriel recuerda su viaje lento y martirizado por las marismas y los alcores; su tra-

monto a los pliegues bárbaros del culm hasta *la última tierra;* su bajada, por fin, desde la inmensa cristalización, por los requemones de hierro al orco de las minas, y aquí el yugo de un trabajo brutal en los hogares, en las cavernas, preso en el círculo metálico como a los grilletes de un calabozo.

Esta rápida visión de su esclavitud le trae aparejado el recuerdo de otra coyunda mansa y apetecible, que le consuela de pronto. Saca del bolsillo un objeto menudo, envuelto en un papel, y a la puerta, recogiendo la escasa luz de la calle, ofrece a los ojos ávidos de Aurora un anillo.

—Es para tí—pronuncia. Ella le pone en la palma de su mano, contemplándole con mucha curiosidad.

—¡Negro!—balbuce sobresaltada.

—¿No te gusta?

—Sí, sí; ¿de qué es?

—De *vulcanita;* los mineros no gastan otros para los esponsales: se labran aquí mismo y son baratos.

—¡Ah... ¿es el de la boda?

—¡Ya ves qué pobre!—lamenta Gabriel, tratando de colocárselo en el dedo.

—¿No se romperá?—dice la muchacha con un dulce conato de resistencia.

—No; es muy fuerte. Se compone de caucho endurecido, goma y azufre; la mezcla sirve para cojinetes de las máquinas y apoyos de los instrumentos: de las raspaduras hacemos estos anillos.

—¡Parece de cristal!

—Por dentro lleva grabadas tus iniciales y las mías como las «alianzas» de los ricos.

Aurora se le deja poner, disimulando una invencible preocupación: su mano tiembla y el novio se la acaricia, trémulo a su vez.

—¿Cuándo?—insinúa la joven, entregándose de nuevo a su felicidad, con las pupilas ansiosas y risueñas.

—¡Cuanto antes!—exclama él, que tiene en sus labios larvas de besos al hablar y sonreir. Todo su temperamento caliente y sensitivo vibra atravesado de vehemencia y pasión al influjo de aquella mujer, que es la suya, su gota de eterna esperanza vertida en la fuente de la humanidad.

—Hay que pedir los papeles a Traspeña—dice con repentina inquietud.

Juzga difícil ahora la adquisición de unos documentos que no existen acaso, porque su nacimiento y el de Aurora pueden no constar en libro alguno, católico o civil, y sufre con el perjuicio de una existencia clandestina que se prolonga en ellos como una maldición. Está pensando vagamente en alguien que tenga desde muy lejos la culpa de aquel daño... pero no sabe quién. Y vuelve a sentir la presión de unos grillos en su vida, el cerco de las montañas en torno a su libertad: un cíngulo duro y pávido que le oprime el corazón.

—¡Como este anillo!—murmura de repente viendo en la mano de Aurora el aro negro lucir.

No percibe ella la íntima exclamación. Ha oído un nombre que le sugiere la imagen de una tierra verde y hermosa

nacida de la mar, y evoca la frescura lueñe de sus caminos y sus bosques, mientras Gabriel, torturado por la misma obsesión, ve los perfiles de los cerros andaluces empujados por las tinieblas alrededor del valle; son los carceleros de su mocedad; tiene que derribarlos con el picachón, golpe a golpe, como cayeron en la corta otras recias alturas, o tiene que abrirse una salida por los minados, si ha de huir con su amor a recobrar una playa y un bajel.

—¡Qué locura! —prorrumpe echándose a reir para calmar el desvarío de sus pensamientos.

Aurora no extraña aquella exaltación; la vive y la disfruta riendo también, sin motivo, dejándole a su novio la mano donde el dedo cordial luce el anillo de *vulcanita*, negro y duro como la argolla de un galeote. Hablan de la Nena mirándose a los ojos; hablan de Rosario y José Luis que desde el *Hardy* parecen unidos a la suerte de Gabriel con un lazo misterioso de fatalidad... La memoria del barco y de su desastre, influye siempre en el marinero como un aviso de predestinación. Le llama la tierra: el mar no quiere destruirle ni mantenerle y le posa en la orilla una y otra vez con inapelable designio... El rebelde sube la mirada al cielo puro y cobijador donde ahora centellea el corazón de los astros, imagina recibir un aliento generoso y se vuelve hacia su compañera con enternecido ademán.

Sigue ella ponderando a *la señorita*, como en la comarca nombran a Rosario; no acaba de elogiar su dulzura inimitable, sus virtudes, su sencillez; diríase que la trata hace mucho tiempo y en muchas pruebas.

—¡Me parece tan raro encontrarla aquí!—murmura.

—Pero, ¿la conocías?

—No, no... El caso es que no sé cómo le hablé de tú, sin darme cuenta de su rango, y le confié la historia de nuestras vidas, de nuestro cariño...

—Hiciste bien.

—No le ha extrañado mi confianza, ni mi viaje, ni nuestra situación; todo lo comprende y lo perdona: yo la miro como a una criatura sobrenatural.

—¡Yo, en el barco, la tuve por una aparición!

Cuanto se refiere a Rosarito y a su hermano cobra un singular interés para los novios, y de los motivos de aquella gratitud surte la hebra de otro recuerdo que gravita en una pausa.

—¿Y esa mujer del Monte...?—dice Aurora, algo inquieta.

—¿Casilda Rubio?

—Sí

—¿Te preocupa?

—Porque es desgraciada...

—¡No tanto!... Se cuenta que desde anoche está comprometida con un antiguo pretendiente...

—La he visto hoy aquí... ¿y tú?

—Yo, no.

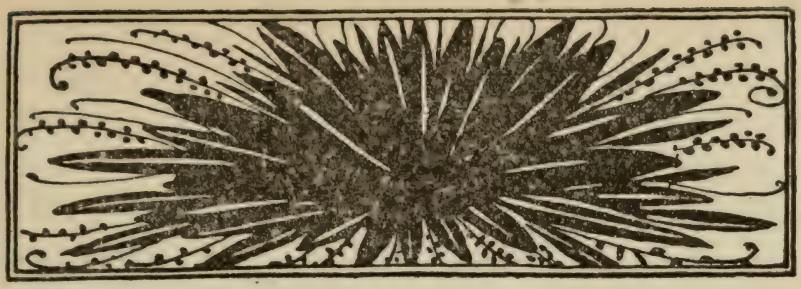
Habla el muchacho sin disimulo ni vanidad. Aurora con un poco de amargura, no quiere que su amor duela a nadie, pero se deja convencer de que es Casilda una moza violenta y sin freno, con más antojos que pasiones, que ha buscado un desquite para su desilusión. Queda tranquila, y

cuando ya va a separarse de Gabriel para subir a su nuevo refugio, es cuando se siente más extenuada de cansancio y de felicidad.

Se despiden gozosos. En las oficinas se oyen pasos: cuando se abre la puerta, Aurora ha desaparecido.

Erecnis y Pmip salen del Centro silenciosos. Gabriel se queda apoyado en el quicio del portal. Escuchaba los rumores con el pecho desbordante de ternuras, ansioso de oir, aún, la voz idolatrada y de continuar viviendo y amando bajo el hechizo de la noche estival. Y extendió sus codicias por las nubes; vió erguirse entre las constelaciones el candelabro de los siete brazos; vió cuajada de luz la inmensidad.

Suspiró; todo allí arriba era hermoso y libre; por la anchura azul volaba una estrella como un pájaro de fuego...



IX

LOS HADICES INFERNALES

Vísperas.

HAN pasado tres días más. En el Centro Obrero se activan los preparativos con vertiginosa constancia, velando por turno cada noche los miembros de la Junta y auxiliados por los socios capaces de intervenir en la organización. El presidente se acuesta, vestido, algunas horas, sobre el mismo lecho donde agoniza su mujer, vigilando aquel dolor y dispuesto a que lo llamen a todas las consultas imprevistas del trabajo. Un ambiente de angustia y de inquietud invade el domicilio sindical: sólo las gorjas de las niñas le conceden una gracia prometedora y risueña.

Debía el paro verificarse el seis de julio, según lo acor-

dado públicamente. Unos impresos que circulan por los municipios de la zona lo confirman así, y los patronos, lo mismo qne las autoridades, han caído en la añagaza, porque en realidad la huelga está prevenida para la tarde del dos.

Miles de manifiestos se han repartido en España y enviado al extranjero, pidiendo el apoyo y recabando la atención de las agrupaciones obreristas de Europa. Y hoy mismo hay que extender por la cuenca muchos cientos de circulares con todas las instrucciones concernientes al acto del día dos. Estas últimas hojas volanderas que se amontonan en el Centro, son coloradas, rotundas, y dicen que el paro comenzará mañana a las seis de la tarde cuando el personal termine una parte de la faena. A las doce de la noche todo el formidable movimiento de las minas habrá cesado en absoluto: se recomienda a los obreros el orden y la sumisión a las disposiciones legales sobre el particular.

La Junta Directiva, convertida a la vez en Comisión de huelga con delegados en todos los departamentos, ha enviado ya los oficios pertinentes al Gobernador civil, y se propone que la disciplina y la moderación aumenten la solemnidad extraordinaria del acontecimiento.

Ahora es preciso que los papeles rojos se difundan por las secciones con cautela, y las mujeres discurren colocarlos en el fondo de las serillas del almuerzo.

Lleva Aurora las provisiones de Gabriel con las de Enrique Salmerón, porque la madre de éste continúa viviendo en la casa del Sindicato, y ambos mozos trabajan hace dos días en la fundición Bessemer, sin previa solicitud de tras-

lado, como un castigo que alcanza a Félix Garcés y al mismo Vicente Rubio, los cuatro mineros de la Junta. Un despido sería improcedente, y Pmip necesitaba, por espíritu de justicia, corregir los desmanes de estos obreros; no tuvo en cuenta, sin duda, que Enrique estaba aún peor en la fábrica de ácido sulfúrico, castigado hacía meses por su rebeldía contra un capataz; ni se acordó el ingeniero polizonte de que la fundición excluye de su recinto a los viejos: hacen falta allí energías muy viriles, sangre y músculos poderosos que crujen como el granito en los tajos... y se desploman también como aquellos aludes de la montaña.

Va Aurora con Obdulia, que lleva la comida a su hermano, buscando así la ocasión de introducir más número de hojas en las fábricas. Han llegado a la tierra bermeja en las cercanías de la industria, entre los granzones del mineral y el avenamiento rojo de las aguas. Es mediodía; está la hora delirante de sol: la luz resbala, cruel, por el lomo negro de los vacies y se condensa hirviente en la llanura.

Cada día más agarbada y mimbreña, Aurora marcha fina y ágil, impaciente como si la empujaran sus pensamientos. A su lado, Obdulia Garcés, camina silenciosa, con aquel aire suyo, retraído y solemne, que la aisla tanto de las otras jóvenes. Ha nacido en Rosal de la Frontera, en el límite de Portugal, y vino con sus hermanos a Dite hace algún tiempo, atraídos los mozos por la vorágine de las minas, deslumbrados por la hoguera del valle de Lucifer. Pero la muchacha vive ausente del vértigo industrial, continúa con el alma puesta en su terruño tranquilo y montuoso, regado por

el Chanza a la sombra de los picos de Aroche, y se siente más forastera que su vecina en el llano abrasador.

Cerca de su destino les da alcance otra mujer, Casilda Rubio, que lleva la misma dirección, igual cenacho con un fondo semejante de papeles violentos: se ha detenido en las oficinas para guardar las hojas, y las conduce con orgullo, demostrando que también ella es persona influyente en los secretos organizadores. Quiere ver la cara a su rival y la mira de soslayo, con los ojos ariscos bajo los párpados calenturientos.

Aurora se sorprende, con un gesto involuntario de disgusto; en seguida sonríe y le pregunta por la madre, recordándola con gratitud. Tiene una repentina visión de su llegada al Monte, rendida y febril, de su desmayo, de aquel sueño rarísimo, tan semejante a la muerte, que la sirvió para olvidar y renacer. Y percibe todavía en su cuerpo tundido, en su ánima inquieta, la ternura inolvidable de Marta, el roce de sus manos temblorosas, el remedio eficaz de su compasión.

—La iré a ver—promete.

Responde Casilda muy huraña, pero sin alejarse: el odio y la admiración la detienen y la subyugan. Encuentra hoy más interesante a la mujer aborrecida, más honda y pura su misteriosa voz, más intensa la luz, como una chispa sagrada, en los ojos verdes. Y la sigue, ajustándose a su paso, sintiendo un goce enfermizo en envidiarla. El cuerpo de Aurora, labrado por la maternidad y el dolor, se afina juvenil; y la gracia lene de su boca al hablar, la esencia de

dulzura que la envuelve y la nimba, producen en la desdeñada una fascinación morbosa, irresistible.

Pone Obdulia unas frases tranquilas en el encuentro, y enmudecen después; les aturde ya la brama del trabajo, les ciegan las turbonadas de humo: suben los peldaños de la fundería, y denonadas, vagarosas, se deslizan en el sombrío paraje.

Todo aparece en ebullición bajo el tinglado enorme y siniestro: hornos, convertidores, calderas, escorias y sangrías, arden y rugen, flamígeros y estruendosos. Las recobas de acero sobre los depósitos y canales de la mata, se alabean rusientes junto a las piqueras donde pujan los fundidores; se hacen ascua los rodos; las torres y los humeros, apestosos, ignívomos, devuelven los gases y el hollín encima de los operarios; los líquidos encesos bajan al reposador desde los hogares, como cascadas plutónicas, y vuelven a salir transportados por grúas a los crisoles, en cuyos labios fulguran llamas grises con rayas azules, blancas, deslumbradoras, con líneas verdes; chispas, estrellas y glóbulos de metal: la punta de cada lumbre tiene un lenguaje de fuego y el poema del mineral candente se acentúa con detonaciones bárbaras y proyección de materias encendidas. Las techumbres ruginosas, el piso accidentado, trepidan con el rimbombe insufrible de la maquinaria eléctrica, como deben rechinar los goznes del Infierno. Y los hombres, allí, medio desnudos, rustridos, llenos de polvo y de sudor, parecen modelados con el légamo de todas las cenizas humanas.

Ha tocado la sirena del mediodía, aguda y firme, en aquel estridente desvarío; es la tregua para el almuerzo en las doce horas de jornada; pero algunos operarios no pueden alejarse de su obligación y necesitan comer allí mismo, donde la atmósfera es irrespirable a causa de las emanaciones del ácido sulfuroso.

Van saliendo los que disponen de aquella libertad, detrás de las mujeres, que, por señas, les han llamado, apareciéndose furtivas a la entrada de cada taller.

Forman ellas un buen ramillete, de jóvenes en su mayoría, y se les permite un tránsito fugaz por los departamentos industriales, cuando necesitan llegar hasta la boca de los hornos para que los trabajores se alimenten.

Así le ocurre hoy a Casilda; su padre no puede salir; está empujando la sangría en los moldes con el varetón, sin que se cuaje la mata, y la niña cruza al lado de las toberas como una ráfaga deliciosa, pasa junto al averno de los crisoles, bajo la nube de los tragantes, y se aparece sofocada y trémula al borde rojo de las molderías.

Algunos operarios la quisieron detener para advertirle el peligro de su carrera, pero les miró sin verlos; huía de Gabriel y de Aurora que estaban juntos a la orilla de la fábrica disponiéndose a almorzar.

Y cuando Vicente Rubio sintió en el hombro la mano de su hija y la tuvo delante sin esperarla, presa de un desasosiego incomprensible, padeció en medio de las lumbres palpitantes un frío duro y hondo, como si tuviera los huesos de mármol: con la angustia de su impotencia veía de repente

en el rostro querido señales de la deshonra y la desesperación, ansias de pedirle ayuda y sostén.

Dió un grito oculto en los rumores insensatos, se le nubló la vista y cayó al suelo arrastrando a la moza que le quiso amparar: el espetón ardiendo y rodando le chamuscó las faldas a Casilda.

Unos compañeros, gesticulantes y presurosos, cargaron a Vicente y le sacaron al andén exterior, donde almorzaban los demás a la sombra escasa de la pared.

Se oyeron allí los sollozos de la niña, ahogados antes por el resuello de las máquinas, y las blasfemias de los trabaja dores, sorprendidos por el derrumbamiento de aquella vida: las mujeres hacían coro a los ayes y todos pretendían reanimar el cuerpo inerte del anciano.

—Está desvanecido—decían—. ¡Está muerto!—clamaban.

Algunos pretendieron incitar en él la respiración artificial de los asfixiados. Era inútil: al vencido se le extendían unas livideces azules por las sienes, se le afilaba la nariz; en la boca le asomaba una espuma sangrienta, y en los ojos grises, imantados hacia el sol, le gravitaba perenne la luz, como una claridad de lo absoluto.

Dos capataces habían llegado y daban órdenes para conducir la víctima al hospital.

—¿Por qué?... ¡Al sequero!...—increpó una voz amarga.

—Sí; ¡al hoyo!—dijo otra con áspera censura.

Y Félix Garcés murmuró acerbamente:

El reglamento de la Fundición prohibe a los ancianos trabajar aquí.

—¡Esto ha sido una venganza!—exclamó alguien.

—¡Un crimen!

—¡Le han matado!

—Estaba enfermo—repuso un capataz sin ganas de reñir.

—¡Mucho peor!

Crecían las protestas y se desentonaban cada vez más, cuando llegó un volquete de hierro, caldeado aún por los escombros, conducido por una locomotora silbante, ya dispuesta a exigir la via para su galope fúnebre.

—Ese carro está ardiendo—criticó Garcés.

Un jefe electricista que se había presentado murmuró impasible:

—El muerto no ha de sentir el calor.

—Pero yo le quiero acompañar—dijo Gabriel, que inmutadísimo, no se apartaba del cadáver.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, señor.

—¡Yo también!—pronunció Casilda con un celo turbio, ronca y desatinada.

—En caso de muerte segura, no es preciso—declaró el capataz.

Y se produce un disturbio peligroso. Los denuestos rebotan en las fauces abrasadas de estos hombres escandecidos, cubiertos de barro, guijarreños y tristes.

—¡Le quiero acompañar!—insistió Gabriel. Las mujeres se empeñan en que la hija vaya con su padre, y la misma Aurora comprende que debe ser así, aunque esté por medio su amor.

Acude entonces Leonardo Erecnis, que hace días ronda con aire penitente los lugares de más trabajo y peligro en el Departamento Mecánico. Se le ve a pleno sol cruzar las vías, abandonando su laboratorio, y acercarse a las balsas y canaleos de la cementación; visitar las distintas secciones de las fábricas; detenerse al calibo de los hornos, inclinado sobre el ara inmensa de los hogares como los obreros más infelices: sale de los talleres, tostado y denegrido, con el ánimo en tortura, dolorosa la mirada, y sube con la misma inquietud por el borde de los vacies, campo de los muertos en la matanza del 83... Cien veces contempla el monstruoso escorial que se nutre de cosas sin vida lo mismo que los cuervos; le consulta y le mide extraviadamente, al lado de los cubilotes que desangran allí a todas horas el escombro encendido... En el regreso a Vista Hermosa va mirando, desde el tren, como una novedad, toda la desolada turbación de los caminos encarnados, y después, en las tertulias apacibles del Parque, refiere sus nuevas impresiones con ardorosa palabra y descubre la perplejidad de su conciencia con tal brío, que don Martín le tacha de lunático y don Jacobo se le ríe condescendiente y burlón. Pero el químico no se preocupa mucho de aquellos señores; él trata de ahondar en sus descubrimientos sobre el problema tenebroso del derecho humano, que pocos días antes le importaba de un modo muy vago y relativo. Se abandona a la compasión del prójimo, en la duda de si ello es una virtud o es un deber, y se pone a mirar la vida de una manera profunda y religiosa, sin egoísmos ni prevenciones: así todo le pa-

rece cámbiado a medida que él se renueva y se desconoce...

En este momento, Erecnis, enterado de lo que ocurre, procura evitar el conflicto que estalla en el muelle de embarque, a la orilla de un extraño convoy.

Pronto consigue que el humeante volquete sea sustituído por una batea, en cuyo fondo manda poner una tira de rázago. Aquella inusitada blandura conmueve a los obreros, y mucho más la inmediata concesión de que la hija y el amigo acompañen al difunto.

—¡Mujeres en estos lances... nunca se ha visto!—rezonga por lo bajo un capataz, mientras el propio jefe ayuda a la muchacha a subir, le desliza en las manos varias monedas y se descubre con emoción cuando embarcan el cadáver. Le reconoce: este era aquel viejo a quien vió medicinarse en el consultorio sindical la noche del discurso.

—Sí; andaba malcayente hace unos días—confiesa Enrique Salmerón.

Y ya nadie murmura: los hombres torvos y roblizos, cubiertos de letame y de sudor, se han amansado en pocos minutos, solo con la presencia de otro hombre bondadoso, con sus palabras complacientes, con una sabia manera de mirar y sonreir.

Ha empezado a sonar el estampido de la pólvora con los barrenos del mediodía: el valle recibe la sacudida lejana de los montes, como si temblara, remoto, el corazón de la tierra.

Casilda se derrite de ansiedad y de amor, en tanto que su padre se endurece y se enfría, allí a sus piés, devorado por la hora tremenda y obscura.

Con el vestido quemado, arrebatada la púrpura de las mejillas, la boca ardiente y sensual, está la joven hecha una brasa: es la musa de la fundición. Los ojos rubios no encuentran lágrimas ahora y atienden áridos, siniestros, fijos en Gabriel.

El muchacho se despide de Aurora con una intensa mirada, y ella permanece inmóvil como si viviera un tiempo vacío: todo a su alrededor huye y se nubla cuando el mozo sube al lado de Casilda; la máquina abre con estridente silbido su lúgubre reclamación, y rueda el coche de la muerte bajo el fulgor meridiano, en un tumulto de clamores y de velocidad.

Silo de metal.

Hablando en íntima conversación después de la primera entrevista, prometió Erecnis reunirse esta noche con su nuevo amigo para bajar a la contramina juntos.

No le había hurgado antes aquel propósito que hoy se convertía en imperiosa necesidad. Y advirtióle Aurelio el peligro de realizarle a medias, si fiaba en los guías que sólo conducen a los visitantes por las zonas más asequibles.

—¿Usted conoce bien aquello?—preguntó el químico.

—Lo anduve con disfraz repetidas veces, al abrigo de mis camaradas, y tengo el plano de todas las galerías, pero no me comprometo a librarme de ellas quedándome allí solo.

—¿Dispone usted de un práctico de confianza?

—De muchos.

—Yo procuro el permiso del tránsito si usted quiere volver a disfrazarse y bajar conmigo de noche: no conviene que le reconozcan.

Echea reflexionó, temiendo perjudicarse en aquellas circunstancias; pero le seducía el entusiasmo del jefe convertido en explorador sentimental del drama obrero, y acordaron ir, llevando consigo a Gabriel Suárez.

Llega Erecnis a la cita, muy puntual, ardido como un enamorado que por la novia corre una aventura. Hay mucho riesgo para sus intereses materiales, si en la Compañía le suponen cómplice de los sindicalistas; pero se encuentra en un estado de excitación y de curiosidad que no admite razones contra su deseo: quiere poner los ojos y las manos en todo el suplicio que le circunda, y saturarse de este ajeno dolor que le ronda, acusatorio, desde que ha sabido sentirle.

Sus compañeros acuden también con exactitud a las inmediaciones de la bocamina señalada, en el cerro de la Sombra Negra; visten unos trajes rotos, llenos de brasil, y se calan el mustio sombrero cordobés: tienen cierto aire de sabrosa conjura. Uno de ellos habla quedamente, muy apesarado:

—He venido en nombre de Echea, porque se le está muriendo la mujer.

El químico reconoce a Santiago Estévez.

—¡Ah! — murmura —, soy inoportuno: usted necesita acompañar a su pobre amigo: bajaremos otra noche.

—No podrá ser... por ahora—y casi al oído le confiesa el maestro:—Mañana habrá parado la Mina.

—¿Mañana? ¿No era el día seis?

—Oficialmente: usted no ha de delatarnos.

—¡Nunca!—afirma Erecnis con rotunda expresión de juramento—. Pero ¿ya están ustedes prevenidos?

—En lo que cabe...

Iban andando entre los garitones con alguna cautela, para no hacerse muy visibles, decididos a bajar antes que el pueble de las diez congestionara el tubo.

Una de las estaciones eléctricas de alta tensión, establecida allí, resonaba potente, uniendo su zumbido al de las perforadoras de sistemas variados: las había, entre muchas, con las barrenas de acero provistas de corona de brillantes. El vaivén, la rotación, el movimiento de émbolos y cilindros, los choques, los martillazos, las inyecciones de agua y de aire, toda la presión motriz ensañada contra la roca, dentro y fuera del monte, ejercía su extraordinario influjo: más allá de la Mesa de los Pinos, sobre otras colinas, las llamas del valle de Lucifer pintaban el horizonte de contornos sangrientos.

Erecnis se admiraba, pensando que desde el salón miserable de Nerva, unos hombres pobrísimos y voluntariosos harían enmudecer a las pocas horas aquel fuerte clamor, apagando de un soplo justiciero las hogueras y los bramidos en la orgullosa cuenca industrial: un derecho sagrado asistía, sin duda, a quienes les era permitido a un tiempo la miseria y el poder. Y caminaba el jefe entre los dos mozos,

mirándoles con disimulada superstición, como a criaturas misteriosas y desconocidas.

En la caseta próxima le tenían preparado un ligero impermeable, que vistió quitándose la americana, un sombrero de cuero duro, y tres lámparas de llama desnuda, que aún no necesitaron encender: a este servicio excepcional se añadían los hachones reservados para las visitas ilustres. El ingeniero químico, director de un gran laboratorio y de una fábrica, era una personalidad eminente en la Empresa, y su deseo de conocer la contramina, sólo podía encontra satisfacciones.

Se dirigieron después a la boca del pozo *Berta*, uno de los más importantes, con mil metros de profundidad. Previas las llamadas de timbres y las demoras y señales convenidas, entraron en el ascensor ancho y hondo, con departamentos para elevar nueve o diez vagones cargados.

Estaba la noche luminosa y azul, presintiendo la nueva lunación, y Erecnis puso los ojos con leve angustia en la alta paz de los cielos, antes de hundirse en las entrañas de la tierra.

Un foco alumbra cerca del brocal, y la jaula desciende, primero, teñida de suave resplandor, enseñando medrosamente las aberturas de los pisos y las grietas de los muros por donde corre el agua verdosa y crecida, con frescura y rumor de macareo. Las máquinas *ciclones*, las paleras, los malacates y las grúas, el silbido de las locomotoras, trepidan y ensordecen lo mismo que en los valles.

Se va cegando la bajada en lo invisible, con la sensación

espantosa del vacío. Ya están encendidas las tres lámparas; los tres hombres continúan rodando en la oscuridad impalpable de aquella noche sin fondo. Treinta y seis pisos tiene la mina: se dirigen al centro de ella y desembarcan sobre el número 19, en un tenebroso anchurón.

—¿Pero no llega aquí el fluido eléctrico?—pregunta Erecnis, que hasta posar el pie en la tierra no ha pronunciado una palabra.

Gabriel Suárez, parco en ellas por lo general, responde:

—Llega, y se aplica a las máquinas furiosamente: ¿no lo oye usted?

—Sí; ¿y al alumbrado, por qué no?

—Porque los riesgos de la faena serían tan patentes, que nos impedirían trabajar. Esta luz—añade irónico levantando el candil—es más cómoda: sólo nos permite ver el sitio donde necesitamos clavar la piqueta.

Avanzan por una galería de dirección, entibada con travesaños de almed, abierta a los buzones, calderas y tornos de laboreo, surcada de doble vía, con nichos de refugio y cunetas para el desagüe. Marchan ligeros; el piso es llano, con una leve inclinación; el ambiente frío, saturado de tinieblas, oloroso a la creosota de las portadas: por encima y por debajo del túnel resuenan las agogias y los trenes, cruzan las fallas y los caminos, se desangran las venas del cobre; a los lados, muchas bocas tétricas vomitan aludes de mineral; muchos hombres rojos cuelgan en racimos de las jaulas.

Los visitantes buscan una traviesa en declive, se dejan

resbalar por los tramos alejándose un poco del fragor maquinal, y respiran un aire sordo y opaco, sienten un aumento de calor, hasta que, de súbito, viene otra racha de frescura a levantarse en el vuelo de la sombra. Los rumores se extienden lejanos, perdidos; se entra en un aislamiento creciente y hondo.

—Inclínense a la derecha—advierte el minero—, vamos por una trompa y al otro lado no hay pared.

Perciben instintivamente el hueco del foso, y se repliegan con precaución, sin que las candilejas alumbren más allá de sí mismas. Cuando bajan unos minutos más, avisa Gabriel:

—Aquí están las grutas.

Hace pasar a sus compañeros bajo un arco natural, y prende una antorcha en el vestíbulo de varias cámaras extrañísimas, imponderables, una red de cavernas unidas por sinuosas comunicaciones, con escaleras de metal, paredes de mármol azul, colgaduras de estalactitas que dan la sensación del raso y del *crepé;* las hay verdes, blancas, de color de rosa: a veces se unen con las estalacmitas y forman columnas del maravilloso cristal, cuando no dibujan estatuas y monstruos, anillos y flores. El suelo, teñido de escarlata, aparece salpicado con la rotura de estos adornos y las hojas de estos ramilletes: las gotas de agua, sin dejar de caer, reponen los fragmentos y los cubren de perenne rocío, convirtiéndolos en joyas de diamantes. Las altas bóvedas, tachonadas de piedras y colores, lucen prismas y gemas resplandecientes; el aire es delgado, fresco, vibrato-

rio; los sonidos repercuten en él, se doblan y repiten con armonías incansables; las fuentes, como el eco, saltando de uno a otro nivel, adquieren música y percusión, y al hundirse en repentinos sorbos de la tierra producen remolinos y espumas.

Está el yanqui asombrado; sus compañeros conocían mucho las famosas cámaras donde la casa Rehtron suele recibir en la contramina a los visitantes distinguidos; pero Estévez se impresiona cada vez más en su contemplación. Imagina que en el techo hay escritas palabras misteriosas, que los tapices del trabertino se mueven con blandura y flexibilidad, y la roca bajo estos relumbros y estos iris tiembla con palpitaciones carnales, llena de gérmenes que han hecho quizás un largo camino a través del espacio, polvo cósmico sembrador de la vida, encallado por el tiempo en las raíces de la montaña.

Todo supervive y se engrandece ante el filósofo en estas grutas, sonoras como el templo y la selva, mientras el químico las examina con la admiración del sabio, y estudia los nódulos y soportes, en las paredes y sumidades, la acción corrosiva de las aguas, las ramificaciones de cada mineral influyente.

Aquí no hay fósiles orgánicos: esta roca, inclasificable por su antigüedad, trasfunde la substancia primitiva del mundo y alumbra la gracia y los matices de todas las pavesas y todos los colores. Como en un portentoso muestrario, duras, firmes, volcánicas, están aquí las piedras más distintas: de luna, de sol, de chispa, de cruz, de rayo, de

toque, de sangre, de águila; piedra loca, piedra sensible, de las amazonas, del engaño, de lumbre, de lidia, de cirzón... Las hay ondulosas y brillantes como los ojos de los tigres; talladas, con radios luminosos; pulidas, con reflejos metálicos; sedeñas, con lustre adamantino; translúcidas, tornasoles, prismáticas; vestidas con tintes verdegay, verdemar, carmesí, blanco de perla, rojo de aurora, azul de labanda, amarillo de oro, de limón, de azufre, de miel... Tienen algunas en su fondo interior un núcleo movible, otras en las caras lisas de un poder reflector de la luz, y adquieren todas, en la artificiosa claridad, aspectos y expresiones que desmiente la denominación clásica del siluriano: *tierra sin vida.*

Erecnis las persigue levantando el brasero por sí mismo a las fisuras de los muros, a los boceles y los modillones, bajándole a los estribos y las hondonadas, encendiendo las resinas con insistencia detrás de cada temblor y de cada inquietud. Y encuentra en todas partes grupos amorosos de cenizas y átomos que se trasforman en corundos, espinelas, hematites, ónices, turmalinas... Siente la facisnación de la roca azotada de vidrios preciosos, y piensa vagamente en los geniecillos subterráneos, un pueblo sebrenatural que guarde las alhajas del monte y disfrute su hermosura: acaso los telquinos griegos sobreviven a la tradición; tal vez los gnomos, señores de la tierra, continúan habitando en el gneis, la patria del rubí.

Gabriel Suárez rehuye, en lo posible, el deslumbramiento de aquel tesoro, un salón de recibo estupendo como la Empresa: no puede olvidar que el horror de las minas se sobre-

pone siempre a sus encantos. Recuerda las de Cantabria, menos crueles en su yugo que éstas donde el utilitarismo extraño coloniza a un pueblo español hasta el sagrario de la conciencia: religión, patriotismo y libertad son tres valores que hipotecan los amos aquí, aparte de las vidas y los almadenes.

Ve el minero cómo se acibara su destino desde la primera senda roja que siguió desechado por el mar: era blanda, entre árboles y arrullos de la brisa, cerca de las olas, bajo un cielo benigno... Sonríe amargamente. —¡Era dura—se dice—, pero esta lo es mucho más!...

En su comparación, que ya se ha repetido varias veces, imagina la rebusca de Aurora por aquellos algares del zinc, y se espanta de que la hubiese intentado igual por los manaderos del cobre nordetano...

—La Naturaleza se mueve en una elaboración lentísima de miles de centurias—musita el químico trasoñado y atónito.

– Como la Humanidad—añade el maestro—y por el sufrimiento y el amor.

—Sí; nada hay inerte en la roca ni en la carne: todo puja enamorado en las almas y en el cristal.

Las palabras rebotan sobre la dureza del granito, ensanchando la ardorosa simiente redentorista, que se esparce en los ecos y rueda a las honduras: se extinguen los haces del último hachón.

—Por aquí—dice Gabriel, guiando bajo las tres lágrimas de luz que parpadean en los candiles.

Y se retuercen por unos descensos atormentados y calurosos, muy por debajo de las galerías donde resuena el ferrocarril. Ya en estas contorsiones, difíciles y hondas, no circulan ni siquiera los trineos y las cajas provistas de patines; el trasporte del mineral se hace a mano, a costillas, en barcales y cubos, por hombres o por niños: es el trágico *paseo de la tierra* hasta los contrapozos y los coladeros.

Todavía existen en atarjeas y blindajes muchos vestigios de la explotación fenicia y la romana; pero no se oye el estridor inquieto de la maquinaria moderna: sólo algún torno primitivo, los zaques arcaicos y las poleas elementales, pueden servir de ayuda al trabajo manual en la estrechez angustiosa de estos agujeros. Aquí es siempre el hombre el que tunde la roca, hirviendo sobre las caldas, clavando su aguja en las arterias de la mina, escuchando hoy como ayer, desde su calabozo, el plañido de los siglos; ¡la siembra redentora no arraiga todavía en la oscuridad de los criaderos!...

Desde una lumbrera muy lejana, llega el aire encendido bramando en la sombra como en el alcribis de un horno; los trabajadores le temen porque les dificulta la respiración y no les deja oir los ayes del metal, seña piadosa cuando el exceso de calor recubre de vitriolo el entrepiso y la superficie de los pilares, originando la caída de grandes costras, las horrendas «tapas de ataud».

Los tajos de arranque se multiplican ahora con el recobro del filón, que se había perdido en una zona estéril, debajo de las grutas. Y atinan los expedicionarios por aque-

llos desvíos penosamente, sintiendo ya el influjo de las aguas colgadas, que gotean fuego como en el lugar de la lluvia maldita.

Delante marcha Gabriel y se detiene a menudo con los operarios: maderistas y zafreros, niños barcaleadores, que trabajan desnudos y resuellan, a veces, con un gemido bestial. Cuando reconocen al ingeniero, no todas las miradas, ni aun las frases, tienen una expresión muy tranquilizadora, y él pregunta con sigilo a Estévez:

—¿Es verdad que entre los mineros abundan los presidiarios?

El maestro sonríe dudoso y triste. —Por si no abundaran, esta Compañía les somete a la dactilografía, tratándoles, por anticipado, como a plebe de trena y rebelión; ya sirven aquí humillados por la desconfianza, bajo el estigma de una sospecha deshonrosa... y luego, me parece que esta oscuridad no predispone al bien.

—¡No!—afirma Erecnis, casi a ciegas en la ardura de los hoyos.

Hace media hora que se deslizan, como acróbatas, por los saltos atroces de la excavación, percibiendo de una manera turbia y opoca la densidad magnífica de los cristales. Están los muros llenos de ojos que traslucen el arcano de los génesis, y afloran los colores su melodía en la penumbra, con un soplo de misterio estremecedor: junto al folicular negro de la mica explaya el cuarzo sus vidrios piramidales, el cobre sus piedras alborescentes, el hierro sus menas rubias; por los diques del jaspe y el pedernal, mete el pórfido

sus venas de intrusión; en toda la esquivez de los cados y los avances se vislumbran rehilos del ópalo noble, de la malaquita azul, del cobalto gris; las piritas, las margas y galenas, entreabren sus tonos y sus mantos, palpitantes con el sordo movimiento de la vida, y tan intensa es la multitud de criaturas en el silo de metal, que a cada golpe de la punterola responde el eco de un alma...

El hijo de la tierra.

Se quedó muy distante la hendedura por donde bramaba el viento y ardía: ya todos los murmullos pertenecen a esta muchedumbre de existencias inferiores que se incrustan en las pizarras con eterno espíritu de amor, y que entrevistas en las tinieblas producen una indescriptible ansiedad. A los débiles ruídos se imponen otros más fuertes y sensibles: el compás adusto de las herramientas percute incesante, mezclado a un hilo de palabras que se ovillan en el hueco de las tumbas.

Es que Gabriel conduce a la visita por el filo de los cortes donde los barreneros se esfuerzan con la maza y el barrón, alobunados, vestidos solo de arcilla, poniendo sobre cada empuje unas exclamaciones obstinadas y duras, que a veces no dicen más que un lamento, y que a menudo forman un nombre de mujer, la rima de un cantar.

—¿Qué voz resuena ahí abajo?—consulta Erecnis, cuidadoso.

El minero repone, acerbamente:

—Es «el quejido», el acompañamiento musical de la faena.

Están encima del filón, y los clamores salvajes se suceden hondos, convulsos; recuerdan los trenos de Jeremías y los hadices de Mahoma: son como una resonancia épica de los coros infernales.

Leonardo Erecnis, estuoso, cansadísimo, abrumado el corazón, sufre unos remordimientos devoradores mientras le empuja por las rampas y las calderillas una insólita curiosidad, un deseo loco de romper, desde allí, el muro que e separa de la muerte, de llegar al confín de otras humanidades, atravesando el espesor de la tierra hasta volver a encontrar el cielo. Teme sentir el roce de las alas de Lucifer en en la negrura del camino, y cruzarse con la pálida sombra de Alighieri, querellosa y dolorida, pidiéndole cuenta de la condenación de los mineros: jadea y pugna descolgándose detrás de Gabriel por las escalas de los tornos, por los tiros verticales, donde apenas hay cabida para un hombre.

El muchacho le quiere rendir; le conduce por la ceguera de los hurtos más peligrosos; por los tablones colgados en el vacío; le asoma a la profundidad amasada con las tinieblas, y después le hunde en el espanto de la noche absoluta, llevándole hasta las hojas olvidadas del mundo.

—¡Ya basta!—le ha dicho Santiago repetidas veces. Casi no le puede seguir: nunca llegó a tales honduras en sus averiguaciones por la contramina, y se le acaban las fuerzas y el valor.

Pero Gabriel se hace el desentendido. Continúa delantero, resoluto, ágil como un reptil, norteando siempre hacia

la sima por donde él mismo quiere a menudo barrenar los infiernos para salir al mar...

Cuanto más lejos quedan los ventiladores, más trasciende, con el gas pernicioso de los ácidos, una hedionda fermentación de podredumbre humana: las heces de miles de hombres abandonados en aquellas cijas sin ninguna previsión higiénica.

Habla Erecnis con Santiago de este nuevo peligro.

—Sí—lamenta el maestro, muy enterado del asunto, aprovechándole para detenerse un poco—nuestro compañero don Alejandro pronuncia y escribe muchas conferencias sobre esta grave falta de policía industrial, y sabemos todos aquí lo que es la «anemia específica de los mineros».

—¿El mal del túnel?

—Y la clorosis del Nilo; viene a ser igual. Una especie parasitaria del hombre: un gusano que se aloja en el intestino y causa la muerte por consunción.

—También le dicen «mal de los negros»—murmura Gabriel parándose a escuchar. Y añade con hurañía—: Habrá quedado el mote desde la última esclavitud... y todavía sirve para los blancos.

Ratas enormes galopan entre las inmundicias sín asustarse de la gente. El minero alude:

—Aunque están ciegas, si no colgamos el almuerzo bien alto nos dejan en ayunas.

—Pero ¿coméis aquí?—interroga consternado el químico.

—Sí, señor; no conviene perder el tiempo en subir y bajar.

Pesa en las palabras del muchacho un tinte de censura,

con más encono según crece la visión pavorosa de la mina: hay algo de insensatez y de rencor en su propósito de que el jefe conozca allí el riesgo de todos los martirios, sin perdonarle una molestia ni una lástima.

Aún le inclina por un rompimiento brusco y angosto, cincuenta metros en declive para caer en una araña inextricable, sobre la yacente del filón.

El aire, negro, adquiere una espesura angustiadora, como si herventara en un volcán; despide la mofeta más intensos miasmas; el agua fuerte moja los hastiales, deslizando su malicia por la negrura del manganeso, entre la hojosidad de los gneis: aquí el abismo defiende su tesoro con encarnizado furor.

Gabriel pronuncia, torvo y sonriente:

—¡No podemos ir más allá!

Y se muestra insensible al cansancio, con frenético orgullo, aunque lleva sobre sí la jornada violenta de la fundición.

Sus dos compañeros, anhelantes, sin respiro, sienten el destrozo de la carne y de la conciencia, y permanecen mudos, bebiendo la sombra, locos de sed.

En la entalladura de las cañas vecinas resuenan voces hoscas y potentes, como aullidos de lobos; unas luces de acetileno penden colgadas del granito, igual que los candiles de barro en las cavernas primitivas: no alumbran más que el nervio de la masa donde las herramientas hieren. Y esgrimido como un látigo a cada empujón de la escuta, un nombre se repite con frenesí en las olas de las tinieblas.

—¡Casilda!... ¡Casilda!... ¡Casilda!...

Parece el latido monstruoso de un corazón, que tuviera una sola palabra.

Leonardo Erecnis no sabe lo que oye, vive fuera del tiempo y de la edad, trastornado por el asombro; el maestro, despavorido, atiende a las voces roncas de los tajos, y confusamente recuerda a Pedro Abril.

Detrás de Gabriel dan los dos unos pasos instintivos hacia el muro, irguiendo sus lámparas: queda visible un hombre alto y fuerte, sucio del oro encarnado, sin un cendal en el cuerpo gigante.

Es Thor, *el hijo de la tierra* sobre estos continentes que se cuajaron en el fondo de las aguas; ha venido desde el mar, derivando como un leño, a hundir sus plantas materiales en el océano cristalino, «más hondo que la cuna donde se duerme el sol»; es todavía el hombre bárbaro, semejante al primero que vió caer las cascadas y oyó rugir a las fieras. El cobre y el hierro le tiñen del color de la sangre; empuña su martillo como el dios nórdico, con tanta fuerza, que los nudos de los dedos se le ponen blancos.

Se vuelve en esta espantosa actitud, reconoce a Gabriel, a quien no ha visto hace días, y se desarma para hablarle, con el acento bronco, sin reparar en los intrusos:

—¿No trabajabas tú en la fundición?

—Sí.

—¿Y cómo vienes?

—Acompañando a estos señores.

—¡Ah!

Los mira; están vacilantes: la temperatura marca cuarenta y tres grados en el termómetro que Erecnis saca del bolsillo. La roca ígnea, despide su escozor letal desde el profundo nadir; el vitriolo azul, desploma su calentura en ramales de agua hirviendo por las estrías de la pared.

Un alud de hombres trota, de pronto, por el caño y arrastra a los visitantes. Con ellos sale Thor siguiendo a un capataz, buscando por el doblez de la trinchera el pozo de ventilación, que envía, renuentes, unos dardos de viento a los pobres asfícticos. Así cada diez minutos, a veces cada cinco, necesita un vigilante rescatar a estos operarios de la cortadura donde trabajan, expuestos a la descomposición mortal de las piritas: es preciso que alienten para que no perezcan.

Desnudos, llenos de quemaduras, con la respiración estertorosa, aburelados en la oscuridad, su desfile es como un oleaje de presidio que revuelve la cabeza desmelenada.

A un lado, sin cuidarse de los demás, siguen coloquiando los antiguos marineros.

—¿Sabes que se murió Vicente Rubio?—pregunta Gabriel, avisada su memoria por aquel nombre latente en el quejido.

—Sí, esta mañana; y que tú fuiste con el muerto y la hija al hospital.

—Se la entregué a su madre allí.

—¿No la quieres?

—No.

—¿De veras?

—Nunca la he querido.

Se observan al resplandor lúgubre de los candiles, seguros de que la tentación amorosa de Gabriel se ha evaporado como un perfume. El gladiador tiene contentos los ojos, el semblante agrietado por la sonrisa; pero aún consulta, celoso y tenaz.

—¿Te casarías con ella, dí...? ¿Sí o no?

—Estoy casado.

—Bien: ¡me alegro, me alegro mucho!... Necesitaba que me lo dijeras tú; porque eres mi amigo... y no quería ser tu rival.

—Tienes otro: Pedro Abril.

—Con ese ya me entenderé...

Erecnis escucha estremecido a Thor, dudando con tímida lucidez si estará hecho del mismo lodo que este hombre: le cuesta mucho esfuerzo imaginar los caminos que bajan de la vida, las cosas que existen a la luz.

Pero aquellas voces de salvaje pasión, que el hércules sacude en sus labios y en su martillo, vuelven al ingeniero hacia la realidad; piensa entonces en su mujer y en su niña con temerosa incertidumbre, sintiéndose un poco delirante. La sed le mortifica de una manera horrible; sufre mal los angustiosos deseos de poner la boca en el zumo abrasador da los metales, el veneno del río Agrio y de las fuentes del Saquia: en su memoria, acosada por el instinto, resurge el Parque nordetano con el penacho sonoro de los surtidores...

Continúa Gabriel hablando con su camarada, y Estévez le interrumpe:

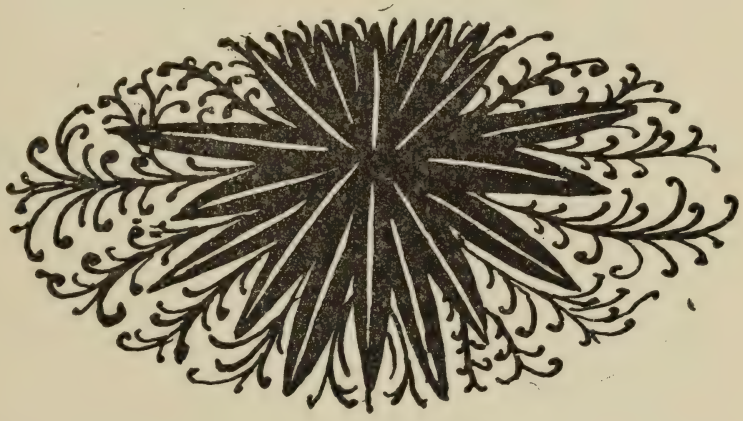
—Sácanos de aquí sin que estalle la dinamita, porque no puedo más.

El mozo se ufana vencedor:

—Nos queda tiempo; no se apure usted; falta una hora para que el humo ciegue los corredores...

Se acabó la tregua del suplicio. Cada minero torna a su cubil y Gabríel empieza a desandar los cimbres delante de la visita.

Ya «el quejido», enhebrado al ansia eterna del amor, vuelve a trasminar bajo las nubes inmóviles, obscuro y siniestro como un sollozo del caos.



X

LA MUERTE

Luna nueva.

DESDE que se postró Natalia con el brusco desfallecimiento del corazón, ha sido su existencia un lento morir, una turbia jornada por los senderos nebulosos de donde no se vuelve.

Con la luna levante culminó esta agonía, y a la enferma se le obscurecen ya los pensamientos atados con hilos de la sombra, se le nublan los ojos, cándidos y azules; habla a su marido desde el campo de las tinieblas, cada vez más distante del mundo, y pregunta por Anita sin esperar que la contesten.

Rosario Garcillán vela hace muchas horas junto a la moribunda, con entrañable solicitud, ausente de sí misma, toda entregada a su compasión, rivalizando con Aurelio en

sacrificios y misericordias: parece que los dos ven huir el fondo de su alma ante la criatura vencida.

Por la tarde, cuando el médico dijo que Natalia no llegaría al amanecer, habló Rosario muy previsora con su amigo.

—Debíamos buscar un sacerdote.

—No los hay.

—¿Cómo?

—Al capellán que usted conoció en Vista Hermosa, y a sus colegas de aquí, no les considero ministros del Señor.

—Son hombres—insinuó la muchacha transigente—, no les podemos exigir la santidad.

—Pero tampoco pueden ser buenos administradores de la gracia divina.

La ocasión no se prestaba a discutir. Rosario tenía unas creencias religiosas, anchas y firmes, extendidas mucho más lejos de la pequeñez terrenal, y añadió con dulzura de plegaria:

—Dicen que hay en Los Fresnos un cura piadoso y humilde, como los antiguos apóstoles; ¿me deja usted llamarle?

—Lo que usted quiera. —El gesto frío de incredulidad se calentó en la llama de los ojos con una expresión agradecida.

La joven movilizó sus huestes, y al anochecer, en los instantes misteriosos de transmigrar el viento y el sol, un sacerdote ungía contrito a la viajera y santificaba el domicilio de los obreros con el hálito puro de la Caridad. Fué como una brisa de consuelo la presencia transitoria de

aquel religioso: todas las cosas que lloran sin lágrimas en la vida, gimieron en su voz al perdonar y al bendecir.

—Ya sabéis que siempre soy vuestro—dijo después, sencillamente.

Y se volvió al remoto pueblecillo donde cunde el agua melodiosa de un regajal, al otro lado de las minas: allí guarda una parroquia muy pobre y vive en acecho de las tristezas del contorno...

Cayó en la casa del Sindicato el silencio de las grandes emociones: todos los ruidos del exterior se apagaban respetuosamente cerca del lecho donde Natalia se consumía.

A menudo llegaba un hombre allí, hacía señas a Aurelio para que se acercase a celebrar alguna rápida consulta, y regresaba a las oficinas con una nota escrita o una solución verbal.

El médico y José Luis eran los que subían con más frecuencia, impresionados y tristes, preocupadísimos.

Había delegado en ellos el presidente su autoridad sin negarles su ayuda, y les asistía de continuo, responsable a todos los movimientos de la Asociación, abierta el alma a las inquietudes de cada minuto. A veces su mirada lastimosa, puesta en la agonizante, se iba muy lejos, hundida milagrosamente en los ardores de las fábricas, en el pozo sombrío de la tierra; clavándose con terrible ansiedad en la penumbra de miles de agonías; y se abismaba el campeón atónito, mirando sin ver, ciego de ideales, ebrio de clemencias...

Es media noche: ha llegado la muerte fría y segura como el agua del glaciar.

Aurora descansa un poco junto a las nenas; Dolores se ha dormido vestida, en un jergón.

Balbuce Natalia unas sílabas torpes que resuenan bajo los dinteles del infinito; mueve los ojos por última vez; suspira... ¡tiene libre a su vuelo toda la eternidad!

Recoge Aurelio aquel suspiro con un murmullo sordo, indefinible, se inclina sobre el cadáver en larga contemplación, y le cierra los párpados con fervorosa ternura: en su pena hay un sentimiento fraternal, un cariño tierno y lastimado, que duele y gime sin hundir nada a su alrededor. Quiso a Natalia como a una niña buena y candorosa; él sabe que allí a su lado, ha puesto Dios una mujer, la presentida y fuerte. La oye andar vigilante por la habitación, siente el perfume de su recia juventud; comprende que se abren para él unas horas de íntima esperanza en el reloj del destino. Pero sufre mucho; le sobrecoge una dolorosa piedad por aquella vida malogroda, y se culpa de haberla arrastrado consigo a padecer, de haberla dejado sucumbir. Vuelve a inclinarse en muda solicitud, atraído por el sueño duro y helado de la muerta, y sorprende en su cara un dulce gesto de reposo: se ha entregado con gusto a la desconocida profundidad.

—Está contenta—se dice el marido con alguua vacilación, como si ella le sonriese bajo el enigma de un velo. Y en voz alta, murmura—¿Qué haré con Anita?

—¡Confiármela a mí!—suplica Rosario con timidez insinuante.

Él se queda mirándola. Acaso es más digna de compa-

sión esta mujer que la otra: vivir es llorar. Tiene, en efecto, anebladas las pupilas, demudado el rostro, ajados los vestidos. Su intrusión angustiosa en la pobreza la obliga al cansancio y la escasez: porque siente y ama, extiende a cada instante la anchura de sus dolores.

Deja Aurelio enseguida de compadecerla para admirarla, sometido al encanto de aquellos ojos oscuros y calientes, abrasados en secreta lumbre. Quiere responder, hambriento de palabras luminosas que no celen a su corazón, y tiembla por lo que va a decir.

Ella se inmuta; le detiene con un ademán parvo y medroso, que es una invocación de olvido y de silencio.

—Anita para mí—dice sin aguardar otra respuesta, y sale de la alcoba; tiene que avisar a sus amigas.

Poco después, el cuerpo de Natalia, cuidadosamente vestido, con las manos juntas y los cabellos alisados, espera el último viaje. No ha cerrado los ojos por completo, los entorna sobre una inmutable sonrisa, como si los asomara allí desde la ausencia una invencible curiosidad.

La casa no se ha conmovido con voces ni lloros; rendidas las mujeres por el excesivo trabajo, apenadas y suspirantes, disponen su nuevo quehacer con lentitud, sin ruido, para no despertar a los que duermen...

Es la una de la madrugada; por los balcones sube de la calle y del patio un apestoso hedor a estiércol molido; el aire está quieto, atravesado por el novilunio: en las oficinas se oyen los pasos de los escribientes, los taques de las puertas.

Aurelio, sentado al pie del lecho matrimonial, apoya la cabeza en la orilla del colchón, donde ha dormido, sin desnudarse, algunas horas de aquella semana cruel: no se quiere apartar de allí.

Moscas tenaces, engendradas en las inmundicias, vienen a zumbar sobre la muerta. Rosarito le cubre el rostro con su mantilla de tul, alumbra unas lamparillas de aceite, y se queda al otro lado de la cama: un claro de cielo ofrece al dormitorio, por el balcón, los cirios de las estrellas...

Más tarde, ya declinando la noche, vuelve Santiago Estévez al Sindicato y sube a casa del presidente, derecho hasta la alcoba donde había dejado a Natalia moribunda.

La encuentra rígida entre Aurelio y Rosario que se han dormido, y se acerca silencioso a examinar el semblante inmóvil, levantando el velo, doblando la frente encima de aquella otra, hermosa y dura como el sueño del mármol: las flores azules de las pupilas se han cuajado en el húmedo resplandor de una postrera mirada.

El maestro, destrozado por la fatiga y las impresiones, recibe sin estremecerse el brillo patético de aquellos ojos que se abren más allá de la vida, con eterna claridad; él viene del fuego del planeta, donde se trasluce lo imposible y le parece envidiable la sonrisa de la difunta, escrutadora, como una interrogación, entre dos existencias jóvenes, traspasadas de incertidumbres.

—¡La muerte es el albor del día sin fin!—murmura. Suelta la punta del velo sobre el cadáver y se marcha calladamente, dejando una huella roja en el pasillo.

Entonces se despierta Rosario: algún roce muy ligero la conmueve; se figura de pronto que es el tul de su mantilla agitado por la respiración de Natalia, y medio loca de terror balbuce:

—¡Aurelio!

El se yergue sobresaltado:

—¿Qué?

—Nada... ¡nos habíamos dormido!

Alzase muy aturdida a comprobar la hora: son las tres. Sale al balcón, inquieta, y la sigue Aurelio maquinalmente.

Ya va huyendo la luna. Los enamorados se miran absortos a la nueva luz, cambiante como el Amor, que es uno y se transforma también en los distintos corazones..

El escudo.

Día memorable. Amanece entoldado, impulsadas las nubes por un viento ardoroso y gemidor.

Discurre la vida normal en la zona, intensa y dura como siempre la jornada del trabajo, y no obstante se fragua en la obscura rutina el grandioso acontecimiento.

A plena mañana, muy diligente y atisbador, anda por la ciudad de los mineros Jacobo Pmip, visitando las casuchas y repartiendo a los niños y a las madres unos escudos benditos que se llaman *detentes;* lucen bordados en tela un corazón, y en torno a él, impreso, un mote para detener al pecado: son una ingenua propaganda religiosa que el intrigante convierte en arma política y en recurso personal.

Con el regalo por delante, como un pavés, entra don Ja-

cobo en el pobre domicilio de Carmela y permanece allí hasta el mediodía.

Cuando se despide, muy sonriente, en el portal, de una vivienda cercana sale una copla alusiva, la saeta andaluza que se clava en el impostor:

Aunque te pongas en cruz
vestido de Nazareno,
y me des las tres caídas,
en tus palabras no creo.

La cantadora, gentil vecina de Carmen, sacude con furia por la ventana el último renglón del cantar junto al bombacho pringoso de un maquinista.

No se da por ofendido Pmip. —Estas españolas procaces—arguye—son incorregibles: se les viene a civilizar y a dar de comer con una industria soberana, se les ofrece por añadidura el reino de los cielos... y todavía le salen a uno por peteneras.

Sigue su camino resignado, ¡adelante y todo sea por Dios! Él está en España sirviendo a la Empresa sin condiciones; también cobra un buen sueldo, y su obligación es merecerle. Si necesita una doncella para su casa particular, no ha de buscárla con escándalo ni a voces, sino con finos modos y haciéndole un favor. Por eso ha dado a Carmen un billete de cincuenta pesetas, suponiendo que se decide a ir a Vista Hermosa, y tendrá que hacer antes algunos preparativos. No quiere a su lado gente mal vestida; le gusta ser generoso, y vivir, en lo posible, con esplendidez... ¡Lo ha conseguido

a costa de tantas abyecciones! Pero de eso no se debe acordar, ¡no, de ninguna manera!; él es ahora un hombre prestigioso, un señor distinguido... que ha llegado a la infamia incurable porque ya no tiene remordimientos.

Se dirige en busca de Santiago Estévez, hospedado en el arrabal del Ventoso; como espía mayor, quiere saber por qué Erecnis se acompañaba con gente del Sindicato en su visita nocturna a la Sombra Negra. Anoche mismo tuvo noticia de aquella novedad, y hoy se propone aclarar el asunto, mediante la sencillez de su amigo el filósofo.

No sucede así; en la casa donde éste vive le manifiestan que Santiago se recogió al amanecer, y ha dicho que no le despierten hasta última hora de la tarde para asistir al entierro de Natalia.

Don Jacobo pronuncia:

—Bien, bien—. Registra la barraca desde el zaguán, regala unos *detentes*, y se queda muy convencido de que la huelga no está madura. No sorprende la inquietud precursora del gran suceso; en todas partes le hablan y reciben lo mismo que otras veces, con sonrisas y buenas palabras, envueltas en un poco de sorna.

Baja por los escarpes del Ventoso, muy contento de sus reflexiones. Nada ocurre en Nerva de particular. Ha recorrido media población sin descubrir un solo indicio alarmante: ha hecho la conquista de Carmela; en el Sindicato hay un luto, un grave trastorno...

—Bien, bien—repite, empujado por el viento junto a los ranchos miserables, por los esquistos aceitosos: el subur-

bio se pliega a los dobles de la pizarra en saltos y vuelos que producen una fatiga constante a los vecinos.

Pero el catequista es elástico, ratonil; trepa o se escurre con admirable soltura por los coteros y los ribazos y escudriña a su antojo los rincones del aduar. Cuando va a salir de la última encrucijada, encuentra a Romero que sube la pendiente con el sombrero en la mano, caviloso.

—A la visita, ¿eh?—le dice Pmip, siempre amable y demostrando que es amigo de todo el mundo.

—Y usted haciéndome la competencia—responde el médico socarrón—curando las almas, conquistando los corazones...

—Intentando algo de eso nada más.

—Pues, que aproveche.

—Gracias.

Es indudable que Romero no se quiere detener. Y gana don Jacobo la ciudad envuelto en la peste de las hiendas resbaladizas por las quebraduras; va soportando con estoicismo aquella mortificación; ¡por el bien de sus semejantes es capaz de todos los sufrimientos!... Aún tiene el propósito de dar una vuelta por la calle de Morayta, donde vive Hortensia Rubio; quiere decirle que aunque murió su padre de muerte natural, la Compañía le dará algún socorro a la viuda; hay que hacer patente la liberalidad de la Casa Rehtron hasta con sus propios malhechores; ¡así es la verdadera abnegación!

Embaído en este soliloquio, da en la puerta de la única librería nervense: otra parada.

Aquel es un lugar de esparcimiento y reunión para los intelectuales, y a él suelen concurrir los pocos lectores competentes del vecindario, a surtirse de periódicos y revistas, a discutir algún libro, algún poeta. Todos los días pasan por allí el maestro y el doctor, buenos aficionados a la literatura, suscritos a la prensa de Madrid. Se les unen Echea y Garcillán, y el mismo vendedor, un onubense muy espabilado, toma parte en la breve tertulia casi siempre a la hora del correo. Hablan de política española en general, se comentan las actualidades lejanas del teatro, el éxito de un nuevo escritor; se leen las últimas poesías del vate preferido, encargadas expresamente: una remota brisa de modernidad orea a estos hombres codiciosos de arte y de inspiración, desterrados de la vida refinada y selecta.

Don Jacobo suele posar allí cuando sus andanzas por la ciudad coinciden con el sabroso rato de la reunión. Le gusta departir amistosamente con los paladines del campo enemigo, presumiendo de generosidad y amplitud desde su categoría de iniciado en letras universales: ha leído mucha literatura francesa de las ediciones económicas y desconoce la magnífica de su país.

Esta mañana llega a la papelería en el momento más oportuno, pero la encuentra silenciosa y abandonada. Sobre el mostrador, que sirve también de escaparate, hace el librero el apartado de los suscriptores, junto a la muestra de los volúmenes alineados en la estantería, obras adecuadas al público de Nerva, apariciones fugaces de novelas cortas, folletos, revistas ilustradas, algunos tomos que se titulan:

Bandidos célebres, Cantares eróticos, El Chato de Benameji, El proceso de Ferrer, Las luchas del socialismo, Los goces del amor...

Pmip revuelve un poco la sobada mercancía, compra unas postales, ofrece tabaco al vendedor, y pregunta, con disimulo a su parecer, muchas cosas que el otro no sabe, por lo visto. Está empeñado en hablar del duelo de Echea y de la baja de Vicente Rubio en la Junta socialista.

—Soplan malos vientos por la calle de Cicerón—insinúa.

—Si; ha salido el áfrico: va a llover—es lo único que responde el comerciante, evasivo y zumbón.

Por la entrada, que da a la tiendecilla aire y luz, trasciende al interior un vaho de secura y se introducen con el viento remolinos de polvo; cruzan por delante las mujeres hacendosas, con las faldas henchidas; los obreros que almuerzan en sus casas nutren el camino, rendida la jornada de las doce.

—Bien, bien—se dice el nordetano cada vez más optimista, sintiendo el pulso armonioso de aquella fuerza maquinal.

Y se marcha bajo el semblante huracanado del cielo, a visitar a las de Rubio antes de subir al tren.

El rencor. Trabajó aquella noche en la contramina Pedro Abril, durmió unas horas y fuése a la ciudad vestido de limpio, inquieto y osado: era menester que hablase a Casilda, pronto.

No ha logrado verla después de la romería de la Cruz y los rumores más extraños y absurdos llegan hoy a sus

oidos: un minero áspero y audaz, llamado Thor, ha dicho esta mañana en el Monte que se casa con la niña de Rubio.

Aunque Pedro sonría orgulloso y bravonel, le preocupa el desvío de la moza, que le huye tenazmente desde el sombrío lance en el barranco de la Perdición.

Cinco días hace que la busca, oteando la evidencia de su felicidad, enloquecido por el gusto de aquel amor ansioso, tan inesperadamente gozado. Sabe que está en Nerva, y no atreviéndose a ir a casa de Fanjul, ambula por el canal ardiente de las calles y ronda el pasadizo latebroso de Morayta, siempre que el trabajo se lo permite. Y allá en el fondo de la tierra cocida, hinca el nombre querido en los estratos a cada tumbo de la almadeneta, como un azote vengador.

Pero le han dicho que otro minero llena su tajo con la misma palabra, y que era el huésped de Vicente Rubio, aquel gigante silencioso que ahora cuenta casarse con la niña. Pedro sabe que ella estuvo enamorada de Gabriel y no le sorprende que la quiera Thor, sino que se juzgue correspondido; ¿no está él allí con todos los derechos de una honra que es suya?

Si ha voceado un poco su buena suerte es porque pensaba cumplir como un hombre de honor..., olvida que desde la noche oscura de la Cruz vive ciego de orgullo, sin temer la competencia de un rival, más celoso de goces que de restitución: quiere creer que su actitud es muy gallarda no demorando los ofrecimientos que debe a Casilda, hoy que gime sin la sombra de su padre.

Entra muy presuroso en casa de Hortensia. Está el corredor a media luz; el tufo de la cocina se confunde con los miasmas del patinillo y con unos olores inquietantes a mujer: de la alcoba interior salen murmullos y sollozos.

Hortensia se ha tenido que acostar enfebrecida otra vez, y a su lado se encoge la madre con un sentimiento absoluto de incapacidad y miseria. Desde que vió a su marido inerte en el hospital, helado al sol, mudo bajo la dureza de la carne, vaciló temblorosa y gimiente, dejóse llevar a Nerva por sus hijas y allí se estuvo inmóvil, agazapada como una idiota. De su pobre cuerpo cuelga la vida lo mismo que un harapo; las memorias pasan por su conciencia con un galope turbio, juntando en una sola visión al mozo de Arunda, fornido y arrogante, con el viejo maltratado por la vida, dormido en la más larga de las noches. Se le quiebra a Marta en la imaginación el hilo tenue de las horas; no acierta a contar el tiempo; apenas oye, y en los ojos, casi privados de luz, le vive un lejano resplandor, como un resto de claridad huida: aún le queda la costumbre de sonreir.

Varias mujeres acompañan a las de Rubio, amontonándose en el escaso dormitorio, comentando el repentino fallecimiento de Vicente.

—¡Se ha muerto de calor!...

—¡Le han matado en la fábrica!...

—¡Como a tantos!...

—¡Si fuera el último!...

Dolores, la de Valdelamusa, está allí muy condolida, con la nena de Aurora en brazos; quería bien a sus vecinos del

Monte y quedó consternada cuando la víspera supo aquel desastre. Habla del muerto con Carmela, en voz chita, rebosando fuera de la habitación:

—¿Tú le viste?

—Sí; ya le habían hecho la autopsia y estaba en el depósito. Según dicen los médicos, pereció de un derrame.

—¡Vete a saber!... ¿Y cuándo lo enterraron?

—Creo que a media noche. Hortensia y yo volvimos a las nueve con Marta y Casilda: no nos dejaron esperar allí.

—¿Y se quedó solo?

—¡Claro!

—¡Cuánta desventura!

—¡Peor fué lo de mi padre!

—Sí; pero a esa pobre, sorda y ciega, le mataron al hijo también.

—¡Es verdad!

—¡Si al menos se casara la niña!

—Creo que sí—dice Carmen alentadora, aunque siente pesado el corazón, y busca en la opacidad del aposento el semblante enigmático de su amiga. Los ojos de la enamorada, ávidos y enjutos, fosforecen en la sombra clavados en la nena de Gabriel.

Carmen disimula un secreto malestar y aparece entonces en el corredor Pedro Abril.

Ya va Casilda a recibirle, mejor a detenerle, obligándole a retroceder hasta la puerta del zaguán.

—¿A qué vienes aquí?

—Porque necesito hablarte.

—¿No estás «a malas» con Fanjul?

—Pero soy amigo tuyo... y en esta ocasión... quería decirte...

—¡No me digas nada!—le interrumpe la joven, contraídos los labios dolorosos, preñadas las pupilas de rencor.

Él la envuelve en una mirada lujuriosa, abrasado en las palpitaciones de la sangre, ardiente como las alhamas por las venas del cobre.

—¿De modo que huyes de mí?—balbuce. En su pecho retoñan las dudas, y exige una respuesta conteniendo mal la fulguración de su cólera.

—¡No grites!—ordena Casilda mirándole exaltada, sin ofrecerle ningún camino en la oscuridad impenetrable de los ojos.

Y brilla en los de él un lívido relámpago:

—¿Todavía quieres a ese *vizconde*, casado y que te desprecia... grandísima...?

Deja caer la palabra infamante. La muchacha recibe la injuria, dobla la cabeza, descolorida en una palidez mortal, y no responde.

Suenan las nubes en el espacio henchidas con la voz atronadora del viento; por la boca del callejón aparece lontano el perfil de las montañas, más siniestro bajo la tarde cubierta y triste: diríase que el horizonte piensa y sufre con una trágica expresión de humanidad.

Aguarda impaciente Pedro Abril una súplica, un reproche que le asegure la posesión de aquella mujer tan bárbaramente deseada.

Ella, de pronto, se yergue, sacude el cabello despeinado, sombrío como el abenuz, descubre toda la hoguera de las pupilas, y dice saboreando la embriaguez de su angustia:

—Pues, sí; le quiero aunque me desprecie; le quiero y te aborrezco a tí: ¡vete, ladrón!—Le pone con temerario arrojo las dos manos encima; le empuja, y repite desesperada y ronca—: ¡Ladrón!

El minero, estupefacto, se deja maltratar hasta que vuelve de su asombro, levanta el puño, jurando igual que un precito, dispuesto a descargarle sobre la rebelde como en cosa propia, con salvaje placer.

En aquel momento dobla la esquina Jacobo Pmip, buscando en su bolsillo algo muy importante.

Pedro se marcha por el otro lado, vencido y furioso, con ánimo de volver, y el ingeniero saluda a la moza muy amable, estremeciéndola con una mirada lenta y salaz: lleva en la mano un escudo, imágen de un corazón...

El cadáver.

Había conferenciado José Luis con los delegados del departamento en Dite, y como le quedaba una hora para tomar el tren, llegóse al arce inquieto de la villa sobre la explotación, anheloso de percibir las primeras señales agónicas del trabajo.

Tenía la jornada para él un sabor colmado y fuerte, la intensa fascinación del tránsito desde la quimera a la realidad; en aquel gallardísimo reto de la grey trabajadora al coloso nordetano, ponía Garcillán su alma de poeta y su

orgullo de españo'; era, en parte, obra suya el soberbio cartel de desafío que levantaba el pueblo andaluz, encima de los montes, contra la industria forastera.

Se asomó conmovido a la Corta roída por el cáncer monstruoso, abierta al cielo como una boca enorme y llagada que pidiese clemencia.

En todas las ranuras y cavidades se levantan movimientos y estampidos: hombres y máquinas extienden por los contornos el horrendo clamor de su lucha con el mineral, y el grito de los hierros compresores amenaza a las colinas, se eleva resonante y adusto a las cumbres arrugadas por la vejez, hasta el mismo celaje amasado por el viento.

De repente oye José Luis un siseo amistoso y fino entre la hosca enemistad de los rumores:

—¡Chist... chist!...

Vuelve la cara y encuentra a Carmen, detenida un poco más atrás, sobrazando un hatillo con mucho garbo.

—¿Qué haces aquí, tan sola? ¿Adónde vas?—le dice con galante saludo.

Iluminóse el rostro de la niña:

—No voy; vuelvo—contesta sonriente.

—¿A Nerva?

—Sí, señor; a mi casa.

Hay un acento misterioso en sus frases, y el señorito, intrigado, acentúa las averiguaciones divirtiendo a la moza con su curiosidad.

—Pero ¿de dónde vuelves?

—De aquí mismo.

—¿Con equipaje y todo?

—Ya lo ve usted.

—No te entiendo.

—Es un poquitillo difícil.

—Te vi esta misma tarde desde el balcón entrar en casa de Fanjul.

—Sí, señor... Luego salí de viaje... para veranear aquí... lo menos sesenta minutos, y en cuantito silbe el tren me planto en la ciudad.

—¡Vaya, te estás burlando de mí!

No tiene la muchacha una expresión burlona, sino muy dulce, con posos de melancolía que embelesan a José Luis.

Insiste él rogando que le cuente el motivo de su excursión. La niña se deja persuadir, mirada a mirada, rendida a la voluntad de un caballero tan amable, que la trata con finura encantadora.

—Pues verá usted—refiere—, yo me había comprometido esta mañana a servir en casa de don Jacobo; mejor dicho, fué mi madre la que dió el sí, y con el temor de arrepentirme, lié mi ropa y eché a correr; habíamos recibido algún dinero adelantado y no era decente faltar. Al llegar aquí, un compañero de mis hermanos me aseguró que esta tarde empezaba en las cortas la huelga general, y que las criadas de servicio abandonarían el trabajo a la noche en el Parque. Yo no quería creerlo; me puse en observación hasta que diera la hora, para salir de dudas, cuando de pronto le vi a usted. Y fuí y me dije: —Pues el señorito lo sabrá mejor que nadie... por eso le llamé...

Una ola de rubor la enciende al notar que se contradice; nada tenía que preguntarle, ¡pero le gusta tanto hablar con él!... Huyen sus miradas errantes en el ensueño, mientras el muchacho la admira, compasivo de aquella juventud mísera y triste.

—Sí—le responde—; has hecho bien en aguardar; el paro comienza ahora, dentro de unos instantes, y alcanza a las mujeres; ¡qué lástima, si llegas a cumplir tu palabra a don Jacobo!...—Mira su reloj y prosigue con acento de súplica: —¡No vayas más a Vista Hermosa!... Tú no sabes lo que merece tu alma, ni siquiera lo que vale tu cuerpo; ¡déjate morir antes que venderte!

A la moza se le nubla el vivo resplandor de los ojos:

—Sí... sí...—repite como un alma que balbucea, enternecida por aquel interés raro y sentido.

Y José Luis, para alentarla, añade:

—¡Si supieras verte a ti misma!; hasta el nombre tienes precioso; ¿conoces su significado?

—No.

—En árabe quiere decir *viña;* en latín, *verso;* en español, *verge!*... ¡Carmen!, eres una rosa, una palmera, un vaso de licor...

Los toques de alarma anuncian la explosión de los barrenos; se interrumpe el coloquio, herido, como una hebra sutil, por las voces de la dinamita que empiezan a rodar.

Sufren los valles y los montes penetrados de la tremenda vibración, envueltos en el rugido de la pólvora hasta la curva celestial. Carmen y José Luis permanecen estreme-

cidos, apartados junto a una casamata que tiembla medio caida.

Y cuando se extingue el estupendo fragor, queda tendida en el aire una onda oscura de rumores: son los pasos medrosos de la muerte.

Los obreros, mudos, altivos, salen de la herida tórpida, avanzan, desarmados, por los arreboles y los focos de la excavación, y suben a los caminos de la vida con el alma a todos los vientos, como una espuma roja sacudida por los coágulos del cobre: la Mina está agonizando.

Un silencio mortal se difunde en la Corta y se ensancha sobre el paisaje; inclínase el nublado como si escuchara; diríase que hay alguien detrás de las nubes con el oído absorto en la extraña paz de la tierra: hasta la lluvia se detiene en el espacio sin caer...

El señorito y la moza regresan a la ciudad mezclados a la avalancha de los mineros, que llena el tren y se desborda por los atajos y las vías en sosegada procesión.

Los ojos de Carmen, risueños y pensativos, se maravillan de aquel espectáculo singular; todo el bullicio está en los hombres: allá abajo, en las piedras, la quietud.

Pero la muerte no pasa de las cortas al aire libre; aún se puja en las contraminas, en las fábricas y la tracción. Ahora los huelguistas, serraniegos y ciudadanos, se dirigen a Nerva para asistir al entierro de Natalia que se celebrará al anochecer.

Y rendido aquel homenaje cariñoso al presidente, va en masa el pueblo a escuchar la sirena que desde el valle de

Lucifer anuncia el paro de los trenes y las fundiciones, de las cavernas y los pozos.

Ha cernido la sombra su negrura por los confines: son las diez de la noche. Llega distante y pávido el retumbo de los barrenos, los últimos cañonazos convertidos por los pegadores en una declaración de guerra contra la industria.

Todas las miradas, fijas en la obscuridad, adivinan un oleaje de mineros borbotando en los cimbres y las jaulas, huyendo de sus prisiones, dejando los túneles con las fauces abiertas en un mudo ladrido: maderistas y artilleros, *paseantes*, cortadores de arcilla, niños y púgiles, viejos y mozos, se libertan de los antros, descansan, respiran.

De los tenebrosos escoriales llueven ardiendo las postreras lavas; algunos cubilotes se quedan sin vaciar, llenos del escombro encendido, llorando en las cumbres, gota a gota, con lágrimas de chispas.

En las fábricas, sorben las chimeneas los penachos del fuego: el dios de las barbas de oro se derrite moribundo, hasta que los hogares y los crisoles ahumen extintos, exhalando por multitud de bocas una sola y final respiración.

Se han detenido los trenes con los silbatos agudos en el aire, inmóviles en curvas y declives, violentos en las inesperadas contorsiones. Una parálisis general invade al trabajo, le anquilosa y enmudece con trágica invasión.

Y a medida que se consumen sus terribles luminares, van encendiéndose en el horizonte multitud de linternas fugitivas, átomos de luz que denotan el tramonto de los operarios por lastras y repechos, su curso por los viales de

la llanura. Así los hombres, señalados por los candiles, dan la impresión de tender un luminoso vuelo: son las abejas que abandonan el maestril: ¡al gusano de la mina le han nacido alas!

Aquella nueva legión de criaturas añade espectadores a la agonía periódica del tráfico.

Vive aún la Central Eléctrica, en desatinada pulsación, y a la una de la madrugada se paraliza con las veintiseis subestaciones de la zona, obedeciendo al toque imperioso de una bocina, un aviso recio y penetrante lanzado sobre las montañas: parece la trompa de Gialar que se oye en todos los mundos.

La industria ha dado el último suspiro; le quedan prendidas en la frente las brasas de los hornos, la gran pupila del cíclope difunto que mira dócilmente a la sombra: el inmenso cadáver se enfría bajo el crespón oscuro de la noche.

Y se dispersan los miles de huelguistas silenciosos como el valle. Tiene el cielo apagadas sus lunas: allá por el oriente un relámpago desgarra las nubes con mudo gesto de furor.

XI

EL ODIO

La hora del castigo.

UANDO fué don Jacobo a dar cuenta de sus pesquisas al Director, convinieron ambos, a través de bocanadas de humo y sorbitos de *whiskey*, en el fracaso de la huelga. Se había iniciado aquella tarde en las cortas, con prematura inquietud que acusaba una lamentable desorganización, y los demás departamentos no secundaban el golpe: así, pues, el temible paro se reducía mucho y arrastraba en su descrédito a la Asociación obrera.

Los señores de Vista Hermosa podían dormir tranquilos. Se despidieron muy sonrientes y se acostaron para despertar en seguida con la más desagradable sospresa, a oscuras y sumidos en un silencio sepulcral.

Erecnis, que velaba en su jardín, mejor informado que los otros jefes, sintió que el viento llevaba consigo todos los rumores, vió atenuarse el resplandor lejano de las funderías y vió, poco después, cómo se le escapaba «el hada azul», dejándole en tinieblas: alumbró una lámpara de bolsillo y se dispuso a prevenir al Director, llamando antes en la ventana de Pmip.

Así recibieron en el Parque las noticias rotundas del confiicto: los guardas, soñolientos en las garitas, no chistaron.

Rompió don Jacobo en su gabinete la llave de la luz empeñándose en encender: no quería convencerse de la realidad. Salió a tientas de la habitación, a medio vestir, con un aspecto muy cómico de fuga, mohino y avergonzado.

No mucho más arrogantes se aparecieron los demás señores, y luego las señoras, alarmadas, impacientes; se hizo gran acopio de faroles y cerillas, de comentarios y protestas, y aumentóse la confusión del vecindario distinguido cuando toda la servidumbre declaró su propósito de marcharse inmediatamente.

—¿A estas horas?—clamaron allí distintas voces indignadas.

Pero resultaron inútiles los alardes de autoridad, las oposiciones y requerimientos; hasta dos nodrizas inhumanas afirmaron su resolución de unirse a la huelga: ¡el colmo del abuso!... Liaron su petate hombres y mujeres, casi todos comarcanos, y se despidieron con mucha finura. Iban gozosos, en un grupo jovial perdido entre la sombra, con rumbo a Dite.

Doña Berta, excitadísima, lamentable, se quejaba de la ingratitud de la plebe, deshaciéndose en sospechas y augurios.

—¡Esto es el caos—afirmaba—, el bolcheviquismo, la locura roja!

Le hacían coro las otras damas, compungidas y tristes, mientras los caballeros aparentaban serenidad, tomando precauciones y actitudes.

La primera medida del Director fué acudir al teléfono en su despacho. ¿Estaría cortado el precioso hilo?

No le respondieron de las dependencias de la Mina, pero quedaba perenne su comunicación directa con Madrid: ¡los revoltosos no se atrevían con los servicios particulares de la Casa Rehtron!

Era urgente pedir a Sevilla fuerzas militares y ponerse al habla con el Gobierno. Por fortuna, contaban con gran muchedumbre de organismos en la Corte y en la región, que acudirían a servirles en cuanto fuera menester.

Les contestaron de todas partes con la mayor solicitud, y se altivecieron más. La derrota de los huelguistas era fácil y segura; ¡pobre gente!, no podrían resistir mucho a la fuerza invencible de los patronos.

Pero éstos, al primer movimiento de su poder tropezaban con la necesidad de un servidor. Querían informarse pronto de lo que sucediese; ¿quién iría a Dite con la noche ventosa y negra, tal vez entre enemigos emboscados?

No debían prescindir de los vigilantes ni disponían más que de aquellos dos hombres: hortelanos, mozos de cua-

dra, camareros y pinches, se habían marchado con la mayor diligencia.

—Yo iré—dijo Pmip, que no pecaba de cobarde.

Otros señores se ofrecieron también, y don Martín les advirtió:

—Ustedes mismos tienen que preparar los caballos.

Erecnis aconsejaba el aplazamiento de las averiguaciones, y, en último caso, le parecía más sencillo ir a pié.

Hablaron aún de mil diferentes inquietudes, y al cabo de la exaltada conversación, desearon, sobre todas las cosas apurar unos tragos de cerveza.

Tuvieron las damas que servirles, como anticipo de los penosos menesteres que les aguardaban en la cocina, en el lavadero y hasta en más esquivos lugares. Como se celebraba la entrevista nocturna en casa de Leurc, fué la directora quien necesitó bajar al sótano a buscar las botellas: ¡aquello era absurdo, escandaloso, inconcebible; parecía mentira que el mundo estuviera así, tan desquiciado y revuelto! ¿adónde íbamos a parar?... Doña Berta no había nacido para labores ordinarias, ni tampoco su hija, ¡qué disparate!

—¡Naturalmente!

—¡Claro está!—contestaban las amigas, acompañando a la rebelde por las honduras de la cueva y participando de la misma indocilidad.

Algo satisfecha con estas adhesiones, concedía la señora, como siempre muy razonable, empinada ya por la escaleruca:

—Justo es que trabajemos todos los cristianos, pero cada cual según sus aptitudes y educación. Nosotras en cosas finas; las mujeres del pueblo en lo servil.

—¡Eso es! - asentía una damisela todavía en el fondo del sótano, y miss Clara Yevol, la flaca institutriz, repuso tímidamente, recogiendo arriba las botellas y el farol.

—Pero si a las del pueblo las educasen bien...

—¡Nada, nada; déjese usted de novedades! cada uno debe ocupar su sitio, ¿quienes harían, si no, los trabajos más penosos?

—Los repartiríamos—dijo con mucha seriedad Bertita Leurc, que ya había dispuesto en la mesa del comedor copas y cigarros.

Su madre la miró espantada y pronunció gravemente una sentencia que a menudo repetía:

—El mismo Dios lo ha dicho: «Siempre tendréis a los pobres entre vosotros...»

—Si, si; pero hay que saber interpretar esas palabras...

—¡Niña!

Entraron los caballeros y Berta se escabulló.

Faltaban allí las mamás jóvenes, angustiadas con el cuidado de sus niños; las otras hablaban mucho, tenían calor y sed.

Bebieron todos; los presagios y anuncios hervían a cada momento como el jiste en las copas; el viento áspero de los montes entraba libremente por las galerías a doblar el pábilo de las velas: una ráfaga de trastorno y de cólera sacudía la elegante habitación.

Cuando al fin se dispuso don Jacobo a explorar el valle con sus amigos, llegó un piquete de guardiñas a ponerse a las órdenes del Director.

Se presentaban los hombres descontentos por no haber adelantado algún aviso. No pudieron abandonar la vigilancia en las últimas horas de incertidumbre ni transmitir pormenores de lo que sucedía: el paro tuvo un proceso misterioso como una agonía humana, y los primeros órganos heridos fueron los aparatos telefónicos, inservibles en oficinas y talleres.

Preguntaba el Director por las fundiciones con un resto de esperanza.

No quedaba en ellas ni un solo empleado: los poquísimos fieles a la Empresa, entre capataces, listeros y contratistas, se vieron obligados a salir igual que los jefes de servicio.

—¿De manera que peligran los hornos?

Isidro Zabala, el polizonte veterano, se adelantó con tiesura:

—Sí, señor, y todo el material: a la hora presente la Mina está en el desamparo más completo.

—¿Y no podéis organizar unas brigadas de socorro?

—Si vienen fuerzas del Ejército, se podrá.

—¿Tanto miedo tenéis?—preguntó don Jacobo destemplado.

El respetable guardiña levantó la cabeza muy solemne:

—Hay en el campo enemigo más de veinte mil hombres.

—¿Armados?—inquirió don Martín.

—No, señor; resueltos y valientes.

—¿Han hecho alguna violencia?

—De obra, nada más que romper las cajas del teléfono, pero exigen la holganza general y harán cumplir su ley por la fuerza, si es preciso.

—¡Te vas haciendo viejo, Zabala!—murmuró Pmip, tratando de echar a broma las ponderaciones de su ayudante. En realidad le molestaban mucho aquellos términos encarecidos hablando de los huelguistas, y el visible interés del auditorio: estaba latente en el aire una involuntaria admiración que ofendía al ingeniero.

—Aquí, los jóvenes, pueden hablar—repuso dolido el policía, volviéndose a la tropa que ocupaba el ancho pasillo hasta el jardin.

Desde el comedor, abierto por enormes ventanas a la frescura de los ánditos, quedaban los señores frente a su milicia, la flor de la lealtad, gente armada de carabina y sable, escarapela y chambergo. Su continente no era muy ufano; aquellos hombres escondían la cara en lo posible como si les avergonzase la librea, y guardaban silencio.

—Vamos, ¿qué decis?—insistió Zabala. Y adelantóse un mozo a contestar:

—Que no habrá esquiroles en esta huelga ni tendrá remedio el daño de la Mina.

—¡Qué barbaridad!—interrumpió sañudo Pmip.

El augur era Fabián Delgado, ex minero como casi todos sus colegas. Sostuvo la mirada al Director, que se mordía el bigote conteniendo la ira, y añadió:

—A pesar de las armas, servimos de risa al turbión de obreros que prohiben el trabajo.

Punzaba en estas frases una envidiosa amargura: el sonrojo de la humillación.

—¡Por eso les dejáis el terreno libre! — censuraba otro jefe.

—¡Qué le vamos a hacer!

Don Martín, agobiado, inquietísimo, interrogó:

—¿Pero ninguno de vosotros queda en su puesto?

—Ninguno; ya no hay puestos más que para holgar.

Irguióse de un salto el Director:

—Eso ¿qué quiere decir?

Todos los semblantes quedaron descoloridos; las señoras, de pie, iniciaban un encogimiento medroso.

—Nada, señor — repuso Zabala muy solícito—. Aquí, el compañero, no acierta a expresarse; los demás guardiñas se han replegado como nosotros porque es inútil su intervención; algunos vienen por el camino con los jefes y el personal de turno en las oficinas; otros se acuartelan en el Ayuntamiento de Dite.

—¿Y en la ciudad?

—Allí — confesó el guarda a pesar suyo — no pisan más que los mineros.

—¿Y no os atrevéis a ir?

—¿Para qué?—murmuró Zabala pesimista, lo mismo que Fabián Delgado.

Volvióse Leurc con terrible despecho hacia don Jacobo:

—¡Al fin todos españoles!

—¡Lobos de una misma camada!—aseveró Pmip ocultando su furia en una sonrisa glacial.

Un acento suave, apenas oído, exclamó:

—¡Es que se declaran independientes!

El catequista miró de soslayo y encontró los ojos de Berta, crueles y burlones, fijos en él. Al propio tiempo le decía el Director:

—¿No aseguraba usted que éramos aquí reyes absolutos?

—Propietarios...—balbuceó torpe don Jacobo.

—¡Sin que nos consientan defender la propiedad!

Leonardo Erecnis intervino:

—Por el absurdo de que sean del país los guardianes de la Mina; tienen ustedes un tesoro contra la voluntad de sus dueños, y aún pretenden que los despojados se lo defiendan.

La observación era importuna delante de la tropa, y Erecnis se mostraba egoísta perdonándose las culpas de la Empresa.

Observóle don Martín sorprendido, y poco dispuesto a nuevos disgustos, se limitó a responder, apagando la voz:

—Nuestro reglamento se opone a que los nordetanos, de ninguna condición social, sirvan aquí en destinos humildes.

—¿Por orgullo?

—Sí, por el prestigio de la raza, ¿le sorprende?

El yanqui, súbdito de un pueblo joven y despreocupado, se echó a reir.

—¡Me asombra!, juzgué que dependía de otro linaje de servidumbre el crédito de una nación.

—¡Hay opiniones!—manifestó don Jacobo, suponiendo que decía algo; quería distraer a don Martín para que no le hiciese más preguntas. Pero éste sólo atendía a su grave responsabilidad.

—El caso es — dijo acerbamente — que nada poseemos aquí.

Entonces la niña de Leurc, desde la puerta donde se asomaba, declaró muy bajito, pero con firme tono:

—¡España para los españoles!

Tenía Berta en la imaginación el eco de una frase parecida y en el alma un vago apetito de darle forma así. La extranjera de nacionalidad era andaluza de nacimiento, y un amor invencible la unía con la tierra esclavizada por sus compatriotas.

Acaso nadie más que don Jacobo había descubierto el escondite de la joven ni escuchado su cristalina voz. Volvió a mirar hacia la puerta y ya no estaba allí la que le interesaba de un modo singular, como una lejana cumbre de ambición: contraer méritos con la Empresa al servicio inmediato de don Martín, pudiera ser el camino de conquistar a la niña millonaria. El carácter de ella, apacible y poco mundano; su vida retirada en Vista Hermosa, sin ocasiones de amorios, hacían concebir al ingeniero una esperanza muy dulce.

Pero no se prestaba la ocasión a las bellas ilusiones.

Jacobo Pmip lo reconocía, amargo y receloso, mientras el Director mandaba a los policías retirarse. Podían irse cada uno a su domicilio o recogerse en las cocheras hasta nueva orden; no eran necesarios allí.

Un enojo violento se advertía en esta determinación, y habló Zabala, sumiso, de hacer la ronda al Parque hasta que amaneciera.

—No, no; es inútil: *nosotros* no tenemos miedo—subrayó hiriente don Martín.

Se dispersaron los guardiñas en la sombra con un turbio rencor, descontentos y envidiosos. Poco después los señores resolvieron descansar un rato para hacer frente con más brío a la jornada venidera, y fué el último en despedirse Jacobo Pmip, rayana la noche con el amanecer.

En el gran corredor encontró a Berta, muy pensativa entre los sahumadores apagados y los revueltos escañiles.

—¿No se acuesta usted?—le preguntó el ingeniero tratando de verle el rostro en la penumbra.

—Ya no—repuso ella con malévolo regocijo—; tengo que encender el fogón y preparar los desayunos.

—¡Oh, buscaremos quien le ayude!

—¿Buscar?... no encontrará usted más que desengaños—dijo la niña con desdén, y se dió media vuelta, añadiendo: —¡Esta es la hora del castigo!

Salió don Jacobo, muy huraño, al jardín. El viento crecía sobre los árboles convertido en huracán y avanzaba por las avenidas con pasos adustos, como un enemigo que se acerca.

La venganza.

Llueve desde la madrugada, sigue ventando, y este largo anochecer se envuelve en un gemido lúgubre.

Se ha concentrado la Guardia civil, pero no llegan todavía las fuerzas del Ejército, obligadas a entrar a pie en la región.

Unos pánicos rumores de Vista Hermosa aseguran que los obreros tienen dinamita, armas blancas, fusiles, y propósito de asaltar las tiendas de los comerciantes *amarillos*, de romper los diques, bombardear el Parque y destruir la maquinaria. Y toda la milicia disponible patrulla por las calles de Nerva, donde temen los nordetanos que se fragüen mil espantosas conjuraciones.

Bajo las gratuitas amenazas han cerrado sus puertas muchos comercios, y como la lluvia entorna los portales y los hombres se recluyen en sus «casinos», aparece la ciudad solitaria y muda, con grave aspecto de tragedia: lo que no impide que su rostro ceñudo sirva de manto a una honda serenidad.

Aparte los privados conflictos de cada familia, el cariz de la huelga no puede ser más tranquilizador. Muchos hombres duermen con un fuerte cansancio que se sobrepone en ellos a todo lo demás; se embriagan en el reposo con voluptuosa delicia, hundidos en él como en un baño refrigerante y nuevo: despiertan, gozándose en su ventura, y se vuelven a dormir. Otros fuman y peroran en las tabernas, deleitados en la holganza, con el orgullo desconocido de no tener amo ni prisa. Las conversaciones son, por lo común, sonrientes y apacibles, ajenas al enorme acontecimiento actual; el carácter andaluz, muy sensible, generoso, infantil, no se entrega mucho a las inquietudes materiales, y fácilmente se preocupa de cosas bizarras y gentiles, de asuntos

frágiles y hermosos: ahora mismo, en el cafetín, donde es mayor la concurrencia, hablan los mineros, con sumo interés, de un rosal.

—Tiene veinticuatro flores abiertas y diez y ocho en capullo—dice Enrique Salmerón.

—¿Tú le has visto? — pregunta con envida Félix Garcés.

—Sí, hombre; cuando fuí a Zalamea la Real este último día, hice un rodeo para convencerme del prodigio.

—¿Y es de pitiminí?

—Algo se le quiere semejar en lo trepador, pero éste luce las rosas más crecidas, tostadas como el oro, los aguijones más finos... ¡y unas esencias!...

—En Los Fresnos, ¿verdad?—pregunta Estévez, pagando unas copas llenas sobre el mostrador.

—Sí, en un huertecillo de la riba.

—Ya conozco esas flores; nacen en umbelitas, con el caliz entero y los pétalos amarillos: se llaman *lúteas*.

Han callado todas las voces mientras Santiago refiere las noticias del rosal. Va diciendo sus cualidades, el cultivo que necesita, las tierras donde abunda; y los mineros imaginan las rosas y los botones, perciben su olor, se entusiasman con su belleza. Sobre la fantasía individual influyen las memorias con su magia y su lumbre; ¿qué andaluz no ha tenido en un jardín o en un patio, algún día una flor?

Los recuerdos se ciernen como abejas y mariposas encima de los capullos evocados.

A Estévez se le extinguen las palabras, también, pensando en sus huertas de Alájar vestidas de azahares. Rei-

na un silencio conmovedor: se oye caer en la ciudad el llanto de las aguas.

Manolo Fanjul, que viene derecho de la cárcel, pronuncia sordamente:

—Yo tuve en Córdoba una mata de clavel...

Le interrumpen unas carreras, unos gritos que desde la calle alarman la reunión: el traquido de unas descargas llega empapado en la lluvia, extendido por el viento.

Se abren todas las puertas; la gente sale despavorida a enterarse de lo que ocurre.

—Hay cargas contra los obreros—dicen los que vienen de la calle de Cicerón y sus inmediaciones. Y sobre el lodo, en el aire, pasa el escalofrío que se nota cuando palidece el pueblo...

Había intentado el Director recoger en las fábricas los papeles y libros de contabilidad y algunos delicados estuches de los laboratorios. Zabala, con un refuerzo de guardiñas, acompañó a los empleados a cumplir esta comisión bajo las órdenes de Erecnis. Nadie se les opuso, y el químico, para demostrar su confianza a los mineros, quiso guardar en Nerva aquel depósito.

Entraron en la ciudad a boca de noche, y por delante del Centro obrero se dirigían al edificio de la Empresa, en la calle de Rómulo, ya tocando sus umbrales, cuando una patrulla de la Guardia civil asomó allí cerca, y suponiendo aquel grupo sedicioso y agresivo, disparó sobre él, sin más averiguaciones.

Corrían algunos de los atacados a refugiarse en el domi-

cilio patronal y la ronda insistió en su acometida, cada vez más segura de que se trataba de un asalto a la Casa Rehtron.

Acudieron los municipales en auxilio de los civiles, dispararon los guardiñas también, mezclóse el vecindario entre unos y otros con la más ciega irreflexión: el miedo, la cortina de la lluvia, la sombra de la noche, contribuyeron al desastre. Se sucedían las descargas desatinadamente, los proyectiles entraron por corrales y balcones a herir o a matar, y se extendían la resonancia de los disparos, el tufo de la pólvora, los ayes de la multitud, como una marea de espanto al través de la población.

Radicaba la zona de los tiros en los alrededores del Centro obrerista, y allí precisamente, en casa de Hortensia Rubio, tenía lugar en aquel momento una escena dolorosa bajo el terror de los estampidos. Manolo Fanjul había ordenado a su mujer que echara a la calle a Marta y a Casilda: sentíase muy feliz con la muerte del suegro y no quería tropezar con más estorbos familiares.

Al verse libre, indultado por las solícitas gestiones de Hortensia, la buscó certero en la alcoba donde padecía, despidió muy arisco a las mujeres que le acompañaban, y cerró por dentro ansiosamente.

—¡La va a matar!—clamaron los vecinos con angustia.

La madre permaneció inmóvil, sin saber lo que sucedía; los dos niños pequeños se escondieron temerosos en un rincón, y el mayorcito, Joaquín, echó a correr fuera del portal.

Pero Casilda murmuró por lo bajo, con celosa acritud:

—¡No la mata, no... es que la quiere!

—¿Y ella?—preguntóle Carmen, sin levantar la mirada de una ropa de luto que cosía.

—¿Que si le quiere a él?

—Sí.

—¡Vaya, muchísimo!

—¡Parece mentira!

—En las cosas del amor no hay leyes ni razones—afirmó la de Rubio, con tanta sabiduría, que Carmen la miró muy atenta en los ojos tristes y amargos.

Poco después se marchaba Fanjul a la taberna, sonriente y orgulloso, dejando, con burda temeridad, cargada la pistola en un estante visible de la cocina. La puso allí como un reto, hablando aún con su mujer desde el pasillo, despótico, amenazador.

Y Hortensia, muy encendida, anhelosa, llamó a su hermana para decirle que regresara al Monte con la madre.

—¿Ahora mismo?

—Sí, sí, por Dios; antes que cierre la noche y vuelva Manolo.

Casilda la turbó con una ojeada escrutadora: no entraba en sus planes aquella fuga, lejos del hombre por quien vivia en desatada pasasión, y habló ásperamente, abrumando a la enferma de acusaciones y vituperios.

Marta, que entró en el dormitorio, errante como un fantasma, comprendió que reñían, se puso a temblar y llamó a Carmen.

—A ver qué tienen: dímelo tú.

Intervino la amiga, aplacadora entre las dos hermanas, cuando llegó Dolores con la niña de Gabriel en los brazos, como otras veces.

Iba a pasar allí un ratillo, hasta que se encendieran las luces, algo picada de la curiosidad, porque en el barrio se supo en seguida que Fanjul había salido de la cárcel airado y vengador, provocando los disturbios en la familia según costumbre.

A Hortensia no le importa que los extraños diluciden las íntimas disputas de su hogar, si evita los excesos del marido y consigue darle gusto. A todo trance le quiere obedecer, sometida a sus caprichos con una inclinación misteriosa y fatal. Y pretende que su madre y su hermana tomen el camino de la sierra bajo el látigo de la lluvia y la oscura asechanza de la noche; intenta que las vecinas le ayuden a cumplir los deseos del tirano.

Dolores procura explicar a Marta la precisión de aquel viaje repentino, y Carmen discurre una manera de recoger a las dos infelices, siquiera hasta el dia siguiente.

Entonces suenan unos disparos que las mujeres confunden con los truenos.

Ha caido la sombra en la habitación y sólo clarea la ventana en un fondo gris; sobre el galope negro de las nubes se enroscan las víboras de la tormenta con resplandor cobrizo: todo el cielo avanza tumultuoso, empujado por el huracán.

—Ese retumbo parece una descarga—murmura Hortensia.

Dolores sonríe:

—No, mujer; estás vestida de miedo: es que sigue tronando.

Sin oir más gritos que los de su pena, Marta balbuce:

—¿Adónde iré, Dios mío?—En su voz palpita el germen de todos los sufrimientos.

—A mi casa—decide Carmen llena de piedad.

Y como crece por instantes la sombra, sacudida por el viento, afirma Dolores:

—Sí; hay que buscarles acomodo hasta mañana.

Está Casilda mirando a la nena con muda obstinación; Hortensia, desazonada y febril, suplica y encarece:

—Eso es lo mejor: buscarles hoy una guarida segura.

—¡Como a las bestías!—prorrumpe la hermana devorando su despecho.

Vuelve a sonar aquel rimbombe tormentoso, parecido al que sigue a los relámpagos.

Los niños, que salieron ya de su escondite, se acercan a la alcoba, y viene Joaquín de la calle, mojado, corriendo, asustadísimo.

—¡Están matando a la gente!—grita, a la vez que entra Aurora, desalada.

—¡La Nena, démela usted!—pide, extendiendo los brazos en la oscuridad.

—Pero, ¿qué sucede?

—Hay tiros y muertos: ¡déme la niña!—repite muy afanosa.

Se la entrega Dolores, y la muchacha sale de la habita-

ción con nervioso apresuramiento, regazando el vestido para envolver a la criatura mientras las otras mujeres se hacen cruces, le vocean a Marta la noticia y detienen a Hortensia, que se quiere vestir.

Las deja Casilda en el primer instante de inquietud, y obediente a una invencible fascinación va siguiendo a su rival hasta la puerta de la casa: desde allí la ve detenerse a pocos pasos, irresoluta.

Llega por el callizo penumbroso el fragor aciago de la contienda, un olor de sangre y de muerte que sacude a la de Rubio el alma, borrascosa lo mismo que la noche. De pronto se hunde en el zaguán y vuelve en seguida con la pistola de Fanjul en la mano. Da un salto de tigre, apunta y dispara sobre Aurora.

El eco trágico de un grito llena el callejón. Dobla la esquina un hombre que recibe a la madre y a la hija: es Gabriel. Salía a buscarlas y no se da cuenta del atentado hasta que Aurora descubre a su niña con frenética excitación, sintiendo en los brazos el riego tibio de la sangre. Un gemido caliente se escapa de aquella vida, pura y dulce, segada en brote; la Nena tiene el cuello atravesado por un tiro: ya no se mueve ni respira cuando sus padres la guarecen en el portal del Sindicato, sin saber de dónde había salido la bala sacrificadora.

Se precipitaron en las oficinas, desiertas porque los hombres asaltaban las calles, vengativos y desordenados.

La conciencia de Aurora se oscurecía con ráfagas de locura. Gabriel, pálido, transido, con la muerteçita sobre el

pecho, trataba de sorprenderle en los ojos claros un surco de la divina luz, y decíale confusamente palabras imbuídas de eternidad. Estaba derretido en compasiones ante la niña que no tuvo nombre ni cuna; ¡la trajo al mundo el ciego amor y antes de verla sonreir la despeñaba el odio, así tan débil y sin delito, sola por las tinieblas de ultravida!

—¿La mataron, verdad?—rugió la madre.

—¡Sí!

El llanto. Esta horrible certidumbre no es más que una gota del dolor que estremece al pueblo.

Otras balas han entrado en las viviendas haciendo víctimas entre las mujeres y los niños, mientras en las calles rodaban mortalmente los hombres.

Allí mismo, en la de Cicerón, caía Leonardo Erecnis con el pecho abrasado, y Zabala un poco más allá, con un agujero en la sien: los habían matado sus propios defensores como a otros cuantos amigos de la Empresa.

Ya pasó la nube roja de los proyectiles, una llamarada cruel encendida en la oscuridad. Se columbran apenas las proporciones del drama, y el vecindario, enloquecido todavía, palpitante, medroso, se inclina con lastimosa solicitud sobre los heridos y los muertos, sin distinguir de ideales ni de patrias.

En el Centro obrerista ni siquiera Gabriel se excusa de socorrer al prójimo. Esconde su pena con esfuerzo varonil, y va, generoso como sus camaradas, prestando servicios

bajo la negrura de las horas: acaso pretende embriagarse con el dolor ajeno y ahogar el suyo en el fondo de la gran tragedia. Huye también de Aurora, espantado de la voz con que ella le pregunta:

—¿Y por qué la mataron?... ¿Por qué, dí?

Hay una sorpresa infinita y desgarradora en esta obsesión de la madre: ¿Por qué?

—¡Era el sino de la inocente!—clama Dolores, aunque en realidad piensa otra cosa. Oyó la víspera cómo a un vecino se le rompía el bordón de la guitarra, anunciando el vuelo de un ángel allí cerca, donde sonó el chasquido, y está convencida de que Aurora tuvo que salir con la niña al encuentro de la suerte...

Llegan sin cesar al Sindicato peticiones de medicinas y vendajes. Romero, dispersa el botiquín de la casa con un gesto pródigo, vacía los anaqueles, abre las puertas, asiste a todos los caídos con igual amistosa blandura. Santiago Estévez le sirve de ayudante, y Garcés, con la mano derecha rozada por un tiro, auxilia cuanto puede a sus compañeros.

Echea, Salmerón y Garcillán se han hundido en la lluvia y en el lodo a las primeras voces de alarma, imponiéndose a los más exaltados, y esclareciendo la terrible confusión del combate.

Ellos mismos recogen a Zabala en el consultorio, sin temor a comprometerse, y velan su agonía olvidando que poco antes le llamaban «el traidor». Se queja de un modo extrañísimo, como si todos los animales del mundo gimiesen dentro de él, y una angustia piadosa entorpece a los

que le rodean, hasta que se extinguen los mortales alaridos en un ronco estertor.

Rosario, sin apartarse mucho de su infeliz amiga, acude a cuanto exigen aquellas graves perturbaciones, va y viene como un genio tutelar por los dos pisos de la casa; abajo, ayuda a extender los apósitos y suministrar los medicamentos; arriba, se detiene silenciosa bajo el alcabor de la chimenea, preparando tisanas y calmantes; a menudo entra en su cuarto, donde duerme Anita, y le toca la frente con un beso muy dulce. Estos días la pequeña suele llorar despacito, buscando a su madre, y sólo se calma cuando Rosario la acaricia y asegura que Natalia ha de volver.

Entre afanes y lamentos se oye hablar de Leonardo Erecnis con tristeza fervorosa. Los que entran y salen en el domicilio social dicen que el ingeniero cayó a tierra sin vida, partido el corazón: le hospedaba la Compañía, muy vigilado por aquel miedo, todavía insuperable, origen de la matanza.

Dolores y Rosario se duelen mucho de la niña gentil que en Vista Hermosa les aplacó la sed.

—¡Pobrecilla, sin padre!—murmuran. Y Rosario le dice a Aurora:—¿Te acuerdas?... No separaba los ojos de ti...

—¡Me acuerdo!—responde. Al contagio de aquella otra desventura revive su razón, y piensa de pronto, con intensa lucidez, en todos los niños abandonados, en la chicuela que iba a la cárcel, deshonrada por la culpa de pedir.

Clava la joven sus tétricas pupilas en el lecho donde reposa el cadáver de Nena, blanco y chiquitín, lavado piadosamente, vestido de cándida envoltura.

—¿Por qué la mataron, dí?—repite aún la madre, estallando en sollozos.

—Porque nos falta en el mundo la misericordia—contesto Rosarito con íntimo desconsuelo.

—¿Y la volveré a ver?

—Sí, en la otra vida: nunca ciegan los ojos de las almas.

—¿Estás segura?

—¡Como de tu dolor!

—¿Quién te lo ha dicho?

Dolores, tercia, pronto y firme:

—¡El Evangelio!

Y Rosario entraña su expresión para contestar:

—¡El Hombre que nació y vivió sin pecado!

Percibe Aurora el aliento divino de estas palabras... y deja el llanto libremente correr.

Fuera, el agua y el viento se retuercen con rumores muy tristes, como si contasen una perpetua historia de lágrimas y suspiros.

La culpa.

Cuando oyó Casilda el grito desesperado de Aurora y la vió tambalearse en la oscuridad, hizo un movimiento de brusca extrañeza, mirándose las manos como si temíese encontrarlas llenas de sangre: un poco de humo las envolvía, y en la derecha, cargada con la pistola, sintió un peso enorme y frío, una helada sensación de cansancio. Dejó el brazo caer entre los vuelos del delantal y se dispuso, muy cautelosa, a poner el arma donde la había dejado Manolo.

—¿Qué escondes ahí?—le dijo Carmen, inquietísima, tropezándola en el corredor.

—¿Esconder...?

—Sí.

—¡Nada!

Quiso resistirse a las averiguaciones de su amiga; pero tuvo ésta un arranque violento de curiosidad, y acabó por saber:

—¡Es la pistola!... ¡Y está caliente!.. ¿Qué has hecho?

—¡No grites!

—¡Cómo tiemblas!... ¿Qué has hecho?

—Disparar al aire.

—¿Por qué?

—Por gusto.

—¡Mentirosa... criminal!

—¡Calla, por Dios!

—A Dios no le nombres: no crees en él y por eso aborreces y matas.

—No he matado...

—¿Qué sabes tú? El grito horrible que atravesó la calle, sería de esa mujer...

—¡Los muertos no gritan!—balbuceó la de Rubio con el acento rudo y opaco. Y apresuróse a colocar la pistola en su sitio.

—¡Qué mala... qué vil!—susurraba Carmela, trémulamente, detrás de la culpable.

—¡Calla, no me descubras!

—Si me piden declaración, hablaré.

—¿Y si no te la piden?—inquirió Casilda, vacilando su expresión entre la súplica y la amenaza.

—¡Callaré por tu madre!

Salía Dolores con Hortensia de la alcoba, alumbrándose con un quinqué, hablando impacientes del tiro y la voz que sonaron, juntos, en la misma orilla de las ventanas, hacía un momento. Al extenderse por las habitaciones aquella luz, fué Casilda huyéndola con el rostro esquivo y los ademanes azorados, hasta que, de repente, le dijo a Carmen, agitadísima:

—Me voy.

—¿Qué?

—¡Adiós!

Y lanzóse a la calle, rauda y corajuda, sin volver la cabeza.

—¡Casilda, oye: aguarda!

—¿Adónde va?—preguntó Hortensia muy sorprendida.

—No sé—musitaba Carmen, incoherente, disimulando apenas su profunda turbación.

—Se ha enojado conmigo y es capaz de marcharse dejando a la abuela sola.

—Está disgustada, sí—afirmó Carmela, deseando huir también, llena de miedo y pesadumbre—. Por si no viene—añadió apremiante—yo me llevo a la señora Marta.

La tomó del brazo con dulzura, y la triste mujer se dejó conducir, suponiendo que las acompañaba Casilda.

Iban agobiadas de indecisión, guareciéndose un poco del chubasco al arrimo de las casucas.

Se quedó mirándolas Dolores hasta que se taparon con el luto de las tinieblas.

—¡No lo entiendo!—exclamó.

—¿Cuál?

—Que tu madre se vaya así.

—¡Pobre mia!—gimió pesarosa la mujer de Fanjul—. No tengo yo la culpa.

—Pero, ¿y tu hermana?

—Es medio loca: ya volverá.

—¡Tener dos hijas y verse en la vejez, sola con la pobreza y la tribulación!

—¡Cosas de la vida!

—¿No temes que te pase a ti igual?

—¿A mí?

—¡Vaya!

—Hay pocos hombres tan indómitos como el mío...

—Y tan guapos, ¿verdad?—acabó la serrana con ironía.

—¡Usted me acusa!—dolióse Hortensia, avergonzada de su pasión.

Sostenían el diálogo vivamente, a la puerta de la barraca, cuando ya se iba Dolores, anhelando enterarse de muchas cosas, intranquila por Enrique, asustada con las fuertes novedades de la noche.

Hortensia también quería ir en busca de Manolo. Olvidó a su hermana y a su madre, olvidó a los propios hijos, acordándose, únicamente, del hombre pendenciero y matón que pudiera arriesgarse en la trifulca; pero temió desagradarle

si salía, y quedóse allí, alerta y celosa, trastornada por la fiebre y el amor.

Entretanto, Casilda atravesaba la ciudad, insensible a los aguaceros, hurtándose a la gente y a la luz, imaginando en cada ruido y en cada sombra una persecución. El instinto y la costumbre la conducían a su casa del Monte, y sin propósito ninguno, empujada por la necesidad de huir, salió a las afueras, cruzó la vía y hallóse lejos de la población: los míseros faroles del municipio no llegaban allí, y la salvaje valentía de la moza se detuvo ante el monstruo de piedra bañado por la tempestad.

Echaba de menos los rumores estridentes de las fábricas, las lumbres de los hornos, mensajeras como palomas, las brasas caídas a granel por los escoriales, gritos y lampos de todo el hervidero industrial que le hubiesen alumbrado las primeras curvas del camino. Así, ciego y mudo, el valle le parece otro a la fugitiva; desconoce la espesura torva de aquella soledad, y varias veces ha rodado entre el limo y la zafra, sin encontrar el rastro de una senda.

El temporal enciende todavía el rehilo cárdeno de sus exhalaciones, y merced a las siniestras luces consiguió la de Rubio pasar de la estación de Naya y del ensanche de las funderías hasta esconderse en el cobertizo de un almacén: aquí es donde se para, temiendo a los ambages ceñudos de la sierra, mirando, al centelleo borrascoso de las nubes, cómo se ciñe el arco del cielo sobre el monte.

Siente Casilda en torno suyo una hostilidad inmensa que la espanta: nunca ha visto el celaje oprimido como un su-

dario sobre la roca, ni oyó jamás al viento decirle tales tristezas a la pavura de la noche. Parece que se ha roto la guarida de los huracanes y que todas las ráfagas medrosas se concitan en desgarradores escuchos.

Ha encontrado la niña en su escondite un montón de doladura, y en él se encoge, trémula y absorta, padeciendo la frialdad del agua sobre el resudor de la carne. Los pensamientos pasan fugazmente por su conciencia; la tocan y siguen, como la lluvia sorbida por el erial, como el viento desesperado en los escobios.

Y se tapa los oídos: todo a su alrededor huye y la abandona; está segura de que la sierra se escapa, también, con un vuelo enorme. Piensa de un modo vago en su culpa y en su desdicha. Tiene el presentimiento de haber herido a su rival, y no se aflige: la endurecen los ímpetus ancestrales de su corazón. «Aquella mujer» la ha robado la felicidad; la odia y se cree con derecho a matarla. ¿Por qué, entonces, teme y se oculta?

No lo sabe. Le amedrentan los recuerdos más inofensivos y apacibles; se horroriza al evocar los ojos de Aurora, rutilantes como dos estrellas verdes, posados en Marta con gratitud; se aturde recordando unas severas palabras de Estévez:—Es preciso que te cases con Pedro Abril, él te lo propone honradamente y tu padre murió deseándolo.

No quiso contestar. Escudada en una reserva arisca, desoyó los consejos del amigo, y los escucha ahora sin querer, resonantes en la deformidad de la noche, convertidos en larga acusación. Siente su mancilla violenta en la sangre;

clava las pupilas tristes en la sombra; halla cerrados los caminos de la tierra y los caminos de los sueños. Y se yergue sacudida por una terrible ansiedad, alocada y convulsa: es un pájaro que no encuentra su nido.

De pronto vuelve a sentarse, muy cansada, olvida todos los recuerdos, no oye más que la voz de la lluvia derrumbada en las torrenteras: cierra los ojos, con la cara entre las manos, y se duerme al arrullo de aquel son, persistente como un gemido de la eternidad.

La bestia.

Alba gris, tardío amanecer; a sus primeros hálitos, las mezquinas campanas de la ciudad despiertan con una posa fúnebre, que se repite y no se acaba nunca.

—¡Tocan a muerto!—dice Casilda, abriendo los ojos estupefacta en su rincón. Tiene los miembros doloridos, ardiente la piel, alborotada y vedijosa la cabellera de terciopelo bruno.

Se levanta; sacude su vestido, pesado, embebido en la lluvia como el paisaje, y pone las pupilas tenebrosas, en el cieno y en las montañas, en la llanura silente, en el espacio insondable. Imagina, de pronto, que está sola en el mundo con el agua y el viento, radia con el temporal.

Pero vuelven las campanas a tañer. ¡No está sola, no!; allí, detrás de la bruma, revive la ciudad y se queja de la muerte.

—¡Ah, ya sé!—discurre Casilda con una lógica incomprensible, asiéndose de súbito a la esperanza y a la reali-

dad—; se ha muerto el mozo de Jesusa la de Almonaster, que estaba en la agonía, transido de la podre.

Y sonríe animada, como si hubiera encontrado una solución para los enigmas terribles de su destino.

Sale del techado con la falda extendida por la cabeza, suponiendo que se defiende así contra los chaparrones. Ya logra dirigirse por las rutas montaraces, y sube con todo el brío de su naturaleza silvestre, bajo el peso de la ropa mojada y la carne padecida: quiere llegar, no sabe adónde, sin que la mañana se alumbre

Ha tomado el camino más corto, por la calcera, de márgenes hoy desiertas y crecidas, purificadas.

Va henchida la corriente y estruendosa, deshecha en ramblizos a menudo, extraña y turbia.

Casilda no posa los ojos sino en el sitio donde afirma los pies. No ha vuelto la cabeza en derredor ni ha visto el humo leve y pálido de las fundiciones, aplastado con las nubes sobre el valle, como única señal del ara grandiosa que ardió allí la vispera.

Lleva consigo la muchacha un presentimiento que la sostiene y empuja. Espera hallar en Monte Sorromero un albergue inexpugnable, y cuanto más resbala en la mica riscosa y más distante y dura ve la cumbre, más crece su confianza en conseguir el refugio.

Pero en las nebulosas de su conciencia esta ilusión es un misterio: ningún nombre amigo se le ocurre como base de aquella seguridad. Necesita hacer una confesión y encontrar después unos brazos, fuertes y generosos,

que la recojan y beneficien... ¡Anuncia! — recuerda al cabo.

Es una moza algo liviana por quien la niña de Rubio tiene predilección y de la cual ha recibido demostraciones de amistad a hurto de sus padres. Recapacita y murmura íntimamente: ¡No, Anuncia tampoco!—Y añade con desconsuelo infantil: ¿Entonces, quién?

A vuelta de tropezones y caídas en la humedad viscosa de las pizarras, trepa ya la joven por los castros donde se apoya el caserío. Están cerrados todos los hogares, callados los contornos, secreta como nunca la roca, eterna esfinge de la serranía.

Casilda se va ocultando de las casas todo lo posible hasta llegar a la suya, cerrada también. Se detiene con una inexplicable certidumbre de acogimiento, levanta la manilla y abre la puerta.

Con la muchacha entran en el zaguán las gotas de la lluvia y el aire tempestuoso del camino; el viajero mugiente de las cumbres. Ella cierra en seguida, hunde los ojos en la media claridad que la envuelve, y no grita ni se alarma cuando un hombre la sale a reciblr con los brazos abiertos.

—¡Thor! —pronuncia gozosa, acogiéndose al amparo del hércules, sin la menor resistencia—. ¡Ah, eres tú!

—Sí; ¿quién había de ser...?

—¡Es verdad!

Y adquiere una transpariencia indiscutible el hecho de que sólo aquel hombre pueda valer a la culpable, allí en la

vecindad de los truenos y de las nubes, en el muñón sombrío de *la última tierra.*

—¿Me esperabas?—insinúa la niña, muy despierto su interés a cuanto él responda.

El bárbaro sonríe, afanosa la respiración, lúbrica la mirada.

—¡Por eso vivo aquí: porque a tu casa habías de volver!

—Pero, vuelvo sola...

—¡Mejor!

—Escapada...

—¿A buscarme?

—A decirte que me ayudes y me defiendas.

—¿De quién?

—De todo el mundo.

—Es natural... ¡siendo tú mi mujer!

—¿Cómo?

—Gabriel no te quiere.

—Ya lo sé—ruge la moza.

—A Pedro no le quieres tú.

—¡No!

—Tienes que casarte conmigo.

—Si me escondes y me guardas...

—¡Mira!—demuestra victorioso Thor, alzándola en sus brazos como una pluma—. Estás mojada—advierte muy solícito. La lleva a la cocina donde acaba de encender el llar, y dispone autoritario y risueño:

—¡Múdate la ropa!

El mismo la desnuda; ella todo lo consiente: no vive en

su inteligencia más que el instinto de conservación, entregado a la fuerza brutal del gigante. Al calor de la lumbre se le aflojan los músculos, y sólo padece la necesidad física, como una bestezuela.

—Tengo hambre.:.

Busca el mocetón en la taca algunos miserables comestibles, todas sus provisiones, que le ofrece. La niña devora y pregunta:

—¿Has oído tocar a muerto en Nerva?

—Oí las rufadas del agua y las voces del aquilón.

—Pues hubo tiros anoche.

—¿Qué nos importa?—clama el minero impaciente y ávido.

—Es que yo disparé uno.

—¿Y mataste?

—No lo sé.

A Thor le asusta el arcano de la vida: una mujer capaz de hundir en la sombra a un semejante, le estremece.

Pero ésta, que ha saciado su apetito, se le acerca en franca desnudez, con los ojos entornados y soñolientos. Se miran llenos de ignorancia como dos animales.

—¿Me quieres, sí o no?—prorrumpe él con feroz sensualidad.

Hay una pausa oscura. A Casilda le roza el pensamiento nna centella de lucidez; luego, siente un cansancio horrible, una infinita necesidad de protección.

—¡Sí!—balbuce.

«El hijo de la tierra» ha empezado a temblar como una hoja...

Y se enciende la mañana en la yerta ceniza de la noche; tramonta el viento igual que un águila, llevándose la lluvia; en el confín del cielo se abre el arco iris, *el puente de los dioses*, rielando su inocencia por encima de las cumbres.

XII

LA RUINA

El gusano y la estrella.

ACE un mes que la Mina está muerta. Su cadáver se pudre al sol; las entrañas, que se licuan fatalmente, rompen los diques y surten por calceras y brazales hasta el río, por el río envenenado, hasta la mar.

Y en la risueña costa de Estuaria, por los canalizos y ancones del Saquia y el Odiel, por todos los dobleces de la ancha marisma, hay una gran ribazón de peces muertos, corrompidos en las sales perniciosas del mineral.

Cada año posan en el lecho de estas venas fluviales más de ochenta mil toneladas de hierro, disueltas por las lejías del beneficio del cobre. Es en agosto, precisamente, cuando

más cunde por las orillas la caparrosa verde y azul, el famoso aceche que en el siglo XVI perteneció al Arzobispo de Sevilla como un tributo de los poblados ribereños; nadie lo podía mermar sin grave pena, y estaba la juventud obligada a cosecharlo, en cuadrillas gentiles por el tortuoso lindón.

Hoy nadie lo aprovecha; sirve de orla rojal a los manantiales, desde el cabezo de Salomón hasta las albinas de Estuaria, y se hunde en el océano, tiñendo con su color mortífero el cendal vivo y trémulo de las espumas.

Pero las ochenta mil toneladas, han crecido de una manera fabulosa durante el mes holgazán de este verano: aguas y légamos son hoy aquí depósitos incalculables de millones de pesetas.

Los canales rotos, las balsas que se hienden, las cuevas que se inundan, lanzan al río, cada día, una cantidad enorme de metal, un acervo monstruoso de cristales diminutos que engrosan el cauce del Saquia y le engrandecen los bordes con eflorescencias desmedidas.

Y la Casa Rehtron ve con espanto cómo fluye su capital en la corriente espesa de este río andaluz. Han venido de Nordetania varios consejeros de la Compañía, altas personalidades en los negocios mercantiles de Europa: un lord inglés, un virrey de Egipto, un príncipe alemán.

No quieren transigir con los obreros españoles, no quieren ceder en su criterio, dominante y orgulloso, de doble explotación. Les humilla y desespera sentirse vencidos por aquella gente miserable y sufridora, sin recursos ni validez: el vecindario populoso de Nerva les parece una tribu de

aduar una prole estoica y dura que canta y ríe muriéndose de hambre.

El Director siente garantizada su tiranía con la actitud de los insignes viajeros, que en trenes militares van y vienen de Madrid a Dite por la ribera inclemente del río, viendo sus millones huir a rodo con las aguas españolas: esperan que se cansen los huelguistas; conferencian con los ministros; intentan comprar, a cualquier precio, la vida del Sindicato nervense.

Pero un impulso de indignación y patriotismo sacude a toda la Prensa nacional. Si hay traidores en el partido obrerista, capaces de venderse, lo disimulan. Ya no vive aquel periódico, bullanguero y servil, que se llamaba *La Evolución*, ni los que le sustituyen se atreven, ahora, a desmentir sus teorías de ostensible manera.

Y aunque privadamente consiga sus ventajas el oro nordetano para restar ayuda a los mineros, el público reproche escrito cohibe a los ilustres personajes, que, cegados de sol, cansados de porfiar y resistir, declinan sus poderes en Leurc, y se marchan descontentos, convencidos de que un hombre solo basta, con su fe, para calentar una multitud de corazones y levantarlos contra la más poderosa industria.

Va con ellos el estupor de aquella certidumbre; el daño horrible de la Mina se junta con la imagen de un mozo rubio y triste, pobre y tranquilo, que vieron a la orilla del tren. Señalándole, dijo don Martín: —Ahí está el campeón...— ¡Los millonarios extranjeros no podrán olvidar, nunca, al hombre insignificante, de ojos zarcos y apacibles!...

Se han cuajado los grandes hornos: habrá que volarlos con dinamita cuando resuciten las fundiciones. Todo el costosísimo material fabril está lisiado, orinoso, tirante, falto de cuido y vigilancia. Las máquinas ciclones, las extinguidoras, las grúas y tornos, el inmenso engranaje motriz de la explotación, se arruina, tinto en el colorete de las menas, se destroza en la dañina quietud: no se ha movido un aspa, ni un volante, ni un diente de la Mina colosal.

Más de cien locomotoras, con enganche de numerosos vagones, permanecen en la misma crispatura hace un mes, llenándose de herrumbre, arañando con la violencia de su perfil los valles y los montes. En los soterraños, el influjo de las aguas inunda los pisos, derrumba los hastiales, destruye la entibación: desde la cueva fenicia del Salitre, «de quince estados de altura», hasta el último bache de la contramina, no hay un lugar firme y terso que no amenace caer.

La tierra del exterior, enjuta y dorada, bebe con sedientos labios esta sangre invasora de los almadenes, y se abre en satánicas heridas.

Dite se hunde otra vez. Poco a poco van cediendo las casas y las calles igual que si obedecieran al aviso interno, la señal que precede a los terremotos: es como si la Mina añorase el zumbido de la metralla, y en sueños repitiera sus voces.

Al fin, la amenaza se cumple; se desploma una parte de la villa resbalando por las sangrientas rasgaduras, mien-

tras en los fosos braman los aludes de roca sobre el hundimiento de los puntales.

Pero la hecatombe ha concedido treguas, los vecinos se salvan y se quedan a campo raso, con el pobre ajuar maltrecho; los propietarios pierden sus fincas; ya saben cómo la Compañía avalora estas indemnizaciones; al que protesta le despiden si es empleado suyo, según suele suceder, o le obligan si no, a marcharse, en fuerza de perjuicios y de abusos: ¡las denuncias contra los nordetanos no surten efecto jamás!...

Un bloque formidable se ha corrido, se inclina sobre la siniestra Corta del Sur, bajo el cerro ingente de Salomón: con el caserío que perece están relajándose el cementerio católico y la parroquia, único santuario de la capital.

El cura pide socorro a los huelguístas: hay que «salvar» a los santos y a los muertos. Este religioso, como los de Nerva, parece muy distraído en algo que no es su divina misión; vive indiferente al drama de los hombres y al de la tierra, bien amistado con los extranjeros, alcanzado sin duda, por el egoísmo industrial de los patronos.

Tal vez por eso la gente obrera no estima aquí a los socerdotes, que nada influyen en su ánimo ni en sus luchas, que ni siquiera participan de sus lágrimas, y les dejan *desierto y sin cultivo el campo del corazón.*

No obstante, los obreros sirven al párroco; van a rescatar las imágenes que peligran, y el Niño Jesús, la Virgen, San José, salen del templo en brazos de unos mozos que no co-

nocen a Dios, y tratan las toscas esculturas con un cuidado exquisito.

Detrás de los santos, el sacerdote con el viril, abandona la iglesia en sílenciosa procesión, mudas las campanas en la torre que vacila, conmovido el público por la tragedia del suceso; los hombres se descubren, las mujeres lloran: un hálito puro de la fe cristiana posa como un ave celestial en aquellas almas rústicas.

La mayoria del pueblo sigue calladamente al Gran Señor, arrojado de una humilde vivienda que le aproximaba a la Humanidad: la avaricia de los nuevos católicos no repara en excelsas alcurnias ni excluye de su bárbara ley los derechos inmortales del espíritu.

Alza la campanilla del sacristán su lengua temblorosa en el recogimiento de las calles: es como si agonizara la villa entera, y recibiesen el viático los moribundos, unidos en una sola comunión... También el día levanta en el espacio su hostia providencial, una misma para las criaturas de Dios...

Santiago Estévez, el amigo pacífico de todos, contribuye al salvamento de las prendas sagradas, y cuando el cura recoge la custodia en su hogar, convirtiéndole en un sagrario, se dirige el filósofo con sus amigos al cementerio, detrás de la iglesia.

Está hendido por el desplome interior de las galerías. Abiertos los nichos, aparecen los ataúdes como esquifes tenebrosos, salen los muertos estupefactos de los sepulcros, y se deshacen cuando les tocan las manos vivas, el aire

caliente, el rayo de sol: tienen una fragilidad liviana y fría, mezcla de nieve y de polvo.

Gabriel Suárez ayuda a Estévez en el generoso traslado, y es el primero en cargar sobre los hombros las urnas heladas, llenas de ceniza. Desde que tuvo a la Nena inmóvil encima de su corazón, trata de familiarizarse con la muerte: una inclinación dolorosa, le induce á perseguir el atroz misterio, sin saber que ninguna mirada se ha posado en las orillas de la eternidad.

Intervienen agobiados los dos amigos en la macabra tarea.

—¡Somos los fantasmas del Tiempo!—murmura Estévez—y reune los despojos de un hombre, que se esparcen al tocarlos.

Gabriel calla, puesta su invencible curiosidad en el obstinado mutismo de las tumbas.

Solo el ruído opaco de los azadones interrumpe el silencio. Es menester a menudo levantar un terrón, sostener una lastra, y los obreros lo hacen blandamente, cuidadosos de que sus herramientas no provoquen argayos en el inseguro declive.

Cada bienhechor de aquellos tiene un permiso del Comité de huelga y es un voluntario que no cobra jornal. Saben todos que es peligroso el trabajo, y se han comprometido a él con serena decisión; quieren recoger sus muertos a otro lugar: en la Mesa de los Pinos, una anchura rosmarina y calva espera a los difuntos, inquietos hasta en la última hora de su carne... ¡Es que allí sólo hay vestigios de los pobres, favilas de la gente desgraciada!...

Ya la tarde, ardiente en las colinas de metal, sube fatigosa por las cumbres.

El calor se ensaña en los trabajadores, débiles y maltratados; sudan y se acobardan: tienen hambre. Se están mirando unos a otros, alastrados sobre la tierra caliente y el barro frío de las sepulturas, con envidia, tal vez, de aquellos huesos que descansan, lívidos, entre las losas.

Desde el valladar roto, una parte del vecindario les mira, también, indeferente al riesgo de hundirse.

—¡No pueden más!—claman unas mujeres.

—¡No!—responde Santiago, confesándose vencido.

Hace muchos días que reparte su escasa hacienda con los más necesitados y no come lo suficiente para vivir y trabajar. A su vera, otro hombre cae de bruces al querer levantarse.

—Le ha dado un sofoco—dice un compañero.

—¡Está borracho de amargura!—afirma Gabriel.

El maestro concluye, tratando de sonreir:

—¡No se puede mirar de cara al Sol ni a la Muerte!

Y ambos poderes insondables acosan a los infelices, el astro y el esqueleto: el gusano y la estrella...

Llega entonces Jacobo Pmip y quiere dar una limosna al desfallecido, que la rechaza con toda la indignación posible en su debilidad.

Pero el catequista no se apura ni se ofende; guarda su moneda, vuelve la cara, y echa un discurso: Es una insensatez lo que están haciendo allí, ocupándose de los muertos con amenaza terrible para los vivos ¡qué locura!... El,

como técnico, prohibe que continúe aquel absurdo trabajo la Compañía no puede hacerse responsable de lo que ocurra...

—Es inútil la prohibición—le ataja Santiago ásperamente—, se nos han acabado las fuerzas.

—¿También a ti?

—También.

—¿No comes?

—Poco.

—Estarás desganado, porque tú no vives de las minas.

—No; pero vivían mis discípulos.

—¡Y has ayudado a quitarles el pan!

—Calle usted: se lo aconsejo.

Observó don Jacobo de soslayo a la gente; aunque la conocía bien y fiaba en su bondad, vivía con el recelo siempre encendido en la mirada, con el ánimo vigilante.

Comprende que los improvisados sepultureros aprovechan la actitud de Santiago para suspender con decoro su terrible faena. Están rendidos: casi todos pertenecen a Dite y tienen hoy algunos de ellos la casa en ruinas, los trastos en la calle.

Desfilan pesadamente, acaso agradecidos a la intervención del ingeniero que les permite renunciar a un propósito superior a su resistencia.

Ya la voluntad les engaña: sin comer no pueden vivir ni sostener los gallardos pensamientos. Bajan la cabeza según caminan; hablan de marcharse, como tantos otros, a buscar trabajo, a pedir limosna; una infinita pesadumbre

les acompaña: las mujeres, los rapaces, van detrás de ellos, como un uncidos a un mismo yugo de miseria.

Les mira estremecido Santiago sin atender a Pmip; luego vuelve los ojos al campo de la muerte, desbordante de criaturas malogradas, y al cáncer del monte que está devorando la tierra: le parece la Mina un formidable escollo del cual huyen los hombres como olas.

Está esperándole Gabriel un poco alejado, taciturno. Se les conoce a los dos la inquietud de abandonar dispersas y trasegadas las mortales reliquias.

Don Jacobo, locuaz y adivinador, le dice al maestro:

—En cuanto acabéis la huelga, «levantaremos» una gran parroquia en lugar seguro, y una barriada de habitaciones... Se cercará el sitio ya destinado a cementerio, y haremos una buena función para bendecirle; entonces se trasladará solemnemente lo que «os» quede por aquí... — y tocó unos huesecillos con la punta del bastón.

—La huelga no se acaba, porque ustedes no quieren— respondió Santiago con acritud.

Y vió el espía un gran síntoma de relajamiento en aquellas palabras: era indudable que cedía la Junta, que los obreros no podían resistir ni un día más. Precisamente aquella noche expiraba el plazo para que la Compañía aceptase o no las últimas bases de un arreglo, y el Sindicato, con noble espíritu de transigencia, había hecho algunas concesiones en la definitiva solicitud.

Relacionaba don Jacobo estos detalles con el rostro acaecido de los sindicalistas, con la confesión espontánea de

Santiago: «Se nos acaban las fuerzas» — había dicho. Er pues, cosa concluída: aunque a trueque de grandes pérdidas la casa Rehtron salía triunfante; los obreros volverían a su trabajo sin condición ninguna, y aun tendrían que sufrir las represalias: procesos y despidos a montones.

Pmip vencía, disimulando apenas su gozo, viviendo intensamente aquellas horas de venganza y desquite, después de humillaciones inolvidables. Le habían torturado la sonrisita burlona de Berta Leurc, las pullas de la mamá, los desabrimientos del Director: su crédito personal descendía en Vista Hermosa, a la vez que bajaban las acciones de Dite centenares de enteros en las Bolsas de Londres y París. Y trataba más que nunca de mezclarse entre el pueblo, con apariencia de lástima y generosidad, para sorprender sus alteraciones y satisfacerse con su desesperación.

La gente le sigue tolerando, por costumbre, habituada a verle entrar y salir en los casuchos, regalar a los niños *detentes* y caramelos; a las madres, de vez en cuando, una moneda... si tienen mozas granadas y bonitas.

Algo remiso auduvo desde que los mineros se quedaron en sus casas; pero don Jacobo no es cobarde: tiene la osadía de la impunidad, y se va atreviendo a sus frecuentes intromisiones, a medida que los rebeldes huyen de la zona o se abaten deshambridos. Ya vuelve a contar por suyo el mísero campo de conquista y exploración, arrogancia que en Vista Hermosa se vuelve a cotizar. Alardea de ímpetus invencibles, toma el pulso dlariamente a los hogares tristísimos, y asegura que «aquello» va muy bien.

Para averiguaciones de más fuste y diplomacia tiene a Santiago a su disposición. El pobre maestro es un infeliz que ni odia ni disimula; no sirve para carbonario: en su alma transparente lee Jacobo Pmip como en un libro.

Y el políglota, que supone conocer hasta los misteriosos lenguajes del pensamiento, busca muy tranquilo su pitillera para darle al filósofo un cigarro.

—No fumo; gracias.

—¿Vas suprimiendo los vicios?

—Por necesidad...

Se clareaba a cada instante la pobreza angustiosa de aquel hombre, que no era precisamente un huelguista; ¿cómo estarían los demás?

Hace el nordetano mil propicias conjeturas, cuando notan los dos que la tierra se mueve. Habían ido alejándose del lugar más peligroso con instintiva precaución; ahora corren hasta donde se encuentra Gabriel, apartado de las mayores aberturas; observan los agrietados muros del templo, y les parece que en el herido campanil está temblando la Cruz.

Anochece; se hunde el sol detrás de un cerro ponentino: de aquel lado muestra el celaje un violento color de púrpura.

Gabriel se cansa de esperar.

—¿Viene usted?—le dice a su amigo.

Pero el catequista tiene mucho interés en hablar con el maestro:

—Aguarda un poco—le anima—y te acompaño hasta Nerva.

Está muy cansado Estévez; indeciso, responde:

—Se hará muy tarde...

—Iremos con la luna. Yo duermo allí: quiero saber cómo recibís la respuesta que publique el Director.

No acaba el maestro de resolverse; Gabriel, que escucha, decide, sin mirar siquiera a don Jacobo:

—Me voy; hasta luego.—Y echa a andar.

—Hasta luego—repite Santiago maquinalmente.

Una inmensa oleada de sombra se cierne por el valle: juraría el filósofo que la noche sube de la tierra extendiendo en las almas la obscuridad.

La noche callada.

Sí; fueron las tinieblas. Cuando Pmip le llevó furtivamente a una tasca y le convidó a cenar, no le quedó a Santiago despierto más que el instinto. Iba exhausto, vacilante; y él, tan sobrio y tan puro, se dejó vencer por el aroma de los comestibles, se dejó seducir por un vaso de vino y un bollo de pan.

Al volver a la calle, había salido la luna, plena y soberana entre un manantial de constelaciones, alumbrando los montes erectos, los tajos ceñudos, la villa ruinosa y el corazón sombrío del filósofo.

Siente una gran tristeza.

—Me ha *echado* usted de comer—subraya con amargura. Don Jacobo, radiante, no percibe la dolorosa ironía.

—¡Pues claro, hombre!

—No; como a un hombre, no... ¡como a un animal!

—¡Vaya!, no exageres: has cenado poco.

—He quitado el hambre y la sed... me siento muy fuerte.

—Bien, bien—sonríe el ingeniero que no abandona su frase predilecta.

Y se dirigen a la estación por la bárbara altura, sobre la Corta, el camino más arriesgado y breve.

Irán por la vía, muerta si se exceptúa la diaria expedición de un convoy militar, que no expende billetes a los mineros fugitivos ni admite facturaciones para los huelguistas.

—Llevamos tiempo de sobra—dice Pmip consultando su reloj—son las nueve y hasta las doce no se publicará el bando.

—Por supuesto que conocerá usted sus alcances...

—No lo creas.

—Estoy seguro de ello.

—Los colijo, si acaso.

—¿Y nos convienen?

—Mira, no hables en plural: tú solo eres un iluso, un sugestionado, y se me figura que andas cerca de arrepentirte...

—Dígame usted lo que va a contestar el Director.

—Sospecho que una negativa completa.

—¿Sí?

—¡Naturalmente!... La casa Rehtron ha perdido un enorme capital en esta aventura; dos millones de pesetas deja de percibir cada ocho días.

—Pero gana al año más de setenta, líquidos, en oro.

—Y sufre ahora otros perjuicios inmensos, en todo el ma-

terial inútil, en las obras encharcadas, en las tierras hundidas, en el cobre que se lleva el río.

—¡El metal de los muertos!

—¡No seas cursi!

—El oro es el mayor enemigo de los hombres.

—¡Y qué adorable! rubio como el sol; ¡es la miel de la vida!

Andan muy despacio, deteniéndose a menudo; el confort de la cena les comunica un caluroso prurito confidencial, y don Jacobo hace gala de tratar a Santiago como a un compañero.

—¡Desengáñate—añadió cínicamente—el dinero es el metal de los vivos!

—Por eso ustedes pagan salarios de tres pesetas y roban al Fuero español diez millones anuales de las mismas.

—¿Robar?—discute el nordetano que no se inmuta—. ¡Según como querais llamar las cosas!... Siempre las grandes empresas tienen sus ventajas, muy justas y merecidas.

—¿Cree usted?

—¿En esos méritos?... Repara cómo los jornales que censuras por escasos mantienen en pie legiones de familias, que sin ellos están muriéndose de necesidad.

—Tiene usted razón. Aquí las criaturas viven luchando a brazo partido con la muerte hasta que viene una huelga a acabarlas de matar... Cada año sucumben por accidente más de doscientos hombres, se lesionan muchos centenares y se inutilizan lo menos diez mil; vienen otros a cubrir las bajas, el daño se renueva, se extiende, no se acaba nun-

ca: ¡su impunidad es, también, un privilegio de las grandes empresas!

—Nadie existe sin padecer—arguye muy sentencioso Pmip—. El sufrimiento material no es más digno de compasión que los quebrantos morales de la gente civilizada: la pugna física embrutece y embota la sensibilidad.

—Delira usted: toda pesadumbre humana lo es del espíritu. Cristo nos dió la más patente prueba de dolor espiritual, desangrando su cuerpo en una cruz. Ninguna pena embrutece: todas al cabo, purifican de una manera prodigiosa.

—Entonces; ¿por qué evitarlas?

—Porque aun así acuden ellas en proporción excesiva a nuestra flaqueza, y no es preciso buscarlas como fin, sino aprovecharlas como medio.

—Vosotros—acusa el espía, ya mezclando a Estévez en el reproche—, no las queréis aprovechar. Os defendeis de ellas de un modo suicida y obcecado, con detrimento del prójimo.

—Para que haya en el mundo Justicia y Caridad.

—¿No decís que os ofende la limosna?

—Pero necesitamos el Amor.

—Que no se exige con violencias.

—¡Si de nuestra parte no las hay!

—¡Vaya!—se duele don Jacobo, de nuevo flexible y captador—. Volvemos a contarte en la chusma porque te empeñas tú, que a pesar de esta manía eres un hombre razonable y culto.

—Sí; un egoísta que acaba de cenar—insiste el maestro

paseando la mirada con angustia por el bosque infinito de los astros.

—¿Es que las personas decentes no comen?

—Cuando ayunan sus semejantes deben partir con ellos el pan y la vigilia.

—¡Amigo, eres un asceta!—declara Pmip, ligeramente burlón—. Pero, vamos a ver: ¿han adelantado algo los obreros con sus eternos ayunos frente a los patronos? ¿no es siempre esta cuestión la misma, cada vez más enconada y lamentable?

—¡Sí, más lamentable!; porque se ha conseguido muy poco desde que la codicia de los asiáticos comenzó a roer estas montañas en los días casi fabulosos del hijo de David, cuando los reyes necesitaban tronos de espinelas, coronados por buitres de oro, y ejércitos de pájaros y de ángeles, para fabricar sus castillos con joyas y metal... Mire usted—continúa el maestro exaltándose, extendiendo la mano bajo el claro fuego de la luna hacia la cumbre de Salomón—, mire usted esa cava monstruosa, convertida en tremendo corte geológico: ha dado sus riquezas al templo de Jerusalén, y desde entonces, a lo largo de las centurias, pasando por los tiempos cardinales de la Redención, emponzoña las aguas y las vidas sin cesar; destruye los vínculos amorosos de las criaturas entre sí; consiente que, ¡todavía!, agonicen multitudes de hombres subterráneos, para que los primates de la tierra construyan sus torres de mármol y cristal.

Calla el filósofo, entristecido por sus propias invocacio-

nes, añorando con íntima esperanza «el monte fertilísimo del Señor».

—Reconoces que la humanidad sigue siendo implacable—sentencia muy orondo Pmip, sin comprender la santa indignación de su amigo—. Hoy como ayer, los poderosos esclavizan *necesariamente* al mísero rebaño, y todas las rebeliones contra esta ley social han sido inútiles. Por eso yo recomiendo la resignación, la paciencia, la sensatez: ¿me has entendido?

Aguarda satisfecho la respuesta; pero Santiago murmura, brusco y desapacible:

—¡No!; no entiendo la pasiva conformidad cuando los niños no tienen una cueva suya como el oso, ni un nido como las aves, ni el agua pura en el hueco de una roca.

—Y ¿de quién es la culpa?... Yo acostumbro favorecer a los pobres, bien lo sabes: ando entre ellos, les ayudo y socorro; pues yo mismo he aconsejado al Director que desahucie a los huelguistas y les arroje de las viviendas como justo castigo a su intolerable actitud. También pensé que debíamos cortarles el agua, pero esta decisión ocasionaría graves consecuencias en la salud pública, con riesgo para «nosotros».

—¡Si que ha tomado usted medidas radicales y... modernas, muy siglo XX!—sonríe el maestro, contenida la voz en un tono muy velado y oscuro—. ¿Y no supone que el Gobierno las tome a su vez en defensa de estos miles de españoles?

—¿Que defensa? Estamos en nuestro derecho: nos per-

tenecen aquí los edificios y las aguas como la tierra y las minas.

Un soplo de temeridad conduce a estos paseantes por la ribera insegura, embargados en una conversación llena de siglos, de horrores, de tesoros y de vidas. El nordetano se crece con orgullo, convencido de que maneja unos razonamientos indiscutibles; no comprende el acento sombrío del filósofo ni le extraña que la blancura de los dientes le enfríe tanto la sonrisa. Y éste, hunde los ojos en las entrañas celestiales de la luna, parece que se distrae y responde:

—Es verdad.

—Por otra parte—añade muy ufano don Jacobo—al Gobierno español no se conoce que le importen las hordas de huelguistas andaluces.

—Es verdad—repite el maestro aún.

—Porque andan bien apuradillos, ¿eh?

—Mucho.

—¿Y los próceres del Sindicato?

—Peor.

—Pues al presidente le dabais un sueldo.

—Ya no le cobra; ni los médicos el suyo; varios niños se han muerto de hambre: esta mañana se suicidó una mujer.

—Eso último no lo sabía... Pero tendrán recursos los de Garcillán.

—Tampoco.

—¿No viven de sus rentas?

—Vivían, con alguna escasez: ahora las comparten con los más necesitados y carecen de todo.

Las explicaciones de Estévez suenan de un modo singular. Hace su recuento de penalidades y martirios con el rostro impasible, las palabras cubiertas, inmóvil como si hubiese arraigado en el trágico arcén.

Jacobo Pmip le escucha con diabólico regocijo.

—No echo de menos a Zabala para el triunfo de mi «obra patronal»—confiesa, ciego de un agresivo impudor—. Lo que me dices lo supuse, lo adiviné: a mi criterio, a mis informes, obedece en absoluto la respuesta que publicará Leurc dentro de dos horas, negando a los mineros toda concesión. Y hemos ganado la partida; los ambiciosos volverán al pesebre escarmentados, reducidos; ¡bien, muy bien!... ¡Nosotros...

—¡Miserable!

Con el insulto, que retumbó en las brechas de un modo lúgubre, le puso Estévez los dos manos en el pecho como dos garras, y un pie en el estómago con horrible empujón.

Salió rodando Pmip, sin resuello ni para dar un grito; fuése de espaldas hasta la orilla de la Corta, vaciló allí un instante, queriendo asirse de algo, en la suprema ansiedad: clavó las uñas a la tierra, y se desplomó en el vacío con un rebote sordo.

—¡Me echó de comer como a un animal!—murmura Santiago, ya serena la voz, tranquilo el gesto.

Se asoma al filo temeroso y apenas distingue un bulto inanimado en la horrenda cavidad, una mancha confundida

con las pulpas y roseolas del tumor. El último golpe que dió el cuerpo, sonó en las peñas vivas como un cacharro que se hace añicos.

Y la noche se queda muy callada: pudiera oirse el vuelo de una mariposa cortando el aire y la luz.

El hambre.

Se han agotado las pesetas, los créditos, las ilusiones.

Nadie claudica; la unidad de pensamiento prevalece: la fidelidad al paro es absoluta, inmutable; pero las energías se acaban: ya nadie espera.

Hay un fatalismo espantoso en la actitud de la ciudad, inerte, muda, pasiva, agonizante. Los fondos del Sindicato, la ayuda de la solidaridad nacional, se han consumido; un poder malévolo detiene acaso otras más eficaces contribuciones que salven a los huelguistas.

El ferrocarril a Estuaria, única vía de comunicación entre la zona y la capital, ha resucitado con una existencia suspirante, que garantiza a los extranjeros el auxilio de los soldados españoles; una expedición diaria sostiene el aparato militar sin abastecer de víveres las poblaciones ni admitir más viajeros que los de la Casa.

Pero la Compañía, atendida así, no ha soñado siquiera con traer esquiroles; sabe que, mientras alienten estos mineros, aquel propósito no se realizaría sin una violencia memorable que pudiera levantar, junto a los rebeldes, la indignación vengadora de toda España.

Tienen los patronos sobre sí demasiados aborrecimien-

tos; la matanza del 88 es un anatema siempre vivo que ahora respira con señales de vindicación; las usurpaciones, los fraudes, la rapacidad de que se les acusa, adquieren un tono de españolismo que los enemista con los soldados; conocen que la fuerza armada ha venido quizá para defenderles de un ataque, pero nunca para servirles contra los obreros; necesitan que éstos huyan, se entreguen o se aniquilen, y lo procuran así, desoyendo todas sus reclamaciones, sitiándoles por hambre, negándoles hasta la última consideración humana.

No es verdad que este pueblo andaluz cante, como el cisne, para morir; ha cantado mientras pudo con brío sostenerse de pie, hoy se extingue y son lágrimas su tributo postrero; como el de toda criatura racional: aunque los hombres las traguen por orgullo, las mujeres y los niños lloran.

Y las despedidas, ese trance sombrío que pone su tiniebla entre las almas con pavorosa inquietud, dejan aquí un rastro de sollozos que no se interrumpe ni se atenúa; es el latido más fuerte con que palpita la ciudad.

Miles de hombres huyen en caravanas desastrosas y macilentas; los más viejos acaso para tender la mano en los caminos; los mozos para buscar jornales en otras minas, arrastrando la cadena tenaz de su esclavitud.

Se despiden los matrimonios, los padres y los hijos, los hermanos, los amantes; se despiden los moribundos: ningún enfermo resiste la miseria de estas horas; los niños caen débiles, segados como la cosecha prematura de una mies; las madres criadoras, se apabilan, frágiles y extenuadas, al-

gunas enloquecen y todos los días hay suicidios de infelices que en la roca se calcinan al sol o se endurecen por la noche en los canchales, con las frentes heladas y los ojos abiertos, mirando a las nubes.

Uno de los fugitivos más diligentes ha sido Thor, el hércules gallego que, al declararse el paro, emigró por los engarces de Sierra Morena acompañado de Casilda Rubio. Nadie ha tenido ocasión de sorprenderse: los acontecimientos tumultuosos borraron la huella de aquellos primeros desertores.

Pedro Abril se marchó también, y alguien duda con cuál de los dos pretendientes iría la moza; otra versión asegura que Pedro salió muy belicoso detrás de la pareja. Ni siquiera Marta pregunta por la niña; no oye ni habla, y está, casi insensible, en el rincón desmantelado de Hortensia, desde que Fanjul ha desaparecido entre la maraña turbia de los viajeros.

Otras separaciones más crueles se avecinan. Aurelio Echea gestiona de las autoridades de Estuaria el socorro a los niños, y auras de compasión anuncian el salvamento de los inocentes en aquel monstruoso naufragio de los hogares. El vecindario de la capital responde, conmovido, a la solicitud del campeón; habrá un reparto de chiquitines hambrientos, pero a trueque de que las madres los despidan bajo la incertidumbre desgarradora de la ausencia...

Esta noche la población se galvaniza aguardando el edicto de Leurc con un movimiento repentino de curiosidad.

En el Centro Obrero, miserable como las casas del con-

torno, están las tres vecinas juntas, calladas y quietas en el balcón, pendientes de aquella novedad, cuando sube Gabriel, que vuelve de la villa. Hablan con desaliento de la iglesia ruinosa y el camposanto removido, pobres ya de atención para comentar, una a una, las diarias vicisitudes.

Al minero se le ve la flojedad en todo el continente abrumado.

Y Aurora, decaída, trasojada también, le pregunta al oído:

—¿Tienes hambre?

—¡Qué más da!—sonríe encogiéndose de hombros.

—Es que a Dolores le dieron en el cuartel unas sobras de rancho y tienes tu parte aquí.

—¿De veras? — murmura, ávido a pesar suyo. Sigue a la muchacha a la cocina y tiende la mano a la ración, fría y salsuda, de un potaje muy sospechoso.

—Espera, lo voy a calentar — dice Aurora, sacando del hornillo unos papeles.

—¡No, no!...

—¡Qué prisa, Dios mío! — lamenta adivinadora la joven.

De repente Gabriel aplaca el gesto ansioso; con extraordinaria energía, la contempla y balbuce:

—¿Has comido tú?

—Sí.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Quieres más?

—No, ¡ni pensarlo!

Él se inclina y devora, luego pone la boca en el dornajo

lleno de agua que está sobre el fogón, y bebe de bruces, con avaricia.

—¡Traes la secura del camino!— dice Aurora.

—Sí; ¡y un cansancio!

Suspira ella, mirándole; hurta en seguida los ojos a los de él y los pasa, inquieta, por la habitación; está el llar apagado; el serillo colgante y hueco; la alacena desocupada.

—Me acostaría un rato aquí, en el suelo, si no estorbo, ¿me dejas?—suplica Gabriel.

La moza vuelve a mirarle, enternecida, lastimada; le encuentra más agobiado y triste que nunca. Él se conmueve al influjo de aquella mirada penetrante y dulce que le despierta con las voces terribles del amor.

—¡Aurora!

—¡Ven, no puedes más!; acuéstate en mi cama.

Le lleva de la mano con blandura; el hombre tiembla un poco.

En el cuarto, Aurora enciende la luz y recomienda suavemente:

—No lastimes al niño.

A la orilla del lecho duerme una criatura de pocos meses, parecida a todas las de su edad; no tiene padre, es el hijo de una mujer asesinada de un balazo la misma noche que la Nena. Durante los horrores de aquella jornada, ni aun pensaron en llevarle al hospicio; carecía de nombre y de amparo; era una piltrafa de existencia, cuando Aurora, haciendo fecundo su dolor con sobrehumana virtud, acogió al niño para darle el jugo de su pecho. Las primeras veces que

le calmó la sed, todas las fibras de su naturaleza repugnaron la adopción como un insoportable sacrificio.

Vistió al intruso la ropa de la niña; guardóle horas enteras en la cama y en los brazos, probó a decirle «Nene» con la esperanza de ilusionarse un poco, y no logró vencer su aversión hacia la carne ajena; hasta que, al fin, un llanto, una sonrisa, una mirada inefable del inocente, abrieron cauce a los propósitos de la caridad: la joven pudo nutrir al niño sin demasiado tormento, aunque en las zonas profundas de su alma gimiesen los sinsabores de aquella sustitución. Entretanto Gabriel tuvo a la heroína por la madre más santa de la tierra; la quiso con excelsas adoraciones, y ansioso de una migaja de infinito, buscó el origen de su ternura por encima de la pasión mortal. El encanto que en él ejercía la muchacha, se hizo puro y sublime, como nunca, bajo todas las continencias materiales: la fatiga, el dolor y el ayuno le ennoblecieron los sentidos.

Y esta noche, de pronto, cuando Aurora le mira atravesada por una tempestad de inquietudes, vuelve la tentación como un pájaro traído por el viento.

—¡No lastimes al niño!—repite ella, invocando el piadoso deber para ahuyentar la turbación que a los dos les agita.

—¡Aurora!

Tiene el hombre los brazos extendidos con tal necesidad de esperanza y consuelo, que la mujer los admite un instante; le pone los ojos cerca de los labios, las manos en la frente, y pronuncia con entrañable sentimiento:

—¡Hay que sufrir todavía; ya ves a los demás!

La sencillez de estas palabras adquiere una patética amplitud: «los demás» son una muchedumbre de gente escuálida y haraposa, arrecida por todas las desventuras del mundo.

—¡Sí, tienes razón!—susurra Gabriel avisado de lo íntimo de su voluntad por el arrullo de aquel acento querido. Se mira, zozobrante aún, en los ojos inmensos de la muchacha, y asegura con inesperado vigor: —¡Yo te mereceré!

La separa de sí calladamente; la ve salir del dormitorio; se descalza, y se acuesta con mucho cuidado para no despertar al niño.

Dos horas más tarde, a punto de media noche, un zumbido persistente y medroso toma la ciudad, la envuelve y sacude, bañada por la luna, acariciada por el temblor de los espacios y las estrellas; una sensibilidad misteriosa baja del cielo sobre el tumulto de las calles.

Por la de Cicerón suben, cogidos del brazo, Echea y Garcillán, y muy cerca, Romero, Estévez y Garcés con otros significados obreristas; les oprime la masa del pueblo, torva y ceñuda, amenazante; ¡se ha endurecido el fango de la miseria!

No se oyen gritos, alborotos ni disputas; el tropel de gente guarda un orden sombrío, y repite con obstinación unas mismas palabras: los huelguistas quieren ir a Vista Hermosa, arrastrar a Leurc y saquear los economatos de la Empresa.

Antes que el gentío y la certidumbre del propósito, llegan al Sindicato los rumores. Se sabe allí que el Director

publica unos carteles negándose a toda avenencia con los mineros, de un modo rotundo y brutal, y que el latigazo de esta provocación exacerba a las víctimas.

Pronto se confirman sus intencíones y se ve que no les detiene el agudo perfil de las bayonetas, ya que ninguna amenaza es más cruel que su destino.

Pero sé resisten a quebrantar la disciplina que les une a todos en un mismo dolor; es tan raso el nivel de desdicha común, que están muy vivos, todavía, los lazos de la fraternidad: quieren qne el presidente firme aquella resolución como un general que concede un botín.

Y se estrechan los grupos, resonantes, en torno al domicilio social, cuando los hombres de la Junta posan en él.

Han abierto las puertas de las oficinas para que entren comisiones y parlamentarios: la casa es de todos.

—¡Hay paso libre!—grita Salmerón desde el umbral.

Rosario se asoma a la escalera y encarece una súplica a Aurelio.

—¡Por Dios, no ceda usted!

—No; voy a subir y hablaré desde el balcón.

Lo hace así, con una prontitud decidida y franca. Descubierto, palidísimo, lastado por las adversidades de la pobreza como el último huelguista, dice que nunca podrá consentir la agresión personal más que en la defensa propia, y añade que, como presidente del Sindicato, la prohibe y la condena con todo el rigor de su alma. En cuanto al saqueo de los almacenes patronales, juzga que la medida puede ocasionar conflictos muy peligrosos, y aconseja guar-

darla como un recurso desesperado. Afirma que España no les abandona; anuncia para el día siguiente la primera expedición de niños a la capital; sabe que se recibirán socorros abundantes; que el Director será sustituído y ganada la huelga por los obreros.

—Antes—dice por fin, con entonación robusta y solemne—, sufrirá la Compañía un daño más, un castigo público, inolvidable para su terrible codicia: ¡os lo juro!

Besa los dedos en cruz de su mano derecha, y aquel ademán ferviente y sereno, se ensancha con una elevación religiosa que extiende su hechizo sobre la multitud.

Los que han oído bien las promesas y las prohibiciones del campeón, se las comunican a los demás. El silencio, que aplacaba todos los murmullos, se quiebra en exclamaciones y comentarios. La gente oscila a lo largo de la calle, se detiene, se explaya, fluye por las vías de la ciudad, sucias y cavernosas, descubiertas por la claridad de la noche.

Hay un hervor de gracias en el embeleso del celaje; una fuerza llena de luz dimana de los astros, gravita en los horizontes y viene sobre la tierra generosamente.

La fatalidad.

Están los balcones abiertos y la casa llena de luna.

Apagó Rosarito las luces de carbón, amarillas y tristes, para gozar las del cielo, y quedóse como Aurora en el fondo del gabinete, sin saber qué decir. Sentía en su cuerpo y en su alma el cansancio y la amargura de toda la pobla-

ción: una congoja infinita en el espíritu, en la carne una invencible laxitud.

Apenas se la hubiese reconocido por la viajera elegante de *El Intrépido*. Parecía más niña; lánguida y feble, la ropa señoril, mal atendida, le daba un extraño aspecto de disfraz, colgados los vestidos, largos y flojos, como si no fueran suyos. Había extremado el sacrificio de tal manera, que se quedaba muchas veces sin comer por dárselo a los niños de la vecindad, a los enfermos y los ancianos, incapaces de luchar para vivir. Disimulando y mintiendo, consigue que Aurora se alimente un poco mejor que ella, y logre Anita algún mendrugo de pan. De su equipo y el de su hermano sólo quedaban las prendas indispensables; ni una alhaja, ni un adorno pueril sobreviven a la desastrosa escasez. Han pedido ayuda a su familia, no muy cercana, mal conforme con la aventura atroz de los muchachos; y los contados auxilios que reciben, los esparcen, como una siembra de misericordia, a su alrededor.

Pero ni ellos ni los amigos más próximos, sostén moral del Sindicato y de la Huelga, padecen ese infortunio de los ignorantes, desolador, sin vuelos ni aspiraciones. No: aquí las almas cultivadas, sufren, y gozan también, en proporción a su capacidad, rivalizando en esfuerzos y virtudes, sorprendiéndose unas a otras con un nuevo estímulo a cada nueva tribulación: viven en estado heroico, en un pugilato constante de intrepidez.

Tales son las criaturas atraídas al gran Amor como las mariposas a la luz; tienen pasiones y flaquezas, caen y se

levantan, pero les alumbra siempre un atisbo de la gracia inmortal, y logran excederse a sí mismas, erguir el pensamiento más depurado y fino a medida que le adiestra el dolor...

En esta hora gravísima de responsabilidades, atiende Rosario a su amigo, inquisitiva y alarmada, ignorando cómo le pudiera valer.

Se ha quedado Aurelio cerca del balcón abstraído, silencioso.

—Si—murmura al cabo—necesitan vengarse, un poco siquiera; eso les servirá de alimento y de salud: es justo, ¡es preciso! — Habla excluyéndose del sentimiento general, como si debiera olvidarse a sí propio.

—¡Vengarse!—balbucen casi a un tiempo las dos muchachas.

—Uno por todos, sí: un hombre de corazón.

—¿Sirvo?—pregunta con limpidez Santiago Estévez desde la puerta.

—No: hace falta un minero.

—¿Un minero?... ¿y por qué?

—Un buen práctico por las encrucijadas de la contramina.

—¡Ah!

—¡Tampoco sirvo yo!—pronuncia, despechado, el presidente.

—¿Ya sabes que se han hundido veintidós pisos allá abajo?

—Ya lo sé: es más difícil que nunca orientarse por los

adentros ruinosos de las piqueras, y llegar a un sitio conveniente: el que se atreva renuncia a la vida.

—¡No hable usted alto, por Dios!—pide Aurora, que oye ruido en su dormitorio. Vuelve la cara con un presentimiento brusco y fuerte, certerísimo, y allí está Gabriel, escuchando, con los brazos caídos y los pies desnudos, muy abiertos los ojos, muy despierta la atención.

La joven sofoca un grito, y el mozo, demostrando saber de qué se trata, dice, virilmente:

—¡Ese minero que necesitáis soy yo!

Comprenden todos que es verdad, y tienen los semblantes pálidos lo mismo que la luna.

Hay un silencio lleno de emoción. Aurora da unos pasos por el gabinete sin saber adónde se dirige. Parece que la empuja una fuerza misteriosa, como a esas vidas sagradas que se destinan al altar y deben ir siempre al encuentro del dolor.

La mira Gabriel intensamente, da, igual que ella, unos pasos maquinales, y pregunta, con la voz honda y cubierta:

—¿Qué hay que hacer?

Pero Echea, sin poder hablar, ha contemplado también a Aurora lleno de lástima, y Rosario se acerca a su amiga, sosteniéndola con religiosa devoción:

—¡Ven conmigo!

La desgraciada aterra la frente, y se deja llevar.

Cuando se quedan los tres hombres solos, Aurelio, mudo todavía, abraza a Gabriel, y Santiago le dice con tranquila firmeza:

—Adonde haya que ir te quiero acompañar.

Se detiene el minero antes de responder; vacila, receloso:

—¿Le convidó a usted esta noche Jacobo Pmip?

—Me convidó: hemos cenado juntos.

—Entonces...

—¿Qué?

—¡No tienes hambre!—dice Aurelio, dolido, con orgullo de tenerla.

—No; pero mi hartura vergonzosa nos ha librado de un reptil: me debéis perdonar.

Inalterable y sereno, reservando la voz, cuenta el filósofo su lance horrible de la Corta.

Unos brazos estremecidos le acogen; el odio, contenido siempre, se desmanda un instante y regocija con su hálito perverso aquellos espíritus levantados y nobles.

—¡No haremos en las personas ningún otro mal!—asegura el presidente, alcanzado por el rubor de la indómita alegría.

—¡Ninguno!—repiten sus compañeros.

Forman un grupo sigiloso, y hablan mesurados, decididos. Aún Santiago porfía con Gabriel.

—Te quiero acompañar.

—¡No!—contesta, recóndito el acento, pungidas las palabras de un fatalismo implacable—. Las bocas de la tierra no le llaman a usted, ¡es a mí!

Y cuando sube Garcillán porque en las oficinas aguardan al presidente, sale Gabriel descalzo, descubierto, lívido, con el traje roto, el paso firme, la cabeza erguida.

Una queja convulsa responde, con trágica adivinación, a la despedida callada del minero.

Rosario le dice piadosamente a Aurora:

—¡Volverá!

—¡No!—grita ella, indócil de pronto.

—Se revuelve ardorosa, aguza el oído, y añade, sombría, desatinada:

—¡Me voy con él!

Pero sus voces han despertado al niño, que llora de hambre. Rosario se le presenta:

—¡No le puedes abandonar!

Viéndole tan desmedrado, piensa Aurora, involuntariamente, en la escasa vida que le queda al infeliz; siente su propia demacración, su enorme debilidad.

—Es cuestión de pocos días—calcula—; nos uniremos más allá de la muerte y del olvido. —Y se resigna en alta voz:

—¡Esperaré!

Se dobla, automática, para coger al nene y acallarle, recordando lo bien que está su hija sin llorar y sin sufrir. Y sonríe con lúgubre delectación al notar que las fuerzas se le escapan en los labios del sediento.

Está Rosarito lamentando la consunción de aquellas dos criaturas, y todas las incomodidades de la miseria la punzan de repente. Ella también percibe en sí misma, como por un contagio, el enervamiento y la delgadez; también invoca la radiante expresión de bienestar que ha sorprendido en muchos cadáveres. Ansía la dulzura del baño, la olorosa frescura de los lienzos, la gracia de un vestido limpio. En Ner-

va hace muchos días que nadie lava la ropa: ningún aspecto repugnante le falta a la ciudad.

Pero a Rosario, que desfallece, la turba de improviso la presencia de Anita. Viene desnuda; al despertarse, sola en la cama, se deslizó hasta el dormitorio contiguo buscando a su amiga; se la acurruca en los brazos, suspirante: está muy endeble; muy triste; apenas llora.

La muchacha la acoge, la besa, la mece y se queda allí desvelada frente a la otra mujer: las dos se miran entonces con ferviente ansiedad, temblorosas como las estrellas y las cunas...

De la calle, estercolada, sube la peste de los detritus con el rumor del vecindario, errante y desapacible, enfermo de insomnio, esquivo por el día al cauterio del sol.

El pueblo ha dicho igual que Aurora:

—¡Esperaré!—Y el eco de su pesadumbre adquiere un gemido áspero de selva.

Mucha gente que transita y zumba, es la misma que sale otras noches a estas horas, encaminándose a la serranía para coger palmitos, la planta andaluza que da su fruto dulce y espontáneo a las tierras meridionales, y que por una maravilla de fecundidad logra un simulacro de raíces en en estos montes de la Sierra Morena, esterilizados con «los humos».

El pródigo palmiche, que madura en octubre, sólo tiene aquí una generación raquítica y escasa en alguna almendra filamentosa, en algún tallo menos duro, que la necesidad convierte en comestibles.

Y van las mujeres en caravanas nocturnas, huyendo del calor, a buscar hojas y troncos, ilusiones del hambre, entre las espinas de la planta y los acuestos de la mica. Monte Sorromero, el Ventoso, las colinas y cerros comarcanos, dan esta efímera substancia que las madres codician para sus hijos, considerándose feliz la que vuelve de las pizarras con los dátiles o margallones, verdes, secos, ácidos y engañosos.

Cuando estas cosecheras audaces vienen hoy de las montañas, cuentan que en Dite se acaban de hundir el cementerio y la iglesia.

Alguien supone haber oído un estruendo misterioso, el derrumbe de media villa en la oquedad siniestra de la Corta: por las calles, bullentes aún, corre la noticia como un escalofrío de la madrugada...

Es la hora del amanecer, el momento en que se estremecen las algas en el fondo del mar.

Peregrino por las cicatrices de la Sombra Negra, a Gabriel se le agita el corazón con todos los adorables temblores de la vida.

Desde la rudeza de su camino vió rodar el bloque amenazante, en el hoyo de la explotación, y contempló la carcoma del cementerio bajo la blancura divina del plenilunio, pensando que la Mina engulle a las criaturas hasta después de muertas.

—Al menos—sonrió acerbamente—se ha borrado la mancha que Pmip dejó en la roca...

Vió después declinar la luna sofocada entre nubes po-

nentinas, y llegó a los labios de la caña que debía tragarle.

Aquí le detiene de un modo súbito el canto de las cosas, las voces de la Naturaleza, más sensibles en el profundo silencio del país.

Escucha y mira en torno suyo con avidez: oye, distante, el salto cristalino del torrente; el murmullo de las fuentes niñas, que nacen y mueren en un solo torcal; los sollozos del aire en los peñascos; la trituración de las piedras en la raedura de los cóncavos.

Por delante de él pasa la aurora evocando el nombre risueño de la amada.

Piensa en ella Gabriel con inconsolable dolor; le parece que vive entre almas dormidas, y que sólo la suya vela y sufre por toda la humanidad.

Se aproxima a la rotura del socavón como a una ventana lo infinito: es la oscura boca de la tierra que le llama tenazmente. Alumbra el candil, requiere un envoltorio que sobraza con mucho cuidado, y aún se despide de la vida con una mirada valerosa.

Uu rayo de sol, cálido y vibrante, resbala por las cumbres: Gabriel afronta su destino y se deja devorar por las tinieblas.

Los inocentes.

Los niños se van. El tren está obligado a conducir hoy estos viajeros oficiales de la desventura.

En la estación de Nerva les despide un gentío lastimoso,

y los soldados, muy solícitos, les acomodan en los coches desde los brazos maternales, entre lágrimas y caricias.

Hay una ternura conmovedora en la bondad con que estos mozos sirven a los nenes desfallecidos. Toda la dureza de las armas se humilla en la actitud paciente y generosa de los militares: cada uno ve un hijo, un hermano, en los niños andaluces que la dominación extranjera expulsa, consumidos, de los valles más fecundos de la patria.

Esta doble injuria enardece los sentimientos proletarios de la guarnición: la tropa marcial es pueblo, pueblo de España, herido aquí dos veces con alevosía: en el espíritu y en la carne... Ya en tierras civilizadas no se nutren los ejércitos con una plebe inculta: los soldados de Alfonso XIII llevan en sí despiertos la dignidad y el corazón. Se equivoca la osadía nordetana apoyando su encono en los fusiles españoles; y los mineros, que lo saben así, descansan en la misma fuerza con que se les quiere amenazar.

El jefe de esta primera expedición es un oficial muy amable, amigo de José Luis, con quien organiza el convoy que en Naya debe enlazarse al que envía Dite; doscientos niños de ambas poblaciones, arrebatados a la indigencia por la noble ciudad de Estuaria.

Otros vecindarios de la provincia reclaman su derecho a ejercer esta imperiosa caridad, y ya las madres sólo tienen valor para extender los brazos con el fruto marchito.

Santiago Estévez recorre consternado las filas de viajeros: una parte santa y doliente de sus discípulos va

en el sartal de criaturas famélicas, ultrajadas con impune crueldad.

Por aquellos infelices torció el rumbo de su vida y se hizo maestro de escuela, sin pedir más que una cuadra y unos carteles. Cada semana en un barrio, con desvelos continuos y apostólica sencillez, fué alumbrando la inteligencia de los mártires, que hoy le miran como a un desconocido, con unos ojos muy grandes y muy tristes, lejanos y turbios. Hace poco más de un mes que el laberinto de la huelga le distrae de sus párvulos, y él tampoco los reconoce entre los pingajos de la ropa y la escualidez espantable de los cuerpos. Todos se parecen, confundidos en una misma expresión de tortura; algunos, cuando Santiago les habla, quieren sonreir y descubren las encías exangües, con un gesto espectral.

El filósofo recibe llorando aquellas inolvidables sonrisas, y ruega mentalmente: *¡Oh Señor, que tocasteis los montes y exhalaron humo; Vos llevaréis a los pequeñuelos y los sustentaréis sobre vuestras alas!* Y va de unos en otros, poseído de fervor y de misericordia.

Las mujeres, que le tienen por un sabio y por un ángel, le veneran llenas de admiración; saben que sufre y comprenden que está rezando. Al advertir un sabor de esperanza en la amargura de aquellas despedidas, se derriten en gratitud, y hasta se acuerdan de Jacobo Pmip, tan diligente para mostrarse en público como un gran amigo de los pobres; imaginan que le deben el favor de que los niños vayan en el tren y quisieran darle las gracias.

Es que el optimismo candoroso de este pueblo se satisface muchas veces con que le miren y le sonrían, sin desconfiar de los hipócritas.

Pero el embaucador no asoma por allí, y Santiago, que le oye nombrar, no se turba ni interrumpe el soliloquio de su corazón...

Parece que ha crecido José Luis. Mucho más delgado, vestido, casi, como un obrero, se multiplica ordenando los grupos y prometiendo a los que se quedan cuanto piden en la ansiedad del trance. Porque él va, en nombre del Sindicato, a entregar los niños y vigilar su asistencia.

La juventud y abnegación de este aliado edifica a los mineros, que le adoran y confían en él. Mientras escucha complaciente mil recomendaciones de las madres, le observa el oficial sin acabar de sorprenderse con el cambio insólito de su amigo, a quien conoció en Madrid entre periodistas alegres y derrochadores, hace apenas un año.

También el presidente y el médico necesitan hablar con José Luis; quieren hacerle los últimos encargos para que desde la capital fomente el propósito de recoger a las mujeres encintas y criadoras: es un proyecto generosísimo de toda Andalucía que exige una inmediata realización.

—¡Cómo libertar al resto de los niños!—encarece Santiago con angustia—. ¡Estos son tan pocos!

—Sí; pasado mañana sale otra expedición—responde Echea.

Garcillán le pone la mano cariñosamente en el hombro.

—Yo vendré a buscarla y rescataré a Anita.

El padre se estremece.

—No ha de ser de las primeras en salvarse—dice. Y luego, con una preocupación que se le escapa:—¡Quiera Dios que no sea la última!

Está muy caviloso, como si le mordiese una secreta inquietud.

Le suponen sus camaradas impaciente por el intento heroico de Gabriel, punzado, igual que ellos, por las desazones de cada hora.

Y se ocupan de otras novedades, comentando el suceso más reciente: la huelga de todos los oficinistas españoles de la zona, que, por primera vez en aquella lucha social, se adhieren a los obreros, como una protesta al edicto incalificable de Leurc.

Aurelio se anima con esta conversación:

—¡Es para nosotros un gran triunfo!

—Y para España un buen síntoma espiritual—añade Estévez.

—Hay que celebrarlo—propone el médico—. Yo he recibido hoy unas pesetas; cenaremos bien...

Vuelve la mirada a su alrededor, con el recelo de quien delata un crimen, y se arrepiente de lo que va a decir, creyendo que le miran, acusadores, los ojos voraces de la multitud.

—Cenaremos un poco mejor—concluye con ingenuidad—. Y daré, como otras veces, lo que tengo a la caja del Sindicato.

Pertenece a una familia acomodada, que aunque le juzga

loco no le abandona; él admite cuanto le ofrecen y continúa allí voluntario de la causa obrera, padeciendo, como un huelguista más, el azote de rigurosas penalidades. Sus compañeros no han tenido ánimos para carecer de la paga, y emigran mientras este soñador ayuna, con el botiquín vacío, sin posibilidad de asistir a toda la clientela del Sindicato, y unido a la organización por vínculos inquebrantables del sentimiento. Ultimamente está, también, un poco enamorado de Rosarito Garcillán, poseído de una reverencia silenciosa y romántica por la admirable niña que no le puede querer. Esta misma certidumbre le empeña más en un culto seráfico y tranquilo, con algo de fraternal inclinación. Ha intentado que de su dinero goce la muchacha directamente, en la espantosa carestía de recursos, pero reina una invencible honradez en la administración de la magna Huelga, y por los umbrales del Centro sólo pasan aquellos dones comunes que se extienden en migas de pan a los sesenta mil necesitados de la Asociación.

Alejandro Romero, incapaz de romper la armonía de aquella práctica evangelizadora, siente crujir en su bolsillo los billetes de banco, y se dispone, arrogante, a la abstinencia, como buen caballero del Ideal.

Media la tarde bajo el deslumbramiento de las nubes. Hay una pesadez congojosa en el ambiente: los horizontes, limitados por la altura de las pizarras, arden, sinuosos, y aquí cerca, las colinas rojas, los vacíes sombríos, guardan un pávido silencio.

El valle está inerte, raído por el moho y el hollín, acuchi-

llado de zanjas como si hubiese muerto agredido por un titánico puñal.

La cinta del ferrocarril se ha vuelto negra; desde que no la tiñen los minerales, aparece oscurecida por la escoria que le sirve de grava, y hoy recoge la atención general de una manera anhelosa cuando parte el convoy llevándose a los inocentes, escogidos entre los más amenazados.

De pie en un estribo, junto al oficial, grita José Luis:

—¡Viva Estuaria!

La voz alentadora se extingue en la respuesta de un enorme sollozo; nadie deja de poner sus lágrimas en aquel fuerte murmullo: el ademán instintivo de la despedida levanta los brazos hacia Dios.

Unos soldados en el andén saludan a los emigrantes con espontáneo tributo. El cura de Los Fresnos, inclinado sobre tantas agonías en las últimas semanas, sale de un rincón, se descubre, y adelantándose por la vía con solemnidad, bendice al tren.

La torre feudal.

Anochece: está el cielo occidental cuajado de sangre y de luz.

No se sabe quién ha dicho que del pozo *Berta* sale una bocanada de humo.

Se discute la noticia, pero la gente corre al valle interior, sube a la Mesa de los Pinos, enfila el parque de Vista Hermosa y ve que, en realidad, está lo sumo del pozo envuelto en una vaharina que no parece la calura de la tierra.

De pronto de aquella nube cándida y sutil arde una llama breve y azul, se retuerce, se encabrita y se hace roja como la lumbre del ocaso.

Una gran exclamación sostenida y aguda recibe por todas partes a esta evidencia del incendio; las lenguas estridentes de las llamas vuelven a señorearse del espacio; el *héroe rojo* resucita erguido frente a los patronos: el Fuego alienta, amenaza y se burla, en la mano vengadora del obrero esfinge.

Es imponderable el furor de don Martín.

Está meditabundo entre su corte nordetana, cuando la chispa luce en el orgulloso brocal, lo mismo que si la hubiese prendido el vuelo de un relámpago, allí a la vista de Leurc, sentado con sus compatriotas al oreo de la noche en la penumbra del jardín.

Ya no se oyen en el Parque risas de niños, ni voces argentinas de mujer; sólo quedan en el barrio aristocrático algunas señoras mercenarias, que se ríen muy poco: miss Clara Ylevol y otras institutrices semejantes, convertidas en amas de gobierno, doncellas y guisadoras a la vez.

Las mujeres ricas han emigrado con sus hijos a las playas de moda, huyendo de las incomodidades insufribles de la huelga. No renuncian a sus proyectos humanitarios ni a sus campañas sociológicas: estos planes se dejan para el otoño, cuando cese el calor y se calme la fiebre de la chusma.

Sólo una dama triste y luctuosa y una niña rubia, vestida también de negro, cruzan los jardines por las tardes, cogidas de la mano, suspirantes y calladas: la viuda de

Erecnis espera con su hija el aviso de un buque para volver desde Estuaria a Nueva York.

Veranean los señores solos, holgando a su pesar, pero bien asistidos de comestibles por el tren nordetano, y hasta un poco atendidos personalmente, gracias a él, que ha deslizado en Vista Hermosa algún esquirol con destino a los quehaceres más humildes, en mucho secreto, sin que esta servidumbre trascienda de los cercados señoriales. En los servicios del exterior se ocupan los jefes subalternos, obligados a cargar bultos desde el ferrocarril, sacos de provisiones, fardos y baúles que, por cierto, manejan muy bien: los huelguistas se divierten con esta observación y aseguran que todos los altivos señores del Parque han sido mozos de cuerda en su país...

Se encoleriza muchísimo el Director exigiendo con violencia que se apague inmediatamente la fogata del pozo. Grita y alborota cegado por la rabia; da unas órdenes absurdas que nadie puede obedecer, y vuelve a preguntar, rencoroso, por Jacobo Pmip: quiere pedirle cuentas de aquel siniestro horrible, tan distante a los augurios del espía.

Tres millones de pesetas ha costado la obra del pozo, y tres años de labor: es el camino triunfal de la casa Rehtron por los almadenes riquísimos de España; el gran cauce de oro para los invasores; el atrio decorativo de la Mina; la torre feudal de Nordetania en Sierra Morena, ostentando como pendón un nombre extranjero de mujer... ¡Y no se puede quemar, no; es imposible!... A ver: ¿dónde está Jacobo Pmip?

Le llaman y no acude; le buscan y no parece.

—¡Le ha tragado la tierra!—murmuran los guardiñas, mientras los paisanos del ingeniero piensan en una traición, origen de la fuga.

Pero ya sube don Martín a su caballo rubicán; le espolea fogoso, y corren bruto y jinete unidos en un mismo coraje, igual que una sola bestia, no saben a qué.

Al Director le enfurece la tremenda luz encendida sobre la obscuridad de su casa como un reto escandaloso; la quiere apagar; daría en este instante la vida por lograrlo: ninguna grave lesión de la huelga le ha dolido en sus intereses de un modo tan frenético.

Pasa locamente encima de las albitanas, aplastando las flores muertas de calor; su carrera impulsa las hojas, que palidecen sin caer, abrasadas por el ascua de agosto, y se quedan temblando en los arbustos y los rosales, en los tamarindos, en el panjil y el ciclamor.

Detrás de don Martín los señores del Parque se asoman indecisos a las solanas y a las veredas, salen a las portillas, escuchan y atienden, perturbados con el nuevo revés.

Suena el galope del caballo en la carrasca, y cuando se extingue aquel rumor, quédase el solar apagado y mustio, dormido en el caliente silencio.

Al pararse con la huelga el costoso mecanismo que surte de agua y de luz a los jardines, se ha roto la dulzura musical de las fuentes y el gallardo temblor de los surtidores; se han postrado las rosas antes de nacer, sedientas en la cuna del capullo; se han abatido los árboles flagelados por

el sol: la residencia patronal tiene un semblante descuidado y hostil.

Acaban los demás jefes por seguir al Director; se movilizan guardiñas y soldados, pero el material de salvamento no funciona y los técnicos opinan que el desastre no da treguas.

Se requieren auxilios a la capital con una prisa vertiginosa, y la noche crece bajo la desesperación de Leurc, que al fin regresa al Parque rendido y enervado, sin sombrero ni corbata, suelto el pretal de la montura, reluciente el caballo de sudor, como si ambos llegasen de reñir un desafío.

Y se queda, frente a Vista Hermosa, la Sombra Negra, brava y terrible, ardiente en la devastación del paisaje, con el fuego cárdeno del pozo y la lumbre amarilla de la luna.

Por las orlas de todos los caminos se extienden con las bandas de huelguistas unos comentarios durables como la murmuración de las abejas. Se ha cumplido el juramento del presidente: hay un poder mayor que la soberbia del enemigo, una voluntad milagrosa en el alma de la organización.

Y se presiente un nombre; sale del secreto, misteriosamente, una certeza:

—¡Gabriel Suárez!—pronuncian con asombro y beatitud miles de labios.

La figura triste del minero se agiganta desde el abismo hasta las cumbres, llena los montes, colma los valles, ungida por la gracia del holocausto.

Se habla con veneración, igual que de un muerto insigne, de aquel hombre casi extraño a las minas, enamorado y doliente, que anduvo por las anchuras de España y las fronteras de los mares. Su recuerdo tiene un fondo enigmático y oculto que aumenta las admiraciones: vivió allí el héroe como un idólatra de la tristeza; guardó siempre en los ojos el atisbo de las cosas lejanas, la impaciencia del Amor y de la Libertad.

Aunque la gente no conoce los arcanos de aquel espíritu, los adivina y los busca. Y el nombre de Gabriel se enciende, apasionado, en millares de conciencias: es otro luminar inextinguible erguido en esta jornada sobre las multitudes, mientras la noche bate en la roca del Tiempo.

La Pira. Del silencioso vengador se sabe con claridad que le mataron una hija y que tiene una mujer: a ella acuden todos los pensamientos como incensarios, todos los murmullos como oraciones.

Aurora percibe con intuitiva lucidez el calor de aquel homenaje; pregunta, inquiere, y sostenida por la ansiedad, con el ahinco sobrehumano del amor, sube a una ruta que la muestra el incendio.

Es pleno día; la luz exalta el paisaje y el pozo *Berta* se distingue envuelto en un manto de humo: el sol apura en su volcán las flamas de la Sombra Negra.

Los ojos calenturientos de la moza arden con el astro y trasuntan la tragedia feroz de las montañas.

No sabe Aurora el tiempo que permanece allí, insensible al calor, zahareña, muda, sin acordarse de los amigos que la acompañan.

—¡Vamos!—le ruega Dolores conteniendo su voz lamentable.

Y Estévez, compungido de angustia, insiste:

—¡Vamos!

No responde. Siente una delectación espantosa ante el suplicio de las piedras, heridas, quemantes y desnudas, y ante la nube casi inmóvil de aquel humo traspasado de luz: la pira del sacrificio que sube al cielo derecha y se difunde en el sol.

El monte le devuelve las miradas con los ojos sombríos de los túneles: y así están la sierra y la mujer un largo rato, mirándose inflamadas de horror.

Las pupilas de Aurora, del color de la esperanza, tienen en su fondo insondable una pregunta: ¿Volverá?...

Sabe la joven que en la contramina se están hundiendo los pisos; que las tierras, ameradas y libres, sepultan a cada instante las derrotas, y que sólo un milagro divino puede salvar a Gabriel.

Pero se deja influir por las razones del maestro.

—Lo mismo que llegó hasta el pozo desde una caña distante, llegará hasta una salida.

—¡Sí!...

Quiere la desdichada tener valor y confiar; dulcifica el rostro, sublima aún el corazón y se apoya con gratitud en el brazo de Dolores.

Sirve ésta de sostén no pocas veces en el hogar que comparte; su resistencia corporal y su buen ánimo la defienden con brío del ayuno. Y acaricia con solicitud la mano lánguida de Aurora entre las suyas, maternales, mientras vuelven los tres a la ciudad por los atajos de una senda romana, dura todavía sobre los cimientos peñascosos.

Está la población silente; levantadas las tiendas; vacías muchas casas; dormidas otras bajo los rigores meridianos y el desaliento de los vecinos.

La serrana suspira:

—¡Cuánta malaventura!... ¡Parece que han pasado por aquí las siete naciones!

—¡Puede ser! —arguye Estévez procurando sonreir.

—Sí; muchas razas nos han explotado... Se cuenta que este pueblo era en sus albores una aldea florida y se llamaba Nuestra Señora del Río Tinto.

Aurora no se decide a hablar por miedo a que se le escapen los sollozos: tiene delante, como una niebla de los sentidos y de las cosas, el humo lejano y recto de la pira.

Y Dolores se desvive por fortalecer el quebranto de su compañera.

—¿Quieres - le dice con toda la dulzura de su acento andaluz — que empecemos hoy a rezar el quinario del Señor?

La muchacha se encoge de hombros; luego responde que sí con la cabeza. Necesita abrirse una fuente de consuelo inmortal: ¡pero no ha rezado nunca!

Santiago lo adivina y le produce un asombro infinito la

calidad angélica de aquella mujer: conoce su historia, recibe el excelso perfume de su bondad, y piensa que está obligado a no consentir la sed desesperada de semejante corazón.

La cadena.

Cuando Aurelio supo que Gabriel daba señales de vida y de venganza en la hondura de las trincheras, sintió un gozo y un malestar indecibles: la alegría de cumplir su promesa reparadora y justa a los hambrientos, y el temor de perder al amigo, venerado ya como un mártir.

Pero todas sus incertidumbres se mitigaban en un presentimiento: le harían responsable de la quema del pozo y tendría la compensación de inmolarse él también.

Fuése a ver la hoguera sagrada, imponente en el silencio majestuoso de los montes, y sintió el arrebato de su lumbre como un ímpetu nuevo de sangre espiritual.

Volvió a Nerva más enardecido que nunca en su misión; se sobrepuso al tormento de todas las calamidades humanas y pasó el resto de la noche trabajando: quería hacer su diaria información para la prensa de Madrid y disponer otras muchas cosas urgentes.

Le ayudó Romero hasta el amanecer, y viéndole tan avisado y presuroso, díjole al despedirse:

—Parece que también usted emigra y que está preparando el equipaje.

—Es posible—sonrió el presidente con placentera naturalidad.

Y el médico, tomándolo a broma, se marchó descuidado a dormir.

Hasta bien entrada la mañana siguió Echea escribiendo en la oficina, acompañado de Enrique Salmerón, menos hábil que sus amigos de la Junta, pero muy diligente y servicial.

Le enteró Aurelio de algunos pormenores que él solo conocía, referentes a la administración de los socorros; le dió varios papeles de importancia, que ordenó a última hora, y le mandó acostarse.

El muchacho, algo sorprendido, a su vez, miróle fijamente y exclamó:

—¡Cualquiera diría que estás haciendo testamento!

Volvió el presidente a sonreir.

—No; es que al ausentarse Garcillán conviene que de ciertas cosas te ocupes tú.

Bajó Dolores solícita con un cocimiento de raíces montaraces importadas de ultrasierra, y unas prodigiosas tostadas de pan.

El agua no tenía azúcar, pero los dos hombres dijeron que sabía muy bien: la sorbieron con deleite y Enrique se fué a descansar.

Más tarde, cuando Aurelio oyó arriba los pasos de las muchachas, quiso hablar con Rosarito.

Ella se presentó con afanosa prontitud, inquieta porque Aurora empezaba a tener noticias del siniestro y quería ir a Dite.

Llegó entonces Santiago, del Ventoso: aquella noche le había tocado dormir, como a Félix Garcés.

Y mientras en el piso decidían la dolorosa excursión, abajo Echea comenzó a decir:

—Precisamente del incendio teníamos que hablar.

—¿Nosotros?

—Sí... Espero que me vendrán a detener.

—¡Ah!

—Hice en público un juramento que se cumple y del cual tengo que salir fiador.

—¿Con la libertad?

—Supongo...

Se miraban muy prevenidos, tratando de esconderse el uno al otro la interna desolación.

Aurelio se atrincheró en aquel esforzado disimulo y predijo:

—Será usted muy valiente y me dará ánimos; necesito que me ayude.

No era verdad: estaba sereno, casi alegre, pero debía estimularla así. Y la muchacha respondió, acorde y vibrante, lo mismo que una lira en las manos de él:

—¡Seré como usted quiera!

No se hablan con los labios, nunca, de amor, y un sosiego bonancible posa en sus almas desde que las prohibiciones no sofrenan los pensamientos ni privan a los ojos de contar lo que las palabras no saben decir. Tan dulce descanso es un gran lenitivo en la áspera lucha de sus vidas, como la mutua seguridad de su pasión es una esperanza inagotable; para merecer estos beneficios, Rosario procura ser la primera víctima en la diaria tribulación, en tanto que

los recibe Aurelio por alta recompensa de todos sus dolores.

Y en aquella hora, sentíanse a la vez grandes y tristes, fuertes y compadecidos, mirándose angustiados en la zozobra turbia de la separación.

—Acaso no se atrevan a detenerle a usted aquí, entre los huelguistas—insinuó la joven, asiéndose a una felíz probabilidad.

—Nos suponen muy abatidos; ya ve usted cómo nos desafían... Y buscarán una buena ocasión...

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Lo sabe usted?

—Lo presiento.

—¡Si usted huyera!...

—No; prenderían a otro en mi lugar, y quiero ser yo el responsable de mis palabras.

—Entonces, ¿no hay remedio?—preguntó Rosario trémulamente, blanco el rostro suavísimo, quebrada la voz en un fracaso indecible.

Tuvo Aurelio una honda lástima de aquella inquietud, casi infantil, y dijo a su amiga muchas cosas ilusionadas y fervientes: Él quedaría libre muy pronto; ganarían la horrenda batalla contra el egoísmo patronal, sin más armas que las del corazón; tendrían el orgullo de vencer a los invasores; de izar la bandera española en las ruinas de la «torre feudal» y en las cumbres de Salomón, devuelta a su dominio desde los canales de Estuaria a la roca ingente de *la última tierra*.

Hablaron de pie en medio de la sala central, vacía y sonora, olvidando Rosarito sus quehaceres, subyugada por el acento cálido y profundo del campeón; unirse a tales empresas y llegar a logros tan altos y tan puros con el hombre amado parecíale una culminación sublime de la dicha.

Viéndola confiar, se detuvo Aurelio en realidades más cercanas. Nombró a Anita con ternura, y Rosario dijo pesarosa:

—Me la quitarán; José Luis quiere llevarla cuanto antes.

—Tal vez no sea preciso; yo aguardo muchas soluciones ventajosas... Si fuera menester...

—La dejaré ir—prometió la muchacha, calando los temores del padre. Y añadió con ardimiento ejemplar:—Mi hermano y yo permaneceremos aquí representándole a usted y sosteniendo la organización con los amigos que nos quedan.

—¡Gracias, gracias!; no esperaba yo menos. Hay que mantener en estos corazones el fuego del ara universal, y nadie como usted para conseguir que nuestra lámpara no se consuma.

Jamás le había parecido Rosario tan codiciable. La adoraba así, divinamente sacrificada por el amor a él, y a cuantos «padecen persecución por la justicia», y al mismo tiempo su egoísmo de hombre se dolía bajo la santa locura de la inmolación: quería evitar los sufrimientos de la amada, consolarlos, resarcirlos con bienes materiales.

Abismó ella sus magníficos ojos en los de él, sorprendióle aquellas ideas penumbrosas, y afirmó denodada:

—Yo soy muy robusta.

—¡De alma, sí!

—Y de salud corporal. Nada me puede ocurrir, porque no matan las privaciones cuando se endulzan con íntimas promesas.

—¡Eso es cierto!—murmuró él, acordándose estremecido de la madre de Anita. Pensó entonces que tenía Rosario alientos de vencedora, y se volvió a tranquilizar. Le hizo algunas recomendaciones sobre la comunicación que ella sostenía con las sociedades extranjeras, y cuando hablaban de Aurora fraternalmente, llamó Dolores a la señorita.

Poco después, la joven cuidaba, sola, de los niños, mientras Aurelio escribía unas cartas, escuchando los pasos menudos de la niña y el trajín de Rosario por las habitaciones.

Estaba la ciudad muy caliente y muy silenciosa. El campeón había doblado la cabeza sobre el pupitre, rendido y trasoñado, cuando se oyeron en la calle unas recias pisadas, y en el portal unos golpes urgentes.

—Es la Guardia civil—se dijo Aurelio, espabilado y seguro.

Abrió la oficina, y allí estaba la pareja, reclamándole. Uno de los guardias habló, mesurado:

—Venimos a prenderte.

—Ya lo sé; no hagáis ruido y esperadme un momento.

—Si tienes algo que recoger...

—No: tengo que despedirme.

Subió la escalera, y en el pasillo encontró a Rosario, advertida y ansiosa:

—¿Tan pronto...?

—¡Sí!

—¡Aurelio!

Él le tendió las dos manos con un ademán vigoroso, y se inclinó, besando a su hija, que llegaba despacito.

—¿No puede usted esperar ni un minuto?

—¿Para qué?

—¡Es verdad!

Se miran hasta el fondo del alma, en una entrega tácita y solemne.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Quedóse la muchacha en el rellano con la niña: el viajero, desde el portal, volvió la cara hacia ellas muchas veces.

Ya en ruta le comunicaron los guardias, con visible desazón, que tenían órdenes de esposarle.

Se conmovió, pálido y siniestro. En seguida, calmándose, repuso:

—¡Es que me conceden los entorchados!

Ofreció las muñecas a la argolla, con arrogancia, y preguntó el camino que debía seguir.

—El de la estación.

Le llevaban en un tren especial como a las víctimas del trabajo, en previsión de alborotos, a la hora meridiana, la más inerte y pasiva de la ciudad.

Iba el mozo descubierto, según tenía por costumbre, y marchaba con ligereza.

Desde su balcón le miraba Rosarito, abrazando a la niña, impenetrable y absorta.

Él sintió la mirada, y para agradecerla detúvose en la altura de la calle, antes de volver la esquina. Se recortaba su perfil solitario en el cielo: parecía que tocaba con la frente el sol...

Vuelve Aurora con sus amigos de la villa, cuando sale de Nerva un tren, inusitado y misterioso, con rumbo a Estuaria.

Aun está Rosarito Garcillán mirando aquel fondo azul donde se destacó la imagen del prisionero.

Tiene la muchacha los ojos deslumbrados y enjutos, velada la expresión: es la diosa vigilante de la *llamarada purísima* en el eterno hogar. Pero esta virgen moderna, con la melena corta, como las antiguas vestales, recoge en sus brazos, amorosamente, una criatura.

Velando a la Muerte.

La ciudad de los mineros está casi abandonada.

Desde la detención de Aurelio Echea, sorprendente como un rapto, siguen los huelguistas huyendo, ordenados y pacíficos, algunos a Portugal, muchos a Estuaria y a Cádiz para emigrar a las Américas.

Han sido liberados multitud de niños y mujeres: los escasos vecinos de la población ya no parten el rebusco de a miseria entre la plaga enorme de los menesterosos.

Nada se sabe de Gabriel: Aurora le espera todavía.

Aun echa humo la boca del gran pozo maestro, que resplandece por las noches con unas brasas ocultas, perseverantes.

La desgraciada moza ve arder en aquellos escombros, como una promesa, la palpitante fibra de un corazón y vive con el oído atento en silenciosa actitud: su ventana parece la escucha por donde ha de llegarle un aviso, una señal.

Pudo Gabriel sufrir una muerte solitaria y tremenda en los reventones de la mina, ó pudo salir a la luz, romper la cadena de los montes y salvarse en el mar. Así piensa la enamorada triste durante sus horas menos crueles, aprendiendo como una niña en las palabras del maestro los oráculos de la perpetua fe.

Anhela Estévez que la muchacha ilumine el acecho de sus creencias inmortales, y apoye su dolor en la seguridad de un destino sobrehumano.

—Hay que vivir para merecer—le dice. Y la prepara a una confirmación de su desventura, añadiendo:—La muerte es un vado entre los mundos: somos incorruptibles en Dios, que nunca muere.

Recibe Aurora estremecida estas lecciones que se convierten en bálsamos de su alma. Rosarito la ayuda a confiar y creer, y ya no soporta con exasperada inquietud la pesadumbre de los días.

Hace poco, en un camino de penitencia como todos los que anduvo, levantó a su hija en los brazos, ansiosa de posarla en los umbrales del cielo. Hoy tiene la impresión de

haber conseguido aquel propósito a costa de un esfuerzo mortal, y es tan duro el cansancio de su carne, que apenas logra sostener al niño ajeno cerca del corazón.

Pero no le quiere abandonar; se deja atender por sus amigos con una sonrisa opaca y dulce, con el gesto de la infinita tristeza que consiente en vivir, y no rehusa los humildes beneficios que la emigración concede a los diezmados hambrientos.

Llegan siempre a la Caja obrerista algunos donativos que las comisiones de huelga extienden con relativa eficacia entre los habitantes de la Mina: ya la caridad privada no es tan imperiosa ni el deber fraternal exige un constante rigor.

Alejandro Romero, Estévez y los de Garcillán, disfrutan con el reducido vecindario una tregua del hambre: Anita no chupa los margallones del palmito engañada con la quimera de que saben a alfajor...

Hoy van a Estuaria Santiago y José Luis, a pie hasta Niebla, para tomar allí mañana muy temprano el tren procedente de Sevilla. Después que hablen con Aurelio, acaso lleguen a Madrid: el estrago de las poblaciones hueiguistas es tan absoluto, que pide una campaña nacional, hecha con amplitud al otro lado de las cumbres.

Salen los viajeros al mediar la tarde, con intención de caminar toda la noche, arrestados ya en todos los ejercicios de la paciencia.

Rosario está alegre porque llevan noticias suyas al prisionero y Aurora les despide muy conmovida: cualquier su-

ceso la sacude, trémula bajo el escombro de su felicidad, aguijada en su espíritu la sensación de desesperanza y abandono que Santiago se empeña en combatir.

El la exhorta a confiar y a creer; la compadece con un sentimiento de exaltada admiración. Aquel anillo de vulcanita que la muchacha luce le perturba.—¡Está desposada con la muerte!—piensa.

El aro fúnebre y la mano pálida le persiguen con misteriosa fascinación: ¡nunca ha visto una novia tan triste ni jamás se ha inquietado así por otra mujer!...

Alcanzan los peregrinos el límite de la Mina por el borde negro del ferrocarril, entre los hornos cuajados y las balsas corrosivas de la cementación, roto el almatriche, dilatada la ponzoña de sus venas en la rojez de los caminos. Y van alejándose, por hoces y cañadas, de la ruina torva del país.

Quedan atrás los pueblos abandonados, los cementerios henchidos: la muerte, la soledad, la perdición.

Se confunden las moles de granito con las tierras abrasadas del cielo. Está la fiereza del paisaje muda, en un silencio sepulcral, como espantada de sí misma: pudiera oirse el golpe de un ala en el espacio.

De repente, en la cortadura de los declives se alza un aliento poderoso, una voz sinuosa y convulsiva.

Es el río que baja ciego de metales desde las cuevas de los montes: es el Saquia abismado en semilleros de riqueza y exterminio: la plata gris, el cobre azul, el vitriolo marcial, el hierro que surte con fulgores de llama sobre la lividez de las espumas.

En la margen, encima del cardenillo venenoso, están sentadas unas mujeres.

—Ahí tiene usted un grupo de emigrantes—le dice el maestro a su amigo.

Una de las viajeras se levanta y saluda muy cortés.

—¡Carmen!—exclama gozoso José Luis—. ¡Carmelita!, siempre te encuentro en orillas temerosas; ¿adónde vas?

—A Estuaria, con estas compañeras.

Santiago reconoce a las caminantes mozas, y casadas algunas, todas laceradas por un mismo torcedor.

—Vamos—dice Carmela con cierto orgullo—a trabajar en el embalaje de las frutas que los barcos y los trenes llevan muy lejos de España.

Acciona con ímpetu, como si su ademán hiciese una alusión a todo el seno anchuroso de la Tierra.

A José Luis le sorprende mucho no hallar a la joven demacrada y marchita como las otras mineras infelices: un encanto luminoso defiende aquella dominante hermosura, apenas hollada por la adversidad.

Y el poeta se ilusiona imaginando a la niña entre los colores y los perfumes de la mercancía incomparable; envolviendo en papeles sedosos cada fruto, colocando en los delicados estuches cada racimo.

Desde el ocaso mira el sol a la noche con un ojo sangriento. La caravana se mueve con lentitud por la ribera, encorvando los cuerpos sobre la historia fugitiva del río.

Carmen se retrasa un poco cerca de José Luis.

—Hace muchos días que no te veo—insinúa él.

—Sí; estuve en casa, sin valentía, pasándolo muy mal.

No quiere decir que huye de Aurora desde el asesinato de la Nena, asustada bajo la presión del terrible secreto.

—Pues estás muy bonita para haber padecido tanto.

—Porque he comido—confiesa la moza. Y añade obscuramente, bajando la voz:—Sospecho que mi madre ha robado por mí.

El muchacho la observa con un vivo interés; la ve animarse, deseosa de hablar, y su acento cristalino se aduna luego al murmullo de la corriente, amasado con distintos rumores.

Cada arroyo desgajado de la montaña sabe un diferente son. El riatillo y el lavajal suspiran también, arrastrados por las aguas madres en el cauce de piedra, hirviendo con el impuro tesoro que muerde las orillas y surca hasta la mar.

Oye José Luis deleitado las confidencias de Carmen, y pareciéndole que se fatiga, le pregunta:

—¿Te cansas?

—No.

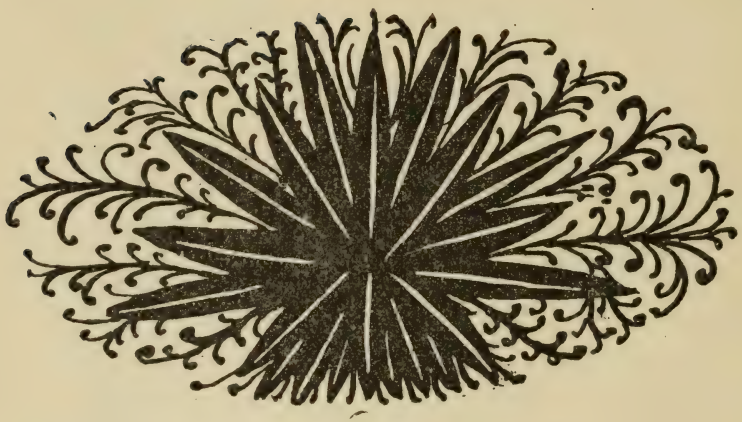
—¿Quieres darme la mano?

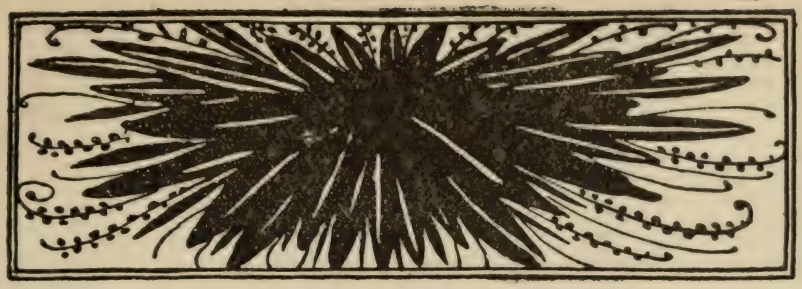
—Sí.

—Apóyate.

A ella se le alumbra en los ojos la esperanza: ¿no habrá un sitio en alguna parte—piensa tal vez—donde se pueda trabajar y querer con alegría, vivir sin odio ni dolor?

Sonríe Estévez a la gentil pareja y después de mirarla complacido, pone el filósofo su acendrado pensamiento en la sombra lejana de la Mina, allí donde se queda el Amor velando a la Muerte con sublime virtud de eternidad, sobre a roca primitiva del mundo...





ÍNDICE

Páginas.

PRIMERA PARTE

I.—La senda roja..... 7
Voces del mar..... 7
Rutas de la montaña..... 9
II.—Dos vidas..... 11
Memoración..... 11
Hallazgo..... 13
La quimera..... 18
Siervos del mar..... 21
Amanecer..... 24
III.—Piedras y llamas..... 27
El roce del secreto..... 27
La sangre de la mina..... 29
El túnel..... 32
IV.—La tierra violada..... 35
Sobre el abismo..... 35
La antorcha..... 38
El camino ciego..... 40
La mirada celestial..... 41
V.—Las aguas del olvido..... 43

I N D I C E

Páginas.

Revelaciones..... 43
El milagro de cristal..... 46
La vena fría..... 47
El collar de lámparas..... 49
VI.—El «Intrépido»..... 55
La despedida..... 55
El ave humana..... 58
El sol y la paz..... 59
El cantar de los raudales..... 62
El asio español..... 65
VII.—Estuaria..... 67
Apuntes..... 67
La ciudad..... 70
El campeón..... 73
VIII.—El destino..... 81
Sonrisas..... 81
El «Vaivén»..... 83
La rosa del Destino..... 89
IX.—Riberas y colinas..... 95
La esperanza..... 95
El camino..... 97
Río de dolor..... 102
X.—Las alas del monte..... 105
Subiendo..... 105
El viejo y la niña..... 109
Valle de Lucifer..... 114
La última tierra..... 116
XI.—El metal de los muertos..... 119
Evocación..... 119
El nuevo día..... 125
La primera esperanza..... 128
Símbolos..... 131

Páginas.

XII.—Desolación..... 135
La Corta..... 135
El naufragio..... 138
El suplicio..... 143

SEGUNDA PARTE

I.—Aurora..... 149
El ángel..... 149
La dolorida..... 152
Al margen del arroyo..... 156
II.—El encuentro..... 161
La cumbre que arde..... 161
La espina del sueño..... 167
Invencible..... 170
III.—Romeros de la Cruz..... 175
La planta ritual..... 175
La puesta del sol..... 179
Ráfagas de tormenta..... 183
IV.—El lucero apagado..... 189
La busca..... 189
El barranco de la Perdición..... 193
La verbena..... 198
La vigilia..... 204
V.—Manos blancas..... 211
El tren de la muerte..... 211
La ciudad de los mineros..... 219
VI.—Caminos de perfección..... 229
El huracán de la vida..... 229
Vista Hermosa..... 237
El contraste..... 241
La sagrada inquietud..... 248

I N D I C E

Páginas.

VII.—La razón de la locura..... 255
El manto de albín..... 255
La oración..... 260
El coloquio..... 270
VIII.—En prisiones..... 277
Rebelión..... 277
La visita..... 281
El anillo negro..... 290
IX.—Los hadices infernales..... 297
Vísperas..... 297
Silo de metal..... 307
El hijo de la tierra..... 318
X.—La muerte..... 327
Luna nueva..... 327
El escudo..... 333
El rencor..... 338
El cadáver..... 343
XI.—El odio..... 351
La hora del castigo..... 351
La venganza..... 361
La culpa..... 37[illegible]
La bestia..... 379
XII.—La ruina..... 385
El gusano y la estrella..... 385
La noche callada..... 397
El hambre..... 405
La fatalidad..... 413
Los inocentes..... 421
La torre feudal..... 427
La Pira..... 432
La cadena..... 435
Velando a la Muerte..... 442

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN
MADRID, AÑO DE MCMXX, EN CASA
DE JUAN PUEYO. DECORACIÓN
DE MOYA DEL PINO Y
VARELA DE SEIJAS

LS
E776m

171579

Author Espina, Concha

Title El metal de los muertos novela.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU